Proscrita

Anna North

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

PROSCRITA

ANNA NORTH

Traducción
Laura Vidal

ALBA

alba · CONTEMPORÁNEA
Colección dirigida por María Tena

título original: *Outlawed*

© Anna North, 2021

© de la traducción: Laura Vidal

© de esta edición: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www.albaeditorial.es

diseño: Pepe Moll de Albas

Conversión a formato digital: La Letra, S.L.

isbn: 978-84-9065-838-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi familia

UNO

En el año de Nuestro Señor de 1894 me convertí en proscrita. Igual que muchas otras cosas, no ocurrió de repente.

Primero me tuve que casar. El día de mi baile nupcial me sentía afortunada. A mis diecisiete años, no era la primera muchacha de mi clase que se casaba, pero sí una de ellas, mi marido era un joven apuesto de buena familia (tenía tres hermanos, como yo, y su madre era una de siete hijos). ¿Lo quería? Mis amigas y yo solíamos decir que queríamos a nuestros enamorados; recuerdo pasar horas hablando de sus anchas espaldas, de su manera de bailar torpe pero encantadora, de la timidez con que pronunciaba siempre mi nombre.

Los primeros meses de mi matrimonio fueron felices. Mi marido y yo teníamos siempre hambre el uno del otro. En noveno curso, después de dividirnos en chicos y chicas en preparación para la vida conyugal, la señora Spencer nos había explicado que tendríamos el deber de yacer con frecuencia con nuestros maridos y concebir así hijos para el niño Jesús. La parte de tener niños ya la conocíamos. Habíamos leído *Enseñanzas del niño Jesús*, de Burton, cada año desde el tercer curso, así que nos sabíamos de memoria que Dios envió la Gran Gripe para purificar el mundo de maldad, igual que muchos siglos antes había enviado el diluvio. Sabíamos que el niño Jesús se le había aparecido a Mary de Texarkana después de que la enfermedad matara a nueve de cada diez hombres, mujeres y niños entre Boston y California y que hizo un pacto con ella: si quienes habían sobrevivido eran fecundos y poblaban el mundo a Su imagen, los libraría de nuevas enfermedades y ellos y sus descendientes tendrían Su protección por los siglos de los siglos.

Ya en noveno curso nos enseñaron a yacer con nuestros maridos, a lavarnos y perfumarnos detrás de las orejas antes de ello, a respirar despacio, relajar los músculos e intentar mirar a nuestros esposos a los ojos. Nos explicaron que sangraríamos.

—No os preocupéis —nos dijo entonces la señora Spencer con una sonrisa—. Solo duele al principio. Al cabo de un tiempo te

empieza a gustar. No hay felicidad mayor que la unión de dos personas para crear un hijo.

Mi marido al principio no sabía qué hacer, pero se tomó su responsabilidad en serio y suplió su falta de experiencia a base de ardor. Vivíamos con sus padres mientras ahorraba para una casa; por las mañanas su madre hacía comentarios jocosos sobre lo pronto que empezaría yo a comer por dos.

Durante el día seguía atendiendo partos con mi madre. Era la hija mayor y la única en realidad interesada en aprender sobre partos de nalgas, náuseas matinales y fiebres puerperales, así que sería yo quien sustituyera a mi madre cuando ella fuera demasiado mayor. Cada vez que la acompañaba en las rondas con mi anillo de casada, las futuras madres me guiñaban el ojo y se metían conmigo.

—Es una suerte que estés aprendiendo todas estas cosas ahora —me dijo Alma Bunting, de cuarenta años, embarazada de su sexto hijo y aquejada de hemorroides—. Así no te sorprenderás cuando te toque.

Me limité a reír. Yo no era como mi amiga Ulla, que ya tenía ocho nombres elegidos, cuatro de niño y cuatro de niña. Cuando yo tenía diez años y mi hermana Bee dos meses, mi madre se metió un día en la cama y no se levantó en un año. De manera que yo ya había sido madre: le había cambiado los pañales a Bee, le había dado biberones cuando madre no podía amamantarla, la había calmado por las noches cuando yo era aún lo bastante joven para tenerle miedo a la oscuridad. No tenía prisa por volver a ha-cer todas esas cosas. De trabajar con madre sabía que en ocasiones concebir podía llevar meses, incuso para una muchacha joven como yo, y disfrutaba de acostarme con mi flamante marido, de escabullirme de vez en cuando a beber vino de enebro detrás del granero de los Petersen con Ulla, Susie y Mary Alice y de no tener que preocuparme de nadie excepto de mí misma.

Pero entonces un día, cuando habían pasado seis meses desde la boda, la madre de mi marido se demoró en la cocina mientras yo recogía los platos del desayuno.

—No sé si sabes —dijo— que después de hacerlo no puedes levantarte sin más y seguir con las faenas diarias. Tienes que quedarte tumbada por lo menos quince minutos para dar tiempo a que la cosa haga efecto.

Tenía la costumbre de hablarme como si fuéramos niñas de la misma edad chismorreando después de clase, pero aquello no era un chisme y no éramos amigas. Me aseguré de sonar despreocupada y alegre.

—Según mi madre no tiene tanta importancia —dije—. Dice que lo fundamental es el momento del mes. Por eso siempre lo apunto en mi calendario.

—Tu madre es una mujer muy lista —dijo. Nunca le había gustado mi madre—. Pero a veces cualquier detalle ayuda.

Me quitó las tazas de té.

—Ya termino yo esto —dijo—. Tú ve a prepararte para tus obligaciones.

No seguí el consejo de mi suegra. Nunca me ha gustado holgazanear en la cama. Pero empecé a tomarme la temperatura todos los días para saber exactamente cuándo se acercaban mis días fértiles. Aun así no me preocupé; madre me había dicho que ella tardó ocho meses en quedarse embarazada de mí, y que mi padre estuvo a punto de abandonarla, pero que después de aquello Janie, Jessamine y Bee llegaron con facilidad. Mi marido se burlaba de su madre cuando estábamos solos: decía que se había entrometido tanto en el matrimonio de su hermano mayor que su nuera le había prohibido entrar en su casa. Pasaron seis meses más durante los que fuimos felices, y entonces llegamos al año.

—Solo hay una solución —dijo madre—. Tendrás que acostarte con otro.

La mitad de las veces, me explicó, el estéril era el hombre.

Esto me dejó atónita. La señora Spencer nos había enseñado que las razones más extendidas del fracaso a la hora de concebir eran, en primer lugar, no yacer con el marido las veces suficientes y, en segundo, olvidar decir las oraciones. Si una mujer cumplía sus obligaciones para con su marido y el niño Jesús y aun así no se quedaba encinta, lo más probable era que le hubiera echado mal de ojo alguna bruja, que solía ser una mujer yerma deseosa de contagiar su afección a otras.

Por madre yo sabía que el mal de ojo no existe y que en ocasiones el cuerpo simplemente dejaba de cumplir sus funciones, pero jamás había oído hablar de un hombre yermo. Cuando Maisie Carter y su marido no lograron tener un hijo, Maisie fue a la que echaron a patadas de casa y quien tuvo que irse a vivir junto al río con los hojalateros y los borrachines. Cuando Lucy McGarry no se quedó encinta, su familia la recogió, pero cuando dos de sus vecinas sufrieron abortos aquel mismo verano, todos culparon a Lucy. Yo tenía once años cuando la ahorcaron por bruja. Aún no había empezado a visitar pacientes con madre; nunca había visto morir a una persona. Me aterrorizó no la violencia del acto sino la rapidez, el hecho de que Lucy estuviera de pie en el patíbulo y al instante

siguiente colgara flácida de él. Traté de imaginarlo, lo que sería ver y pensar y sentir y de pronto precipitarse a la oscuridad… más que a la oscuridad, a la nada. Aquello no me dejó dormir esa noche ni muchas noches después, tal era mi terror. Pero durante la ejecución vitoreé con todos los demás; madre fue la única que no lo hizo.

—No quiero acostarme con otro —dije—. ¿No podemos intentarlo un poco más?

Madre negó con la cabeza.

—La gente empieza a murmurar —dijo—. Mis pacientes me preguntan si no estás preñada aún.

Me encontraría a alguien, dijo. Había hombres que se prestaban a esas cosas por dinero, hombres cuya virilidad estaba demostrada y que sabían guardar un secreto. Cuando fuera el día indicado del mes, me encontraría con uno de ellos en algún momento del día varios días seguidos.

—No lo veas como una infidelidad a tu marido —me dijo—. Sino como una manera de protegerte.

El hombre me sorprendió. Nos conocimos en casa de mi madre, donde se hizo pasar por reparador (es cierto que le arregló el fogón). Me dijo que lo llamara Sam y entendí que aquel no era su verdadero nombre. Era de la edad de madre y feo, con un bigote ralo del color del pelo de ratón, barriga grande y piernas flacas. Pero estuvo amable conmigo y me hizo sentir cómoda.

—Si en algún momento quieres que pare, dímelo —dijo mientras se quitaba los calcetines.

No quería que parara. Quería que se diera prisa en hacer lo que tenía que hacer, para así volver al lado de mi marido con una criatura en el vientre y no pasar miedo nunca más.

Después de nuestro cuarto encuentro, mientras esperaba a ver si lo que habíamos hecho daba resultado, le pregunté a madre qué era en realidad lo que volvía yermas a las mujeres. Madre sabía muchas cosas que la señora Spencer y otras personas del pueblo desconocían. Sabía, por ejemplo, que la gripe que había matado a sus ocho bisabuelos no había sido, como decían todos, un castigo del niño Jesús y la Virgen María. La mentora de madre, Sarah Hawkins, maestra partera, le había explicado que la gripe llegó a América en los barcos que traían especias y azúcar y a continuación se propagó de marido a mujer, de madre a hijo y de comerciante a comerciante a través de besos y apretones de manos, de vasos de cerveza compartidos entre amigos y desconocidos, y de las toses y los estornudos de hombres y mujeres que no sabían lo enfermos que

estaban y continuaban sirviendo comida, vendiendo telas y comerciando con pieles de castor en lugar de quedarse en cama. Sarah Hawkins decía que la gripe no era más que una fiebre, una enfermedad como otra cualquiera y que la única razón por la que la gente le atribuía un significado era que, de otra manera, la pena les habría resultado insoportable. Madre decía que Sarah Hawkins era la persona más inteligente que había conocido.

Pero cuando le pregunté a madre por la causa de la infecundidad, se limitó a negar con la cabeza.

—Nadie la conoce —dijo.

—¿Por qué no? —pregunté.

Era la primera vez que le hacía a madre una pregunta para la que no tenía respuesta.

—No sabemos a ciencia cierta cómo se forma una criatura en el útero materno —dijo—. ¿Cómo vamos a saber por qué en ocasiones no se forma nada?

Me miré las manos y se dio cuenta de mi decepción.

—Una cosa sí sé —dijo—. No es brujería.

—¿Cómo lo sabes?

—Las personas culpan a la brujería de las cosas que no comprenden —dijo—. Acuérdate de cómo las mujeres del pueblo decían que una bruja le había echado mal de ojo al alcalde Van Duyn y de cómo, cuando murió, el médico dijo que tenía los pulmones llenos de tumores. El único mal de ojo era esa pipa que fumaba.

—Entonces, ¿por qué no se lo dices? —pregunté—. A ti todos te escuchan.

Madre negó con la cabeza.

—Antes se lo decía a mis pacientes —dijo—. A todas las mujeres las preocupa ser víctimas de una maldición si no se quedan encinta a los meses de casarse. Es una tontería, les decía. Pero no me creían y, lo que es peor, algunas empezaron a sospechar de mí, como si el maleficio se lo hubiera hecho yo.

Madre traía al mundo a todos los niños del pueblo independiente de Fairchild y además curaba casi todas las enfermedades. Había colocado más huesos que el doctor Carlisle y oído más confesiones que el padre Simon. Su reputación estaba tan asentada que el día que se recuperó tras guardar cama después de nacer Bee, se formó una cola de pacientes a la puerta de casa. Nadie sospechaba de madre.

—No lo entiendo —dije—. ¿Por qué no te creían?

—Cuando alguien cree en algo —dijo madre— no puedes quitárselo sin más. Tienes que darle algo para sustituirlo. Y puesto que desconozco lo que hace yermas a algunas mujeres, yo no puedo darles nada.

No me quedé encinta aquel mes, ni tampoco al siguiente. En casa de mi marido, mi suegra no me quitaba el ojo de encima, como si esperara sorprenderme en algún acto de brujería. En una ocasión entró en nuestro dormitorio mientras me lavaba y se puso a darme conversación, obligándome a darle respuestas corteses mientras me lavaba los sobacos y mis partes íntimas. Me avergoncé como nunca de mi cuerpo, de mis pechos pequeños, del vientre plano detrás del cual había un útero vacío. Empezó a obligarme a rezar al niño Jesús cada mañana; nos arrodillábamos juntas y le pedíamos que bendijera a la familia con una criatura. Mi suegra no era una mujer especialmente religiosa. Tenía un nacimiento encima del lar y un ejemplar de Burton en el estante, como todos en Fairchild, pero solo iba a la iglesia los domingos y festivos o cuando se apoderaba de ella el deseo de parecer devota. El hecho de que hubiéramos empezado a rezar —en palabras titubeantes que supuse recordaba a medias de algún catecismo infantil— me decía lo desesperada que estaba.

Por las noches mi marido y yo solo nos tocábamos durante mi semana fértil; ahora también llevaba él las cuentas, como si no se fiara de mí. Si le buscaba en otro momento del mes, me decía que su madre había dicho que más nos valía reservar las energías para cuando sirviera para algo, y, aunque no me sorprendía que hablara con su madre de aquellas cosas, sí me daba cierta repulsión.

Cosa extraña, mis encuentros con Sam se convirtieron en un refugio. En casa de mi madre nadie nos vigilaba. Después de terminar no me importunaba con instrucciones de quedarme quieta y poner las piernas en alto como hacía mi marido; se vestía, se despedía y me dejaba sola para que pudiera remolonear un rato en mi cama de infancia y simular que no me había casado.

Sam y yo no hablábamos gran cosa, pero al tercer mes de nuestros encuentros me preguntó si quería que me tocara mientras lo hacíamos.

—Igual te ayuda a relajarte —dijo—. Hay quien dice que eso facilita la concepción.

Para entonces yo confiaba en Sam. Nunca había intentado hacer nada que yo no quisiera hacer, siempre se había comportado como un amigo que te ayuda a hacer alguna cosa, por ejemplo a alcanzar un plato de un estante demasiado alto. De manera que dije que sí, y

aquel fue el principio del fin.

Para todo lo referido a la vida conyugal, las jóvenes teníamos otras fuentes de información además de la señora Spencer. Estaban las muchachas mayores que nosotras ya casadas y la red de chismorreos y consejos que tejían para mantenernos a salvo. Por ellas sabíamos que era peligroso acostarse demasiadas veces con tu prometido: si no te quedabas encinta a los pocos meses, no se casaría contigo. Y, lo que era peor, podía hacer correr la voz de que eras yerma. También sabíamos que si te casabas con alguien que luego resultaba ser cruel, lo mejor que podías hacer era tener hijos cuanto antes. Una mujer con tres hijos podía divorciarse de su marido y era probable que encontrara otro. Madre nunca me lo había dicho, pero yo sospechaba que esa era la razón por la que había esperado a tener a Janie y a Jessamine para dejar a nuestro padre y venir a Fairchild, cuya vieja partera se acababa de marchar del pueblo. Una mujer con cuatro hijos podía hacer lo que quisiera: casarse o no, y yo sabía que ese era el motivo por el que nadie habló mal de madre cuando eligió no volver a casarse después de que el padre de Bee se fuera.

También había un libro que circulaba entre las niñas y jóvenes de Fairchild que llevaba el sucinto título de *Matrimonio fructífero*. El libro era más explícito que las lecciones de la señora Spencer, y que te sorprendieran leyéndolo era algo ligeramente escandaloso, pero no del todo prohibido. Cuando la madre de Susie le encontró a esta el libro mientras limpiaba la casa, no la regañó y se limitó a guardarlo otra vez debajo de la cama, así que era probable que hubiera leído al menos parte.

Matrimonio fructífero incluía dibujos de hombres y mujeres desnudos y abrazados. La autora, una tal Wilhelmina Knutson, también hablaba de algo llamado «clímax», que describía, de manera irritante, como «un momento de placer indescriptible». La capacidad de experimentar esa sensación, decía la señora Knutson, era la señal de una hembra sana física y psicológicamente, preparada para la maternidad. Y la señora Knutson era muy clara a este respecto: el clímax solo se daba si el «miembro» del hombre penetraba profundamente el cuerpo de la mujer.

Yo nunca había experimentado el clímax con mi marido y en los últimos meses me había convencido de que mi incapacidad era un síntoma más de las deficiencias de mi cuerpo. Pero cuando Sam me tocó la parte externa de la vagina con los dedos de manera rítmica y paciente por un período de tiempo que podían haber sido dos minutos o dos horas, experimenté una sensación tan extrema que

pensé que tenía que ser o el clímax o algo muy peligroso, letal incluso. Era parecido a lo que había sentido en algunas ocasiones cuando, al despertar de un sueño sudoroso de manos y bocas, me tocaba bajo las sábanas. Pero lo que sentí con Sam fue mucho más intenso, y cuando se marchó aquel día, yo seguía temblando ligeramente y estaba por completo convencida de, por fin, haberme quedado preñada.

Seguía dándole vueltas a aquello cuando, una semana más tarde, me reuní con Ulla y Susie en el granero. Mary Alice estaba embarazada de cuatro meses de su primer hijo, así que ya no se reunía con nosotras; Ulla se había casado hacía dos meses y Susie estaba comprometida y se casaría en noviembre, durante las fiestas de la cosecha. Al principio bromeamos y chismorreamos sobre nuestras antiguas compañeras de clase y sus cortejos, tal y como hacíamos siempre, pero pronto mi curiosidad me impidió seguir callada.

Cuando me llegó el turno en el juego de la botella di un largo trago.

—¿Habéis tenido alguna vez un clímax? —pregunté a mis amigas.

Susie frunció el ceño un momento mientras reflexionaba.

—Creo que sí —dijo—. Uno pequeño.

Ulla rió. Tenía un hueco entre los dientes delanteros que le daba aspecto pícaro, de alguien que no se escandaliza de nada.

—Con Ned es así —dijo con un gesto que imitaba un martillo golpeando un clavo—. Lo que siento sobre todo es dolor. Pero dice mi madre que no me preocupe, que no hace falta tener un clímax para quedarse encinta.

Dio un trago de la botella.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Tú lo has tenido?

—Creo que sí —dije. Debí haberlo dejado ahí, pero el optimismo me envalentonó. Tenía un retraso de un día y sabía que lo que Sam y yo habíamos hecho por fin había dado resultado—. ¿Y sabéis una cosa? —dije—. Creo que un hombre te puede llevar al clímax con los dedos.

Ulla parecía incrédula.

—¡Con los dedos! —dijo.

—Pues sí —insistí—. Te toca entre las piernas, encima de la abertura. Y luego es justo como dice la señora Knutson: un poco difícil de describir, pero muy intenso. Casi como desmayarse.

—¿Tu marido te hizo eso? —preguntó Ulla—. ¿Solo tocándote?

—Pues sí —dije en lo que esperé resultara un tono convincente.

Ulla negó con la cabeza.

—Es imposible —dijo—. Todo el mundo sabe que una mujer solo puede llegar al clímax desde muy dentro. Lo dice la señora Knutson.

—Bueno —dije adoptando un tono orgulloso—. Igual mi marido sabe más que la señora Knutson.

Ulla pareció escéptica.

—¿Y dónde lo aprendió? —preguntó.

Empecé a caer en la cuenta de que había cometido una equivocación.

—¿Qué quieres decir? —pregunté para ganar tiempo.

—Pues que dudo mucho de que el señor Vogel enseñara a los chicos esa manera de llegar al clímax si ninguna de nosotras ha oído hablar de ella. Y desde luego no lo aprendió de *Matrimonio fructífero*. Así que ¿de dónde?

—De otro libro —dije— que solo tienen los chicos.

—¿Ah sí? —dijo Ulla—. ¿Qué libro?

—Se titula *Matrimonio fructífero para hombres* —dije maldiciéndome a mí misma cuando todavía no había terminado de hablar—. Es un libro muy difícil de encontrar. Uno de los primos de mi marido que vino de visita tenía un ejemplar.

Ulla dio otro trago sin quitarme la vista de encima.

—Bueno —dijo—, pues voy a tener que buscarlo. A Ned le vendría bien un ejemplar.

Nunca sabré quién sumó dos y dos, si fue Ulla, Susie o ambas quienes entendieron que era más probable que la experiencia que les había contado la hubiera tenido con un desconocido que con uno de los muchachos del pueblo, jóvenes, inexpertos y educados en la misma sabiduría popular que nosotras. Solo sé que una noche, cuando volví a casa de la familia de mi marido después de pasar visita con madre, mi marido había salido y sus padres me esperaban sentados a la mesa de la cocina.

—Que sepas —dijo mi suegra— que yo te defendí.

—¿Qué pasa? —pregunté.

La maleta vieja de madre, la que había usado para llevar mi ropa y libros de medicina a casa de mi marido, estaba junto al fogón.

—Malcolm pensaba que eras un mal partido. Dijo que tu madre es una desequilibrada, que, de no ser por la caridad de vuestros

vecinos, tu hermana pequeña habría muerto.

Mi suegro parecía algo incómodo. Nunca me había dirigido más de tres palabras seguidas. Me costaba trabajo imaginarlo diciéndole todo aquello a su mujer.

—Eso no es verdad —dije—. Yo misma cuidé de Bee cuando madre estuvo enferma. Jamás corrió ningún peligro.

—Eso es lo que yo dije —continuó mi suegra—. Y también que tu madre sigue trayendo al mundo a todos los niños en quince kilómetros a la redonda. Eso tiene que ser por algo, dije.

Se quedó callada, como si esperara que le diera las gracias. No dije nada.

—¿Me estás oyendo? —dijo—. Estoy intentando explicarte por qué me dolió tanto descubrir que nos has traicionado. Enterarme de que elegiste estar con otro hombre cuando mi hijo te quiere tanto que estaba dispuesto a esperar un año más si hacía falta.

Imaginé las conversaciones que habrían tenido sobre mi fracaso a la hora de concebir, esas en las que la madre le había aconsejado reservarse para mis días fértiles. Dudé de que ninguno de los dos hubiera estado dispuesto a esperar un año más.

—No me he acostado con él por gusto —dije—. Quería darles un nieto.

Mi suegra puso los ojos en blanco.

—¿Y funcionó? ¿Estás preñada?

Negué con la cabeza. Había empezado a sangrar aquella mañana, mientras mezclaba malvas y cera de abeja para el sarpullido de un niño de meses.

—Pues claro que no —dijo.

¿Estaba decepcionada? ¿Qué habría pasado si hubiera dicho que sí? ¿Habríamos criado a mi hijo mi marido y yo, juntos? ¿Habría vuelto a acostarme con otro hombre? En ocasiones todavía suspiro por esa vida y todo lo que habría supuesto.

Mi suegra hizo un gesto con la cabeza a su marido y este cogió mi maleta y me la dio.

—Deja el anillo encima de la mesa —dijo mi suegra.

Aquella noche cené con mi madre y mis hermanas como si no hubiera pasado nada. Janie y Jessamine estaban emocionadas de verme y me contaron todas las novedades del séptimo curso: que Arthur Howe había dicho que su padre se había ido a las montañas a unirse a la banda del Agujero en la Pared pero todos sabían que en realidad se había ido con una mujer a dos pueblos de allí, que a

Agnes Fetterly ya le había venido el mes pero nadie quería cortejarla porque era hija única, que Lila Phelps había intentado fingir el suyo con sangre de pollo pero su madre la sorprendió manchando las sábanas y la obligó a hacer la colada de toda la casa durante treinta días. Fue casi doloroso recordar cómo había sido yo a esa edad, no hacía demasiado tiempo, una niña mujer con un cuerpo que empezaba a cambiar y una cabeza igual que las de mis hermanas, todavía llena de juegos y chismes pero en la que empezaba a filtrarse la oscuridad del mundo de los adultos.

Mientras nuestras hermanas hablaban, Bee me miraba de reojo. Me di cuenta de que sabía que algo no iba bien. Bee cumplía ocho años aquella primavera. Madre decía que éramos las dos caras de la misma moneda. A su edad yo había sido parlanchina, siempre haciendo preguntas. Bee era callada, se enteraba de lo que quería saber observando y escuchando.

Jessamine y yo estábamos lavando los platos de la cena cuando el sheriff Branch nos hizo una visita. Era amigo de madre y a menudo iba por casa a charlar un rato, a contar historias de Jesse James o de Kid, cabecilla de la misteriosa banda del Agujero en la Pared. Kid medía más de dos metros, decía el sheriff, y tenía la fuerza de tres hombres de estatura normal juntos. Tenía una vista tan aguda que podía matar a un hombre de un tiro a dos kilómetros de distancia y un corazón tan frío que era capaz de robarle el anillo de casada a una viuda o la cuchara de plata a un niño de pecho. A diferencia de los cuatreros ordinarios que andaban por ahí con sombreros sucios de sudor y petos mugrientos, Kid tenía fama de vanidoso: llevaba su sombrero vaquero de ala ancha al estilo de Colorado y se tapaba la cara con un pañuelo de fina seda.

El sheriff nunca se había medido personalmente con Kid. Pero nos aseguraba que, cuando por fin se encontraran frente a frente, se habrían terminado los días de pisotear las leyes de las Dakotas de aquel villano.

El padre de Susie y algunos otros hombres del pueblo contaban historias de proscritos para asustar a los niños. Pero el sheriff Branch nunca buscaba aterrorizarnos; siempre nos prometía que mientras él fuera la ley en Fairchild, ni un forajido ni nadie nos tocaría un pelo de la cabeza.

—Siempre y cuando obedezcáis a vuestra madre —añadía con un guiño—. Si me entero de que le habéis dado el más mínimo problema, os llevaré a rastras ante el juez.

Siempre me habían encantado el sheriff Branch y sus visitas. Montaba una yegua apacible llamada Maudie y siempre que venía a

casa nos dejaba acariciarle las crines y darle terrones de azúcar o zanahorias del jardín. Pero esta vez me acordé de Lucy McGarry y tuve miedo. Supe que había hecho bien en preocuparme cuando el sheriff rechazó el café y el pastel de especias que le ofreció madre.

—No puedo quedarme mucho —dijo—. ¿Podemos hablar los tres adultos?

Madre les dijo a Janie y Jessamine que se llevaran a Bee arriba y solo entonces aceptó el sheriff sentarse. Se quitó el sombrero blanco que siempre llevaba cuando trabajaba, miró su ala ancha e hizo como si le sacudiera un poco de suciedad, aunque no había ninguna. A pesar de su trabajo, el sheriff Branch era un hombre tímido.

—Tengo entendido que ha habido problemas en tu matrimonio —dijo por fin.

Madre no esperó a que yo contestara.

—Ha sido Claudine —dijo—. Nunca le ha gustado Ada. Le ha hecho la vida imposible en esa casa. La tensión no es buena para concebir hijos, sheriff, eso lo sabes.

El sheriff Branch solo tenía una hija. No habría tenido hijos y quizá tampoco esposa de no ser por madre. El sheriff era amigo del doctor Carlisle y le había pedido que atendiera el parto de su primer hijo. Pero el doctor Carlisle apenas tenía experiencia en partos, y cuando el de Liza Branch dejó de progresar porque la cabeza del niño estaba atascada, le entró el pánico y se puso a dar vueltas por la casa murmurando para sí mientras Liza aullaba de dolor. Al final llamó a madre, quien consiguió girar la cabeza de la criatura para que Liza pudiera empujar. La niña nació azul y respirando a duras penas, pero madre la revivió: de haber pasado media hora más atascada dentro de Liza, decía, no se habría podido hacer nada por ella.

Después del parto Liza no había conseguido quedarse otra vez encinta. Madre la visitó en muchas ocasiones para darle tónicos y masajes, pero nada surtió efecto y finalmente les dijo a los Branch que era posible que no estuvieran destinados a ser de nuevo padres. Después de aquello el sheriff Branch se distanció de su mujer, pero mimaba a su hija como si fueran cinco.

—Claudine puede ser un hueso duro de roer —dijo el sheriff—, pero han empezado a llegarme quejas. Greta Thorsdottir dice que vio a Ada caminar por los campos llevando una liebre muerta. Agatha Dupuy dice que sus cinco hijas y ella han sufrido dolencias femeninas en el último mes.

Madre negó con la cabeza. Parecía de lo más tranquila.

—Sheriff —dijo—, conoces a Ada desde que era una niña. ¿Cómo puedes sospechar que sea lo que esas mujeres sugieren? Ya sabes que Aggie y sus hijas tienen siempre alguna dolencia, por lo general imaginaria.

El sheriff dijo que sí con la cabeza. Tenía el ceño fruncido. No dejaba de dar vueltas al anillo de casado que llevaba en el dedo.

—Eso es verdad —dijo—. Ada, siempre has sido buena chica. Si te quedas con tu madre y no te metes en líos, no tendrás más noticias mías.

Se volvió hacia madre.

—Por supuesto, no puede seguir atendiendo partos —dijo—. Ya encontrará otra ocupación.

Bee bajó cuando madre despedía al sheriff.

—Es una ridiculez —decía—, pero de acuerdo. Me ayudará en casa con las hierbas y las tinturas.

El sheriff se paró con el sombrero en las manos.

—No me apetecía nada hacer esta visita.

—Entonces, ¿por qué la has hecho? —preguntó madre. No levantó la voz, pero supe que estaba furiosa.

—Evelyn, sabes lo que siempre digo que es la parte más importante de mi trabajo.

—Proteger a los niños —dijo madre—. Pero mi hija no ha hecho daño a ninguno. Si casi es una niña todavía ella también.

El sheriff asintió.

—Y con un poco de suerte nunca hará daño a ninguno. Pero si existe la más mínima posibilidad de que perjudique a una criatura, o que impida a una criatura nacer… No me lo perdonaría nunca.

Se le quebró la voz.

—Me entiendes, ¿verdad, Evelyn? Precisamente tú tienes que…

—Haremos lo que nos pides, sheriff —dijo madre poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la puerta—. Es todo lo que puedo prometer.

Durante semanas viví en arresto domiciliario. Por las mañanas me levantaba, preparaba el desayuno a mis hermanas y luego me quedaba leyendo en mi cuarto mientras madre hacía las rondas. Horneaba magdalenas de maíz para que la casa oliera bien cuando volviera mi familia. No era una vida desagradable, sobre todo viniendo de la casa de mi marido, y podría haber seguido así mucho tiempo de no ser porque a principios de marzo hubo en el pueblo una epidemia de rubeola. En solo una semana, tres mujeres encinta perdieron a sus hijos. Una era Lisbeth, sobrina del alcalde; otra la

señora Covell, maestra de los más pequeños de la escuela, y la otra Rebecca, la nueva mujer de Albert Camp, quien trabajaba en el banco y había enviudado el año anterior.

Se cerró la escuela; mis hermanas se quedaron en casa. Janie y Jessamine se dedicaron a trenzarse el pelo la una a la otra y a contar historias cada vez más descabelladas sobre lo que harían una vez que se les permitiera salir. Bee se sentaba junto a la ventana y miraba la calle vacía. Madre seguía pasando visita, pero cuando volvía a casa por las noches se la veía preocupada y caminaba en círculos haciendo pequeñas tareas como si quisiera dejar atrás sus pensamientos.

—La tienda ha cerrado —dijo—. Y el banco también. La iglesia está desierta; el padre Simon entra una vez al día para encender velas por las criaturas muertas. Incluso la taberna está vacía.

No lo dijo, pero yo sabía qué temía: demasiados niños muertos a la vez y la gente empezaría a buscar a la bruja. Yo no era la única mujer yerma del pueblo. Maisie Carter seguía viva, incluso era joven aún; de haber sido fértil, seguiría teniendo hijos. Pero nadie la veía; rara vez iba al pueblo y no se metía con nadie. Yo era la mujer cuya expulsión de la casa de su marido era un escándalo reciente, aquella cuya infecundidad era noticia.

Pero después de una semana los enfermos empezaron a mejorar. Ninguno murió; la rubeola que había sido tan letal para los niños dentro del útero resultó leve para los que ya estaban fuera de él. La taberna empezó otra vez a servir, la congregación volvió a la iglesia, la tienda y el banco abrieron de nuevo. Entonces un día madre llegó a casa con la cara cenicienta. Ulla había perdido a su hijo.

—Ni siquiera sabía que estuviera embarazada —dije.

Madre hizo como si no me hubiera oído.

—Me han echado —dijo—. Han llamado al doctor Carlisle para que la atienda. Si se desangra le estará bien empleado a esa idiota de su madre.

—¿Por qué te han echado? —pregunté.

Mi madre me miró con miedo y pena y antes de oírla leí la respuesta en sus ojos.

—Ulla anda diciendo que le echaste mal de ojo. Dice que le has hecho perder al niño.

—Hace meses que no veo a Ulla —dije.

—Eso da igual —dijo madre—. Su familia querrá que te acusen de brujería. Y como hay más acusaciones, el sheriff no podrá

protegerte.

Sabía que era inútil discutir. Supe que me había llegado la hora y que el poco tiempo que me quedaba me lo arrebatarían. Pero aun así, discutí.

—Dijiste que había sido por la rubeola. Siempre has dicho que la rubeola es peligrosa para las mujeres preñadas. Díselo a todos. ¿Por qué iban a pensar que es brujería?

—Quieren saber qué causó la rubeola —dijo—. Quizá si hubiera sido solo una mujer, dos o incluso tres… Pensé que en un día o dos se arreglarían las cosas. Pero otra pérdida precisamente ahora, cuando la gente empezaba a recuperar el aliento… Van a querer que alguien pague por ello, Ada. Y van a querer que seas tú.

Nos sentamos en la cama que el padre de Bee le había comprado a madre antes de marcharse, en su tercer mes de enfermedad. Era el doble de grande que la anterior, con un grueso cabecero de madera de arce negro traído desde Vermont. A Bee, a Janie y a Jessamine les encantaba subirse a la cama de madre, en cambio a mí me recordaba a los meses de su enfermedad, cuando me quedaba a cuidarla después de que Bee se durmiera, aterrada de estar en la oscuridad con ella, que se había convertido en casi una desconocida, pero también temerosa de que, si le quitaba los ojos de encima, pudiera rendirse, dejar de respirar igual que había dejado de vestirse, de cocinar y de levantarse de la cama. Cada noche me quedaba dormida en una silla junto a la cama de madre y cada mañana me despertaba y la encontraba un poco mejor.

—Entonces, ¿qué hago? —le pregunté.

Me sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Conozco un sitio —dijo—. No te va a gustar, pero estarás a salvo.

Aquella noche, cuando acosté a Bee, le dije que me iba a marchar por un tiempo. Se limitó a asentir y a escucharme muy atenta y con los ojos de par en par.

—Vas a tener que ayudar tú a madre —dije—. Dentro de unos años tendrás que empezar a aprender el oficio con ella.

—Janie y Jess son mayores que yo —dijo Bee.

—Jess se desmaya si ve sangre —dije—. Y Janie es incapaz de concentrarse el tiempo necesario para zurcir un calcetín, así que de coser una herida ni hablamos. Vas a tener que ser tú.

Bee asintió. Tenía las cejas oscuras como su padre, que era medio polaco, medio ojibwe y guapo, no como mi padre, cuyo

rostro afilado y pálido todavía recordaba, de hecho era casi el único recuerdo que conservaba de él. El padre de Bee había intentado cuidar a mi madre al principio, se había esforzado de verdad, pero solo yo le daba consuelo. Y seguía enviando dinero cada par de meses, y cartas para Bee, que era más de lo que había hecho nunca mi padre.

—No te preocupes —dije—. Se te dará bien. La mayor parte del trabajo es escuchar a las personas y eso tú ya sabes hacerlo.

Quise advertirla tan temprano para que, con el tiempo, cuando empezara a aprender de verdad el oficio, se acordara de mí. Le enseñé la canción que madre me había enseñado para memorizar las siete hierbas medicinales más importantes y sus usos. Le expliqué cómo tomar el pulso y lo que significaba si era lento o acelerado. Estaba explicándole los síntomas tempranos de los seis tipos de fiebres de infancia, cuando me di cuenta de que apartaba la vista y fruncía el ceño.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿No tienes miedo? —preguntó.

—¿Miedo a qué, abejita?

Apartó la vista.

—Sé que la gente muere a veces —dijo—. Madre no habló de ello, pero sé que Sally Temple murió.

Sally Temple había vivido a las afueras del pueblo con su marido, que era cazarratas. Era muy joven —a decir de algunos solo tenía quince años— y el niño llegó tan deprisa que le desgarró las entrañas. Madre consiguió detener la hemorragia, pero Sally había perdido demasiada sangre y murió nada más dar a luz con su hijo varón berreando en la habitación contigua. Yo estaba allí cuando murió y durante semanas soñé con ella, con cómo había palidecido su carita de rasgos afilados, con el desconcierto y, a continuación, el pánico de sus ojos. Luego madre me explicó cómo conseguía seguir adelante con su trabajo sabiendo que algo así puede pasar en cualquier momento.

—Madre dice que, en un parto, la muerte siempre está en la habitación. Puedes hacer caso omiso de ella o puedes reconocer su presencia y saludarla como a un invitado. Entonces no la temerás tanto.

Bee parecía escéptica.

—¿Cómo la saluda? ¿Dice: «Hola, muerte»?

—Madre piensa en el último paciente que ha perdido —dije—. En la muerte que tiene más reciente. Imagina que la mujer está allí

en la habitación, con ella. Madre la mira de arriba abajo. La mujer muerta no dice nada, pero en ocasiones hace una pequeña inclinación de cabeza. Entonces madre está lista para el parto.

—¿Funciona? —preguntó Bee.

Yo había visto a madre llegar a un parto con temor en el corazón si el niño se había adelantado o venía de nalgas o la madre estaba enferma por azúcar en la sangre o tensión alta. La expresión de madre era tan segura como siempre, pero aun así todos los presentes notaban que algo iba mal; las manos de las mujeres temblaban mientras enjugaban la frente de la parturienta. Y entonces los ojos de madre se concentraban en un punto en el aire vacío, hacía una inclinación de cabeza y, a partir de ahí, el parto iba lo mejor posible porque mi madre estaba a cargo.

—Funciona —dije.

Me incliné para abrazar a Bee, más por mí que por ella. Olía a jabón y a cedro, como siempre desde que nació.

—Cuando sea mayor —dijo con la boca pegada a mi hombro— iré a buscarte.

Me separé de ella para mirarla.

—Bee —dije—, volveré antes de que seas mayor.

—De acuerdo —dijo sin creerme—. Pero si no vuelves, conseguiré un caballo y un mapa e iré a ayudarte, dondequiera que estés.

DOS

La madre superiora de las Hermanas del Santo Niño dijo que me darían asilo a condición de que aceptara al niño Jesús en mi corazón. El niño Jesús no me había ayudado a concebir un hijo, pero tampoco me había hecho beber cuatro vasos de agua al día, tumbarme con las piernas en alto, yacer con Sam ni ninguna de las otras cosas que había intentado. No tenía nada contra el niño Jesús.

—Lo acepto —dije.

La madre superiora levantó una ceja.

—Estudiarás la Biblia con la hermana Dolores —dijo—. Si dentro de seis meses considera que estás preparada, tomarás los hábitos. Entonces serás una de nosotras.

En el ínterin, la hermana Rose me presentó a Goldie, Holly e Izzy. La hermana Rose era una muchacha flaca con sonrisa desdentada. En el convento compartíamos habitación: dos camas estrechas, dos orinales, un palanganero y un nacimiento.

Se le daban bien los animales. Las vacas se calmaban visiblemente al verla, y cuando les acariciaba el lomo y emitían ruidos de placer la hermana Rose casi resultaba hermosa. Holly, la vaca frisona, era la única que me dejaba acercarme. Las otras agitaban el rabo, coceaban o retiraban bruscamente la ubre de mis manos. Pero Holly se estaba quieta, con ojos grandes y tristes, casi como si sintiera lástima de mí, y la hermana Rose me enseñó a apretar sin hacerle daño de forma que la leche saliera en un chorro limpio de la teta hasta el cubo.

El ordeño era un buen momento para llorar. En el convento casi nunca estaba sola; durante los maitines, el desayuno, el estudio de la Biblia, las vísperas y la cena estaba rodeada de hermanas. Pero a la hora del ordeño la hermana Rose estaba concentrada en Goldie o Izzy, y el viento que soplaba en el prado hacía retemblar las ventanas del granero y silenciaba mi llanto.

Lloraba de pura tristeza. No se me iban de los pensamientos la suavidad de Bee cuando era una criatura de pecho, la forma en que Janie y Jessamine llenaban la casa con sus voces por las mañanas.

Lloraba también de rabia. En toda mi vida jamás había hecho algo la mitad de malo de lo que me había hecho a mí Ulla. Sabía que Ulla solo había buscado salvarse ella: su suegra era más mezquina todavía que Claudine, su marido era más pusilánime que el mío y había sido vista siempre como un mal partido porque solo tenía una hermana, que había nacido con pie varo y problemas respiratorios. Para algunas familias bastaba un aborto para echar a patadas a una recién casada, incluso si ocurría durante una enfermedad. Pero ninguna de estas cosas me hacía querer perdonar a Ulla, que había sido mi mejor amiga desde que éramos más pequeñas que Bee, que había dormido en mi cama cada vez que los ataques de ira de su madre se le hacían insoportables, que había pasado noches llorando mientras yo le acariciaba el pelo.

Entonces, cuando me liberé de la pena y la ira y estuve casi ronca de tanto llorar, igual que el trueno que sigue al relámpago, llegó el miedo. Sabía que madre estaba en lo cierto, que las familias del pueblo que habían perdido a sus criaturas querrían que alguien pagara por ello, lo había visto antes. Cuando los vecinos de Lucy McGarry perdieron al hijo que esperaban, las sospechas recayeron sobre toda la familia de ella, incluso en su hermana pequeña, que apenas tenía cinco años. Algunos decían que Lucy organizaba aquelarres en la casa de su madre. Pero cuando murió ahorcada los rumores se acallaron y sus familiares siguieron adelante con sus vidas. Con el tiempo, su hermana se casó con el sobrino del alcalde.

Sabía que madre le había dado muchas vueltas al asunto. Debía haber pensado que mis hermanas y ella estarían a salvo una vez que yo me fuera. Probablemente había decidido que su reputación en el pueblo estaba lo bastante asentada para hacer frente a lo que viniera: la gente murmuraría de ella un tiempo, pero terminaría por darse cuenta de que el doctor Carlisle no sabía nada de traer niños al mundo y no les quedaría más remedio que volver a recurrir a sus servicios. Pero ¿y si, en lugar de ello, el alcalde decidía mandar a buscar a otra partera? Caí en la cuenta de que no sabía qué había sido de la que había antes de madre. Pero si Fairchild encontró en su momento a madre, lo lógico era que pudiera encontrar ahora a otra, si sus temores por los futuros nacimientos pesaban más que la cantidad de niños sanos que había traído esta al mundo.

Y cuando terminaba con esta colección de pensamientos terroríficos llegaba al peor de todos: que ahora madre también debía estar en peligro. Que había sabido lo arriesgado que era dejarme marchar en lugar de entregarme al sheriff, pero que lo hizo de todas maneras, que antepuso mi vida a su seguridad y la de mis

hermanas. Que decidió que mi vida merecía poner las suyas en peligro.

Cuando terminaba de llorar, siempre levantaba la cabeza y miraba a Holly desde la banqueta de ordeñar: su fuerte flanco, su ojo sereno, su teta rosa pálido llenándose de nuevo de leche, la sencillez de su concreción y su autosuficiencia. En esta postura me encontró un día la hermana Rose, y aunque podía haberme enjugado las lágrimas a toda prisa y fingido que no pasaba nada, estaba cansada de sentirme sola y dejé que me viera.

—¿Echas de menos a tu familia? —preguntó.

Asentí.

—¿Tú no?

La hermana Rose se sentó en el suelo del granero con las piernas cruzadas. Nuestros vestidos estaban hechos para eso, de una tela oscura que absorbía la suciedad y el líquido derramado durante seis días, hasta que la hermana Dolores y la hermana Socorro los lavaban en enormes tinas de agua hirviendo los sábados para después ponerlos a secar en el lavadero, donde goteaban en el suelo de piedra.

—Estuve casada —dijo la hermana Rose—. Durante el cortejo él se portó bien. Me traía flores del jardín de su madre. Pero después de casarnos no conseguí gestar un hijo. Tuve tres abortos en un año, así que me echó. Sabía que nunca encontraría a quien se casara conmigo. Por suerte, nuestro párroco era amigo de la madre superiora, quien me acogió.

La hermana Rose sonrió.

—Ahora mi familia está aquí.

Todas las hermanas tenían una historia como esta. El marido de la hermana Grace se divorció de ella después de cinco años sin descendencia. La hermana Dolores empezó a acostarse con un muchacho vecino a los quince años; cuando tenía diecisiete, él le dijo a todo el pueblo que era yerma y nadie la quiso por esposa. La hermana Clementine había estado casada dos años sin quedarse encinta cuando en su misma calle nació un niño con una costra negra y dura en la cara y el cuello. El sheriff la arrestó por echar mal de ojo al niño, pero como solo tenía diecinueve años (y también quizá porque era bonita y dulce y afirmaba rezar todos los días al niño Jesús), le permitió cambiar la cárcel por el convento.

La hermana Rose tenía razón, aquellas niñas y mujeres sin familias formaban una suerte de familia. La hermana Mary Grace cuidaba de la hermana Teresa, que no podía usar los brazos. La

hermana Socorro era como una hija para la hermana Dolores, quien le había enseñado latín, griego y a hacer la colada. La hermana Rose no era mi hermana, pero por las mañanas le dejaba que me cepillara y trenzara la larga melena, tal y como habían hecho mis hermanas cuando vivía con ellas.

Con el tiempo aprendí a ordeñar a Goldie, e incluso a Izzy, que siempre daba guerra, y la hermana Clementine me enseñó a separar la cuajada de la leche caliente para hacer queso. Todas eran amables conmigo excepto la madre superiora.

Un día, cuando entrábamos en fila a la capilla para la oración de la mañana, la madre me preguntó con su voz sonora:

—¿Haciéndote la elegante, Ada?

No entendí lo que quería decir. Me miré el vestido, los gruesos zapatos marrones.

—Hermana Rose —dijo la madre superiora—, después del rezo enseñe a Ada a anudarse correctamente el pañuelo de la cabeza.

—Puede ser un poco estricta —dijo más tarde la hermana Rose mientras me ayudaba a anudarme el pañuelo en la nuca, debajo del pelo—, pero no te preocupes. Es así con todo el mundo.

—No lo es —dije—. A ti y a Clementine os quiere.

Había visto a la madre superiora susurrar a la hermana Rose mientras le daba la comunión. Y durante el desayuno la había visto coger la compota de manzana de su plato para ponerla en el de la hermana Clementine.

—Llevamos años aquí —dijo la hermana Rose—. Será distinto cuando tomes los hábitos.

No estaba segura de si debía creerla, pero por las mañanas iba a catecismo y aprendía de la hermana Dolores sobre las vidas de santa Ana, santa Mónica y, por supuesto, la Virgen María. La hermana Dolores nos hacía memorizar a Burton y recitarlo en voz alta, y pronunciar aquellas palabras que tan bien conocía me hacía sentirme como una niña pequeña —«y ese niño huérfano que había criado a sus pechos era Jesucristo en persona, venido a predicar un nuevo evangelio»—, pero dejaba que las historias me consolaran igual que todas las otras cosas que había aprendido de memoria: el alfabeto, los nombres de las hierbas medicinales, los días de la semana, los meses del año.

También leímos un libro de un pastor, el reverendo Alfred Byrd, titulado *La justicia del Niño Bendito sobre la Tierra*. El reverendo Byrd había nacido esclavo en la plantación Mount Haven, en el estado de Georgia de los Estados Unidos de América, pero para cuando cumplió doce años ninguno de esos lugares existía ya. La plantación

fue lo que más duró: el viejo dueño sobrevivió a la gripe y resistió durante años después de que el gobernador y el presidente murieran y el edificio del gobierno fuera convertido en hospital primero y en depósito de cadáveres después. Pero con sus hijos jóvenes y fuertes muertos y las fuerzas del orden de la ciudad desaparecidas, era solo cuestión de tiempo que las personas a las que había esclavizado se sublevaran, quemaran la mansión vacía y huyeran. El reverendo Byrd y sus padres se instalaron en uno de los pueblos independientes cerca del río Kansas, al igual que otras muchas familias esclavas. Había tierra de sobra: campos en barbecho y casas vacías para quien las quisiera, siempre que estuviera dispuesto a enterrar los cadáveres que había dentro. Pero los esclavos liberados no tenían dinero para semillas de maíz o algodón, ni para caballos o arados. La mayoría de ellos, incluidos los padres del reverendo Byrd, se vieron obligados a trabajar de braceros para los granjeros blancos que aún quedaban y, a medida que se empobrecían, los granjeros blancos se enriquecían y empezaron a cultivar las tierras que habían dejado los muertos, de manera que al cabo de una generación el estado de Kansas se parecía a los antiguos estados sureños, con la única diferencia de que, sobre el papel, ahora la población negra era libre.

El reverendo Byrd escribió que las personas blancas que engañaban a las negras y las trataban como esclavos habían olvidado las enseñanzas de Jesús: «Cuando nace un niño en un hogar negro», escribió, «las gentes del pueblo, negras y blancas por igual, se congregan para recibir su bendición. Y sin embargo esas mismas gentes blancas que se reúnen a besar los pies del niño olvidan que también los hombres negros están bendecidos por Jesús».

En Fairchild no había granjas grandes como en Texas, y las pocas personas negras del pueblo eran comerciantes y pequeños granjeros, igual que las blancas. Pero era cierto que las familias negras vivían en la otra orilla del río, en una zona de la ciudad llamada Coralton, donde la tierra era pantanosa y menos indicada para la agricultura.

Yo apenas había prestado atención a este hecho cuando vivía en casa, pero ahora, alejada de las leyes tácitas que gobernaban el lugar, las veía con más claridad. Veía, por ejemplo, que los hijos de Benjamin Rockford, el tonelero, no iban a la escuela a pesar de estar en edad de estudiar; que el propio Rockford llevaba su negocio en un cobertizo contiguo a su casa y no en un comercio de la calle Mayor, que había visto a su mujer en el almacén de telas, en la

carnicería y la panadería, pero nunca tomando el té en casa de Ulla, de Susie o, ya puestos, en la mía.

Y también era cierto que cuando nacía un niño en Coralton las familias blancas se reunían igual que hacían en el centro de Fairchild, aunque al otro lado del río las casas eran más pequeñas, de modo que las personas a menudo tenían que quedarse de pie en los escalones de entrada y aguardar su turno para recibir la bendición del recién nacido.

Los sábados la hermana Dolores hacía la colada, de modo que, al no haber catecismo, yo tenía tiempo libre para ir a la biblioteca. Se suponía que tenía que estudiar teología: Burton o Viletti o *El diario de Eleonora Funt*, sobre una mujer que decidía que el niño Jesús le hablaba y se dedicaba a contárselo a todo el mundo, pero sobre todo a alcaldes y sacerdotes. Pero en la biblioteca había miles de libros, más de los que había visto yo juntos en un mismo lugar. Había herbarios mejores que el de madre, almanaques mejores que los del despacho del director de la escuela de Fairchild e historias de las colonias, de los Estados Unidos, de los años de la gripe de la década de 1830, de la caída de los gobiernos y la fundación de los Pueblos Independientes al oeste del Misisipí. Pero mis preferidos eran los libros de historia natural, con sus grabados hermosos y complejos del interior de personas y animales. Vi una porción de un riñón, una sección de un ojo; vi las cuatro válvulas y las cuatro cámaras del corazón; vi los veintisiete huesos diminutos que forman la mano. Vi también un pene diseccionado de modo que mostraba la carne esponjosa de su interior y todos los minúsculos tubos de los testículos. Vi una mujer abierta de piernas igual que había visto a innumerables otras, pero con cada pliegue y cada surco capturados por la pluma del dibujante, de modo que pude confirmar, con ayuda de un espejo de mano, algo que había sospechado: que, al menos por fuera, yo era igual que cualquier otra mujer. También vi las entrañas de una mujer: el saco elástico del útero con y sin un hijo dentro, las trompas con sus terminaciones ensortijadas, los ovarios como pequeños guijarros.

Pero ningún libro explicaba el porqué. Incluso Burton, quien tenía una explicación para todo, guardaba silencio respecto a por qué algunas mujeres podían tener hijos y otras no. Hablaba de aquellas «cuyos cuerpos rechazan la bendición de un hijo», pero también decía que Jesús amaba y guardaba personalmente a cada uno de los descendientes de los supervivientes de la gripe. Si Jesús nos amaba, ¿por qué permitía que nuestros cuerpos rechazaran Su bendición? Yo sabía que la explicación de la señora Spencer pasaría

por las malas artes de las brujas en contra de los designios de Cristo, pero ¿no había enviado Él la gripe para limpiar el mundo de maldad? ¿Por qué había dejado entonces a las brujas? No es que yo no creyera en el niño Jesús: rezaba como todo el mundo, siempre lo había hecho, cada vez que me sentía asustada, agradecida o dolorida. El año que madre estuvo enferma había rezado todos los días. El problema era que las enseñanzas del niño Jesús me resultaban insuficientes como explicación del mundo.

Había un libro en la biblioteca que afirmaba explicar los orígenes de la infertilidad y otras afecciones. Lo había escrito un tal doctor Edward Lively, cuyo nombre había oído yo antes porque algunas mujeres de la ciudad tenían un panfleto suyo sobre ejercicio físico e higiene mental. Este libro, sin embargo, se titulaba *Sobre la transmisibilidad de las enfermedades* y, al principio, me resultó interesante. El doctor Lively señalaba que la esterilidad, el pie varo y muchas otras dolencias se transmitían de abuelas a madres y de madres a hijos por vía sanguínea. «Cuando una mujer es yerma», escribía el doctor Lively, «por lo general hay una tía o una prima cercana que también lo es, lo que sugiere alguna clase de contagio familiar».

Esto me hizo preocuparme por mis hermanas, y confié en que el libro de Lively no cayera en manos de ningún vecino de Fairchild. En apartados posteriores, sin embargo, Lively afirmaba cosas que yo sabía que no eran ciertas, por ejemplo que los niños nacidos de un progenitor negro y otro blanco a menudo eran débiles y enfermizos debido a «estirpes incompatibles». A modo de demostración, el doctor presentaba una serie de grabados de ovejas y cabras con deformidades, las cuales, afirmaba, estaban causadas por el cruce de razas no complementarias.

Yo había visto a madre traer al mundo a dos criaturas en Coralton de madre negra y padre blanco y ambas eran fuertes y sanas. Además, sabía que tener madre y padre blancos no suponía protección alguna frente a la enfermedad o la deformidad, puesto que muchos niños nacidos en familias blancas de Fairchild no vivían más de un año. Cuanto más leía, más me recordaba el libro de Fairchild a las supersticiones de algunas comadres que afirmaban que sentarse a comer en la misma mesa que una persona negra podía hacer enfermar de gripe a un blanco. Metí *Sobre la heredabilidad de las enfermedades* al fondo de un estante, junto a un tratado sobre las bondades de la harina de avena.

—¿Se pueden conseguir más libros de ciencia? —pregunté a la hermana Thomas, la bibliotecaria.

Estaba en la cuarentena y tenía un rostro que cambiaba de feo a hermoso en función de la luz. La hermana Rose no sabía por qué había terminado la hermana Thomas en la orden del Santo Niño, pero había oído que había llegado esposada y escoltada por un sheriff.

—Esta biblioteca la he reunido yo misma —dijo la hermana Tom —. Tiene todos los libros que usan los estudiantes de medicina en Chicago y algunos más. ¿Qué estás buscando?

—Necesito conocer lo que causa las distintas enfermedades — dije.

—El *Manual de la transmisión de la gripe*, de Rawley, debería estar junto a la ventana, debajo de los registros de defunciones. Tiene otro dedicado a las fiebres reumáticas.

—No esa clase de enfermedades —dije—. Quiero conocer las causas de la esterilidad.

La hermana Tom apoyó los codos en la mesa.

—El librero nos puede conseguir los tratados más recientes sobre problemas del aparato reproductor —dijo—, pero cuestan dinero.

Madre me había dado veinte águilas de oro cuando me fui, pero el conductor de la carreta se las había quedado todas. «Mis honorarios», había dicho.

—No tengo dinero —le dije a la hermana Tom.

—No pasa nada —dijo—. Puedes trabajar para mí.

La biblioteca tenía un depósito en el sótano que yo no había visto, refrescado por efecto de la tierra de alrededor y con un ventanuco alto por el que se veía hierba y cabezas de dientes de león. Había cajas de madera que llegaban hasta el techo llenas de registros que se remontaban a la fundación del convento y libros demasiado valiosos y frágiles para estar expuestos al público. En el centro había una mesa, brillantemente iluminada por una lámpara de acetileno, con un tintero, un fajo de papeles y un volumen encuadernado a mano abierto por la mitad.

—Los monasterios importantes, como el de Saint Joseph —dijo la hermana Tom—, tienen imprenta. Pero cuando yo quiero hacer un libro tengo que copiarlo a mano. Luego el librero me los compra, o hacemos un intercambio.

Cerré el libro para ver la cubierta: *Sobre la regulación de la menstruación*.

—Mi madre me enseñó cosas sobre esto —dije—. Era… es partera.

—Bien —dijo la hermana Tom—. Entonces te resultará

interesante.

Después de aquello pasaba todo mi tiempo libre en el depósito, copiando el libro en un fajo de hojas sueltas tan delgadas que tenía que andar con cuidado para no rasgar el papel con la pluma. Tardé tres días en darme cuenta de lo que estaba copiando.

El libro empezaba de manera bastante inocente, con un capítulo sobre dolores y desarreglos menstruales. Al principio me irritó leer sobre mujeres cuyo mayor problema en este mundo era sentir algo de dolor unos pocos días al mes, pero también me reconfortaba copiar los nombres de hierbas que conocía. El segundo capítulo ofrecía remedios para los sofocos y la melancolía durante la menopausia. Pero el tercero se titulaba «Remedios para las fal-tas» y no necesité leer demasiado para saber de qué se trataba.

Yo tenía doce años cuando Susan Mill vino a ver a madre. Había visto a muchachas asustadas antes, muchachas con llagas en la entrepierna, muchachas encinta con hemorragias, muchachas con ojos a la funerala y cardenales en los brazos. Pero Susan, por lo común divertida, parlanchina, apenas en edad casadera, me asustó. Parecía un fantasma, caminando por nuestra casa a un paso tan quedo que no hacía ruido alguno y con la mirada perdida.

—Tengo una falta —dijo—. ¿Puede hacer algo para que me baje el período?

Yo no entendí a que se refería, pero madre sí. Dijo:

—¿Estás segura, Susan? Si lo que necesitas es dinero…

—No necesito dinero —dijo Susan.

—Si es un hombre casado no pasa nada, que lo sepas. Puede que la esposa se enfade, pero ahora que estás encinta todos te apoyarán. El padre tendrá que llevarte a su casa, si es lo que tú quieres. Ahora tienes tú el poder.

Entonces Susan miró a madre con una expresión que nunca olvidaré, de total desprecio.

—Si no puede ayudarme, señora Magnusson —dijo—, dígalo.

Supuse que madre se enfadaría —no le gustaba que nadie le hablara en mal tono—, pero se limitó a asentir y a decir:

—Apréndete esto de memoria porque no lo voy a escribir.

A continuación explicó cómo llegar hasta una peluquera en Oxford y le dijo a Susan que, una vez allí, preguntara por una mujer llamada Saphronia y llevara cincuenta águilas de oro, cinco veces lo que cobraba madre por un parto.

Después, cuando le pregunté qué iba a hacer Susan, madre me

explicó que a pesar de lo que nos habían enseñado en la escuela, sí había una forma de poner fin a un embarazo, pero era peligrosa, porque quien la pusiera en práctica o quien se sometiera a ella podía terminar en la cárcel, o algo peor. De forma que cuando una mujer se decidía a hacerlo era porque le había ocurrido algo muy muy malo.

—¿Qué le pasó a Susan? —pregunté.

Madre dijo que aún no lo sabía, pero durante los tres días siguientes la vi cuchichear con sus amigas, la señora Olsen, la señora White y la señora Barrow, y cuando Susan volvió de Oxford madre la ayudó a conocer a un hombre que era minero y ese hombre se casó con ella y se la llevó con él a un territorio de minas de plata y nunca volvió a Fairchild mientras yo viví allí. Y cada vez que alguien comentaba que era una lástima que los Mill ya no vieran a su hija, la mirada de madre se volvía fría como el hielo.

—Sé de qué trata su libro —le dije a la hermana Tom.

Estaba cambiando de estante las biografías de santos. La hermana Clementine siempre las desordenaba.

—¿Y?

No estaba segura de si debía temer a la hermana Tom. Era posible que quisiera tenderme alguna clase de trampa, buscarme problemas con la madre superiora. Mi situación en el convento del Santo Niño seguía siendo incierta; sabía que mientras no tomara los hábitos la madre superiora podía echarme de una patada si quería y entonces no tendría adonde ir. De manera que di la respuesta más segura que se me ocurrió.

—¿Lo sabe la madre superiora? —pregunté.

La hermana Tom se limitó a sonreír. No fue una sonrisa cruel, pero tampoco fácil de interpretar.

—Te sorprendería todo lo que sabe la madre superiora —dijo.

Aquello no me aclaró gran cosa.

—No quiero que me echen —dije.

La hermana Tom me hizo un gesto para que me sentara. Casi era la hora de vísperas. La biblioteca estaba vacía, a excepción de nosotras, y la luz de las ventanas era tenue. Unos mechones de pelo se habían escapado de la toca de la hermana Tom. Eran del color del trigo.

—¿Sabes por qué vine aquí? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Estaba aprendiendo un oficio con mi madre, igual que tú —

dijo—. Pero mi madre era lo opuesto a la tuya. Las muchachas y las mujeres acudían a ella cuando estaban en un lío y ella les hacía abortos.

Asentí con la cabeza como si no estuviera sorprendida, pero lo estaba. Creía que todas en el convento eran yermas, como yo. Y entonces pensé en Saphronia, la mujer a la que había acudido Susan en Oxford. Yo había imaginado una vieja bruja como la del libro de cuentos que usaba para asustar a Janie y a Jessamine en las noches de octubre, con largas uñas y dientes saltones. Pero por supuesto una abortista podía ser una mujer como madre, podía tener sus propios hijos.

—El sheriff me obligó a ver cómo ahorcaban a mi madre —dijo la hermana Thomas—. Todas las jóvenes del pueblo tuvieron que presenciar la ejecución. Mi madre era un ejemplo de lo que ocurre cuando te apartas del camino del niño Jesús y la Virgen María.

Su voz era tan fría que me helaba la sangre, tan amarga que me parecía notar el sabor de hiel en la boca.

—Pero el sheriff me dio a elegir —dijo—. Entre el convento o la cárcel. Le daba igual cuál elegía. En cualquier caso ningún hombre querría casarse conmigo, no tendría hijos. Nunca volvería a vivir entre personas corrientes.

Entonces la hermana Tom sonrió.

—Esto es una cárcel —dijo—. Así que no tienes por qué preocuparte. Ya estás aquí.

Por supuesto, podría haberme negado. Podría haberle dicho a la hermana Tom que se buscara a otra y pasar mis horas libres con la hermana Rose estudiando el *Libro de oraciones diarias de la mujer célibe*. Pero sentía curiosidad, quería descubrir qué era lo que sabía aquella mujer de Oxford tan secreto y peligroso que madre ni siquiera quería hablar de ello. De manera que mi vida de delincuencia comenzó allí, en la casa de Dios, con una pluma que perdía tinta en lugar de una pistola; y libros en lugar de plata a modo de recompensa.

Por el libro de la hermana Tom supe de una mujer de Rapid City cortejada por un hombre con el que no se quería casar, que la forzó y la dejó encinta; la mujer bebió hojas de tejo negro y abortó a las trece semanas, después tuvo dos niños sanos con otro hombre. Leí sobre una mujer enferma con azúcar en sangre, cuya partera le dijo que tener un hijo seguramente la mataría; se bebió una mezcla de hierba lombriguera y mantilla clarificada, abortó y sobrevivió. Leí acerca de una mujer cuyo padre la dejó embarazada y comprendí por qué Susan Mill había mirado de aquella manera a madre y por

qué se marchó de Fairchild.

Leí también acerca de una mujer que bebió sosa cáustica para poner fin a su embarazo y murió. Leí sobre una mujer que bebió aguarrás para poner fin a su embarazo y murió. Leí sobre una mujerque no encontraba quien la ayudara, aunque acudió a tres pueblos diferentes y preguntó a siete parteras, un herborista e incluso un dentista, de modo que intentó hacerse un aborto ella misma usando una aguja de calcetar, se desangró y murió. Había pensado que nunca volvería a sentirme afortunada, pero sentada sana y salva en el depósito de la biblioteca mientras leía cómo sangraba una mujer un día y una noche enteros, así fue.

Cuando terminé de copiar el libro, la hermana Tom se lo dio al librero que recorría con su carromato la carretera entre Denver y Chicago a cambio de *Sobre las causas y el tratamiento de trastornos femeninos*, del padre Boniface Malvey, sacerdote y médico. La hermana Tom me dejó cortar las páginas; mientras lo abría por la primera el corazón se me salía del pecho.

Pero el padre Malvey enseguida me decepcionó. Decía que el remedio más adecuado para los fibromas uterinos era beber una solución de agua y grasa de tocino a partes iguales, algo que yo sabía que no curaba nada. Decía que salir de casa en noches de luna llena podía adelantar un parto, algo que hasta las viejas comadres de Fairchild sabían que era una superstición tonta. Y en lo referido a la esterilidad, enumeraba las siguientes causas posibles: madre frígida o irresponsable, vestir ropas masculinas en la juventud, abusar de alimentos especiados o amargos y dedicación excesiva a ocupaciones impropias de mujeres, como la contabilidad.

«Conocí a una joven, la cual, debido a que su padre era un fracasado y un bebedor, se veía obligada a llevar las cuentas de la granja familiar», escribía el padre Malvey. «Fue incapaz de concebir un hijo hasta que se persuadió al padre de que asumiera sus responsabilidades, momento en el cual se quedó encinta y al poco tiempo fue feliz madre de gemelos.»

—No creo que el padre Malvey sepa de qué habla —le dije a la hermana Tom.

—El librero me dijo que es lo mejor que hay sobre el tema —dijo la hermana Tom—. La facultad de medicina de Chicago acaba de comprar cinco ejemplares.

—Qué suerte para el librero —dije—. Y para el padre Malvey.

La hermana Tom esbozó una media sonrisa.

—Creo que necesito algo escrito por una maestra partera —dije —. Alguien que haya traído niños al mundo.

—Veré lo que puedo hacer —dijo la hermana Tom—. Pero si el librero tiene que buscar mucho, nos costará más dinero.

Necesité tres semanas para copiar suficientes libros para pagar el *Manual de dolencias femeninas* de la señora Alice Schaeffer y otras seis para que el librero me lo trajera de regreso de Denver. En el convento, la primavera dio paso al verano. Los domingos los servicios religiosos se oficiaban en el prado, para que presenciáramos la fecundidad de la madre tierra. A continuación la madre superiora nos dejaba coger geranios y rudbeckias y repartirlas en jarras y vasos por el refectorio, y esos pequeños toques de alegría nos embriagaban de felicidad, nos hacían reír durante la merienda con chistes que habrían resultado ridículos a mis amigas de Fairchild, sobre la torpeza de la hermana Martha durante la catequesis, como una vez que aventuró que san Ignacio debía de ser el patrón de las comadrejas. Mis pensamientos en todo momento seguían dos caminos distintos. Había llegado a sentirme en paz en el convento; ya no me despertaba cada mañana esperando ver a mi hermana en la cama contigua y ya no lloraba al ordeñar a las vacas. Esperaba con ilusión hacer votos en septiembre y cambiar la túnica gris por el hábito negro. Pero sentía un vacío en la cabeza y en el corazón, que entendía que la hermana Clementine y algunas de las monjas devotas llenaban con el niño Jesús, pero que en mi caso ningún relato podía colmar, y mucho menos uno en el que yo no tomara parte. Yo, que no podía ni tener un hijo ni, encerrada en un convento, dedicarme a lo que mi madre me había enseñado a hacer y de esa manera ayudar a niños a venir al mundo. Así que pensé que podría aprender de la señora Schaeffer.

Por supuesto una parte de mí tenía la esperanza de que la señora Schaeffer conociera un remedio para la esterilidad. Me imaginé cogiendo hierbas y corteza de árboles del bosque cercano al convento y remojándolas en alcohol, tal y como hacía madre cuando necesitaba algo que el herborista no tenía. Pero ¿cómo sabría que el remedio había surtido efecto? Tendría que buscar de nuevo un hombre y encontrarme con él en el momento preciso durante varios meses, y si nada ocurría no sabría si el problema era la tintura o él o yo. E incluso si me curaba, si concebía y daba a luz a una criatura, ¿querría volver a mi antigua vida? ¿Regresaría a Fairchild con mi hijo a la cadera, triunfal? Me imaginaba la cara que pondría mi madre si le llevaba un nieto a casa: la sorpresa, el desconcierto que revelaría su rostro antes de abandonarse a la alegría. Me dolía el pecho solo de pensarlo. Pero cuando la sorpresa se disipara, cuando el sheriff y Ulla me pidieran perdón y mi

marido me suplicara que lo dejara volver conmigo (probablemente le diría que no, aunque algunas noches mi determinación flaqueaba) y me encontrara llevando una vida cómoda de esposa y madre, no me veía satisfecha.

Quería comprender lo que era la infertilidad: cómo se concebía un hijo en el vientre de una mujer y qué era aquello, externo o interno, que se interponía en su nacimiento. Solo entonces conocería la paz que da saciar el ansia de conocimiento. Y podría enseñar a otras personas lo que sabía. Recordé lo que había dicho madre de que no se puede arrebatar a una persona sus creencias sin más. Había que darle algo a cambio.

Supe que me gustaba la señora Schaeffer en cuanto leí su capítulo dedicado al aborto. «Hay quien dice que una mujer puede provocar un aborto acostándose con un hombre que no es su marido», escribía. «Es necedad. Para el niño no es importante con quién se acueste su madre, aunque para esta sí puede serlo, y mucho.»

Por la señora Schaeffer supe que los dolores fuertes que sufren algunas mujeres pueden ser causados por el crecimiento de tejido rico en sangre del útero en otra parte del cuerpo y que las semillas de lino trituradas y añadidas al café pueden aliviarlos si se toman con regularidad. Aprendí que una mujer con cáncer de pecho no debe tomar semillas de lino, ni soja ni brotes de alfalfa, y que el mejor tratamiento es extirpar ambos pechos a la vez y no limitarse a extirpar el bulto, como había hecho el doctor Gray en Fairchild con la señora MacLeish, quien murió al verano siguiente. Aprendí que si el parto de una mujer no progresa, es posible abrir el útero con un cuchillo muy afilado, sacar al niño y coser a la madre, y que la señora Schaeffer había realizado diecisiete operaciones de este tipo con éxito en sus años de profesión. Cuando llegué a la sección dedicada a la esterilidad, el corazón se me aceleró.

«El fracaso a la hora de concebir un hijo es más común de lo que piensa la mayoría de la gente», escribía.

> Yo misma he visto a más de una docena de mujeres con esta afección. Son muchos los que creen que tiene causas sobrenaturales, lo que explica por qué tantas mujeres sin hijos han sido encarceladas o ahorcadas por brujería, incluso hoy, cuando la gente común se considera instruida y moderna. Creo que la dolencia tiene causas múltiples, todas ellas naturales. Muchachas con malnutrición a menudo dejan de tener el mes y por tanto no pueden quedarse encinta; una

dieta adecuada casi siempre soluciona el problema. Otros casos son más complicados. En nuestro consultorio de Pagosa Springs vimos una vez a una mujer de veintidós años que no conseguía concebir después de cinco años de casada. Aunque estaba sana y bien alimentada, nunca había tenido la menstruación y el examen físico reveló una formación inusual de la vagina. También vimos a cinco mujeres que no parecían tener dolencia física alguna, pero cuyos maridos habían tenido paperas o fiebres reumáticas en su juventud. Tres de estas mujeres tuvieron después hijos con otros hombres, lo que sugiere que las fiebres a edad temprana pueden causar infertilidad en los hombres. Por desgracia ha sido difícil demostrar esta teoría por no disponer de hombres que se dejen examinar.

En la mayoría de los casos de imposibilidad para concebir, sin embargo, no hemos encontrado nada anormal en la historia médica de la mujer ni en la del marido. Seguimos estudiando esta dolencia y confiamos poder incluir nuestras conclusiones en futuros manuales. Invitamos a cualquier mujer u hombre que no haya logrado tener descendencia a visitar nuestro consultorio para que estudiemos su caso.

Dejé el libro en la mesa de la hermana Tom.

—¿Dónde está Pagosa Springs? —pregunté.

—Al oeste, en las montañas, cerca del territorio de Ute —dijo—. ¿Por qué?

Me senté en la silla enfrente de ella. Miré a mi espalda antes de hablar. Sabía que las hermanas murmuraban, porque me había enterado de quién fumaba cigarrillos y quién guardaba un alijo secreto de vino de comulgar. Pero no sabía de nadie que quisiera lo que quería yo.

—¿Podría llevarme hasta allí el librero? —pregunté—. Le pagaría. Copiaría todos los libros que quisiera.

La hermana Tom sonrió, pero negó con la cabeza.

—No hay dinero en el mundo que le compense hacer ese viaje —dijo—. ¿Y si alguien descubre de dónde has salido? Todos saben por qué entran las jóvenes en los conventos, Ada. Es el motivo por el que no suelen salir.

—Así que es imposible —dije.

—Yo no he dicho eso —dijo—, pero el librero no puede ayudarte. Yo tampoco. Pero la madre superiora quizá pueda, si

quiere.

Esa misma semana la madre superiora me había regañado por acarrear la leche en dos cubos pequeños en lugar de en uno grande.

—Siempre tienes que ser distinta —había dicho—. Ahora la hermana Grace tendrá más cubos que lavar.

—No creo que la madre superiora quiera ayudarme —le dije a la hermana Tom.

Se limitó a encogerse de hombros.

—No lo sabrás hasta que se lo pidas.

La celda de la madre superiora se parecía a la que compartía yo con la hermana Rose: la cama en un rincón, hecha con esmero; el nacimiento sobre ella de madera toscamente tallada, con María y José poco menos que formas curvas alrededor del niño Jesús; un ventanuco que daba a los pastos. La única diferencia era la mesa, a la que estaba sentada, con otra silla delante para que me sentara yo y, en la pared opuesta al nacimiento, una pintura de santa Juana de Arco con armadura, arrodillada rezando. Esto era inusitado; alguna de la hermanas de más edad tenía cuadros religiosos en sus paredes, pero eran casi siempre de santa Mónica o de alguna otra de la lista de madres santas que yo había tenido que memorizar para la catequesis. Si reconocí a Juana de Arco fue por la señora Covell, de Fairchild. Descendía de comerciantes quebequeses y nos enseñó la historia de santa Juana, quien murió por su Dios cuando era casi tan joven como nosotras. Más tarde supe que algunos padres se quejaron, y Janie y Jessamine nunca llegaron a aprender quién era santa Juana.

—Es un cuadro muy bonito —le dije a la madre superiora.

—Santa Juana no era bonita —dijo—. ¿Qué quieres, Ada? Sé que no has venido a verme solo para charlar.

Desde mi llegada al convento no había hecho otra cosa que obedecer. Había leído la Biblia y memorizado docenas de versículos, incluido el número 31 de los Proverbios, a pesar de que no estaba en mi destino convertirme en esposa virtuosa ni de ninguna otra clase, en realidad. Me levantaba todos los días antes del amanecer para ordeñar las vacas; en maitines, laudes y vísperas inclinaba la cabeza en oración. Mantenía mi celda ordenada y mi túnica impoluta. Quise decirle a la madre superiora que odiar a alguien sin motivo alguno tenía que ser pecado.

Pero lo que dije fue:

—He estado estudiando.

Levantó las cejas.

—Eso he oído.

—He estado leyendo el libro de una maestra partera que ha investigado mi enfermedad —continué—. El problema es que vive en Pagosa Springs.

—¿Y?

Me obligué a mirarla a los ojos.

—Me gustaría ir, madre —dije.

—¿Por qué? —preguntó.

—Quiero descubrir por qué soy yerma.

—Te refieres a que quieres encontrar una cura —dijo.

—No —dije—. Al menos no para mí. Solo quiero entender.

—Eso es muy noble —dijo—. ¿Te has parado a pensar que tal vez harías mejor uso de los talentos que te ha dado el niño Jesús si te dedicaras a entender las escrituras?

—Madre —dije—. He visto ahorcar a una mujer por ser yerma. Si me hubiera quedado en casa de mi familia también me habrían ahorcado a mí. Imagine cómo serían las cosas si la gente entendiera lo que es la infertilidad, al menos un poco. Piense en cuántas mujeres vivirían.

La madre superiora se quitó los lentes. Sin ellos, sus ojos eran más pequeños; su cara parecía más anciana y más amable. Se frotó el puente de la nariz.

—Cuando me hice monja —dijo—, mi intención era fundar una escuela. Las hermanas serían las profesoras, de modo que niños y niñas aprenderían a leer y a escribir y también el catecismo de mujeres yermas. Pensaba que si nos hacíamos maestras, los niños aprenderían a no tenernos miedo, y cuando se hicieran mayores y se convirtieran en sheriffs y alcaldes y madres, estaríamos más seguras.

—¿Y funcionó? —pregunté.

La madre superiora levantó una ceja.

—¿Ves algún niño por aquí?

Era difícil imaginarlo: niñas riendo en los pasillos silenciosos, niños jugando a sheriffs y forajidos en el prado. El convento del Santo Niño formando parte del mundo, no escondido de él.

—Vinieron a estudiar con nosotros tres niños y cuatro niñas —dijo la madre superiora—. Todos eran de familias granjeras pobres de las montañas. La mayoría no había ido nunca a la escuela. Una de las niñas tenía trece años y no sabía leer.

»Les dimos clase durante tres meses, desde que terminó la

cosecha hasta que llegaron las nieves. En ese breve espacio de tiempo aprendieron mucho, estaban ávidos de saber. La niña era capaz de leer hasta el salmo veintitrés.

»Un día de principios de año se presentó aquí el sheriff de Laramie con tres ayudantes. Estábamos en pleno catecismo. Por entonces solo éramos tres: la hermana Dolores, la hermana Carmen —no has llegado a conocerla— y yo. Nos esposaron delante de los niños. Dijeron que no éramos mujeres, sino brujas enviadas por el Demonio para corromper sus mentes. Vi con qué facilidad les creían los niños. Cuando nos llevaban presas, la niña de trece años me escupió a la cara.

La madre superiora esposada. Me costaba trabajo imaginarlo.

—¿Fueron a la cárcel? —pregunté.

—Estuvimos presas cinco años —dijo—. La hermana Carmen enfermó de tuberculosis y murió. Después de aquello, a la hermana Dolores y a mí nos soltaron. Cuando volvimos al convento, alguien había ensuciado las paredes de mierda. Tardamos días en limpiarla. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Lo siento —dije—. No estoy segura.

—El saber puede ser muy valioso —dijo—, pero solo si las gentes lo quieren. Si no lo quieren, puede ser peor que inútil.

—Entiendo —dije, aunque no era así.

Me mandó callar con un gesto de la mano.

—Puedes elegir —dijo—. Puedes quedarte aquí e intentar llevar una vida piadosa, o puedes irte a las montañas, al Agujero en la Pared.

Pensé en las historias que había oído sobre la banda del Agujero en la Pared, proscritos que robaban bancos y carretas en todos los territorios.

—¿Qué quiere decir? —pregunté—. ¿Cómo podría unirme yo al Agujero en la Pared?

—Al poco de volver al convento vino a vernos un hombre joven, de unos veinte años. Nos pidió asilo. No supimos cómo se llamaba —se negó a aceptar un nombre cristiano o a decirnos el de pila—, así que le llamábamos solo Kid, el Niño.

Recordé las historias del sheriff Branch sobre Kid, un hombre alto como un pino y fuerte como un oso que en una ocasión le quitó a un alguacil el sombrero de la cabeza de un disparo de espaldas desde su caballo.

—¿Les robó? —preguntó.

La madre superiora pareció irritada.

—¿Por qué iba a robarnos? No teníamos nada de valor a excepción de techo y comida, que le dimos gratis. Se quedó unos meses, luego siguió camino. Pero no lo hemos olvidado, y él a nosotras tampoco. De vez en cuando envío a alguien al Agujero en la Pared. Tú eres joven, sana y terca; es posible que te acepten.

No estaba segura de para qué iba a querer la banda del Agujero en la Pared a una muchacha, pero las respuestas que se me ocurrieron no eran nada halagüeñas.

—Con todo mi respeto, madre, no estoy en condiciones de ser la esposa de ningún hombre, aunque sea un proscrito.

Entonces la madre superiora sí sonrió un poco.

—No serías una esposa, hermana Ada. Serías una proscrita también.

Se puso de pie y yo hice lo mismo.

—Tengo entendido que ya has hecho algún negocio con el librero —dijo—. Te puede llevar hasta allí, si es lo que decides. Tengo entendido que sus precios son razonables.

—Gracias —dije, porque no se me ocurría otra cosa.

—No me des las gracias —dijo—. No te estoy haciendo un favor. Y recuerda una cosa antes de irte: es posible que este lugar no te guste, pero en él estás a salvo. Si te vas al Agujero en la Pared, no lo estarás. Y otras personas tampoco estarán a salvo de ti.

Sonreí.

—No creo ser una gran amenaza —dije.

—Llévate el libro de oraciones —dijo—. Quiero quedarme con la sensación de que te hemos enseñado algo.

TRES

Viajé al Agujero en la Pared con doscientos ejemplares de *Relato de una joven novia*, de doña Eglantine Cooper (una recién casada descubre que su marido tiene cinco hermanos, cada cual más fornido y depravado; muchas de las acciones descritas eran anatómicamente improbables, por no decir imposibles, pero lo devoré), cien ejemplares de *Una temporada en las montañas Rocosas*, de Geoffrey Cragg (aburrido, a excepción de un capítulo sobre cómo matar y comerse una marmota), un surtido variado de obras de ficción y no ficción menos conocidas y cincuenta y nueve ejemplares de *Sobre la regulación del flujo menstrual*, todos los había copiado yo misma. En mi morral llevaba un ejemplar del *Manual de dolencias femeninas* de la señora Schaeffer, que la hermana Tom me había permitido quedarme y que llevaba pegado a mí igual que llevaba Bee una muñeca que madre le rellenó de lavanda y agujas de pino secas para darle un aroma calmante.

Dormí tres noches escondida entre los libros mientras el librero bebía cerveza y comía pastel de carne en las fondas. La mañana del cuarto día me despertó de un sueño en el que aún vivía con mi marido, quien me había encerrado en el gallinero hasta que le diera un hijo. A mi alrededor, las gallinas cloqueaban y se peleaban, destrozándose a picotazos. De una quedaban casi solo los huesos.

—¿Conoces a un tal sheriff Branch? —me preguntó el librero.

El susto de oír aquel nombre me espabiló de golpe.

—¿Por qué? —pregunté.

—Alguien de la fonda de Albertine ha dicho que un tal sheriff Branch ha llegado desde Fairchild ofreciendo quinientas águilas de oro por la captura de una bruja. Dice que se llama Ada. ¿No te llamas tú Ada?

Trate de pensar con rapidez.

—Yo soy de Spearfish —dije—. Y Ada no es mi nombre de pila, me lo pusieron en el convento. Por santa Ada, patrona de las parteras.

No tenía ni idea de si existía santa Ada y confié en que el librero

tampoco. Tenía una cara delgada y nerviosa y me miraba con interés renovado y ojos entornados.

—Si yo tuviera que huir de un sheriff, puede que me escondiera en un convento —dijo—. O quizá me iría al Agujero en la Pared.

No tenía dinero que ofrecer al librero, desde luego no tenía quinientas águilas.

—Ya te he dicho que no conozco a ese sheriff Branch —dije para ganar tiempo.

Todo lo que sabía del librero era que le compraba libros a la hermana Tom y que no había muchas personas que poseyeran libros como el *Manual de regulación del flujo menstrual* y mucho menos que estuvieran dispuestas a copiarlo. Libros como aquel, comprendí, podían ser valiosos, quizá más de lo que cobraba por ellos la hermana Tom.

—Escucha —dije—, supongamos que soy la bruja de la que están hablando. Supongamos que encuentras al sheriff Branch y me entregas. Te ganarías diez monedas de oro. Pero ¿crees que la hermana Tom va a estar contenta cuando se entere de que te pagó por llevarme a un sitio y lo que hiciste fue venderme? Hay más libreros aparte de ti. Encontrará otro comprador para sus libros, quizá uno que pague mejor. ¿Tú tienes a alguien más que te haga lo que necesitas?

Intenté disimular el miedo mientras el librero sopesaba sus opciones. Pensé en si podría hacerle daño en caso de que intentara retenerme, si podría sacarle los ojos o clavarle la rodilla en la entrepierna y escapar. Pero ¿dónde iría?

—Vuelve a esconderte detrás del *Relato de una joven novia* —dijo al fin—. Hoy tenemos mucho camino que recorrer.

Pasé el día entero encogida en la carreta, preocupada. Por un lado, si el sheriff Branch me estaba buscando, quizá significaba que Fairchild seguía pendiente de mí y sus gentes no habían trasladado su ira a mi madre y a mis hermanas. Pero por otro, si el sheriff había ido hasta allí en mi busca, más lejos de casa de lo que ni yo ni mis hermanas ni ninguna de mis amigas habíamos estado nunca, entonces quizá no se detuviera hasta encontrarme. Ni siquiera el Agujero en la Pared estaría lo bastante lejos.

Cuando caía la noche, oí ruido de tablones de madera entre los cascos del caballo, me asomé por la parte trasera de la carreta y vi que cruzábamos un río ancho y de aguas tranquilas. Una vez en la orilla contraria —una gravilla fina que crujió a nuestro paso—, el terreno empezaba a descender. Rocas rojas sobresalían de la pradera en extraños ángulos y pájaros de gran tamaño volaban en

círculos entre las colinas, saliendo y entrando de la luz, y mudos. La carretera se estrechó y durante horas la carreta traqueteó por rocas y matorrales en un terreno tan agreste que no vi una sola cerca que indicara presencia humana. Por fin nos detuvimos y el librero se giró en el pescante y dijo:

—Aquí nos separamos.

Miré a mi alrededor. Más allá de la carreta era todo oscuridad, la única luz procedía de una luna con forma de uña de gato.

—Esto es un desierto —dije.

—No dejan acercarse a nadie al campamento —dijo el librero—. Por lo general mandan a un centinela a la carretera a esperarme. Esta noche no. Tendrás que encontrar el camino tú sola.

—¿Y cómo sé por dónde tengo que ir? —pregunté.

—Bueno…, por ahí no es —dijo señalando la carretera a nuestra espalda—. Así que probablemente será por ahí.

Me dejó coger dos tiras de cecina de antílope y un puñado de bayas de búfalo secas.

—Que el niño Jesús te proteja —dijo no sin amabilidad, cuando yo ya había echado a andar en la noche.

Al cabo de un rato se me acostumbraron los ojos a la oscuridad y vi que a mi izquierda la carretera descendía hacia un valle más suave y empinado, cuya profundidad no logré calcular. Me mantuve pegada a la derecha, al borde rocoso donde la carretera se encontraba con la montaña. Oí los cascos del caballo del librero a lo lejos, y a continuación nada, a excepción del chirrido de las langostas de verano y los latidos de mi sangre en los oídos.

La carretera parecía serpentear valle abajo y al cabo de un rato la pendiente dio paso a tierra más llana. Sentí frío en el aire y un cambio en las formas del paisaje; vi las estrellas reflejadas en la superficie quieta de un estanque. No había bebido agua desde que el librero volvió de la fonda aquella mañana. Me arrodillé y junté las manos en forma de cuenco. El estanque sabía a tierra, pero bebí ansiosa. Me senté en la arena blanda de la orilla y me comí las bayas y una de las tiras de cecina. Una rana se alejó saltando de mí y su croar era como pellizcar la cuerda de un instrumento. Luego oí el susurro de algo mucho más grande en la hierba alta, algo que espantó a otras ranas, que saltaron al agua, e hizo que un pato echara a volar entre graznidos.

Madre siempre decía que los animales salvajes se asustaban con la voz humana, así que grité y agité los brazos. Pero en Fairchild los únicos animales salvajes que había eran osos negros y algún que otro coyote. Aquí podía haber osos grises y lobos y pumas. Tenía la

impresión de llevar horas caminando y, hasta el momento, no había visto indicio alguno de vida humana. Empecé a preguntarme si el librero no me habría mentido, si su intención desde el primer momento no habría sido quedarse mis libros, abandonarme en un lugar deshabitado y seguir camino.

—¿Hola? —grité.

Solo me respondieron el susurro de la maleza junto a la carretera y más animales nocturnos huyendo o acercándose. Eché a correr. Grité y corrí y grité hasta quedarme ronca y sin fuerza en las piernas. Entonces me arrodillé en el camino, que a aquellas alturas no era más que un sendero apenas lo bastante ancho para mis dos rodillas, jadeé y me comí el segundo trozo de cecina, luego volví a correr y a gritar.

Tenía la garganta en carne viva y todo el cuerpo dolorido cuando, en la oscuridad, a la izquierda del camino, oí a alguien que tocaba el violín. La música era alegre y soñadora a la vez, una melodía que no conocía pero que me recordó a las historias que nos contaba madre cuando éramos muy pequeñas, sobre barcos pirata de antes de que existiera América, sobre elfos y duendes que se reunían por las noches en el bosque. Temí haber perdido la razón y estar soñando o imaginando aquel sonido, pero, a falta de otra cosa por la que guiarme, no tuve más remedio que seguir el rastro de la canción.

Bajé como pude por una pendiente empinada a través de espesos arbustos que me arañaron las piernas, pero el volumen del violín aumentó y no tardé en ver a lo lejos el parpadeo de una hoguera, e incluso oí voces que gritaban y reían. Pocos minutos después vi el fuego, alto como un hombre y ancho como una carreta, y también a la persona que tocaba, de pie e iluminada por su resplandor, con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia arriba como si rezara mientras movía con brío la mano del arco. Tenía pelo oscuro y piel morena e iba adornada de la cabeza a los pies con guirnaldas de flores silvestres, rudbeckias, centauras y claveles de poeta. Di unos pasos para acercarme sin saber muy bien cómo anunciarme o si debía siquiera hacerlo y entonces, apoyadas contra un árbol a menos de diez metros de mí, vi a dos personas besándose y tocándose con una avidez que yo solo recordaba tenuemente de los primeros días de mi matrimonio. La mujer era de baja estatura y caderas anchas, con una espesa melena negra y una corona hecha de flores. Su amante tenía un cuerpo alto y esbelto y pálido, y los delgados dedos con los que le tocaba el pelo eran de movimientos casi delicados.

Me escondí detrás de un árbol. No era tan tonta como para

interrumpir a una pareja de desconocidos besándose en un lugar extraño. Me asomé desde detrás del tronco y vi las sombras gigantescas de bailarines proyectadas en el suelo por la luz de la hoguera, y a continuación a los bailarines: un hombre alto con una pelliza rematada con campanillas y una mujer con vestido de percal y el pelo recogido en dos pulcras trenzas. La mujer en concreto era una bailarina consumada, saltaba y giraba en los brazos de su compañero y, cuando este la soltó, trazó una serie de volteretas hacia atrás que incluso los amantes vitorearon. Cuando terminó sus acrobacias, aterrizó con naturalidad sobre ambos pies como si hubiera estado jugando a la rayuela, y su semblante a la luz de la hoguera era a la vez serio y gozoso.

Por último, sentada en una mecedora de madera junto a la hoguera vi a una persona apuesta, de piel oscura, con sombrero de copa y una levita como la que se ponía el alcalde de Fairchild los días de fiesta. De los hombros de esta persona caía hasta el suelo una capa hecha enteramente de flores, amarillas, naranjas, azules y moradas, tan grande y compleja que para coserla debían de haber hecho falta muchos días y muchas manos.

La persona bebía de una copa de champán, y cuando el bailarín de las campanillas se acercó para rellenarla y los dos se inclinaron un poco hacia las llamas mientras el bailarín vertía el líquido, vi que el sombrero de la persona era de vaquero e idéntico al que se decía llevaba siempre Kid. La persona dio un sorbo, rió por algo que dijo el bailarín de las campanillas y puso los ojos en blanco con teatralidad. ¿Acaso era Kid y aquellas personas su banda? ¿O me había topado con un grupo de gente celebrando alguna cosa en territorio del Agujero en la Pared? Estaba planeando cómo acercarme para resolver estos interrogantes cuando alguien me cogió de la muñeca y me arrastró a la luz de la hoguera.

—Mirad —dijo, era una mujer pelirroja con la cara muy maquillada y vestido escotado y con mucho vuelo, de cabaretera—. ¡He capturado a una infiltrada!

El violín dejó de tocar. Los bailarines me miraron. La pareja se separó para volverse hacía mí.

—No soy una infiltrada —dije—. Me llamo Ada. Vengo de las hermanas del Santo Niño. Me manda la madre superiora. Me dijo…

La persona de la capa dejó la copa de champán en el suelo.

—Agnes Rose, sé amable. Llevo mucho tiempo esperando a esta dama. —La persona se puso de pie y me tendió una mano elegante y de largos dedos.

—Hermana Ada, bienvenida al Agujero en la Pared.

—¿Eres Kid? —pregunté.

La persona se rió, con un sonido intenso y melifluo.

—He tenido muchos nombres —dijo—, pero ese es por el que más se me conoce hoy.

—¿Y la banda? —pregunté.

En las historias que había oído, acompañaba siempre a Kid una banda de al menos doce hombres fornidos, proscritos curtidos por cuya captura se ofrecían recompensas de quinientas águilas de oro por cabeza.

—La tienes delante —dijo Kid abriendo mucho los brazos—. En todo su esplendor.

—¿Quién es? —preguntó uno de los amantes, la mujer de la corona de flores—. No nos habías dicho nada de una nueva recluta.

—Eso es porque aún no lo es —dijo Kid—. Le dije a la madre superiora que la acogeríamos como invitada y decidiríamos si se queda o no.

—¿Y no se te ocurrió preguntarnos a los demás? —preguntó la bailarina—. Si se queda, será una boca más que alimentar y una persona más que recorrerá los territorios a lomos de nuestros caballos, a la que pueden ver rancheros, abogados y a saber quién más. Y eso si es de fiar. ¿Cómo sabes que no trabaja para el sheriff Dempsey? Después de la que armaste el mes pasado, seguro que ha ofrecido recompensa a quien nos capture.

—Me gusta su aspecto —dijo Agnes Rose, la que me había sacado a rastras de la oscuridad—. Podría enseñarle un par de cosas. ¿Juegas a las cartas, monjita?

—No pienso enseñarle a montar a caballo —dijo la persona de las acrobacias—. Tardé tres meses en enseñar a Aggie y sigue haciéndolo muy mal. No pienso pasar otra vez por eso.

Kid se puso de pie y la capa de flores ondeó en la brisa nocturna.

—Cassie, Lo, camaradas —dijo Kid—, ¿recordáis lo que dice Cristo en el Evangelio según san Lucas sobre juzgar a los demás?

—No es domingo, Kid —dijo la mujer de la corona de flores. Pero el resto se había quedado inmóvil y guardaba silencio, como si obedeciera una orden, aunque no se había dado ninguna.

—«No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados».

Aunque aguda, la voz de Kid era profunda, sonora y de entonación ascendente, adecuada para llenar una gran catedral. La mujer de la corona de flores continuó mirándolo con irritación.

—«Dad, y se os dará —dijo Kid—; una medida buena, apretada y

rebosante os pondrán en el regazo. Porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir».

Se volvió hacia la mujer de la corona de flores.

—¿No es cierto que siempre que hemos tenido una boca nueva que alimentar hemos encontrado la manera de hacerlo? ¿Y no hemos recibido siempre más de lo que dimos? Mira a tu alrededor, Cassie —dijo Kid señalando las copas de champán y las flores—. Una medida buena, ¿no te parece?

—Hemos tenido una racha de suerte —dijo Cassie—. Pero si seguimos creciendo…

—Si, si, si —dijo Kid y le pasó a Cassie un brazo por los hombros mientras con el otro le cogía la mano izquierda y la guiaba—. «Baste a cada día su propio mal», Cassie. «No os afanéis por el día de mañana —Kid hizo inclinarse a Cassie y la corona de flores se deslizó hasta el suelo— porque el día de mañana traerá su afán».

Kid soltó a Cassie, se agachó a coger la corona, le sacudió el polvo y se la puso de nuevo.

—Por supuesto, tienes razón —dijo Kid—. Siempre la tienes. Tenemos que crecer con sensatez y ejercer la caridad con cautela. Mañana decidiremos qué hacer con la hermana Ada, si la acogemos en nuestro seno o la hacemos volver por donde ha venido. Pe-ro esta noche… esta noche seguro que podemos ofrecer a nuestra invitada un poco de champán.

Cassie miró a Kid con expresión de impotencia: exasperada, afectuosa, resignada. Se levantó, desapareció en la oscuridad y volvió con una botella de champán y una copa.

Madre siempre me había dicho que no bebiera nada que me ofreciera un desconocido, pero estaba sedienta, exhausta y confusa, así que acepté la copa y bebí. Solo había probado el champán en una ocasión, el día de mi boda, y este era distinto: más dulce y especiado, con un fuerte aroma tóxico, como a disolvente. Vacié la copa y Agnes Rose vitoreó. Le cogió la botella a Cassie y me llenó otra vez el vaso. Los demás parecieron, si no aceptar, al menos hacer caso omiso de mi presencia. El violín empezó a tocar de nuevo, esta vez más despacio, y la persona de las campanillas empezó a cantar en una exquisita voz de contralto una canción hermosa que tenía humor y también dolor:

¿Dónde vas, mi bien, errante,
lejos de tu fiel amante?
Ven y escucha mi canción.
No te apartes, vida mía,

que de amor en la porfía
*triunfa el firme corazón.**

Es lo último que recuerdo con claridad de aquella noche, la voz doliente y seductora de contralto, las campanillas de la pelliza centelleando en la luz de la hoguera.

Cuando me desperté, el sol estaba ya alto. Había dormido encima de una colcha hecha de pañuelos cosidos y bajo un techo inclinado de nudosa madera de pino: si levantaba el brazo podía tocar el punto más bajo con los dedos. Cuando me espabilé me di cuenta de que estaba en una suerte de altillo, tan estrecho que, si rodaba hacia un lado, podía caerme a la gran habitación que había debajo. El altillo estaba lleno de catres de madera, algunos hechos y otros revueltos; abajo, en la habitación grande, había más camas, una estufa de hierro y un diván de gran tamaño sobre el que estaba extendida la capa de flores de Kid, que empezaba a perder sus colores. Las ventanas de gruesos postigos de la planta baja dejaban pasar el sol de final de la mañana. Tanto el altillo como la habitación estaban desiertos.

Descubrí que estaba descalza y que los robustos zuecos que había llevado no estaban por ninguna parte. No tuve más remedio que bajar sin zapatos por la escalera de madera, que crujió bajo mis pies, y salir a la hoguera, donde la banda se había reunido igual que la noche anterior, pero con un ánimo bastante menos exaltado.

Nadie llevaba ya flores. La acróbata de las trenzas llevaba un sencillo vestido de muselina marrón adornada con lunares blancos; Agnes Rose llevaba un vestido de cuello alto de algodón azul celeste. Los amantes, el violinista y el bailarín de la hermosa voz vestían pantalones de peto y camisas gruesas de cuadros y Kid había cambiado la levita por un traje de lana de corte ceñido, todo de color negro azabache a excepción de una mancha de polvo rojo en los bajos del pantalón. Formaban un círculo alrededor de un fuego mucho más modesto que la alta fogata de la noche anterior, una llama pequeña y domesticada pensada para calentar, no para iluminar.

—Siéntate —dijo Kid—. Cassie, sírvele algo de desayunar a la hermana Ada.

Cassie se puso de pie de bastante mala gana, entró en una cabaña de menor tamaño junto al barracón del que acababa de salir yo y salió con un tazón de porcelana agrietada lleno de gachas. Estaban saladas y sabrosas, condimentadas con grasa de tocino, y

comí con avidez hasta que caí en la cuenta de que tenía todos los ojos puestos en mí. Paseé la vista por el círculo de personas. Ahora veía claramente que el bailarín de hermosa voz era una mujer; era tan alta como un hombre y tenía anchas espaldas, pero distinguí la curva de sus pechos debajo de la camisa de algodón y su manera de moverse, fluida y elegante, me recordó a algunas de las muchachas mayores de Fairchild, las que ya habían tenido uno o dos hijos y parecían más cómodas con sus cuerpos de lo que estaría yo nunca. En cuanto al resto, no estuve tan segura. Mientras le susurraba alguna cosa a Agnes Rose, el violinista parecía un hombre joven y pícaro y, al momento siguiente, una muchacha chismosa. Y reparé en que la persona que había tomado por el enamorado de Cassie llevaba un pendiente de diamantes en cada oreja.

—Gracias otra vez —empecé a decir con la esperanza de tener la oportunidad de explicarme, pero Kid me interrumpió.

—¿Sabes disparar?

—Sé limpiar y cargar y descargar una escopeta —dije.

—Así que no. ¿Sabes montar a caballo?

—A veces montaba el poni de mi vecino.

—Tampoco, entonces. ¿Qué sabes hacer, hermanita?

Empecé a ponerme nerviosa.

—Sé ordeñar una vaca —dije—. Sé hacer requesón y estoy aprendiendo a hacer queso curado.

—Aquí no tenemos vacas —dijo Cassie.

Hasta entonces no había contemplado la posibilidad de que la banda me rechazara. Si lo hacía, sabía que no conseguiría encontrar al librero. El sheriff Branch me estaba buscando. Y aunque no hubieran puesto precio a mi cabeza, una mujer que viaja sola despierta las sospechas de todos. No podía pasar por una ciudad sin atraer la atención del sheriff o, aún peor, de grupos de hombres en busca de diversión. En una ocasión, Lucas Saint Joseph y los dos chicos Petersen más jóvenes habían abordado a una mujer en el camino a Buffalo Gap y, a pesar de que les dijo que estaba huyendo de su marido, quien le pegaba, y aunque les enseñó las contusiones a los lados del cuello, los jóvenes la violaron uno detrás del otro para despojarla de su brujería. Y se habrían ido de rositas de no ser porque la mujer tenía conocidos en Fairchild que testificaron que era madre de tres hijos en Buffalo Gap y se comprometieron a acogerla y a encontrarle un marido mejor. Yo ya estaba a muchas jornadas de mi hogar y sin nadie que pudiera responder por mí. Necesitaba pensar en algo que me hiciera merecedora de sustento y protección.

—Mi madre es partera —dije.

—Pues qué suerte —dijo Cassie—. Te avisaremos cuando queramos traer un niño al mundo.

En el convento habían intentado enseñarme humildad. La hermana Dolores nos decía que los saberes y los éxitos terrenales no significan nada para el niño Jesús; son como una venda que termina por caerse, dejándonos desnudos como vinimos al mundo a sus ojos. Pero también decía que el niño Jesús nos usaría para hacer el bien en el mundo y yo no entendía cómo podía hacerlo si nuestros conocimientos no Le importaban, si a Sus ojos no éramos más que unas criaturas indefensas. De manera que cuando las hermanas nos pedían que rezáramos para ser más humildes, que pidiéramos perdón por nuestro orgullo y nuestra vanidad, yo decía mis propias oraciones para recordarme quién era y de dónde venía, con el fin de tenerlo presente incluso cuando simulara olvidarlo, incluso si hacía mis votos, tomaba los hábitos y vivía el resto de mi vida bajo un nombre distinto.

—Sé colocar un hueso —le dije a Kid—. Sé vendar una herida. Si coges frío, conozco las hierbas que te harán entrar en calor, y si tienes fiebre, las que te refrescarán. Sé coser un corte, sé drenar un forúnculo, sé curar una herida de manera que la piel sane sin infectarse. Sé preparar una medicina que ayude a dormir a un hombre y, si preparo lo bastante, puedo hacer que no despierte nunca.

Los presentes guardaron silencio. Kid me miró durante un minuto, como si estuviera pensando, y a continuación sonrió.

—Texas, encuéntrale a la buena doctora un caballo que pueda montar.

Y así es como me uní a la banda del Agujero en la Pared, en 1894, a los dieciocho años de edad.

Mis inicios como proscrita fueron bastante prometedores. Texas me hizo limpiar los establos y lavar y cepillar todos los caballos antes de enseñarme a montar, e incluso entonces se mostró hosca y convencida de que sería una pésima amazona, pero a las dos nos sorprendió lo bien que se me daban los caballos. Comprendí que no eran muy distintos de los niños, y yo había pasado años convenciendo a niños de que confiaran lo bastante en mí para que me dejaran tomarles la temperatura, sacarles una astilla o llevármelos de la habitación donde sus madres daban a luz.

Pronto me aprendí los nombres y las peculiaridades de los caballos, cómo les gustaba que los cepillaran, les hablaran y les

dieran de comer. Prudence, una yegua negra con una marca blanca que le atravesaba la testuz y el hocico, era tenaz y obstinada. Temperance, una alazana, era dócil y huidiza, la asustaban los ruidos fuertes y los movimientos bruscos. Charity, una yegua castaña, era sociable, pero podía ser también celosa y gruñir en su establo cuando nos ocupábamos de los otros animales. Faith, la yegua que solía montar Texas, era, como ella, menuda y de pelo castaño, pero bulliciosa, cuando Texas era callada. Cada mañana Faith saludaba a Texas relinchando y meneando la crin, a lo que Texas correspondía solo con unas palmaditas en el flanco. El rostro de Texas parecía ensancharse, se le relajaban las extremidades y yo reconocía en ella la misma dicha que había visto cuando bailaba con Lo junto a la hoguera, una felicidad que, el resto del tiempo, ensombrecían su ceño fruncido y su forma de hablar entrecortada y parsimoniosa.

Un animal en particular se encariñó conmigo, una yegua gris moteada llamada Amity. Siempre alerta, era la primera en detectar que entraba alguien en el establo, o que había un ratón correteando. Me recordaba a Bee, a la manera en que esta siempre parecía estar observando y escuchando.

Al cabo de tres semanas ya era capaz de llevar a Amity al paso, al trote y al galope de manera aceptable y Texas, aunque no exactamente cariñosa conmigo, tuvo que reconocer que era mejor alumna que Agnes Rose.

Un día me despertó antes del amanecer y me dio un trozo de una carne triturada y curada que llamaban pemmican.

—Vamos —me dijo—. Hora de salir de expedición.

Texas no había mencionado nunca nada sobre una expedición y, mientras ensillaba a Amity, me sentí nerviosa. Me di cuenta de que la yegua lo notaba porque se movía atrás y adelante con sus ágiles cascos y daba respingos cuando intentaba ponerle la brida. Le hablé en susurros y le acaricié el cuello y al cabo de un rato me dejó ceñirle las correas.

El aire de verano, todavía fresco pero con la promesa de calor, pareció tranquilizar a Amity. Fuimos hacia el norte, valle abajo y lejos de las poblaciones que había atravesado yo con el librero. La carretera se estrechaba hasta convertirse en poco menos que un camino ecuestre, salpicado de rocas aquí y allí y puntuado de madrigueras de perros de la pradera. La hierba crecía alta a ambos lados obstaculizando la vista y el sendero no dejaba de serpentear, de bifurcarse y cruzar lechos de arroyo secos que tenían aspecto de caminos, por lo que me costaba trabajo guiar a Amity. Yo sujetaba

las riendas con fuerza y trataba de evitar que tropezara con una roca o se torciera un tobillo en una madriguera. Pero ella recompensaba mi cautela con irritación, no hacía más que detenerse y sobresaltarse hasta que, en un punto donde el camino se bifurcaba y Texas guió a Faith hacia la izquierda, Amity se negó a seguir.

Me doblé hacia delante y cerré las piernas, tal y como me había enseñado Faith, pero Amity se negó a moverse.

—Vamos —dije, y me sentí ridícula.

Volví a apretarle los flancos. Texas y Faith se alejaban en el sol de la mañana. A mi espalda ya no veía ni el barracón ni los establos, solo hierba, matorrales y rocas rojizas asomando bajo el cielo violeta. Me empecé a alarmar. Hice aquello que Texas me había dicho que nunca debía hacer, que era clavarle los tacones a Amity. No lo hice con demasiada fuerza, pero relinchó furiosa y noté cómo todo su cuerpo se volvía rígido y rechazaba mi presencia en su lomo. Texas hizo dar la vuelta a Faith y se dirigió a nuestro encuentro.

—Mírate las manos —dijo cuando estuvo lo bastante cerca para hacerse oír—. ¿Por qué tiras tanto de las riendas?

—Este camino no tiene buena pinta —dije—. No quiero que Amity se haga daño.

Texas se situó a mi lado y puso los ojos en blanco.

—¿Cuánto tiempo llevas en el valle? —preguntó.

—Cerca de un mes —dije—. Un poco menos. ¿Por qué?

Amity cambió el peso de una pata a otra, enfadada. Faith agitó la cola pero se quedó donde estaba, obediente.

—Traje a Amity aquí cuando era una potrilla. Eso fue hace cuatro años. Ha crecido en esta tierra. Es ella la que te va a guiar, no al revés.

Aflojé las riendas. Texas asintió con la cabeza.

—Muy bien, Am —dijo.

La yegua se relajó bajo mi peso. Texas chasqueó la lengua y Faith echó a andar. Sin que yo tuviera que hacer nada, Amity la siguió.

—Los caballos odian a los sabiondos —dijo Texas volviendo la cabeza.

Después de aquello, sujeté las riendas lo más suave que pude, lo bastante para hacer saber a Amity que estaba pendiente y dejé que ella hiciera el resto. Texas tenía razón, Amity esquivó con facilidad los socavones y montículos que salpicaban el terreno. Es más, estaba claro que conocía el camino, no se dejaba engañar por los

falsos senderos trazados por la lluvia y elegía sin vacilar cada vez que había una bifurcación, incluso cuando Faith estaba demasiado lejos para seguirla.

Durante la semana siguiente Texas me llevó a recorrer caminos cada mañana y Amity dibujó un mapa del valle en mi cabeza. En el extremo norte, donde el terreno del valle descendía hasta encontrarse con el desfiladero, estaban los pastos, el barracón y los otros edificios donde la banda guardaba sus pertenencias. Dos ríos atravesaban el valle, uno por el extremo occidental y el otro hacia el este, haciendo un recodo en el punto central y fluyendo en dirección oeste durante dos kilómetros antes de terminar en un estanque en forma de corazón. Cerca del recodo había una pequeña cabaña donde Texas guardaba herrajes, un arnés y una silla de repuesto; lo llamaba la choza del vaquero. Detrás había un promontorio con vistas a una amplia planicie, donde en ocasiones divisábamos un tejón, un coyote o una familia de urogallos caminando orgullosos con las cabezas muy erguidas, igual que un grupo de señoras peripuestas. Y siempre, presidiéndolo todo, algo que todavía se me aparece en sueños: una pared de roca rojo brillante de mucha altura que se extendía de un extremo del valle al otro.

La pared tenía su propio horario, sus maitines, laudes y vísperas. La roca subía en estratos desiguales, cada uno de los cuales proyectaba su sombra en el situado debajo, de manera que cuando incluso el suelo del valle estaba iluminado por el sol de la mañana, las sombras dibujaban franjas y manchas en la pared. Las sombras se alargaban y descendían a medida que avanzaba el día; cada cuarto de hora, una nueva sección de roca se teñía de rojo fuego y otra se sumergía en una oscuridad ocre. Por la tarde, el sol poniente hacía resplandecer la pared de un rosa vivo, como si le corriera sangre por las venas incluso cuando el calor y la luz abandonaban ya el valle.

Llevaba varios días estudiando la pared y sus transformaciones cuando le pregunté a Texas:

—¿Dónde está el Agujero?

Texas me miró como si la pregunta la hubiera sorprendido. Luego señaló.

—¿Ves esa marca?

El viento y el agua habían tallado depresiones y surcos pared abajo, y vi varias cosas que podían considerarse marcas.

—No —dije.

—Claro que sí —dijo Texas—. Bajando un poco a la derecha,

donde está la sombra.

Estábamos abrevando a los caballos en un recodo del río. Al suroeste me pareció distinguir un punto donde dos caras de roca retrocedían y se encontraban en la oscuridad.

—No parece gran cosa —dije—. No para dar nombre a una banda.

Texas negó con la cabeza.

—Cassie y Kid no eligieron este paraje por su belleza —dijo—. Si trepas hasta esa marca podrás verlo todo y a todos en quince kilómetros a la redonda. Es el mejor lugar de todo el territorio del río Powder para defenderse de un ataque.

—¿Por qué vinieron aquí? —pregunté.

Texas pareció irritada.

—Te lo acabo de decir —dijo.

—No —dije—. Me refiero a por qué formaron la banda. ¿Por qué se refugiaron aquí?

Texas suspiró.

—No conozco toda la historia —dijo—. Lo que sí sé es que durante un tiempo viajaron como marido y mujer. Luego pasó algo y decidieron que necesitaban un lugar seguro, lejos de cualquier población y de la gente. Así que vinieron aquí. Al principio vivían de la caza y la pesca, pero Kid siempre tuvo grandes planes. Y los grandes planes requieren dinero. Así que empezaron a robar a otras personas, y de ahí pasaron a asaltar diligencias y después bancos. Ahora nos pasamos toda la primavera y el verano robando a lo largo del río Powder y después volvemos aquí y confiamos en que nadie nos siga.

Empezaba a levantarse viento. Vi sombras de nubes cruzar a toda velocidad el suelo del valle.

—¿Os han atacado alguna vez? —pregunté.

—Aún no —dijo Texas.

Levantó la vista al cielo.

—Tenemos que irnos —dijo—. Va a haber tormenta.

Una vez que me convertí en una amazona aceptable, me llegó el momento de aprender a disparar. Elzy, cuya alta silueta recordaba abrazando a Cassie contra el árbol la noche de mi llegada, era quien mejor puntería tenía del campamento, así que Kid me la asignó de profesora. Al principio se mostró amable, aunque de manera poco convencional.

—Mira, esto es muy fácil —dijo—. Te voy a enseñar.

Practicamos en un huerto diminuto detrás del barracón que había plantado algún granjero optimista en los tiempos anteriores a la Gran Gripe. En un tocón que había en el centro, Elzy colocó dos peras bien duras cogidas de un árbol cercano. Se separó de ellas unos treinta pasos, luego empuñó un revólver —tan delgado y hermoso comparado con la vieja carabina de madre—, lo amartilló y disparó. La pera de la izquierda reventó. Parecía sencillo. Tan sencillo que cualquiera podía hacerlo.

Elzy me enseñó a amartillar el arma. Me enseñó a empuñarla y a usar la mira.

—Cuando estés lista, aprieta el gatillo —dijo.

Yo nunca había deseado empuñar un revólver, nunca había discutido sobre Colts y Eagletons como los niños de la escuela, ni puesto los dedos en forma de pistola para disparar de mentira a mis amigas. Pero ahora, con aquella arma suave y pesada en la mano, me sentí como la personificación de la Justicia misma, la mujer de ojos vendados tallada en bronce a la entrada del juzgado de Fairchild. Yo no condenaría a mujeres yermas como hacía el juez Hammond, cuya mente estaba enturbiada por el alcohol y la edad y que hacía lo que le decían el alcalde y el sheriff. Mi arma protegería a los inocentes. Solo sería una amenaza para los villanos.

Al principio pensé que había disparado con la recámara vacía. Apreté el gatillo, se oyó un ruido y eso fue todo. La pera y el tocón estaban intactos, solo unos cuantos pájaros protestaron en la brisa de verano.

—Vale —dijo Elzy—, vamos a intentarlo desde un poco más cerca.

No conseguí acertar a la pera ni a veinte pasos, ni a quince, y cuando lo intenté a los diez, Elzy empezó a poner los ojos en blanco y a mirar al cielo azul límpido como si estuviera rezando al niño Jesús para que me hiciera menos torpe. Cuando por fin acerté, cuando la bala acertó en el tallo y partió la pera dejando solo una silueta con forma de manzana, me volví a Elzy con una sonrisa buscando su aprobación.

—A esa distancia, la pera podría haberte quitado el revólver de la mano —dijo—. Inténtalo desde más lejos.

Pero durante todo aquel día y el siguiente solo conseguí acertar el tocón a diez pasos de distancia. Si me situaba a once, me fallaba la puntería y sembraba el suelo de balas. Al tercer día, Elzy me enseñó a cargar y descargar el arma y me dio una caja llena de balas.

—Practica hasta terminarlas —me dijo—. Luego te daré más.

Tres días después había conseguido acertar la pera a once pasos de distancia la tercera parte de las veces, pero disparar seguía siendo para mí como tirar los dados: apuntaba e intentaba mantener el arma recta, pero dar en el blanco era algo que dependía de la bala, no de mí.

—¿Cómo aprendiste tú? —le pregunté a Elzy junto a la hoguera la tercera noche. La banda al completo bebía vino de diente de león mientras News interpretaba una animada versión de *Simple Gifts* al violín.

—Me enseñó mi padre cuando era pequeña. «Por si viene un zorro a comerse las gallinas», me dijo.

—¿Y te enseñó igual que me estás enseñando tú a mí? —pregunté.

Elzy frunció el ceño.

—No tuvo que enseñarme demasiado —dijo—. Supongo que me salió de manera natural.

Aquella respuesta me molestó. Cuando madre me adiestró, me obligó a memorizar las cuatro etapas y los diez pasos del parto, las siete hierbas medicinales y las cuatro fases del ciclo mensual antes siquiera de permitirme ir con ella de visita. En una ocasión le pregunté cómo había llegado a dominar tantas formas de curar un cuerpo y me dijo que siempre mantenía los ojos y los oídos abiertos y nunca se perdía la ocasión de aprender. Madre no creía en el talento innato; creía en el conocimiento.

—¿Y qué hay del resto? —pregunté—. ¿Cómo aprendieron?

—Bueno. News aprendió de sus días de cuidar ganado, eso lo sé. Texas creció en un rancho, así que aprendió de su padre, igual que yo. A Lo le enseñé yo cuando llegó, pero aprendió rápido. A Aggie Rose intenté enseñarle, pero la verdad es que sigue siendo una pésima tiradora. Kid aprendió de su marido.

—¿Su marido? ¿No es un…? ¿Es una…? —pregunté tratando de no alzar la voz.

—Ni un ni una —dijo Elzy—. Kid es Kid. Y claro que sí. La mayoría de las que estamos aquí estuvimos casadas. ¿Cómo te crees si no que descubrimos que éramos yermas?

Le acarició la espalda a Cassie y esta recostó durante un momento la cabeza en el hombro de Elzy, quien la besó en el pelo. A aquellas alturas yo ya sabía que Elzy era una mujer: el resto se refería a ella en femenino y había oído a Cassie llamarla Elizabeth un par de veces.

Supuse que debían de ser como Diana Jesperson y Katie Carr,

inseparables cuando estábamos en noveno curso; iban siempre de la mano y, a juzgar por los rumores, hacían más cosas al abrigo de la noche, aunque en aquel momento no comprendiéramos qué eran esas cosas. Ambas procedían de familias respetadas y numerosas, de manera que cuando llegó el momento se casaron y a partir de entonces la madre de Diana prohibió a esta seguir viendo a Katie, convencida de que la distraía de sus deberes de esposa. Pronto se quedaron las dos embarazadas y a continuación fueron madres y nadie volvió a hablar de su amistad, pero Diana sobre todo perdió el sentido del humor que había tenido de niña y a menudo recurría a madre para que le diera medicinas que la ayudaran a dormir. Por primera vez me pregunté qué habría sido de ellas si no se hubieran casado, si no seguirían siendo inseparables.

—¿Tú tenías marido? —le pregunté a Elzy.

—¿Tú tenías marido? —repitió imitándome con incredulidad fingida—. ¿No te ha dicho nunca nadie que haces demasiadas preguntas, Doc?

—Sí —dije, escarmentada—. Perdón.

Entonces Elzy rió, un sonido dulce, y me hizo cosquillas debajo de las costillas.

—Te estoy tomando el pelo —dijo—. La verdad es que nunca he tenido marido. ¿Satisface eso tu curiosidad?

Ni por asomo. Al otro lado de la hoguera, Kid estaba enseñando algo a Texas en un mapa. Texas miraba y asentía; Kid llevaba traje y un pañuelo con estampado floral al cuello y su expresión era de total seguridad. Era imposible imaginar a Kid como alguien como yo, una esposa asustada, expulsada de su casa por no poder tener hijos. No entendía cómo se habían convertido aquellas personas en lo que eran ahora: fuertes, vitales, verdaderas autoridades en distintas destrezas. Me animaba pensar que quizá yo no siempre sería tan inexperta.

Elzy se desperezó y cogió la botella de vino.

—Tendrás que seguir practicando —dijo—. Y no se me ocurre qué más decirte.

La tarde siguiente, estaba en el tocón con una caja sin empezar de balas cuando vi a Kid acercarse por el camino desde el barracón. De lejos, Kid siempre me había parecido una persona de gran estatura. De cerca yo era más alta, pero el efecto persistía, había algo en la actitud y la manera de caminar de Kid que te hacía levantar la vista en lugar de bajarla.

—¿Qué te ha estado enseñando Elzy? —preguntó.

—Me ha enseñado a apuntar y disparar —dije—. El problema es que no se me da muy bien.

—¿Cómo te ha enseñado exactamente?

—Primero disparó a una pera desde una distancia de treinta pasos —dije—. Luego me hizo probar a mí. Desde entonces sigo haciéndolo.

Kid sonrió.

—Es como pedir a un caballo salvaje que enseñe a alguien a correr. Muy bien. Muéstrame tus progresos, doctora.

Disparé a algún punto del huerto.

—Otra vez —dijo Kid.

En esta ocasión vi cómo una bala alcanzaba un montículo de tierra y hierba por detrás, a unos dos metros del tocón.

—Otra vez —dijo Kid.

Vacié la recámara.

—Ya veo cuál es el problema —dijo Kid—. Dime una cosa, doctora. Si una joven profesional como tú aspira a asesinar a una pera poco madura, ¿dónde debería poner la vista al apuntar?

La voz de Kid me fascinó y desconcertó a partes iguales.

—No estoy muy segura de entender —dije.

Kid suspiró.

—¿Dónde miras cuando disparas?

—¿A la pera? —traté de adivinar.

—Incorrecto —dijo Kid mientras desenfundaba un revólver con empuñadura de hueso.

—Esto es la mira frontal —señaló un pequeño saliente metálico en la boca del cañón—. Y esta —señaló una hendidura en el metal donde el cañón se encontraba con la empuñadura— la trasera. Cuando apuntes, tienes que alinear la mira frontal con el objetivo, en este caso la pera. Luego alineas la hendidura de la mira trasera con la frontal. A continuación te olvidas de la pera. La mira frontal es lo único que importa. Tienes que fijar la vista en esa mira frontal como si fuera la única agua que hay en un desierto sin fin y te estuvieras muriendo de sed.

Kid levantó el revólver y guiñó un ojo.

—Y ahora, una vez que tienes al enemigo, la pera en este caso, en el punto de mira, ¿qué haces?

—¿Apretar el gatillo? —pregunté.

—Muy bien —dijo Kid—. Aprietas el gatillo. Pero cuando lo hagas no muevas la mano. De lo contrario se moverá el arma y errarás el tiro. No muevas el hombro: si lo haces se moverá el arma

y errarás el tiro. La única parte de ese cuerpo que Dios te ha dado que debes mover es tu dedo índice, y si eres capaz de hacerlo y mantener la vista en la mira frontal como si fuera agua en el desierto, entonces esa pobre pera tuya pronto habrá exhalado su último suspiro.

El disparo de Kid resonó en el huerto silencioso. No fue tan perfecto como los de Elzy: la bala acertó un costado de la pera y la hizo girar hasta caer al suelo. Pero fue mucho mejor que cualquier disparo mío.

—Te toca —dijo Kid.

Coloqué una pera nueva y retrocedí once pasos. Esta vez alineé las miras y traté de olvidarme de la pera. Intenté mantener la mano quieta.

La bala pasó por encima de la pera y se perdió entre los árboles de la linde del calvero, espantando a una ardilla.

—Para —dijo Kid—. Como sigas así, los amigos de la pera van a formar una patrulla y a capturarte antes de que le toques un pelo a su cabecilla.

Los comentarios de Kid me habrían divertido de no estar exhausta de intentar hacer algo de lo que claramente no era capaz.

—Lo siento —dije con un nudo en la garganta.

—Un pistolero no se disculpa jamás —dijo Kid—. Es hora de probar otra táctica, doctora. Baja el arma y apunta a la pera.

No entendía lo que me quería decir, pero obedecí.

—Ahora fija la vista en la punta del dedo. Desierto, agua, etcétera.

Me miré la uña, negra de haber limpiado la hoguera la noche anterior.

—Ahora concéntrate en la pera.

Miré la fruta, verde pálido con costras marrones, una cosa pequeña y endurecida a resultas de haber crecido en un entorno hostil.

—Ahora mírate otra vez el dedo.

Así estuvimos, no sé cuántas veces, solo sé que cuando por fin Kid me dijo que probara de nuevo a disparar, fui capaz de olvidarme del objetivo y centrarme solo en la mira, y entonces alcancé la pera justo en el centro.

—Excelente —dijo Kid—. Tú primera víctima mortal. Ahora repítelo.

Se me había olvidado la tranquilidad que daba sentir la voz de otra persona guiándome. Kid no se parecía en nada a madre; la voz

de madre era suave, con un matiz áspero que ella decía se debía a una tosferina en la infancia, y la de Kid era clara y potente, como las voces de los chicos de duodécimo curso a los que escogían para leer del almanaque cada mañana al empezar la escuela. Pero a diferencia de aquellos chicos, tanto Kid como madre tenían la capacidad de hipnotizarme, como si sus palabras impulsaran mis extremidades, como si mis manos fueran las suyas.

Estuvimos horas en el huerto y, para cuando empezó a oscurecer, yo ya era capaz de alcanzar una pera a quince pasos nueve de cada diez veces. Presentí que nunca sería una gran tiradora, y el tiempo me daría la razón, pero ahora sabía lo que era apuntar y acertar y supe —y tampoco en eso me equivoqué— que nunca se me olvidaría.

Poco después de que el sol desapareciera detrás de las rocas oí a Cassie golpear una tapa de sartén con un cucharón llamándonos para la cena.

—Espera un momento —dijo Kid—. Tengo una pregunta para ti.

Enfundé el arma y me acerqué. La expresión de Kid era difícil de interpretar: capas de arrogancia y seguridad dejaban entrever algo mucho más vulnerable e inseguro.

—Tus conocimientos de medicina —dijo— ¿incluyen también el tratamiento del insomnio?

—Por supuesto —dije—. Es uno de los problemas más comunes durante el embarazo. Por lo general le digo a la mujer que empiece por beber leche caliente antes de acostarse y…

Kid me interrumpió.

—Pero supongamos, es una hipótesis, que una persona padece insomnio de naturaleza crónica. Supongamos que esta persona lleva meses, años incluso, sin poder dormir. Supongamos que a veces tiene la impresión de no haber dormido nunca.

Recordé entonces que en más de una ocasión me había despertado en plena noche y había encontrado la cama de Kid vacía.

—Un hombre de mi pueblo tenía un insomnio terrible —dije—. Madre le preparaba una infusión de raíz de valeriana. También le dijo que dejara de beber whisky. Te da sueño, pero luego te despiertas en plena noche y te cuesta más volver a dormirte.

—¿Sirvió de algo? —preguntó Kid.

—Sí —dije—, pero aquel hombre…

Me interrumpí. No estaba segura de cómo explicar lo que había atormentado a Edward Carrier. No era muy distinto de la

enfermedad que había sufrido madre después de nacer Bee, excepto que Edward Carrier no había sido madre y, en lugar de pasarse el día en la cama, caminaba toda la noche por su casa y asustaba a sus hijos.

—Aquel hombre tenía el alma enferma —dije por fin—. Nada le hacía feliz, ni siquiera su hijo recién nacido. Una vez le dijo a madre que las flores que plantaba su mujer le olían mal, a vómito.

Una expresión atravesó la cara de Kid. Fue fugaz, pero supe que era miedo.

—Estuvo meses enfermo —dije. Lo cierto era que Edward había sufrido durante dos años, pero eso no quería contárselo a Kid —.Luego empezó a mejorar. Para cuando me marché del pueblo dormía bien y había vuelto a jugar con sus hijos.

Kid asintió y echó a andar de vuelta a la hoguera.

—Dile a Agnes Rose que compre valeriana la próxima vez que vaya a ver al comerciante —dijo Kid—. Y las otras hierbas que necesites para tratar las dolencias más comunes. Deberías tener una botica bien abastecida a tu disposición.

Mis últimas lecciones me las dio Lo. En el cobertizo que servía de almacén situado entre el barracón y el granero, sin camisa, vestida solo con el peto, me dejé medir el pecho.

—Es una suerte que seas tan plana —dijo—. No vas a necesitar demasiado vendaje.

La mitad del cobertizo estaba ocupado por munición y demás pertrechos: una caja de balas, otra de pólvora, una tercera de varillas y trapos para limpieza. La otra mitad era territorio de Lo: un guardarropa improvisado. En un armario hecho de tablones de madera de pino sin lijar había abrigos forrados de piel, un miriñaque, zahones de cuero, varios abrigos de viaje para mujer e innumerables vestidos de muselina, percal y encaje. Apretados entre dos de ellos vi el traje y la levita de Kid. Colgaban de ganchos de la puerta sombreros de todas las clases y estilos: de vaquero con ala ancha y estrecha y diferentes copas: estilo ganadero, estilo patrullero; varios sombreros de invierno de piel de castor y también sombreros de mujer y tocados adornados con plumas de avestruz y pavo real. Camisas, petos y ropa interior de encaje asomaban de los baúles pegados a las paredes. Lo revolvió todo en uno de ellos y sacó una tela alargada de robusto algodón de quince centímetros de ancho y varios metros de largo.

—No te muevas —dijo.

Me vendó con la tela hasta que el algodón estuvo bien tenso y

luego lo aseguró debajo de la axila con imperdibles.

—¿Puedes respirar? —preguntó.

Dije que sí con la cabeza.

—Bien —dijo y metió un dedo debajo de la tela para comprobar que estaba bien ceñida—. Si está demasiado floja se caerá. Demasiado apretada es posible que te desmayes.

Me abotoné la camisa y me miré en el espejo de la puerta del armario.

—Parezco una niña pequeña —dije.

—Eso es porque tus gestos son de niña pequeña —dijo Lo—. Tienes que aprender a moverte como un hombre.

Pensé en mi marido, en cómo cuando estaba nervioso se rascaba primero un antebrazo y luego el otro. En cómo se lavaba la cara y a continuación se llevaba el agua hacia el pelo con los dedos. Volví a mirarme en el espejo. Nada de lo que recordaba parecía suficiente para usarlo de referencia.

—Lo primero es lo primero —dijo Lo—. Tienes que repartir el peso en ambos pies.

—Ya lo hago —dije.

Lo me dio una patada en el tacón izquierdo. Perdí el equilibrio y me abalancé contra el armario; tuve que agarrarme a los abrigos para no caer de bruces.

—Lo siento, potrilla desbocada —dijo Lo riendo—. Pero ahora entiendes lo que te quiero decir. Tienes todo el peso en el pie derecho. Los hombres reparten el peso en ambos pies.

Con los dos pies bien plantados en el suelo me sentí a la vez demasiado pesada y vulnerable, como un niño grandullón y torpe a punto de rodar ladera abajo.

—Se me hace raro —dije.

—Se supone que tiene que ser raro —dijo Lo colocándose a mi espalda—. Ahora, engancha el pulgar izquierdo en la presilla del cinturón.

Hice lo que me parecía haber observado en muchachos y hombres mientras hablaban entre sí en la tienda de piensos o recostados en la pared durante un baile. Entonces noté otra patada y volví a perder el equilibrio, esta vez hacia atrás, y tuve que agitar los brazos para no caerme.

—Has quitado el peso del pie izquierdo —dijo Lo.

—Qué va.

—Claro que sí, potrilla, de lo contrario no te habrías caído. Ahora venga, repítelo.

Esta vez lo hice más despacio y con más cuidado.

—Bien. Ahora con el derecho.

De nuevo me concentré en ajustar mi cuerpo a su nueva y extraña forma.

—Muy bien. Ahora los dos pulgares.

La patada me hizo dar un salto.

—¡Au! —grité—. ¿Así es como enseñaste al resto?

—Así es como aprendí yo —dijo Lo.

—¿Quién te enseñó? —pregunté—. ¿Kid?

Lo se rió.

—Por favor —dijo—. Yo enseñé a Kid y a todas las demás. Es un milagro que no las ahorcaran por brujas antes de llegar yo. No, yo aprendí de los mejores: Naaman Theophilus Harrow y su compañía de cómicos ambulantes.

—Vinieron a Fairchild cuando yo tenía doce años —dije—. ¡Los vi hacer *Antígona*!

—Esa era una de mis preferidas —dijo Lo situándose a mi lado y sonriendo al espejo—. ¿No me reconoces?

La visita de los cómicos ambulantes era todo un acontecimiento en Fairchild. Una o dos veces cada verano, un grupo de malabaristas, bailarines o actores levantaban tiendas a la orilla del río, al sur de Coralton, y hacían dos o tres funciones antes de marcharse a otro sitio. Esos pocos días se adueñaba del pueblo un ambiente festivo, casi tan desenfrenado como el Lunes de las Madres: Edgar Winchell y sus hijos John y Jonas vendían cerveza y vino dulce a la entrada del salón de baile antes del espectáculo y, después de este, las parejas se internaban dando tumbos en el bosque. Durante la primavera siguiente solía nacer al menos un niño sin padre y su madre lo observaba con atención para ver si daba muestras de destreza haciendo piruetas o juegos malabares.

Me acordaba muy bien de *Antígona*. La había visto dos veces, una con Ulla y la otra con Janie y Jessamine, que se aburrieron y empezaron a jugar a las cunitas con un cordel que habían encontrado en el suelo del salón de baile. Antígona e Ismene habían estado interpretadas por mujeres tan parecidas que podrían haber sido hermanas. Altas y con pelo negro azabache, tuvieron gran éxito entre los muchachos y los hombres de la localidad, a los que espantaban enseñando anillos idénticos en el dedo índice. Los papeles de Eurídice y la nodriza, por su parte, los interpretaban mujeres mayores de rostros muy arrugados.

Lo tenía aspecto de ser de la edad de madre, ni vieja ni joven.

Era una cabeza más baja que yo, de pechos grandes y caderas anchas, y llevaba el pelo en rizos rubios muy cortos.

Entendió mi desconcierto. Con la misma rapidez con la que se enfundó un abrigo, cambió la postura de los hombros y el enfoque de la mirada, se inclinó hacia delante y fijó la vista en algún punto encima del espejo como quien mira a un horizonte lejano.

—«Así camina el ciego —dijo—. Con un guía. Dos cabezas que miran con los ojos de uno solo».

Reí. En la obra, el viejo profeta Tiresias llevaba larga barba blanca y cojeaba sobre el escenario apoyado en un bastón por un lado y en un muchacho elegido para tal honor del quinto curso de mi escuela por el otro. Llevaba largos ropajes que le ocultaban el cuerpo, pero jamás me había planteado que estuviera interpretado por una mujer.

—¿Te dejaban hacer de hombre? —pregunté.

—Los papeles masculinos eran los más prestigiosos —dijo Lo—. Echa los hombros hacia atrás y adelanta las caderas.

Enderecé las piernas y, tratando de mantenerlas así, enganché los pulgares en las presillas del cinturón. Me preparé para recibir una patada, pero no llegó.

—Y era la mejor intérprete de la compañía —continuó Lo.

—¿Por qué lo dejaste? —pregunté.

Lo sonrió con tristeza.

—Lo sabes muy bien, potrilla —dijo.

Había conocido a muchachas que se quedaban embarazadas de cómicos ambulantes, pero nunca se me había ocurrido que también las cómicas se casaran y tuvieran hijos, o se casaran y no pudieran tener hijos.

—¿Te echó tu marido? —pregunté.

Lo rió para sus adentros.

—No tenía marido —dijo—. Ninguna de nosotras lo tenía. Creíamos en el amor libre, o al menos Naaman creía. Cierra la mano.

Le enseñé el puño.

Ella negó con la cabeza.

—Deja el pulgar fuera —dijo—. Así. Ahora levanta los puños.

Remoloneé, curiosa por oír la historia.

—Entonces, ¿Naaman…?

—Venga —dijo.

Adopté lo que creía sería la postura de ataque.

Se acercó a mí, me levantó un poco el puño izquierdo y a

continuación el derecho.

—Mi madre me enseñó, lo mismo que a ti la tuya —dijo—. No te acuestes con el mismo hombre demasiadas veces sin tener anillo de casada, por si acaso. Pero yo era joven y tonta y estaba fascinada por él. A ver cómo das un puñetazo.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Venga —dijo—. Pégame en el estómago.

—No quiero hacerte daño —dije.

—No me vas a hacer daño, potrilla. Venga.

Dirigí el puño derecho hacia su camisa de cuadros roja sin demasiado entusiasmo. Me cogió el puño con la mano.

—Siempre me decía que la *troupe* no sobreviviría sin mí —dijo —. Eres nuestra alma, decía. Pero cuando llegó el momento de despedirme, ni siquiera fue capaz de decírmelo en persona. Mandó a una de las chicas nuevas con mis cosas dentro de un saco de pienso.

Me soltó el puño.

—Pégame otra vez —dijo.

—Lo siento mucho —dije.

—No lo sientas por mí —dijo—. Y ahora, venga. Pégame.

Ataqué con la izquierda. Lo me cogió el puño con una mano y con la otra me dio un puñetazo en el estómago lo bastante fuerte para dejarme sin respiración.

Me tambaleé sin resuello y con ojos llorosos.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté.

—Eso ha sido tu primera lección de combate —dijo Lo—. Es probable que cuando te toque pelear sea contra un hombre. Será más corpulento que tú y más fuerte también. Si peleas limpio, perderás siempre. Así que tienes que aprender a pelear sucio.

Una semana más tarde, había aprendido a sacar ojos y patear testículos, a dar un puñetazo a un hombre en la garganta y destrozarle la nuez y también a usar la parte posterior del cráneo para partir narices. Después de eso, News y Texas robaron las vacas.

Los dos días que estuvieron fuera, nadie quiso darme información.

—Están con un trabajo —fue todo lo que dijo Lo.

Aquella mañana parecía distraída, igual que el resto. En el desayuno oímos un crujido en los arbustos junto a la hoguera, y Kid dio un salto con el rostro ruborizado por la emoción o quizá el miedo. Entonces una liebre atravesó saltando la tierra roja y se

internó en los arbustos del otro lado del claro. Durante la comida oí a Cassie hablar a Kid de organizar una batida.

Entonces, a la caída del sol, ruido de cascos. Corrimos al camino a recibirlas. Nunca unas vacas me habían parecido tan hermosas y allí estaban, rosadas y doradas en la luz agonizante, al menos una docena, o más. News cabalgaba en el centro del rebaño, Texas en la parte trasera y sus órdenes impedían que las reses se dispersaran. Al llegar a los pastos altos las dos desmontaron y las abrazamos, formando un corro y con las vacas mugiendo a nuestro alrededor. Cuando nos separamos, News tenía lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien?

Agnes Rose le quitó el sombrero de vaquero y le acarició la mejilla.

—Es que me siento feliz de haberlo conseguido —dijo. Miró a Kid con ojos llenos de felicidad—. Dijiste que podíamos hacerlo y lo hemos hecho.

Kid volvió a abrazarla y la hizo girar. Aunque News era más corpulenta y más alta, Kid la levantó como si no pesara nada.

—Pues claro que podíais —dijo Kid—. Podéis hacer lo que os propongáis, eso lo sabes.

Kid le pasó un brazo por los hombros a Texas y canturreó:

—Queridas mías, vuestros poderes son ilimitados.

Pasaba la medianoche cuando me despertaron unos gemidos. Me había olvidado de dónde estaba y salté de la cama, convencida de que madre o una de mis hermanas estaba herida. Pero después de parpadear y frotarme los ojos, en lugar de a madre restregándose las manos en agua hirviendo, a quien vi fue a Texas poniéndose las botas de vaquero a la luz de un quinqué. La seguí escaleras abajo y al frescor de la noche.

Los lamentos de la vaca retumbaban en el oscuro pasto, un sonido terrible y desolador. Los cabestros habían formado un círculo alrededor de ella y mugían suavemente de preocupación.

—Mierda —murmuró Texas.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—A mí no me preguntes —dijo—. Sé guiar un rebaño, pero no entiendo nada de cuidar vacas.

Apoyó la cabeza en el vientre del animal y escuchó su corazón.

—Si fuera un caballo, diría que es un cólico —dijo.

La vaca mugió de nuevo, esta vez más fuerte. Yo conocía demasiado bien aquel sonido para no hacerle caso. Me arrodillé y

busqué con cuidado las ubres. Estaban duras como piedras.

—Tráeme un cubo —dije.

Al principio gritó cuando intenté ordeñarla. Teníamos agua caliente en el fogón en la cabaña de la cocina, así que la usé para empapar unos trapos y aplicárselos a las ubres inflamadas, con un masaje descendente, hasta que fluyó la leche.

—¿La habéis separado de su ternero? —pregunté cuando el chorro salió por fin.

—No que yo sepa —dijo Texas—. No vi ninguno con ella. Pero las apartamos del rebaño en el desfiladero de Douglas. El ternero debía ir más adelante.

Guardamos silencio un momento y solo se oyó el gorgoteo de la leche contra el cubo de metal.

—¿Se morirá sin la madre? —preguntó Texas.

—Tal vez no —dije—. Puede amamantarlo otra vaca del rebaño.

Texas acarició el lomo del animal.

—Ya sé que la vamos a vender al matadero —dijo—, pero odio verla sufrir.

Pensé en Sigrid Williamson, cuya criatura había muerto a los dos meses de unas fiebres. En cómo no dejaba de llorar y en que madre le llevó el niño de una vecina para que le diera el pecho y no se le inflamara.

—La ordeñaré por las mañanas hasta que la vendamos —dije —.Estará bien.

Texas asintió con la cabeza y se giró para volver al barracón. Yo apliqué los trapos frescos a la ubre de la vaca una vez más. Sus gemidos eran ahora un mugido suave. Aquella vaca era más mujer de lo que sería yo nunca.

—Texas —dije.

Se detuvo.

—¿Qué pasa?

Vacilé un momento y a continuación solté mi pregunta a bocajarro.

—¿Piensas alguna vez en si te hubiera gustado ser madre?

Texas se rió.

—Jesús bendito, Ada —dijo.

—Lo siento —dije.

—No pasa nada —dijo Texas—. Antes sí. Pero ahora no pienso demasiado en ello.

—¿Qué ha cambiado? —pregunté.

—Conocí a Kid —dijo.

Recordé cómo se habían abrazado y el orgullo con que Kid la alababa.

—Y ahora la banda es tu familia.

—Eso también, claro —dijo Texas—. Antes de venir aquí viví un tiempo en un convento, igual que tú. Allí estaba segura. Pero lo odiaba; lo único que hacía desde que me levantaba hasta que me acostaba era tejer bufandas. Se me daba fatal. Allí ni siquiera me llamaban por mi nombre. Era la hermana Catherine. No era nadie.

—¿Y ahora? —pregunté.

Vi cómo su cuerpo menudo crecía un poco en la oscuridad.

—Pues ahora soy la encargada de las caballerizas de la banda del Agujero en la Pared.

Más tarde aquella semana News y Kid vendieron las reses a un ranchero sin escrúpulos a las afueras del pueblo independiente de Casper. En una fonda, durante una salida de reconocimiento, News oyó hablar de que una diligencia viajaba a Casper desde Jackson llevando la paga de un mes para cuarenta vaqueros y braceros de rancho, toda en monedas de oro y plata, custodiada solo por el cochero y un guarda.

—Si salimos mañana por la mañana, podemos escondernos cerca del barranco de Sutton y asaltarla cuando pase —dijo News—. Con tres debería bastar. Podemos ir Tex, Elzy y yo.

—Texas y tú os merecéis un descanso —dijo Kid—. Yo estaré al frente esta vez. ¿Quién más tiene ganas de estirar un rato las piernas?

—Yo —dije.

Todos se volvieron a mirarme.

—¿Qué opinas, Lo? —preguntó Kid con expresión divertida—. ¿Está preparada la buena doctora?

—Si de mí dependiera, esperaría unas semanas más —dijo Lo—. Pero los rudimentos los tiene.

Vi que el resto se mostraba de acuerdo con ella, pues rara vez expresaba opiniones de viva voz.

—Ponte de pie —dijo Kid—. Déjame que te vea.

Me levanté. De nuevo todos los ojos estaban puestos en mí, y me pregunté qué verían: una intrusa, una novata, una niña pequeña y quizá, al menos en un caso, alguien con los conocimientos suficientes para llegar a ser algo. Levanté el mentón y miré a Kid a los ojos. Kid sonrió.

—Agnes —dijo—, necesitará un corte de pelo antes de irnos.

Unas pocas mañanas después Agnes Rose me rapó. Se sentó en el escalón más alto de la entrada al barracón y yo en el más bajo, apoyada contra sus rodillas. Su contacto me recordó a mis hermanas, a cómo les dejaba que me hicieran los peinados más absurdos, con lazos por todas partes, y reía cuando sus deditos me hacían cosquillas en el cuero cabelludo.

Aquel recuerdo abrió un pozo de temor en mi estómago. Volví a decirme que, mientras el sheriff Branch siguiera buscándome, lo más probable era que mi familia continuara a salvo. Pero también sabía que no podía buscarme para siempre. Y cuanto más tiempo siguiera escondida, más probabilidades había de que buscara otro chivo expiatorio para la ira de mis vecinos. Los músculos de mi espalda se tensaron contra las piernas de Agnes Rose.

—¿Estás nerviosa por lo de mañana? —me preguntó.

Me soltó la trenza del pelo y empezó a cortar. El pelo cayó en mechones castaño claro en el suelo de tierra rojiza.

—Un poco —dije.

Lo cierto era que ni imaginaba lo que estaba a punto de hacer. Sabía lo que quería: volver al Agujero en la Pared con la misma expresión triunfal que había visto en las caras de News y Texas cuando llegaron con las reses. Pero no sabía lo bastante de todo lo que implicaba asaltar una diligencia a punta de pistola como para estar asustada.

—Supongo que no sé qué esperar —añadí.

—Eso me pasó a mí la primera vez —dijo Agnes.

Entonces sentí el pelo a la altura de los hombros, una levedad nueva en la espalda, en el punto donde mi trenza había desaparecido.

—¿Qué tal fue? —pregunté—. ¿Tu primer trabajo?

Noté sus dedos junto a la oreja y a continuación la brisa en la nuca, donde acababa de cortar.

—Un desastre —dijo—. Se suponía que tenía que robar un caballo. Se lo íbamos a vender a un comerciante que conozco y conseguir dinero suficiente para comprar las provisiones del invierno.

»El mozo de cuadra era un borracho. News me dijo que podría entrar directamente y llevarme el semental, que sería tan fácil como un apretón de manos. Me puse un sombrero vaquero, me vendé el pecho y me dirigí hacia allí. “Pan comido —había dicho News—. Hasta un niño podría hacerlo.”

»La verdad es que estaba ilusionada. Pensaba que iba a conseguir un cargamento de dinero y que Kid y el resto me felicitarían.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

Otro tijeretazo y tuve la nuca despejada.

—El mozo de cuadra se había hecho abstemio —dijo Agnes Rose —. Cuando llegué estaba sentado a la puerta del establo con una escopeta y ojos como platos inyectados en sangre. Tuve que pegarle un tiro.

Tijeretazo. Brisa de la pradera en ambas orejas, carne de gallina en el cuello.

—El ranchero oyó el disparo —continuó—. Salió en gorro de dormir y con un atizador.

A aquellas alturas, Agnes Rose me estaba cortando el pelo pegado a la cabeza. Notaba la hoja de las tijeras en el cuero cabelludo.

—El caballo se espantó y me tiró. Cuando quise darme cuenta, tenía al ranchero encima. Consiguió derribarme y me quitó la pistola.

Apreté la mandíbula. Imaginé lo que podría haber pasado a una mujer sola, vestida con ropa de hombre, sorprendida cuando intentaba robar un caballo de un rancho.

—¿Cómo escapaste? —pregunté.

Percibí una sonrisa en su voz.

—Con un truco que aprendí de la señorita Meacham para cuando los hombres se propasan —dijo—. Te muerdes el interior del labio hasta que notas sabor a sangre, luego te toses en la mano. Esta vez lo que hice fue ensuciar con ella la camisa de dormir del ranchero. Resollé, escupí y le dije que quería robar el caballo para pagarme el sanatorio.

—¿Y funcionó? —pregunté—. ¿Te dejó ir?

La sonrisa desapareció.

—Pues claro que no —dijo—. Pero estuvo un momento desconcertado, lo suficiente para que me diera tiempo a localizar mi pistola y meterle un tiro en la barriga.

—Santa María —murmuré.

—No estaba allí —dijo Agnes Rose—. Eso te lo puedo asegurar. Dos días más tarde volví dando tumbos al Agujero en la Pared con las manos vacías. Cassie quería deshacerse de mí. Creo que todavía quiere.

—Pero sigues aquí —dije.

—Kid sabe identificar la utilidad de las personas, aunque no sea evidente de forma inmediata. Quizá sobre todo si no lo es. Después de aquel encargo nunca volví a intentar robar otro caballo. Ahora me concentro en tareas más sutiles. Con el dinero que he ganado, la banda ha podido comprar una docena de caballos, y todavía sobró algo para monturas.

Revolvió lo que quedaba de mi pelo y me sopló en la nuca. Unos pocos mechones cayeron al suelo.

—Vamos —dijo, y me guió hacia el cobertizo de Lo.

En el espejo agrietado mi aspecto era por completo distinto. La primera palabra que me vino a la cabeza fue fea; sin el pelo enmarcándome, la dulzura de mi rostro había desaparecido. Pero Agnes Rose me dijo que me pusiera recta y levantara el mentón, y entonces intuí algo, una nueva manera de parecer y de ser.

—Qué hermosura —dijo—. No te preocupes. Tú haz caso de tu instinto. Sabes más de lo que crees.

* William Shakespeare, *La noche de Reyes o lo que queráis*, acto II, escena iii. Traducción de Jaime Clark, Medina y Navarro Editores, Madrid, *ca*. 1873-1874. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*]

CUATRO

El barranco de Sutton estaba al sureste del valle, pero la mañana de nuestra partida Kid nos condujo hacia el sur.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A la pared —dijo Kid alegremente—. Quiero enseñarte la vista.

La mañana era gris y fría y olí la salvia bajo los cascos de los caballos. Pero cuando estuvimos más al sur, el sol se abrió paso entre las nubes y acto seguido empezó a brillar con tal fuerza que pareció despojar al paisaje de sus colores. Yo tenía polvo en la garganta y el sudor me empapaba la camisa: de pronto nos atronó el chirrido de las langostas.

En la base de la pared rojiza el sendero se estrechaba todavía más. Después de un rato, quizá media hora de ascenso, vi la marca, el Agujero en la Pared. Kid desmontó y ató a Grace a un poste que las inclemencias del tiempo habían vuelto plateado. Elzy y yo también atamos nuestros caballos. Trepamos por el sendero rocoso hasta que el dolor en los muslos me hizo gritar, y después de eso seguimos trepando. El sendero giraba una y otra vez sobre sí mismo. Era mucho más largo de lo que había parecido desde abajo y mucho más duro, y empecé a pensar que quizá el Agujero en la Pared era en realidad una quimera o un espejismo y que nunca lo alcanzaríamos y Kid seguiría obligándonos a marchar en dirección al cielo como una suerte de prueba o castigo, hasta que nuestras piernas cedieran y cayéramos suplicando clemencia. Entonces doblamos un recodo, escalamos una ladera con rocas sueltas y de pronto nos encontramos en una fresca penumbra, entre dos caras de roca inclinadas a izquierda y derecha que nos resguardaban igual que dos manos con los dedos entrelazados. Nos sentamos en el suelo, secándonos el sudor de las caras y jadeando.

—Echa un vistazo, Doc —dijo Kid señalando el paisaje con una mano—. Fíjate bien.

Bajé la vista y el valle me impresionó con su majestad. La hierba brillaba verde plata en la luz de sol y se volvía aguamarina cuando

la surcaban arroyos y gris en las áridas planicies por las que asomaba la tierra rojiza. Vi bosquecillos de abetos y álamos temblando en la brisa y una manada de antílopes abrevando en un estanque con forma de corazón. Estábamos a tanta altura que veía los lomos negro tizón de los gavilanes volando en círculos.

—¿Sabes por qué hemos venido aquí, Doc? —preguntó Kid.

—Porque se domina todo el valle —dije con la felicidad de un niño que conoce la respuesta a una pregunta.

De hecho a lo lejos podía ver la hoguera, una marca en la hierba plateada, y junto a ella, el barracón, el granero y los pastos. Más arriba estaban el desfiladero y la carretera que conducía al norte, por donde había llegado yo.

—Ese es uno de los motivos —dijo Kid—. Pero no el único. Vuelve a mirar.

Rabiaba por comprender lo que quería decir Kid y escruté el paisaje en busca de significados ocultos. Vi la choza de los vaqueros en el centelleante recodo del río y la extensión de tierra agrietada donde coyotes y halcones cazaban perros de la pradera. Justo debajo de nosotros, tan abajo que al mirar la cabeza me dio vueltas, había una hilera de rocas rojas a las que el viento y los elementos habían dado forma de altas columnas que custodiaban el muro a modo de centinelas.

—Hay muchos buenos escondites… —empecé a decir.

La voz de Kid cambió y adquirió el tono ascendente que yo recordaba de la noche de mi llegada al Agujero en la Pared.

—En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram diciendo: «A tu simiente daré esta tierra —dijo—, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates; los cineos, los cenezeos, los cadmoneos, los heteos, los ferezeos, los refaítas, los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos».

Yo estaba perdida, pero la expresión de Kid me mantenía atenta, los ojos le bailaban de excitación.

—Cuando conocí a Cassie no teníamos nada ni a nadie. Nos sostuvimos mutuamente como dos esposos. Durante trescientos setenta y ocho días vagamos por el territorio del río Powder buscando un lugar donde formar un hogar, donde pudiéramos vivir en libertad y sin temor. Y en el día trescientos setenta y nueve llegamos a la pared roja y vimos este valle extenderse ante nosotros, la tierra entre dos ríos que prometió Dios a Abram.

»“Y te daré a ti, y a tu simiente después de ti, la tierra de tus peregrinaciones, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua”, dijo Dios. Y yo supe que esta tierra iba a ser nuestra, una heredad

perpetua por generaciones y generaciones.

Sentí esa misma amargura rancia en la boca, como a té que se ha enfriado toda la noche en una taza y que me venía cada vez que la madre superiora nos leía el Salmo 127 y nos recordaba que, si bien nunca tendríamos hijos, debíamos honrar y respetar la santidad superior de quienes sí los tenían.

—Perdón —dije—, pero ¿qué generaciones? ¿No somos todas aquí el final de nuestras estirpes?

Los ojos de Kid brillaron más al oír aquello.

—¿Se te ha olvidado el catecismo, doctora? Abram y su mujer, Saray, no podían tener hijos. Pero Dios prometió a Abram la tierra de Canaán y le dio un nombre nuevo. «Será tu nombre Abram, porque te he hecho padre de muchedumbre de gentes. Y te multiplicaré en gran manera, y de ti haré naciones, y reyes saldrán de ti.»

—Amén —susurró Elzy. Miró a Kid con reverencia pero también con familiaridad, como quien mira a un pariente mayor y querido.

—Nuestros cuerpos pueden ser yermos, querida doctora, pero seremos padres de muchas naciones, padres y madres. Verás, cuando encontramos esta tierra supe que era la prometida no solo para la banda, sino para los descendientes de nuestras mentalidades y nuestros corazones, para todas aquellas personas desterradas de sus hogares y expulsadas de sus familias, todas aquellas calumniadas o difamadas, encarceladas y maltratadas solo porque Dios no consideró indicado poner hijos en sus entrañas. Supe que construiríamos una nación de desposeídos, donde no solo seríamos mujeres estériles, sino reyes.

Las palabras de Kid eran emocionantes y quise dejarme llevar por ellas. Pero recordé el poder que había sentido en mis dedos al recolocar una fractura de hueso especialmente fea o guiar la cabeza de un niño al venir al mundo. Ese poder me había sido arrebatado y no sabía cómo podría recuperarlo.

—No quiero ser impertinente —dije—, pero si de verdad le importamos a Dios, ¿por qué no nos ha permitido tener hijos para así poder quedarnos en nuestros hogares, con nuestras familias?

Kid me miró un instante en silencio y vi tensarse los hombros de Elzy. Me pregunté si debía tener miedo.

Pero entonces Kid sonrió y me habló con una dulzura y una comprensión que no había oído desde que salí de casa de mi madre.

—Crees que Dios te ha abandonado, ¿no es verdad, Ada? —preguntó.

—Si hay un Dios —dije—, entonces sí.

—Pobrecita. Nos pasó lo mismo al llegar aquí. ¿A que sí, Elzy?

—Cuando llegué aquí no creía en nada —dijo Elzy.

—Incluso yo sucumbía a veces al desaliento —dijo Kid—, pero entonces comprendí: nos habían mentido sobre Dios y sobre lo que nos ha encomendado.

—¿Qué nos ha encomendado? —pregunté.

Entonces Kid se inclinó hacia mí hasta que nuestras frentes se tocaron.

—Te hará padre de muchedumbres, Ada —dijo Kid—. Espera y verás.

Llegamos al barranco de Sutton unas pocas horas después de anochecido, acampamos en la parte de abajo y abrevamos los caballos en el arroyo que lo atravesaba. Yo estaba cansada de la escalada y el largo viaje a caballo, pero dormí mal, no dejé de soñar y despertarme, soñar y despertarme. Cada vez que abría los ojos veía que Kid tampoco dormía y se dedicaba a leer la Biblia, beber whisky o simplemente pasear en círculo alrededor de los carbones de la hoguera.

La mañana llegó fresca y nubosa. Elzy calentaba unas alubias con trozos de pemmican en una sartén puesta al fuego.

—¿Dónde está Kid? —pregunté.

—Vigilando la carretera —dijo Elzy—. Si News no se equivoca, la diligencia debería pasar alrededor de media mañana. Pero no queremos que se nos escape si llega antes.

Hundió una taza de hojalata en el guiso y me la pasó.

—No tenemos tenedores —dijo—. Deja que se enfríe y luego te lo bebes.

Guardamos silencio y soplamos en nuestras tazas. Recordé cómo había mirado Elzy a Kid el día anterior, el amor y el respeto en sus ojos. Quise sentir lo que sentía ella, o al menos entenderlo.

—¿Tú crees que el niño Jesús nos prometió esta tierra? —le pregunté.

Elzy se encogió de hombros.

—Yo no crecí con el niño Jesús, ni con Dios ni con nada de eso. Mi padre no creía en ello. Yo creo en Kid.

—Pero si no crees en lo que dice Kid sobre Dios y sobre todo lo demás, entonces ¿qué queda? —pregunté—. ¿No son solo palabras?

Elzy dejó su taza. Ahora parecía ofendida.

—Yo no he dicho que no crea —dijo—. Lo que pasa es que no

siempre me lo tomo de manera literal. ¿Qué quieres, que cuando Kid habla de construir nuestra propia nación, piense que vamos a volver a fundar los Estados Unidos de América? Pues claro que no. No querría eso ni aunque pudiéramos hacerlo.

—Entonces, ¿qué significa? —pregunté.

—Es una manera de sostenernos —dijo Elzy—. Así es como Kid nos recuerda quiénes somos.

—¿Y quiénes somos?

Oímos cascos de caballos a lo lejos.

Entonces apareció Kid a la entrada del barranco. Llevaba la nariz y la boca tapadas con un pañuelo de seda morado. Elzy me sonrió, luego se sacó un pañuelo a cuadros del bolsillo.

—¿No te has enterado? —preguntó—. Somos reyes.

A unos minutos a caballo al sur había una atalaya desde donde se divisaban varios kilómetros de carretera. Al principio no vi nada. Luego, a lo lejos, un punto.

A medida que esperábamos el punto fue creciendo y cuando vimos a dos hombres sentados en una carreta, uno con una escopeta tan larga como mi brazo, bajamos a galope por la pared interior de la atalaya hasta el camino. Reparé en detalles que más tarde recordaría: dos antílopes que corrieron espantados cuando pasamos junto a ellos, un rayo de sol que atravesaba las nubes al noreste, el cochero que le decía algo al guarda, el guarda que reía.

Entonces les salimos al encuentro y Kid dijo: «Señor, tenga la amabilidad de bajar la escopeta», y empezó el asalto.

El guarda era de mediana edad, de anchas espaldas y baja estatura, con pelo corto y rizado salpicado de gris que le asomaba bajo el sombrero. Bajó del pescante y dejó la escopeta en el suelo, a continuación hizo una inclinación de cabeza al cochero, quien era más joven, algo más alto, guapo, con rizos de pelo negro que le caían sobre los ojos. Kid cogió la escopeta del guarda y me la dio; mi cometido era rodear la carreta y buscar el dinero. Elzy y Kid apuntaban a los dos hombres.

Los miré desde detrás de la carreta. Ambos tenían las manos en alto. El cochero se había quedado paralizado en el sitio, pero el hombre de más edad, el guarda, estaba enfadado y nervioso, no hacía más que cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro y dar patadas al suelo.

—¿Cómo tenéis la poca vergüenza —preguntó mirando a Kid— de robar a cristianos honrados que nunca os han hecho nada? Sois unas sucias sanguijuelas, eso es lo que sois.

Ni Elzy ni Kid parecieron reaccionar. No logré interpretar la expresión de sus ojos. En la trasera de la carreta había bolsas de arpillera, cuidadosamente ordenadas y etiquetadas en tinta azul con el nombre de un rancho, el N Bar G. Pesaban tanto que apenas podía levantarlas. Empecé a cargarlas en los caballos.

—Tiene hijos, que lo sepáis —dijo el guarda señalando al cochero—. Dos niños y una niña, de tres, cinco y nueve años. ¿Les vais a explicar vosotros por qué este mes su padre no va a cobrar? ¿Por qué se ha quedado sin trabajo?

—Tranquilo —dijo el cochero.

El guarda hizo como si no le hubiera oído. Dio un paso hacia Elzy y Kid. Me empezaron a sudar las axilas. El guarda no parecía tenerles miedo y yo no sabía qué iba a hacer. Mi trabajo era coger el oro y la plata, nada más, eso Kid me lo había dejado muy claro. Pero no me había dicho qué hacer si los otros estaban en peligro. Intenté escuchar a mi instinto, pero mi instinto no estaba adiestrado para situaciones así y no me dijo nada.

—Si vuestras madres os vieran ahora, apuesto a que llorarían de vergüenza —dijo el guarda—. Apuesto a que maldecirían el día en que os trajeron al mundo.

—Oye, tranquilízate —dijo el cochero, ahora en tono suplicante. Algo ocurría entre aquellos dos, algo que le daba todo el poder al guarda.

Yo había cargado dos de las yeguas con todo lo que iban a ser capaces de acarrear y ahora estaba haciendo lo propio con Amity. El guarda dio otro paso hacia Elzy. Kid estaba completamente inmóvil, mirando. Yo tenía el corazón desbocado y la boca seca como la yesca.

—No te acerques —dijo Elzy.

El guarda rió.

—No te acerques —la imitó en voz alta y burlona—. ¿O qué? ¿Me vas a disparar, caballito capón? Me gustaría verlo.

—No nos pongas a prueba, abuelo —dijo Kid.

Tuve la impresión de que Kid me miraba, pero no lo supe con seguridad.

—¡Pero si son dos caballitos capones! —dijo el guarda—. ¡Me voy a mear de miedo! ¡Mira cómo me tiemblan las piernas!

Para entonces el guarda estaba a pocos metros de Elzy. Yo no era una tiradora rápida. Si se abalanzaba deprisa hacia ella era posible que consiguiera quitarle el arma antes de que a mí me diera tiempo a apuntar y disparar. Si hubiera tenido un día más, no

dejaba de pensar, un día o dos más de práctica con Lo, entonces sabría lo que hacer en una situación así, si quedarme callada y tranquila o gritar o pegarle un tiro en la espalda al hombre mayor y poner fin a aquel duelo.

No hice ninguna de esas cosas.

—Apártate —dije.

Incluso yo oí el miedo en mi voz.

El guarda se giró sobre sus talones para mirarme. Me entró el pánico. Apreté el gatillo y le pegué un tiro en el muslo.

Lo que ocurrió a continuación ocurrió deprisa, pero lo he recreado tantas veces en mi cabeza que el recuerdo transcurre lentamente, como si fuera un baile. El cochero se sacó de la bota un revólver que ninguna de nosotras había visto. Disparó un único tiro. Entonces Elzy le disparó a bocajarro en el pecho. Le vi la cara al caer al suelo: era de completo asombro, no daba crédito a que su vida fuera a terminar así. El guarda aulló, un chillido agudo y escalofriante como aúlla el viento durante una tormenta. Se agachó junto al cochero. Al ver sus dos cabezas juntas supe —quizá lo había sabido todo el tiempo— que eran padre e hijo. Subimos a los caballos. Nos fuimos de allí.

Habíamos recorrido poco más de un kilómetro cuando Elzy empezó escorarse en la silla.

—Estoy bien —le dijo a Kid, pero cuando mi caballo se acercó al suyo vi la sangre oscura que le empapaba la manga.

Cuando la subimos al caballo de Kid estaba flácida como una muñeca de trapo y Kid tuvo que hacer todo el camino de vuelta al Agujero en la Pared sujetándola.

Pasaba la medianoche cuando llegamos, pero el sonido de los caballos despertó a los otros. Había luna llena y les vi las caras mientras salían del barracón. News y Lo y Texas y Agnes Rose, todas felices y esperanzadas y, a continuación, asustadas. Cassie fue la última en salir. News había ayudado a Kid a bajar a Elzy del caballo; Cassie fue directa a ella y apoyó la frente contra la de Elzy y susurró alguna cosa que no oí. Luego me dijo:

—¿Qué has hecho?

Ni siquiera conseguí decir que lo sentía, pues parecía algo inútil. Cassie se volvió hacia Kid.

—Te dije que algo así podía pasar. Acoges a cualquier oveja descarriada y ahora…

A Elzy le fallaron las rodillas. News intentó sujetarla, pero la cabeza se le dobló hacia delante y tenía todo el cuerpo flojo. La

sangre le bajaba por la manga y goteaba en el suelo.

Pensé en la herida más fea que había visto con madre, un tajo de veinticinco centímetros en el muslo izquierdo de Luella Mason cuando se le escurrió una sierra de las manos. Recordé la cantidad de suministros que tuve que coger del almacén de madre y el cuidado con que los empaqueté para que no se rompieran los frascos.

—Necesitamos tintura de yodo —dije— y al menos un metro de tela de algodón delgada y limpia. También unas pinzas, para la bala.

—No tenemos tintura de yodo —dijo Texas—. Y desde luego pinzas tampoco.

—Entonces whisky, o cualquier bebida fuerte que haya, y agua limpia y algún recipiente donde mezclar las dos, y el cuchillo más pequeño que encontréis.

Texas y Lo fueron a buscar lo que les había pedido. News y yo llevamos a Elzy al barracón; Cassie y Kid nos siguieron. Por un momento todas me obedecieron y llegué a olvidar que era mi culpa que Elzy estuviera herida y el cochero muerto. El momento duró hasta que desabotoné la camisa de Elzy y vi la herida en el bíceps, pequeña pero en carne viva y con sangre negra que manaba a borbotones.

No me asustaba la sangre. La había visto muchas veces: sangre de cortes, de una hemorragia de la nariz, sangre de parto, en sábanas y toallas, en piernas y vulvas, en niños que vienen al mundo cubiertos de ella. No me asustaba el dolor: yo era a quien se aferraban las mujeres mientras gritaban por las contracciones del parto. Ni siquiera me asustaba la muerte: había lavado el cuerpo de una mujer muerta la noche siguiente a su última noche, había puesto el sudario a una criatura nacida muerta. Pero ahora yo era la causa del dolor de alguien y también la única que podía pararlo, y eso sí me asustaba.

Texas me trajo una botella de whisky, una jarra con agua, una sopera y un cucharón. Me trajo un camisón blanco de flores azul pálido. Vertí la mitad del whisky y toda el agua, mezclé y a continuación rasgué la mitad del camisón, lo mojé y me limpié las manos con él. Hice lo mismo con el cuchillo. Era lo primero que me había enseñado madre cuando empecé a acompañarla a los partos: todo lo que toca al paciente tiene que estar limpio.

Alguien había encendido todas las lámparas de queroseno del barracón, pero no conseguía ver el centro de la herida de Elzy. Rasgué más tela y la hundí en el agua con whisky. Luego le di a

beber a Elzy de la botella.

—Esto te va a doler —dije, y empecé a limpiar la sangre seca de la herida.

Elzy soltó un grito agudo y penetrante, ese sonido animal que resulta de lastimar un cuerpo, pero ahora la herida estaba limpia y podía ver el plomo destellar en la carne. Sabía que había una arteria que iba desde el hombro hasta el codo; si el cuchillo entraba mal, la cortaría y Elzy podría morir. Presioné despacio la punta sobre el metal. Noté cómo la bala empezaba a moverse, pero entonces Elzy chilló y dio una sacudida y el cuchillo le hizo un nuevo corte en el antebrazo. Esperé un instante conteniendo la respiración, pero solo salió un reguero pequeño de sangre; la arteria estaba a salvo.

—Sujetadla —dije a quien fuera a ayudarme, y Agnes Rose se acercó y cogió a Elzy del brazo.

Volví a lavar la herida y de nuevo intenté soltar la bala. De nuevo Elzy chilló, pero Agnes Rose la sujetó con fuerza. Noté que la bala cedía, pero no del todo, y cuando apreté más fuerte, la punta del cuchillo penetró en la carne. Sentí el aullido de Elzy en el fondo de mis entrañas.

Le di el cuchillo a Agnes Rose y volví a limpiarme las manos con agua y whisky.

—Voy a intentar sacarla con los dedos —dije más para mí que para nadie.

Me temblaban las manos, sabía que tenía las mismas probabilidades de matar a Elzy que de salvarla, y entonces tendría dos muertes sobre mi conciencia en un solo día. Tragué saliva. Sabía lo que habría hecho madre en aquella situación.

Imaginé al cochero de pie delante de mí. Imaginé una mancha de sangre en el centro de su pecho y sus ojos aún abiertos, llenos de tristeza y de miedo. Asentí. A continuación cogí la punta de la bala y tiré.

La bala se movió entre mis dedos. Se movió y se quedó donde estaba. Elzy gritó y su sangre me cubrió la mano.

Recité mentalmente la plegaria que decía la hermana Rose cada noche antes de dormir: «Santa María, protégenos, ámanos más de lo que merecemos».

Tiré de nuevo y en esta ocasión noté un movimiento, y a continuación la carne liberó el plomo con un chasquido húmedo y volvió a manar sangre de la herida. Manaba, pero sin borbotones; era sangre de vena. La limpié.

Elzy seguía gritando, pero con la bala fuera sentí que una nueva

energía me ayudaba a seguir adelante. Alguien ya me había preparado un jirón de tela. Lavé la herida una vez más y la vendé con varias capas. Elzy tenía la cara húmeda de lágrimas, pero sentí que el alivio bullía en la habitación, era casi felicidad. Duraría hasta que me tumbara en mi catre para dormir y recordara cómo había acunado el padre del cochero el cuerpo de este, igual que debía de haber hecho el día que nació.

CINCO

Después de mi fracaso en el barranco de Sutton, la banda se mostró fría o directamente hostil conmigo. Por las noches oía a Cassie tratando de convencer a Kid de que me echase de allí, pero la herida de Elzy requería mis cuidados. Tuvimos suerte: gracias a la aplicación diaria de hamamelis y vendajes limpios, la herida empezó a cerrarse y el borde rojo de infección que había estado temiéndome no llegó a aparecer. Elzy evitaba mirarme a los ojos cuando la examinaba y solo hablaba si tenía algún dolor.

La mañana del séptimo día después de que dispararan a Elzy por mi culpa, Agnes Rose vino a verme al huerto. Me había acostumbrado a pasar allí casi todo el tiempo ahora que el resto me había dejado claro que no era bien recibida junto a la hoguera ni en el barracón excepto para dormir o examinar a Elzy. Cuando Agnes Rose apareció por el sendero yo estaba leyendo el libro de la señora Schaeffer, la parte dedicada a los niños que nacían muertos y sus posibles causas.

—¿Sabes algo de pociones para dormir? —preguntó Agnes Rose.

La pregunta me puso nerviosa. No quería traicionar la confianza de Kid.

—¿Estás durmiendo mal? —pregunté.

Puso los ojos en blanco.

—Es para un trabajo —dijo—. Cuando llegaste aquí dijiste que sabías preparar pócimas para hacer dormir a un hombre. ¿Estabas fanfarroneando?

La persona que aquella noche había hablado con tanta seguridad de sus habilidades me parecía ahora una desconocida. Pero por suerte recordaba todo lo que ella sabía.

—Sí puedo —dije—, pero necesito láudano.

El punto de trueque estaba a dos días a caballo al noroeste del Agujero en la Pared, cerca del río Lourdes, en las praderas. Puesto que era territorio de caza arapajó no había fondas, y cuando hicimos un alto para pasar la noche junto a un pequeño arroyo vimos restos de otros campamentos: cáscaras de huevo, carbones de

una hoguera, mierda humana mal enterrada.

Agnes Rose no vestía ropas de hombre —«No me va», decía—, de modo que viajábamos como marido y mujer, con alianzas de hojalata que nos teñían los dedos de verde. Aunque no necesitó fingir con el comerciante, quien parecía conocerla bien. Agnes le saludó en lengua arapajó.

—Has mejorado el acento —contestó el comerciante en inglés.

—Sé que mientes, pero gracias por el cumplido —dijo Agnes Rose—. News te manda recuerdos, siente no haber podido venir. Pero me gustaría que conocieras a Doc, nuestra última incorporación. Es partera de profesión.

El comerciante me miró con curiosidad. Era delgado, mayor que yo pero más joven que madre, con gruesos lentes y una cuenta azul celeste en cada oreja. En las paredes y estantes que había a ambos lados y detrás de él había objetos de valor que llevaba la gente para empeñar o cambiar: una navaja bañada en oro, un sombrero de mujer decorado con plumas de avestruz, un reloj de pie de caoba con números dorados en la esfera. La cabeza de un puma, congelada en pleno rugido.

—¿Qué te impulsó a unirte a esta panda de irresponsables? —me preguntó mientras señalaba a Agnes Rose—. Creía que los americanos cuidaban muy bien de sus parteras.

—No si son yermas —dije.

Negó con la cabeza y dijo algo en arapajó. Cuando yo iba a la escuela, la señora Spencer nos decía que los indios no valoraban a los niños como lo hacían las gentes cristianas. Me di cuenta de que probablemente la señora Spencer no había hablado en su vida con una persona india. Yo misma solo lo había hecho media docena de veces, cuando venían mujeres del territorio lakota a requerir los servicios de mi madre. No sabía lo que pensaban de las mujeres yermas las personas indias, tampoco lo que pensaba el comerciante, pero entendí que era posible que no se sintiera igual que las señoras de Fairchild, que quizá no en todas partes ahorcaban a las mujeres que no tenían hijos por brujas.

—Queríamos comprar láudano —dijo Agnes Rose—. ¿Cuánto necesitamos, Doc?

—Con cien gotas es suficiente —dije—. Si es fuerte.

El comerciante miró a Agnes Rose enarcando la ceja.

—¿Y cómo tenéis pensado pagármelo?

De su bolso Agnes Rose extrajo un saquito que supuse contenía oro.

—Hemos tenido un buen verano —dijo—. Esto debería bastar.

El comerciante miró dentro del saquito y lo pesó con la mano.

—Agnes —dijo—, ¿tú sabes de dónde sale el láudano?

Agnes me miró, pero yo no podía ayudarla. Sabía que el láudano era escaso y caro; madre se lo compraba al doctor Carlisle y solo en casos muy especiales, como cuando necesitaba extirpar un tumor del pecho o un quiste de un ovario. No sabía de dónde lo sacaba el doctor Carlisle.

—Viene de China —dijo el comerciante—. Los pocos mercaderes que siguen cruzando el Pacífico se lo venden a comerciantes de San Francisco o The Dalles y estos se lo venden a mercaderes que luego lo transportan cientos de kilómetros al interior hasta que, semanas o meses después, me llega un poco a mí. Así que, si bien estoy dispuesto a hacerte un descuento, Agnes, llevamos mucho tiempo haciendo negocios, voy a necesitar el doble de dinero de lo que hay aquí.

—Venga, Nótkon —dijo Agnes Rose—. Los dos sabemos que no vale tanto. Puedo subir a veinticinco libertades de plata.

Percibí el nerviosismo en su voz. No estaba preparada para aquello. Nótkon negó con la cabeza.

—Perdería dinero —dijo—. Ahora bien, si tenéis algo de valor de vuestro último trabajo para endulzar el trato… El collar que me trajiste la última vez sirvió para costear la boda de mi hijo.

—Podríamos darte unos alfileres para sombrero —dijo Agnes Rose, pero me di cuenta de que solo intentaba ganar tiempo y Nótkon no parecía nada convencido. Eché un vistazo a su mercancía, reparé en el centelleo del rubí en un sombrero, el brillo de un par de botas de piel de serpiente. Una Biblia encuadernada en piel de antes de la gripe con cantos dorados y un lazo escarlata para marcar la página. Tuve una idea.

—Tengo algo que puede gustarte —dije—. Es un manual de medicina.

Nótkon pareció divertido.

—No te ofendas —dijo—, pero no tengo demasiado respeto por la medicina americana. Me parece recordar algo sobre una epidemia de gripe.

—Este es sobre medicina nueva —dije—. La señora Alice Schaeffer tiene un dispensario en el territorio de las montañas Rocosas donde ve a cientos de mujeres al año. Sabe curar enfermedades que han matado a mujeres y niños en mi pueblo. Sabe cómo sacar a un recién nacido del útero de su madre y coser a la madre de manera

que los dos sobrevivan.

Nótkon trató de disimular, pero me di cuenta de que estaba intrigado. Saqué el libro del morral y lo dejé en el mostrador delante de él, abierto por el diagrama de una mujer con una raja en el vientre dentro del cual se veía a una criatura. Dio un respingo y luego se inclinó para mirarlo. Empezó a pasar páginas. La aguja minutera del reloj de pared hizo tictac una vez, dos veces.

Agnes Rose cogió el libro.

—No puedes leer todos los secretos si no pagas antes —dijo.

Nótkon me miró a mí, a continuación a Agnes Rose y luego a mí de nuevo.

Durante todo el camino de vuelta al Agujero en la Pared, con el frasquito de láudano en el morral, ahora ligero sin el libro, me fui repitiendo interiormente los tratamientos de la señora Schaef-fer para que no se me olvidaran.

Fiddleback Ranch era el rancho de ganado más importante entre Casper y las montañas Bighorn. Era tan grande que a su alrededor había crecido una población en la que vaqueros y peones se alojaban en cabañas y casas de huéspedes, compraban café y azúcar en el almacén y bebían por las noches en la cantina de la fonda Veronica's. El propietario del rancho era un hombre llamado Roger McBride, el hijo pequeño de un granjero pobre del este, del cinturón del maíz. McBride había llegado al valle del río Powder con solo un caballo y talento para los negocios y ahora era dueño del rancho pero también del alcalde del pueblo independiente de Fiddleback (de quien se rumoreaba era su asalariado), del sheriff (mismo rumor), la mitad de las casas (su agente cobraba los alquileres el primer sábado de cada mes y no le temblaba el pulso a la hora de desalojar a quienes no podían pagar) y de una cuadrilla ambulante de cazarrecompensas que perseguían a los cuatreros y protegían sus intereses (se decía que eran numerosos) dentro y fuera de las fronteras del territorio.

News llevaba un mes observando y escuchando en el rancho Fiddleback, haciéndose pasar por vaquero itinerante. Se había enterado de que McBride enviaba a sus hombres de más confianza al banco del pueblo, el Farmers' and Merchants' Bank, propiedad del único otro hombre del pueblo tan rico como McBride, un sueco llamado Karl Nystrom, cada viernes a depositar los ingresos del rancho procedentes de ventas de ganado, cría de sementales y otros negocios, y a retirar billetes pequeños y monedas con que pagar a sus muchos empleados. Sería casi imposible atracar a aquel hombre

a punta de pistola, puesto que hacía el breve trayecto rodeado de hombres leales a McBride. Pero, con un poco de astucia y destreza, existía la posibilidad de tenderle una emboscada.

Agnes Rose también había pasado tiempo en Fiddleback. Durante semanas se había dedicado a coquetear y dorar la píldora al correo, un tal Alexander Bixby. Lo había convencido de que era una joven virginal de familia humilde a la que su prometido había abandonado después de dejar preñada a otra mujer. Castigada por su virtud —su madre le había enseñado que no había que acostarse con un hombre antes de la noche de bodas— y lejos de su casa, no tenía más remedio que trabajar a destajo y alojarse en una casa de huéspedes para señoritas cerca del río Crooked e iba solo a Fiddleback para vender las colchas y los tapetes que cosía. Conquistó a Bixby con su triste historia y la costumbre que tenía de decirle lo mucho que admiraba la importancia de su trabajo. A Bixby le gustaba ir a Veronica's para tomar un único trago de vuelta desde el banco, y Agnes Rose le había dado a entender que, la próxima vez que fuera, si quería llevarla al piso de arriba, estaría dispuesta a olvidar las enseñanzas de su madre por espacio de una tarde.

Todo lo que necesitábamos era echar suficiente láudano en la bebida de Bixby para que se quedara dormido nada más llegar a la habitación. Entonces Agnes Rose le quitaría la bolsa, escaparía por la ventana y cuando se despertara estaríamos a media jornada a caballo de allí.

La mañana en que partimos había caído en los pastos la primera helada del otoño. Agnes Rose llevaba una peluca rubia con tirabuzones a los lados, y un sobretodo largo con remiendos en los codos (se los había cosido Lo en el último momento para acentuar el aire humilde y modesto de Agnes) y un vestido rosa harapiento muy escotado. News y yo llevábamos bigotes postizos que Lo nos había pegado con cola sobre el labio superior. Lo había charlado despreocupadamente con News mientras le pegaba el suyo, pero a mí me había puesto el mío en silencio. En la hoguera había habido alguna discusión sobre si se me debía permitir participar en la misión, pero Agnes Rose arguyó que me necesitaba para calcular cuándo administrar el láudano y añadir gotas si la primera dosis no surtía efecto. Kid accedió, pero puso una condición: tenía que entregar mi arma antes de salir. Iría en calidad de doctora, no de forajida.

Fiddleback estaba a poco más de una jornada a caballo hacia el

sur, por la extensa vega del Powder. Nuestro viaje nos llevó por un paisaje llano, con hierba que amarilleaba en el aire cada vez más fresco. A medida que avanzábamos, el cielo cambiaba más que la tierra, y bancos de nubes cruzaban a gran velocidad el azul y nos mojaban de lluvia antes de arremolinarse al este en forma de altos torreones color gris. La lluvia apisonó el polvo y llenó el aire de aroma a salvia. Aunque todavía me sentía sola y extraña en el territorio del Powder, aquel aroma empezaba a serme tan familiar como el olor al pan de maíz de mi madre o el pelo de mis hermanas.

Cuando el sol estaba alto y el aire era lo bastante cálido para casi hacer creer que seguía siendo verano, oí un estruendo a lo lejos. Al principio pensé que eran truenos —el cielo en el valle al este estaba gris con nubes de lluvia—, pero el ruido, en lugar de disiparse, subió de volumen y a continuación noté que el suelo empezaba a temblar bajo los cascos de Amity.

—Mierda —dijo News.

—¿Qué hacemos? —preguntó Agnes Rose.

—Buscar el punto más elevado.

—¿Qué está pasando? —pregunté, pero ninguna contestó.

News nos condujo hacia el noroeste, en la misma dirección en que habíamos venido, hacia un guillomo en lo alto de una suave colina, a pocos metros sobre la llanura.

—No hay nada mejor —dijo.

—¿Qué está pasando? —volví a preguntar.

Entonces vi un borrón oscuro que se formaba al noreste. Mi primer pensamiento fue que se trataba de langostas, pero pronto distinguí formas individuales en la oscuridad, lanudas y enormes. Eran búfalos.

—Sujeta bien a Amity —dijo News— o se espantará y os aplastarán a las dos.

Acorté las riendas. Las orejas de Amity temblaban como dos hojas.

—Tranquila, bonita —le dije acariciándole el cuello, tratando de que no me temblaran los dedos.

Cuando levanté la vista teníamos la manada casi encima. En una nube de polvo rojo vi las enormes cabezas de los búfalos. Jamás había visto nada tan pesado moverse a tal velocidad. Eran como los gigantes de los cuentos que nos contaba madre. Eran como algo de un mundo desaparecido.

Entonces nos rodearon. El polvo me asfixiaba. La manada tenía

su propio clima. Vi que News abría la boca, pero el ruido de pezuñas ahogó su voz. Entonces la yegua de Agnes Rose, Prudence, empezó a retorcerse y a corcovear. A pesar del polvo vi el miedo en la cara de Agnes, me di cuenta de que estaba paralizada. Prudence piafó y su cuerpo negro sobresalió entre la manada de búfalos. Agnes Rose se aferraba a su cuello, manteniéndose sobre su lomo a duras penas. Los búfalos estaban tan cerca que si Agnes se soltaba de Prudence, la pisotearían. Pasaron a nuestro lado sin dar signos de detenerse y los dientes me castañetearon con sus pisadas. Solo había algo inmóvil: debajo de mí notaba la calma de Amity como una mano humana sobre la mía. Recordé lo que me había contado Texas: aquel caballo conocía aquel territorio mejor que yo. Quizá, pensé, sabía lo que hacer en una situación así.

Aflojé las riendas lo bastante para darle libertad de movimiento. Avanzó muy despacio hasta colocarse al lado de Prudence. La yegua tenía ojos de espanto y el hocico lleno de espuma y supe que podía dejarnos inconscientes a Amity o a mí de una coz, pero Amity ni dudó ni reculó. Lo que hizo fue frotar con su hocico el hocico y el cuello de Prudence en un gesto tan tierno que me hizo echar de menos a mis hermanas y la manera en que me daban besos de mariposa en las mejillas con las pestañas. Siguiendo el ejemplo de Amity, me incliné hacia Agnes Rose y le puse una mano en el hombro. Traté de transmitirle toda la calma de mi cuerpo y el de Amity.

Sentí el cambió en Agnes Rose antes incluso de verlo. Los hombros se relajaban, los músculos antes paralizados recuperaban la normalidad. Acortó las riendas y levantó la cabeza de Prudence para que no pudiera corcovear. Después de unos cuantos resoplidos y tirones, la yegua empezó a calmarse.

A la misma velocidad a la que había llegado, la estampida se alejó. La manada empezó a dispersarse. Vi manchas rojas de nuevo entre los animales; luego unos cuantos animales sueltos, más delgados y pálidos que el resto, luego nada. News se volvió a mirarnos a Agnes Rose y a mí. La preocupación había desaparecido de su rostro.

—¿Seguimos? —dijo.

Y nos pusimos en marcha.

Acampamos para pasar la noche junto a un pequeño lago a unos dos kilómetros a las afueras de Fiddleback. News abrevó los caballos mientras Agnes Rose y yo recogíamos leña.

—Gracias por ayudarme antes —dijo Agnes Rose—. Eres una

buena amazona.

El cumplido me reconfortó igual que agua caliente. Hacía días que nadie me decía una palabra amable.

—¿Por qué me estás ayudando? —pregunté—. No tenías por qué insistir en que me dejaran venir. ¿Por qué lo hiciste?

—Como le dije a Kid —dijo Agnes Rose—, necesitamos que midas del láudano.

—Te lo podía haber medido sin venir —dije—. Habría sido muy fácil.

Estábamos buscando leña en un bosquecillo de álamos medio calcinados por un rayo tiempo atrás. Agnes Rose cogió una rama ennegrecida, decidió que estaba demasiado quemada y la soltó.

—¿Sabes a qué me dedicaba antes del Agujero en la Pared?

—He oído que estuviste en la cárcel —dije.

Sonrió.

—Solo una temporadita. Me casé a los quince años y la familia de mi marido me echó el día que cumplí diecisiete. Terminé en un burdel en Telluride, pero el trabajo era muy duro y la madama se quedaba casi todo lo que ganaba, así que después de dos años me lo monté por mi cuenta.

—¿Cómo? —pregunté. Nunca había oído que una mujer yerma saliera adelante por su cuenta.

—Te buscas a un hombre que te proteja —dijo—. A veces es tu aliado, otras es un papanatas. Si eres lista y no te quedas demasiado tiempo con ningún hombre ni en el mismo sitio, puedes sobrevivir. Incluso ganar dinero. Yo era una mujer rica cuando me detuvieron.

—¿Por qué te detuvieron? —pregunté.

Agnes Rose cogió una última rama, quemada pero que conservaba unas cuantas hojas, y la echó al montón.

—Por bigamia —dijo—. Pero esa es otra historia. Lo que quería decirte es que si vives como vivía yo, empiezas a identificar qué es lo que hace naufragar a algunas personas y salir a flote a otras. Hay una cierta cualidad, ni siquiera sé cómo describirla… A ve-ces parece buena suerte, otras habilidad y a veces ninguna de las dos cosas. Pero tú la tienes, me di cuenta cuando te conocí. Has cometido muchas equivocaciones, pero eres una apuesta segura. Saldrás a flote.

El pueblo de Fiddleback emergió despacio de las llanuras de pastos. Primero aparecieron los ranchos, delimitados con alambre de espino y, en cada kilómetro, un poste con la marca de McBride.

Las vacas pastaban en placidos grupos —ruanas, negras, blanco grisáceo— y cada dos o tres kilómetros un toro solitario, enorme y de ancho lomo, vigilaba amenazador su rebaño. Luego llegaron los maizales, verdes con los cultivos de primavera, delicados brotes que asomaban unos pocos centímetros de la tierra. A continuación las modestas casas de madera donde vivían zapateros y peones y las casas de huéspedes que alojaban a los vaqueros de paso, dispuestas alrededor de una extensión de hierba cuidadosamente regada. Luego, en un promontorio, estaban las casas de los habitantes más ricos del pueblo, construidas con columnas estriadas o con tejados a dos aguas y mansardas, al estilo de las grandes mansiones de antes de la gripe. Y por último, debajo de la colina, la calle Mayor, con un banco, una carnicería, unas cuantas tiendas de ropa de hombre y de mujer, un almacén y, en el extremo oriental, la gran fonda conocida como Veronica's.

El interior de Veronica's era todo líquido derramado, olores y empellones, el lugar más atestado que había visto yo en más de un año. Para llegar a la barra tuvimos que abrirnos paso entre tantos vaqueros que no pude contarlos y tres mujeres vestidas como Agnes Rose, pero más provocadoras, con los pechos asomando por el escote. El local era grande pero de techos bajos; algunos de los hombres más altos tenían que agacharse para estar de pie en la barra.

Agnes Rose pidió su bebida y se sentó en la barra a esperar a su hombre. A los pocos segundos News la siguió. Yo fui la última, pero cuando me abrí camino entre los grupos apretados de hombres y me acodé en la barra pegajosa, News seguía esperando a que la atendieran.

—¿Qué te pongo? —me preguntó enseguida Veronica.

Era una mujer imponente de edad misteriosa, con una peluca color castaño de treinta centímetros de alto y una gruesa capa de maquillaje. Sus ojos y su boca se movieron cada uno por su lado cuando me miró de arriba abajo con una sonrisa.

Pedí un whisky en lo que esperé pasara por voz de hombre y Veronica lo sirvió y me lo puso delante. Solo entonces, y después de buscar más hombres en la barra a los que servir un trago, se volvió hacia News, como si la viera por primera vez y sin la sonrisa que me había dedicado a mí. Al principio me desconcerté. Luego paseé la vista por el local y vi que casi todas las personas que había en la taberna —los otros vaqueros, las mujeres que les reían los chistes y la propia Veronica— eran blancas.

News y yo nos llevamos las bebidas a una mesa en el centro del

local desde donde se veía bastante bien la barra.

—Lo siento —dije.

—¿Qué sientes? —preguntó y su voz, aunque despreocupada, contenía una advertencia.

Mientras bebíamos estudié a los vaqueros. La mayoría tenían un aspecto vulgar y corriente, de hombres que podría haber conocido en Fairchild de haber permanecido allí el tiempo suficiente para relacionarme con personas adultas. Unos pocos llevaban ostentosos sombreros o espuelas o cinturones de hebilla exageradamente grandes, y uno tenía una barba larga y espesa tan brillante como una naranja y que se acariciaba con gesto teatral al hablar. Ninguno me llamó la atención hasta que vi, a dos mesas de distancia de la nuestra, un hombre muy hermoso. Tenía rostro alargado y delicado, cejas pobladas y unos labios carnosos que le daban aspecto solemne, incluso cuando reía. No había visto un hombre que me pareciera hermoso desde que dejé la casa de mi marido, y la mera presencia de aquel en la taberna me hizo sentir calor en la cara y también en la entrepierna. Casi me enfadé con él por estar allí en un momento en que no me podía permitir encontrar nada o a nadie hermoso y me senté dándole la espalda, aunque para ello tuve que girar ligeramente el cuello y no sabía muy bien cómo hacer eso de manera masculina.

Bixby se retrasaba. Habíamos entrado en Veronica's media hora antes de su hora de llegada habitual, pero la media hora pasó, y luego un cuarto. Me di cuenta de que News estaba nerviosa, aunque hablaba sin parar de los caballos que íbamos a comprar y vi que Agnes Rose estaba también preocupada, a pesar de que reía y coqueteaba con otros hombres de la barra. De nuevo pensé, como llevaba semanas haciendo, que debería haberme quedado en el convento, donde habría hecho cosas útiles, habría aprendido todo lo posible de los libros de la biblioteca y no habría perjudicado a nadie.

Mientras me entregaba a estas lamentaciones, el hombre cuya cara había estado evitando se levantó de su mesa. No pude resistirme a mirarlo. Era alto, pero no se movía con la despreocupación de un hombre alto y atractivo. Había algo de vacilación en él. Cuando él y su amigo, un hombre bajo y de espalda ancha con amplia sonrisa pero ojo inquisitivo, se trajeron sus cervezas a nuestra mesa, sentí alegría y pánico.

Me fijé en que varios hombres se negaban a dejarles paso y uno pareció empujar deliberadamente al hombre más bajo, que tenía la piel morena como News, y se le derramó un poco de cerveza al

suelo. La cara se le ensombreció durante un instante, pero al momento se iluminó al ver a News, a quien saludó con una palmada en el hombro, como si fueran viejos amigos.

—Nate —dijo—. Me alegro de verte. ¿Quién es el nuevo?

—Este es Adam —dijo News—. Trabaja conmigo en el norte esta temporada. Estoy intentando enseñarle a beber.

—No podías tener un maestro mejor —dijo el vaquero extendiendo la mano—. Yo soy Henry y este es Lark. Encantados de conocerte.

El apretón de Henry era firme y amistoso, el de Lark casi brusco, me estrechó la mano rápido y enseguida me la soltó. Yo no había tocado a un hombre desde mi marido y se me había olvidado el tamaño de sus manos, la forma en que los callos te arañaban la piel.

—Lark —dijo News—. ¿Ese nombre te lo puso tu madre?**

La sonrisa del hombre era avergonzada, un poco hastiada.

—Me lo pusieron de joven, cuando trabajaba en Idaho —dijo—. Siempre he sido madrugador. Los muchachos se metían conmigo porque me ponía a trabajar cuando todos seguían en la cama. «Se despierta con las alondras», decían.

Cuando contestó me miró a mí en lugar de a News, como si le despertara curiosidad. Yo sabía que la curiosidad era peligrosa; mi disfraz no era lo bastante bueno para soportar demasiado escrutinio. Pero aun así le sostuve la mirada durante un instante. Tenía los ojos de un tono castaño muy claro, casi amarillo, igual que un gato, con una explosión de verde en el centro.

—Es una suerte que hayas traído a tu amigo —dijo Henry mientras tomaba asiento—. Tengo una propuesta que haceros a los dos.

—¿De qué se trata? —pregunté.

Caí en la cuenta de que lo ignoraba casi todo de las vidas de los vaqueros, esas personas a las que suponía estaba imitando.

—A los empleados del Farmers' and Merchants' Bank de la calle Mayor les gusta venir aquí a beber —dijo Henry—. Son ocho y suelen trabajar en turnos de cuatro: tres atendiendo al público y uno detrás, vigilando la cámara acorazada. Pero su jefe, el presidente del banco, se acaba de ir a Wichita a conocer a su nieto y no vuelve hasta junio. Así que los empleados del Farmers' and Merchants' han instituido sus propios horarios: dos atienden al público mientras los otros seis se dedican a beber, a holgazanear o a lo que les apetezca. Cuatro almas emprendedoras, o cinco, para mayor seguridad, podrían llevarse todo lo que hay en la cámara de

seguridad si hacen una visita al banco entre ahora y mediados de verano.

Me pregunté qué le habría contado News a Henry de sí misma. Saltaba a la vista que Henry sabía que se dedicaba a robar, o al menos que no tenía inconveniente en hacerlo si se le presentaba la ocasión.

—Lo que no ha dicho Henry —dijo Lark con una sonrisa irónica — es que el sheriff de Fiddleback es famoso por su puntería y por su costumbre de presentarse en el banco sin avisar para charlar un rato con los empleados.

—Sin riesgo no hay ganancias —dijo Henry—. En las cajas del Farmers' and Merchants' hay por lo menos diez mil águilas de oro. Dividido en cinco partes, sigue siendo bastante para dar de comer a un hombre por todo lo alto durante un año o modestamente durante tres. ¿Te interesa, Adam?

—Ah, no —dijo News—. A él no lo metas en esto. Acaba de empezar. Necesita ganar dinero honrado y no dedicarse a robar con unos degenerados como vosotros.

—Tienes razón, tienes razón —dijo Henry—. Lo que necesita es otro trago. Esta ronda la pago yo.

Cuando Henry se levantó, un hombre flaco y atildado con el ceño fruncido fue hasta la barra y sonrió al ver a Agnes Rose. Esta se levantó para saludarlo y sus gestos eran diferentes a los que le había visto en el Agujero en la Pared; ahora se movía con ligereza y aire y se balanceaba sobre las puntas de los pies. El hombre dejó una cartera de cuero rojo oscuro y aspecto pesado y le dio un beso cortés en la mejilla. Miré a News y me respondió con una casi imperceptible inclinación de cabeza.

—Dime, ¿por qué te fuiste de Dakota? —me preguntó Lark.

El corazón se me aceleró. Estaba convencida de que me habían descubierto, de que aquel hombre trabajaba para el sheriff Branch o para la familia de mi marido y me había seguido hasta allí. Pero cuando miré a News no parecía demasiado preocupada y se limitó a arquear una ceja mientras esperaba a que yo respondiera a la pregunta.

—¿Cómo sabes que soy de Dakota? —pregunté tratando de sonar como News: calmada, cómoda, ligeramente provocadora.

—Te lo noto en la voz —dijo—. Yo soy de Mobridge, a orillas del Missouri.

Me sentí vulnerable. Si detectaba el acento de Fairchild en mi voz, ¿qué más detectaría? Al mismo tiempo, pensar que me escuchaba con tal grado de atención me producía una sensación de

intimidad que me hacía ruborizar. Me llevé el vaso vacío de whisky a los labios para taparme la cara y darme tiempo a pensar.

—¿Por qué te fuiste de Mobridge? —pregunté.

Me miraba a los ojos, pero comprobé que solo podía sostenerle la mirada por espacio de unos segundos antes de dirigirla otra vez al vaso de whisky. Eso no me había pasado nunca con mi marido, claro que a mi marido lo conocía de toda la vida. Cuando empezó el cortejo, me ilusionaba la perspectiva de sexo y romance, pero como persona me resultaba de lo más familiar; podía burlarme de cuando Andy Nichols le bajó los pantalones en primer curso o de la vez que se escondió de su hermano recién nacido porque le daba miedo el cordón umbilical que le colgaba de la barriga igual que un rabo. Ahora me encontraba frente a frente con un hombre del que lo desconocía todo.

—Me había llegado el momento de casarme —dijo— y no quería. Así que no se me ocurrió otra cosa que irme.

Al principio no le entendí. Yo nunca me había preguntado si quería o no casarme. Simplemente sabía que era lo que tenía que hacer.

—¿Por qué no querías casarte? —pregunté.

En aquel momento News se giró un poco en su asiento simulando mirar a Henry mientras intentaba llamar al barman, pero en realidad vigilaba a Bixby y a Agnes Rose. O bien esta no le había dado todavía el láudano o yo me lo había perdido. Lo segundo no habría sido mala cosa; si yo podía verla echar algo en la bebida de Bixby desde el otro lado de la cantina, lo mismo podrían hacer otras personas. Pero significaría también que no podía calcular cuándo empezaría Bixby a tambalearse o cuándo intervenir si las cosas se torcían.

—Me enamoré —dijo Lark y al oírlo no pude evitar prestar atención, a pesar de que sabía que tenía que vigilar la barra—. Era mayor que yo y ya estaba casada, con cuatro hijos. Su marido era un hombre importante de una familia poderosa. Sabía que nunca podría tenerla. Pero después de enamorarme de ella me sentía incapaz de cortejar a ninguna de las muchachas del pueblo. No me interesaban. De manera que ahorré para comprar un caballo y luego me fui.

Intenté imaginar lo que sería irte de tu casa por voluntad pro-pia y no por obligación; simplemente tener la posibilidad de elegir una vida distinta. No pude. Noté que el calor que me hacía sentir Lark se enfriaba un poco, que se creaba cierta distancia entre los dos. En la barra, Agnes Rose acariciaba el brazo a Bixby, seductora como

una amante y tierna como una madre. Bixby parecía bastante borracho, gesticulaba mucho con la mano libre, se inclinaba hacia Agnes Rose y a continuación se enderezaba con un hipido. O se había bebido tres whiskys en cuestión de minutos o el láudano empezaba a hacer efecto.

Volví a mirar a Lark ahora con mayor curiosidad, mayor control. Quería comprender lo que significaba ser como él.

—¿Cómo supiste a dónde ir? —pregunté.

—No lo supe —dijo—. Me dirigí al suroeste porque había oído que por allí están las grandes ciudades. Cuando llegué a Medicine Bow pensé que estaba en Telluride.

Sonreí. Incluso yo sabía que Telluride estaba a dos semanas a caballo al sur de Medicine Bow y que era diez veces más grande.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Lark—. Tienes aspecto de estar muy lejos de casa.

Vi que News se revolvía en su asiento y seguí su mirada. Bixby se había puesto de pie tambaleándose. Agnes Rose reía y le pasaba un brazo por los hombros, sosteniéndolo de manera sutil. Se lo llevó lejos de la barra y cruzaron la puerta que conducía a las habitaciones del piso de arriba.

News se sacó un reloj de bolsillo gastado del pantalón de peto.

—Será mejor que nos vayamos ya, ¿eh, Adam?

Pensé en cómo había caminado Bixby y en el número de gotas que le habría dado Agnes Rose y traté de calcular cuánto tardaría en quedarse dormido.

—Espera diez minutos —dije—. No vas a dejarte esa cerveza.

Me volví de nuevo hacia Lark.

—Voy de camino a Pagosa Springs —dije—. Quiero estudiar allí con un médico famoso. Trabajo de vaquero para pagarme el viaje.

News me dirigió una mirada de advertencia, pero me dio igual. Me sentía más fuerte de lo que me había sentido en semanas. Lark esbozó media sonrisa. Entonces llegó Henry con nuestras bebidas.

—Veronica tiene plomo en las venas hoy —dijo.

News y él intercambiaron una mirada.

—Por desgracia tenemos que irnos —dijo News.

Dio un trago a la cerveza que le había llevado Henry.

—La próxima vez invitamos nosotros —dijo. Luego levantó el vaso—: Por el Farmers' and Merchants' Bank de Fiddleback.

—Por el Farmers' and Merchants' —dijo Henry—. Porque nos haga ricos y nos tengáis envidia.

Lark fue el último en levantar su vaso.

—Por Pagosa Springs —dijo mirándome a los ojos.

Nos encontramos la puerta del dormitorio cerrada. Vi la preocupación asomar en el rostro de News. Cuanto más tiempo siguiéramos en el pasillo, mayor peligro corríamos de encontrarnos con parejas que hubieran alquilado una habitación para la tarde y que podrían preguntarse qué hacían dos vaqueros merodeando por allí en lugar de estar bebiendo en la cantina del piso de abajo. Y cuanto más tiempo permaneciera cerrada la puerta, más probabilidades había de que el láudano no hubiera surtido efecto. Agnes Rose tendría que dormir con Bixby y nuestra misión habría fracasado.

Mientras esperaba a que News me dijera qué hacer, oí fuertes pisadas que subían las escaleras y hacían temblar los grabados polvorientos de lecheras y pastoras colgados de las paredes. News señaló el pasillo y yo corrí hacia una de las otras puertas y fingí manipular el pomo.

—No estoy borracho —oí decir a un hombre con voz ebria—. Solo necesito echarme cinco minutos y luego retaré a cualquiera de vosotros…

Llegó al final de las escaleras, era un hombre alto con una gran barriga y la cara roja. Pasó junto a News, que seguía delante de la puerta de Bixby y Agnes Rose, luego se apoyó en la pared y se arrastró por ella hasta llegar a mí.

—Esta es mi habitación —vociferó con la cara pegada a la mía y echándome un aliento que hedía a cerveza rancia—. ¿Estás intentando entrar en mi habitación?

—Lo siento —dije—. Debo de haberme equivocado.

Intenté pasar, pero apoyó una mano rolliza en cada una de las paredes y me cerró el paso.

—Todo el mundo se cree que puede aprovecharse de mí —dijo —. Oye, Porter está borracho, quítale el dinero, coquetea con su mujer, acuéstate en su condenada cama. Estoy de todos vuestros trucos y vuestras bromas…

—Ha sido una equivocación —dije tratando de mantener la calma—. Me voy a mi habitación y no volveré a molestarlo.

Por encima de su gigantesco hombro vi abrirse la puerta del final del pasillo. News me hacía señas para que fuera.

—Sois igual que serpientes —gritó el hombre—. ¡Ronnie! ¡Ronnie! ¡Sube corriendo! Hay una serpiente en mi habitación.

Había mucho ruido en la taberna, pero era solo cuestión de

tiempo que Veronica oyera gritar al hombre borracho. Lo me había dado unas pocas lecciones sobre cómo pelear con un hombre, pero ninguna sobre cómo manejar a uno que estuviera borracho, belicoso y cerrándome el paso. Me acordé del guarda sosteniendo al cochero en sus brazos. Sabía que cuando actuaba sin saber tenía demasiadas posibilidades de equivocarme. Miré a News con expresión de pánico y de súplica. La vi poner los ojos en blanco.

—Oye, amigo —dijo mientras venía hacia nosotros—, ¿por qué iba a querer este pobre compañero mío entrar en tu habitación? Mírate. Podrías hacerle papilla. Aquí todos te temen.

—Y con razón —dijo el hombre—. Deberían temerme, pero pien-san… Piensan…

—Créeme —dijo News—. A nuestra llegada hoy varias personas nos han aconsejado tener cuidado contigo. «Ese hombre os puede mandar de una patada a otro territorio», nos han dicho y con solo mirarte he sabido que no se equivocaban.

—Así es —dijo el hombre—. Así es. Puedo darle una paliza al primero que se presente.

Simuló dar un puñetazo y se tambaleó hacia la pared de la derecha, liberando el pasillo. Aproveché para pasar.

—¡Oye! —me llamó—. ¡Te estoy hablando!

Pero News y yo corrimos por el pasillo y entramos en la habitación de Agnes Rose.

Bixby estaba tumbado encima de la colcha de guinga con los ojos cerrados y la boca abierta, por su camisa parcialmente desabotonada asomaba una mata de espeso pelo negro. La bolsa estaba junto a la cama.

Agnes Rose intentaba abrir la ventana.

—Ese tipo de ahí fuera va a conseguir que se presente aquí Veronica en cualquier momento —dije en un cuchicheo para no despertar a Bixby.

—De acuerdo —dijo News—. A prepararse.

News cogió la silla de madera de arce junto a la cama y, con un único movimiento, hizo añicos la hoja inferior de la ventana. Agnes Rose cogió la bolsa con una mano, se envolvió la otra con la chaqueta, empujó los restos de cristal roto y salió por la ventana al tejado.

—No está demasiado alto —dijo.

Luego su cabeza desapareció.

—Te toca —dijo News—. Y nada de acobardarse ahora.

A pesar de lo que había hecho Agnes Rose, la ventana seguía

brillando con esquirlas de cristal. Al otro lado el tejado descendía vertiginosamente hacia el suelo; no podía saber a qué distancia estaba, pero desde luego era mayor de la que me apetecía saltar. Busqué una cañería, algo que pudiera haber usado Agnes Rose para ayudarse a bajar, pero solo vi tabillas, agrietadas y blanqueadas por el viento, el sol y la nieve.

—Date prisa —cuchicheó News a mi espalda.

Sentí mareo. Tomé aire, me incliné hacia la ventana y conseguí poner una mano y el pie derecho en el tejado. Pero cuando intenté sacar el izquierdo perdí el apoyo y rodé, caí y aterricé de espaldas en un montón de sacos de pienso para caballos.

—Levántate —dijo Agnes Rose—. No te has hecho nada.

Cabalgamos hasta el anochecer para asegurarnos de que nadie nos seguía. Yo estaba sin aliento, dolorida y excitada por lo que habíamos hecho. News y Agnes Rose también parecían eufóricas y, en cuanto estuvimos lo bastante lejos, en un paisaje desierto de piedras rojizas, rompimos a hablar y a reír.

—¿De dónde sacaste los sacos de pienso? —le pregunté a Agnes Rose.

—Estaban junto al abrevadero de los caballos —dijo—. El mozo de cuadras de Ronnie es muy descuidado. Pero también podías haber saltado sin ellos. El suelo no estaba a más de dos metros.

La noche era clara e inusitadamente cálida. A lo lejos, un par de halcones moteados acechaban una colonia de perros de la pradera, que aullaban asustados mientras las aves los sobrevolaban en círculos y bajaban en picado.

—Voy a echar de menos la cantina de Veronica —dijo Agnes Rose—. Empezaba a gustarme el lugar.

—A mí no —dijo News—. Pero aquí la doctora ha hecho un amigo.

Me ruboricé. El comentario me había cogido desprevenida. Caí en la cuenta de que News había oído mi conversación con Lark mientras vigilaba a Agnes Rose y a Bixby.

—Yo no lo llamaría amigo —dije.

—Más que un amigo, entonces —dijo News, burlona.

Puse los ojos en blanco sin dejar de ruborizarme.

—Dudo mucho de que vaya a conquistar a hombres vestida de vaquero —dije.

News y Agnes se miraron como si hubiera dicho algo gracioso.

—Es la manera más efectiva de conquistar a determinados

hombres —dijo Agnes—. ¿A ti te gustan los hombres, Doc?

Nunca me había hecho esa pregunta. Ver a Cassie con Elzy me había hecho preguntarme si podría llegar a gustarme una mujer, pero puesto que no me sentía atraída por ninguna de las que formaban la banda del Agujero en la Pared —y entendía que no lo recibirían bien si así fuera— no le había dedicado demasiados pensamientos. Que me gustaran o no los hombres no me parecía algo digno de considerar, porque que no me gustaran nunca me había parecido una opción.

Aun así, recordaba desear a mi marido al principio de nuestro matrimonio, recordaba desearlo hasta el extremo de sentir dolor entre las piernas. Y recordaba también a algunos muchachos de la escuela —y también, para ser sincera, a Lark— a los que no podía dejar de mirar, cuyas caras, espaldas o piernas musculosas veía cuando cerraba los ojos.

—Supongo que sí —dije con la mirada fija en el lomo de Amity.

—Pues es una pena —dijo News—. Las mujeres son mucho más seguras.

Los confines del cielo se teñían de malva y alrededor de los cascos de los caballos la vegetación se espesaba. Una liebre de ancas esbeltas, pero lustrosa de comer hierba, se apartó, sobresaltada, de nuestro camino.

—La manera más segura de conocer a un hombre —me explicó Agnes Rose— es acicalarse y hacerse pasar por una muchacha sin familia a la caza de marido. Un par de veces al año vamos a Telluride o a Casper. Las tabernas de allí son algo más acogedoras que la de Veronica, y suele ser fácil conocer a alguien y pasar un buen rato.

—Por supuesto, a News le gusta vivir peligrosamente —añadió a Agnes Rose mientras apartaba a Prudence de un cauce de arroyo seco.

—Es que no me gusta jugar a disfrazarme —dijo News—. Pero hablo en serio, Doc. Nunca se sabe lo que te pueden hacer si se enteran de que eres una mujer. Mi consejo es que hagas lo que quieras con ellos, pero con la ropa puesta. Y en algún momento, mientras tomáis unos tragos, saca a relucir un accidente horrible que tuviste hace tiempo. Que te embistió un toro, lo que sea. Eso explicará todo lo que te dejes o no te dejes tocar.

—La buena noticia es que la mayoría de los hombres son bastante idiotas —dijo Agnes Rose—. Y bastante crédulos. Se creerán lo que les digas.

Cuando anocheció acampamos en una hondonada donde fluía

un arroyuelo para que los caballos tuvieran agua. Los chotacabras cantaban sobre nuestras cabezas y los murciélagos salieron a comer, con sus cuerpos moviéndose con torpeza en la oscuridad. Hicimos fuego y nos reunimos alrededor de la bolsa como si fuera el portal de Belén.

—Que lo haga Doc —dijo Agnes—. Es la que dejó a Bixby fuera de combate.

—Lo único que hice fue medir el láudano —dije.

Pero aun así cogí la bolsa. Me sentía orgullosa después de semanas de pasar vergüenza. Por fin había hecho algo bien. Recordé con gratitud las lecciones que me había dado mi madre con un cuentagotas, las listas de dosis que me había hecho memorizar.

El cuero era pesado y tenía un tufillo dulzón, me hizo pensar en ropa cara y muebles elegantes. En la casa del alcalde de Fairchild o en la trastienda del banco donde los rancheros ricos hacían negocios. Solté la hebilla.

Al principio pensé que el oro debía de estar debajo de las botellas. Estaban envueltas cuidadosamente, cada una en tela impermeable para que no se rompieran a lomos del caballo. El whisky que había dentro de la que abrí olía rancio y aguado. Al parecer Bixby se ganaba un dinero haciendo entregas para un contrabandista mediocre. Y no llevaba encima ni una sola moneda: incluso le di la vuelta a la bolsa para asegurarme. Todo lo que cayó fue un sobre delgado de papel, sellado con cera. Despegué el lacre con el dedo.

—«A veintiuno de septiembre de mil ochocientos noventa y cuatro —leí— se añaden doscientas águilas de oro a la deuda de Roger McBride del Fiddleback Ranch con el Farmers' and Merchants' Bank de Fiddleback. La suma total de dicha deuda asciende a cincuenta y seis mil águilas, o doscientas veinticuatro mil en plata. El Farmers' and Merchants' Bank es dueño de la escritura del Fiddleback Ranch así como de sus activos y las propiedades que rodean a modo colateral la deuda, y se reserva el derecho de vender en cualquier momento».

Por un momento no reaccionamos. Luego Agnes Rose lanzó una de las botellas de whisky contra una de las paredes del barranco, donde se rompió en centenares de añicos que reflejaron la luz de las llamas. Los caballos relincharon. Los murciélagos se dispersaron. News miró hacia las estrellas y luego a mí.

—No sé, Doc —dijo—. Igual es que nos traes mala suerte.

** *Lark* es «alondra» en inglés.

SEIS

El invierno llegó sin avisar al Agujero en la Pared. Un día el viento de la tarde soplaba cálido en el huerto y al siguiente la hoguera amaneció con medio metro de nieve. No teníamos dinero; Kid y Cassie habían contado con el contenido de la bolsa de Bixby y habían gastado casi todo lo que habíamos robado en el asalto a la diligencia en herraduras y sillas nuevas para los caballos. De manera que Cassie empezó a racionar estrictamente las provisiones: un cucharón de gachas de maíz para desayunar, alubias para la cena y grasa de tocino solo los domingos. Yo no pensaba en otra cosa que no fuera comida. Cuando no podía dormir, imaginaba mantequilla fundiéndose encima de pan.

Lo peor de todo era que Elzy no podía disparar. Una mañana la vi en el huerto helado disparando a bolas de nieve con la mano izquierda y errando la mitad de los tiros. Después de aquello la observé con atención: comía, bebía y cepillaba su caballo con la mano izquierda, y, aunque seguía gesticulando con la derecha al hablar, me fijé en la torpeza con que agarraba el cuero al calzarse las botas. No me atrevía a interrogarla, pero supe lo que había pasado. Recordé uno de los libros que había leído en la biblioteca de la hermana Tom, los diagramas de los nervios que recorrían el cuerpo igual que hilos. Sabía que la bala le había desgarrado esas frágiles fibras y Elzy había perdido la sensación en la mano.

Elzy no solo era nuestra mejor tiradora; también era la que mejor cazaba. Cassie, Texas y Kid salían para intentar complementar nuestras raciones de comida, pero ninguna era capaz de derribar los esquivos antílopes del valle como podía Elzy; todo lo que lograron cazar fue un par de pavos, ya escuálidos por el hambre invernal. Su carne fibrosa a duras penas dio sabor al estofado aguado de la cena. Mientras lo comíamos noté todas las miradas puestas en mí.

Al principio traté de proponer planes.

—El mercado de caballos en Sweetwater —le dije a News una mañana bajo cero, cuando estábamos acurrucadas alrededor de la

estufa de leña en la cocina del barracón y el frío nos aguzaba el hambre—. Tiene que circular mucho dinero allí. Podríamos buscar a alguien que acaba de hacer una venta y asaltarlo a la salida del pueblo.

Texas, Lo y Cassie pusieron los ojos en blanco. News suspiró. Era la tercera propuesta que hacía yo aquella mañana.

—Ve a ensillar a Amity —dijo News—. Tengo que enseñarte una cosa.

Me calé un gorro de piel y me tapé la cara con una bufanda de lana; fuera, en el blanco día, el trozo de piel desnuda entre ambas prendas me ardió. La nieve estaba tan fría que chirriaba bajo las suelas de las botas. Los caballos olisqueaban el aire gélido, pero nos recibieron bien, su pelaje largo y denso los protegía del invierno. Un sol amarillo brillaba débilmente detrás de una capa plana de nubes, como si estuviera a punto de extinguirse.

Nos dirigimos hacia el sur en silencio, siguiendo el camino que salía del valle. Los cascos de los caballos dibujaban un rastro en la nieve recién caída. Apenas habían pasado unos minutos cuando supe lo que quería enseñarme News: delante de nosotras la carretera no solo estaba nevada, había desaparecido. Lo que había sido un paso entre dos colinas era ahora una extensión de nieve lisa e ininterrumpida de la cima de una colina a la otra, mucho más alta que el tejado de nuestro barracón.

—¿Podemos cruzarlo a caballo? —pregunté.

—Por supuesto —dijo News—. Si quieres que Amity se quede atascada en la nieve y muera.

Acaricié el cuello de Amity con la mano enguantada, avergonzada.

—Vamos a estar así todo marzo, quizá abril —dijo News—. Hasta entonces, no habrá expediciones.

Avanzado el invierno, solo Kid era feliz. Mientras el resto se dedicaba a dormir o a beber infusión de hinojo —mi única contribución al invierno hasta entonces, hecho con semillas de hinojo machacadas de la despensa de Cassie— para ahuyentar los calambres de un estómago vacío, Kid se sentaba en un rincón del barracón con numerosos mapas y papeles y solo se levantaba para caminar por la sala común y mirar la nieve. Una mañana nos despertó al amanecer golpeando una sartén con un cucharón y gritando:

—¡Despertad, bellezas, heroínas mías, despertad!

Cuando nos sentamos en la sala común, envueltas en abrigos, mantas, paños de cocina y trapos, reparé en lo mucho que habíamos adelgazado desde el inicio del invierno, en lo hundidas que teníamos las mejillas y en las manchas alrededor de los ojos. Yo sabía cómo actuaba la malnutrición: pronto los dientes se desprenderían de nuestras deterioradas encías y empezaría a sangrarnos la lúnula de las uñas.

—Antes de explicaros por qué os he reunido aquí esta mañana —empezó a decir Kid— quiero daros las gracias a todas por todo lo que habéis dado. Elzy, tú, por supuesto, has sacrificado la fuerza de tu mano derecha. Tu sacrificio es una lección de humildad.

Elzy miró por la ventana con expresión sombría.

—News y Agnes, vivisteis entre desconocidos durante semanas sin la ayuda de nadie. Sé lo destructivo que es para el espíritu vivir bajo un nombre falso; sé a lo que renunciasteis por la banda y os doy las gracias.

Agnes sonrió; News no, pero miró a Kid con una devoción que nunca le había visto.

—Y Doc… Sé que algunas seguís enfadadas con ella. Pero recordad las palabras de Mateo: «Mas si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará las vuestras».

—Pues me temo que el Padre va a tener que seguir enfadado conmigo —dijo Cassie.

—Pensad —siguió diciendo Kid haciendo caso omiso de Cassie —. De no ser por la doctora, no habríamos podido hacer el trabajo de Fiddleback.

—¿Y? —preguntó Cassie—. Con todo mi respeto por News y Agnes, pero se suponía que Fiddleback nos sustentaría durante el invierno. Ahora no tenemos nada hasta que se abra el paso.

—Nada no —dijo Kid—. Tenemos esto.

Reconocí el sobre de la cartera de Bixby. Kid lo abrió y leyó la carta en voz alta.

—Ya lo hemos visto —dijo Cassie—. McBride está endeudado. De haberlo sabido no habríamos intentado robarle.

—Exacto —dijo Kid—. No habríamos intentado robar a McBride.

—Entonces no entiendo qué… —empezó a decir Cassie.

—McBride no es el dueño de Fiddleback —dijo Kid—. El dueño es el banco.

Agnes Rose fue la primera en entender.

—¿Vamos a atracar el Farmers' and Merchants' Bank?

Kid sonrió.

—Vamos a comprarlo.

El plan de Kid tenía muchos pasos. Primero de todo, tendríamos que robar el banco. Gracias a Henry sabíamos que ahora solo tendríamos que burlar a dos hombres en lugar de a cuatro. Pero no bastaría con vaciar las cajas, tendríamos que vaciar también las reservas de dinero, lo que significaba robar la cámara acorazada. Eso llevaría tiempo, no solo abrir la cámara, también sacar el pesado oro que había dentro. Las alforjas de los caballos no bastarían para transportarlo, teníamos que conseguir una carreta. Todo eso significaba que necesitábamos una distracción, así que, antes de entrar en el banco, haríamos arder uno de los edificios contiguos: bien la carnicería, bien la tienda que vendía lencería, según los mapas de Kid.

Aprovechando el caos y el desconcierto provocados por el incendio, entraríamos en el banco por la parte de atrás y volaríamos la caja con dinamita. Era más rápido y más sencillo, dijo Kid, que apuntar a alguien con un arma para que nos la abriera. A continuación nos llevaríamos cada billete, moneda y lingote de oro que hubiera en el lugar, nos marcharíamos y esperaríamos siete días.

Durante esa semana, dijo Kid, los rancheros de Casper no podrían pagar a sus vaqueros. Los dueños de los comercios no podrían sacar dinero con que comprar algodón, palas o azúcar. Cada abuela que intentara retirar sus ahorros del banco comprobaría que no quedaba nada de ellos. Cundiría el pánico.

Entonces, cuando a los dueños del banco les diera miedo salir a la calle, cuando se hubieran encerrado en el banco armados con revólveres para proteger no solo su dinero, sino también sus vidas, una de nosotras se presentaría disfrazada de rico terrateniente de Chicago. Este hombre rico se ofrecería a comprar el banco y todos sus activos, incluyendo deudas de terrenos y propiedades en el territorio del río Powder, por una suma que ascendería a alrededor de la mitad del valor de lo robado. Estaría dispuesto a regatear —serían aceptables hasta tres cuartas partes del valor del banco—, pero, desesperados, los dueños terminarían por aceptar la oferta. El Farmers' and Merchants' Bank de Fiddleback sería nuestro.

—Y entonces todo Fiddleback será también nuestro —terminó Kid—, hasta el último grano de los silos y la última res en los pastos. Será nuestro e, igual que Dios dio Canaán a Abram, lo usaremos para construir nuestra nación.

En el silencio que siguió oí la nieve golpear los cristales de las

ventanas. Lo parecía confusa. News y Agnes Rose, intrigadas. Elzy se volvió a mirar a Cassie y abrió la boca, luego la cerró.

Con su cuerpo menudo envuelto en una colcha de estampado de molinetes, Texas fue la primera en hablar.

—Creía que esto era Canaán —dijo.

La voz de Kid se volvió gélida.

—¿Cómo has dicho?

Texas le sostuvo la mirada, sus ojos grises eran serenos.

—Ya me has oído —dijo—. Creía que esto era Canaán, Kid, nuestra tierra prometida. ¿Y ahora nos hablas de Fiddleback?

Kid guardó silencio, como si pensara, a continuación sonrió.

—Canaán era muy grande, dulce Texas. Recuerda lo que le dijo el Señor a Moisés: «Jehová habló a Moisés, diciendo: "Tendréis el lado del sur desde el desierto de Zin hasta la frontera de Edom; y será el límite del sur al extremo del Mar Salado"».

—No recuerdo lo que le dijo el Señor a Moisés —dijo Texas—. Solo sé que este plan puede costarnos la vida. Y no entiendo a cambio de qué.

—¿Cuánto tiempo llevamos viviendo en este valle? —preguntó Kid.

Texas pareció perpleja.

—Yo llevo aquí siete años —dijo—. Tengo entendido que Cassie y tú llevabais ya cinco antes de eso. Así que trece años más o menos.

—Y en esos trece años —preguntó Kid— ¿cuánto hemos ganado robando?

Texas se volvió hacia Lo y luego se encogió de hombros. News y Agnes Rose estaban hablando en cuchicheos.

—Bueno —dijo Texas—, tenemos diez caballos; supongo que empezaríais teniendo uno o dos. Tenemos el barracón y los cobertizos, y el granero que construí yo, las sartenes y los cazos y otros enseres…

—¿Te das cuenta? —dijo Kid—. Llevamos más de doce años robando y nuestros beneficios son diez caballos, un techo sobre nuestras cabezas y nada más. Si seguimos como hasta ahora, nunca podremos acoger a muchas personas más de las que somos. Incluso con las que somos nos cuesta trabajo salir adelante. Debemos tener más ambición. Tenemos que reclamar lo que es nuestro.

—Pero aunque sobrevivamos al atraco —interrumpió Elzy— y consigamos convencer a los banqueros de que vendan, ¿crees que las buenas gentes de Fiddleback nos van a recibir con los brazos

abiertos? ¿Que se van a alegrar de que sus nuevos terratenientes sean una banda de mujeres yermas?

—Tienes razón —dijo Kid—. Comprar el banco será solo el principio.

Kid dijo aquello como si fuera algo emocionante, con los ojos brillantes de energía nerviosa.

—El banco de Hannibal se quedaba todos los meses con la mitad del salario de mi padre —dijo Lo—. Luego se lo quedaron todo. Después nos quitaron la casa. ¿Vamos a hacer eso?

Antes de que a Kid le diera tiempo a contestar, habló News:

—En mi pueblo el banco lo dirigían personas de a pie. Había un consejo y cada año se celebraban elecciones. Un año salió elegido mi padre. Ese año todos los habitantes del pueblo cobraron dividendos. Los nuestros los usamos para comprar contraventanas para las tormentas.

Lo puso los ojos en blanco.

—Y seguro que eran estupendas —dijo—. Espero que os mantuvieran a salvo de la lluvia mientras mi familia mendigaba en el camino del río Blackwater.

—Sabes lo que le pasó a mi familia, Lois Ann —replicó News—. No hables como si fueras la única que conoce lo que es el sufrimiento.

La voz de Kid interrumpió la disputa.

—Cassie, quiero oír tu opinión.

Cassie apretó la mano a Elzy y a continuación la soltó. Tomó aire.

—Sabes que nunca me ha gustado la idea, lo de traer a más personas aquí. Pero te he escuchado, he mirado tus mapas, he dado de comer a todas mientras tú te dedicabas a tus planes. Lo he hecho por respeto y también por amor. Y ahora esto…

Hizo una pausa para elegir las palabras. Elzy la miraba.

—En estos trece años, cada vez que he sucumbido a la desesperación, tu espíritu me ha dado ánimos. Supiste ver las posibilidades de este lugar cuando yo no era capaz. Lo creaste en tu cabeza y ahora vivimos aquí. Pero esto, Kid, es un castillo en el aire… no se sostiene.

Kid hizo una breve inclinación de cabeza.

—Muy bien, has dejado clara tu oposición. ¿No hay ninguna dispuesta a arriesgarse?

Entonces Agnes Rose se puso a hablar con Elzy y Lo le gritó a News y Texas intentó calmar a Lo para a continuación gritar a News

también.

—Doc —dijo Kid haciéndose oír por encima de las conversaciones—, no nos has dado tu opinión. ¿Te unirías al grupo para reclamar la tierra que se nos prometió?

—Huy, no —dijo Cassie. Hasta entonces había hablado con calma, pero ahora percibí la ira bullir en su voz—. No le pidas ayuda a ella.

—La doctora es miembro de pleno derecho de nuestra asociación —dijo Kid sin levantar la voz.

Cassie negó con la cabeza.

—Estoy empezando a entender por qué querías a más personas aquí —dijo.

Sentí vergüenza. Hasta Elzy se había puesto a tocarse la mano mala con la buena, a mover el pulgar de atrás adelante como si así pudiera despertar los nervios. Y sabía que nadie allí se sentía en la obligación de tratarme con amabilidad. Pero también estaba enfadada. Llevaba meses aceptando sin rechistar el tazón de gachas más pequeño y los posos del café; me había callado cuando Cassie le pasaba el whisky a Lo delante de mis narices alrededor de la hoguera, cuando Texas echaba la mierda de los otros caballos en el cubículo de Amity para que la limpiara yo. Lo único que había hecho era intentar expiar mi culpa; a cambio no había pedido nada, ni siquiera respeto o consideración. Estaba cansada de no pedir nada.

—¿Quieres que me vaya, Cassie? —pregunté—. Si lo que quieres es que me vaya, deberías decirlo.

Cassie ni me miró. Siguió hablando a Kid.

—Igual es que solo quieres a personas que puedas controlar fácilmente —dijo.

—Amiga del alma —dijo Kid—, no deberías decir cosas de las que no te puedas retractar.

—Nos estás haciendo perder el rumbo, Kid —dijo Cassie con voz calmada—. Creo que lo sabes.

Kid y Cassie se miraron desde ambos extremos de la habitación. Por un momento, el fuego en los ojos de Kid menguó.

Entonces le dio la espalda a Cassie para mirarnos a mí, a Agnes Rose y a News.

—Hay personas aquí que no quieren compartir este refugio con nadie —dijo Kid—. Que consideran que, una vez alcanzado cierto grado de comodidad, deberíamos hacer caso omiso del sufrimiento ajeno.

—Kid, eso no es… —empezó a decir Cassie.

Kid se hizo oír por encima de ella.

—Pero sin duda hay aquí también personas lo bastante generosas de espíritu para pensar de otra manera. Que queremos ayudar a quienes han sufrido lo que hemos sufrido. Y, por supuesto, aunque sabemos que es posible que fracasemos en nuestra empresa, al menos tenemos la obligación de intentarlo.

Cassie se levantó de su jergón.

—Voy a hacer unas gachas para que podamos comer algo —dijo —. Decidid sin mí. Salta a la vista que os da igual lo que yo piense.

Dejó la puerta entornada y Lo tuvo que levantarse a cerrarla y para entonces ya había una capa de más de un centímetro de nieve en el suelo.

Las palabras de Cassie siguieron resonando en mis oídos. Miré a las personas que quedaban en la sala común. Casi me pareció ver cómo se alejaban las unas de las otras y de Kid. Sentí cómo el temor me subía por la garganta. Si la banda se dispersaba en una suerte de motín, ¿qué sería de mí?

—Quizá nos venga bien un rato para reflexionar —dijo Kid—. Hagamos un alto en las deliberaciones y seguiremos después de desayunar.

Después de aquello se instaló en el barracón cierta languidez. Lo se subió las mantas hasta la barbilla y volvió a dormirse. Agnes Rose cogió un hilo suelto de su calcetín y se puso a tirar de él hasta deshacerlo entero. Elzy abría y cerraba la mano mala; solo de verla me ponía enferma.

La nieve tapó de blanco las ventanas. Los minutos se alargaban y se demoraban. Texas hizo ademán de ir a ver a Cassie, pero Elzy negó con la cabeza.

—Dale un poco de tiempo —dijo.

El hambre me hacía un agujero en el estómago. Lo buscó debajo de su cama, sacó su pelliza con remates de campanillas y empezó a succionar los flecos. Todas hicieron como que no la veían. Sentí un poco de envidia. Me metí un dedo en la boca solo para notar el sabor de la sal de mi piel.

Por fin Elzy salió de la cama y se calzó las botas.

—Dile… —empezó a decir Kid.

—Ya decidiré yo lo que le digo —dijo Elzy.

Elzy salió; el día avanzaba despacio. Casi de inmediato resultó difícil saber cuánto tiempo llevaba fuera: si cinco minutos, diez o

una hora. Después de que el viento aullara particularmente fuerte, Texas se levantó y se asomó a la puerta. A continuación lo hice yo. Había tanta nieve en el aire que no vi ni siquiera la cabaña de la cocina.

—Voy a buscarlas —dijo Texas mientras se ponía las botas.

Por las plumas de hielo en los cristales y la crueldad del viento que entraba por la puerta, supe que la temperatura fuera estaba muy por debajo de cero. Si, por alguna razón, Cassie o Elzy no habían conseguido llegar hasta la cabaña de la cocina, si se habían quedado atrapadas en la nieve, entonces no les quedaba demasiado tiempo. Yo nunca había tratado a nadie con hipotermia, pero estaba convencida de saber más al respecto que nadie de allí.

—Quédate aquí —le dije a Texas—. Voy yo.

La nieve estaba tan alta que a duras penas conseguí salir por la puerta. Seguí lo que supuse debían ser las pisadas de Elzy, pero ya estaban desdibujadas por varios centímetros de nieve recién caída. Calculé que la temperatura debía ser de menos quince grados: por debajo de eso haría demasiado frío para nevar. Cada ráfaga de viento me quemaba la cara y me arrancaba el aliento de la garganta. Apenas veía a veinte centímetros delante de mí. Logré llegar a la cabaña siguiendo el rastro que había dejado Elzy.

Dentro hacía un frío espantoso, casi el mismo que fuera. La cabaña estaba a oscuras y al principio pensé que no había nadie. Luego vi a Elzy y a Cassie acurrucadas en un rincón. Elzy lloraba. Levantó los ojos hacia mí y vi a quien había sido antes de venir al Agujero en la Pared: una persona asustada y sola.

—No sabía qué hacer —dijo—. No quería dejarla sola.

Me arrodillé delante de ellas. Cassie tenía la cabeza doblada hacia delante. Le levanté el mentón; tenía la piel fría y el cuello flácido. Pero cuando le metí los dedos por debajo de la bufanda y le apreté la garganta, noté un pulso debilísimo.

—No —dije—. Está viva.

Cerré los ojos como había visto hacer a madre cuando necesitaba idear un plan. Entre Elzy y yo podíamos llevar a Cassie de vuelta al barracón, que estaba caldeado. Pero eso llevaría tiempo, requeriría una expedición en la nieve y el viento durante la cual la temperatura de Cassie bajaría aún más.

—Tienes que encender un fuego —le dije a Elzy.

En la estufa no había leña; Cassie ni siquiera había intentado hacer las gachas. Probablemente había ido a la cabaña para estar sola con su enfado y el frío la había cogido desprevenida.

Un invierno especialmente frío, madre nos había explicado que la congelación podía atacarte por sorpresa, que al cabo de un rato podías dejar de tiritar y sentir casi calor, y luego calma, como si alguien te hubiera envuelto en una manta. «Pero ese es el momento más peligroso», había dicho.

Si estábamos jugando fuera y una de mis hermanas dejaba de tiritar o se le ponían los labios azules o decía cosas sin sentido, yo tenía que meterla enseguida en casa. Pero si estábamos demasiado lejos, entonces madre dijo que tenía que encontrar un lugar caldeado: la casa de un vecino, incluso un establo servirían. Luego tenía que desnudar a mi hermana, por completo o casi, hacer yo lo mismo y conseguir que alguien nos envolviera a las dos juntas igual que se faja a un recién nacido, de manera que el calor de mi cuerpo pudiera penetrar en el suyo y calentarlo desde dentro.

Desenrollé la bufanda del cuello de Cassie. Sentí un calor débil y fugaz en la muñeca y me di cuenta de que era su respiración. Empecé a soltarle los botones del abrigo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Elzy dando la espalda a la estufa. Había encendido la yesca, que chisporroteaba, pero aún no se notaba el calor.

—Necesita calor en la piel —dije—. Tengo que desnudarla.

—No puedes desnudarla —dijo Elzy—. Si la desnudas se va a congelar. ¿Es que quieres matarla?

Recordé cómo me lo había explicado madre, cómo el cuerpo se congela y deja de funcionar.

—El cuerpo de Cassie se ha quedado sin calor —le dije a Elzy— y necesitamos devolvérselo. Hasta entonces, estar abrigada no le servirá de nada.

Elzy dijo que no con la cabeza.

—Deberías irte —dijo—. Ya me ocupo yo de ella. No te necesito.

Los labios de Cassie se habían vuelto de color morado, como una magulladura. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, igual que en los partos más difíciles, la sensación de que la muerte acecha no solo en la habitación, sino muy cerca, preparada.

Miré a Elzy.

—Ya sé que no te fías de mí —dije—. Sé que es culpa mía que resultaras herida y lo siento. Pero si me voy ahora, Cassie morirá.

A continuación hice la promesa que madre me advirtió que no debía hacer nunca.

—Si me quedo —dije—, vivirá.

Elzy me miró a la cara. Vi su miedo. Vi que mis palabras habían

surtido efecto.

—Vamos —dije con voz más amable—. Ya termino yo el fuego. Tú desnúdate todo lo que puedas. Luego os voy a arropar a las dos juntas. Tú vas a ser su calor.

Elzy asintió con la cabeza. Empezó a desabotonarse la pelliza con la mano izquierda. Yo apilé leña fresca sobre la yesca, en la estufa. Unas llamas delgadas empezaron a lamer los troncos.

Cuando Elzy se hubo quedado en calzones de lana —tenía la piel blanca como un diente y el rojo de la cicatriz del brazo resaltaba contra ella— la ayudé a quitar la pelliza, el jubón y los pantalones a Cassie. Cada capa estaba tan fría como la anterior. Dejé que Elzy le quitara la camiseta interior, y lo hizo con tal ternura, a pesar de usar solo una mano, que sentí una punzada de soledad en el pecho.

Extendí la pelliza de Cassie en el suelo y juntas tumbamos a Cassie encima. Luego Elzy se tumbó a su lado y envolvió el largo cuerpo de Cassie con el suyo. Cassie era corpulenta y robusta, pero aquel día parecía muy pequeña. Les puse encima la pelliza de Elzy, las envolví a las dos como pude con ella y añadí prendas de lana para darles más calor. Elzy se acomodó la cabeza de Cassie en el pecho y cerró los ojos.

No sé cuánto tiempo estuvieron así mientras la habitación se calentaba poco a poco. Fuera, el viento amainó, pero siguió nevando; todo era blando, acolchado y blanco. Me daba miedo que Cassie muriera y romper así mi promesa, y mi miedo persistió sin empeorar ni ceder, solo pareció extenderse atrás y adelante a lo largo de mi vida, infinito. Los recuerdos empezaron a acudir a mi cabeza y eran vívidos, como si se desarrollaran en ese momento. Sobre todo recordé un día del primer invierno de vida de Bee, cuando madre estaba tan enferma que no podía levantarse de la cama. La madre de Ulla y otras mujeres del pueblo venían a ayudarme a cuidar a Bee, pero aquel día llevaba horas nevando copiosamente y nadie se atrevía a salir. Janie y Jessamine tenían la gripe y dormían, febriles, muy tapadas. Bee tenía seis meses; había dejado atrás sus plácidos días de recién nacida y empezaba a ser consciente del horror que suponía estar viva.

Aquella mañana, cuando intenté darle un biberón, abrió mucho los ojos, me miró y empezó a berrear. Nada la apaciguaba, escupió la tetina del biberón, chilló mientras la paseaba atrás y adelante, la mecía, le cantaba, le recitaba los nombres de todos los huesos del ser humano, todo cosas que la habían tranquilizado en el pasado. Al cabo de un rato me acostumbré a los gritos, acepté que mi vida iba a ser así: yo siempre la tendría en brazos y ella siempre chillaría y

nadie vendría a ayudarnos, estaríamos eternamente solas. Me sentía desamparada, pero también serena. Al final, Bee terminó por callar, por tomarse el biberón, dejó de nevar, llegó la primavera, madre se levantó de la cama y yo crecí y me casé y me fui de casa. Pero en aquella cabaña mientras caía la nieve fue como si nunca me hubiera alejado de aquella habitación, de aquellas horas de miedo y calma juntas, de aquella niña que me necesitaba pero a la que yo no era capaz de apaciguar.

Lo que me devolvió a la realidad fue un cambio en la naturaleza del silencio. Madre siempre decía que las historias que contaban las viejas sobre el mal de ojo eran fruto de la ignorancia y ahora sé que tenía razón. No creo que uno pueda notar la mirada de otra persona, pero sí que la puede oír. Cuando una persona dormida abre los ojos, su respiración cambia, incluso si está cansada o enferma y apenas puede moverse. Este cambio fue lo que oí en la cabaña aquel día, de manera que supe antes que Elzy, antes incluso quizá que la propia Cassie, que estaba despierta.

En los días siguientes nadie habló del plan que había propuesto Kid. Estábamos todas ocupadas cuidando de Cassie. Texas se hizo cargo de la cocina y le daba gachas calientes a cucharadas. Lo le peinaba el pelo y la envolvía en mantas. Elzy la cogía de la mano y Kid no dejaba de dar vueltas y estar pendiente de ella con una ansiedad que me resultaba nueva, sin dejar de preguntarme si se iba a poner bien.

—Se pondrá perfectamente —decía yo.

Cassie estaba por completo consciente y hablaba, y, aunque tenía los dedos de los pies congelados, no me pareció que fuera a perder ninguno. Preparé un pediluvio con agua caliente y matricaria para aliviar el dolor cuando volvió a circular la sangre bajo la piel quemada por la nieve, y luego le envolví los pies con suavidad usando vendas de algodón limpias. Mientras la curaba no me hablaba, solo decía sí o no cuando le preguntaba si algo le dolía, e incluso entonces evitaba mirarme a los ojos. El resto, sin embargo, en especial Texas y Kid, me trataban con un respeto nuevo, pidiéndome opinión sobre qué darle de comer a Cassie o si debíamos usar nuestras reservas limitadas de leña para calentar aún más el barracón. Yo intentaba no pensar en lo que habría ocurrido si Cassie hubiera muerto en brazos de Elzy en la cabaña de la cocina, si no hubiera cumplido la promesa de salvarla que le hice.

Al cuarto día de convalecencia, Cassie consiguió dar unos pasos y el sol llegó al valle. Despejamos un camino del barracón hasta la

cabaña de la cocina y el establo. Fui a ver a Amity, le acaricié el rostro atento y Texas me permitió darle una zanahoria marchita que se había estado reservando. Aquel día hubo un pequeño asomo de felicidad: Cassie rió con algo que le contó Kid en voz demasiado baja para que nadie más lo oyera; News sacó su violín por primera vez en semanas y tocó *My Pretty Jane* y *Shinbone Alley*; mientras quitábamos nieve de la entrada, Texas y Lo se tiraron bolas y a continuación, como decidiendo algo, me las tiraron también a mí.

Aquella noche, después de cenar alubias ligeramente quemadas por Texas, Kid se puso de pie delante de Cassie.

—Cass, amiga del alma, durante muchos años fuimos solo tú y yo en el Agujero en la Pared. Fueron años felices; todo lo que recogemos ahora lo plantamos entonces. E incluso cuando empezamos a crecer, lo hicimos poco a poco. News, tú viniste primero, y luego Elzy, y Texas, luego Lo, a continuación Agnes Rose. Y por último la buena doctora, quien creo se merece una disculpa por el escepticismo con que la tratamos al principio.

News empezó a aplaudir y las demás se unieron. Sentí un calor inesperado en el pecho; hacía tanto tiempo que no me sentía rodeada por personas que me querían… Cassie fue la única que no aplaudió. En lugar de ello fijó la vista en sus pies vendados.

—Cuando éramos menos, rara vez disentíamos —continuó Kid. News y Agnes Rose se intercambiaron una mirada divertida—. Pero a medida que somos más, surgen diferencias de opinión. Así que propongo que hagamos lo siguiente a la hora de tomar una decisión sobre mi plan relativo al Farmers' and Merchants' Bank de Fiddleback, y sobre cualquier otro asunto que resulte controvertido:

»Tomaos tres días. Hablad entre vosotras. Prometo no intentar influiros más de lo que lo he hecho hasta ahora. Si al cabo de ese tiempo la mayoría desaprueba mi propuesta, aceptaré vuestra decisión y no intentaré cambiarla. Pero si la mayoría apoya la moción, entonces empezaremos de inmediato con los preparativos. Y haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que no os arrepintáis de haber confiado en mí.

Al día siguiente se terminaron las alubias, de manera que News y yo masacramos unos pantalones de montar de cuero. Los extendí sobre una sábana limpia y News fue cortando, siguiendo las costuras hasta que las perneras se desprendieron, y luego las hizo tiras finas.

—No pienso cocinar eso —dijo Cassie, de manera que llevamos el montón de cuero a la cabaña de la cocina y pusimos agua a

hervir.

El hambre nos tenía trastornadas y eufóricas.

—¿Le añadimos trementina? —preguntó News—. O mira, aquí hay algunos clavos de techar.

—Si esperamos un poco —dije—, igual encontramos unos ratones para echarle.

—Te crees que hablas en broma —dijo News mientras removía el cuero en la cazuela—. Pero en el ochenta y nueve comimos ratones. Lo no quería, dijo que transmiten enfermedades. Así que Kid comió primero. No pasó nada, de modo que nos los comimos y sobrevivimos al invierno.

De la olla subió un olor a sudor. Era nauseabundo, pero aún así me dio hambre.

—¿Qué te parece el plan de Kid? —pregunté.

News rió.

—Es ridículo —dijo. Rebuscó entre los paquetes y frascos del estante de las especias de Cassie, encontró orégano y lo echó al agua hirviendo. Pero si funciona, imagínate. Un pueblo entero. Kid sería alcalde. Quizá incluso sheriff. O quizá yo fuera sheriff. Podríamos vivir a la vista de todos, sin escondernos, sin tener que huir.

—Pues no sé —dije yo—. En mi pueblo no se portaron demasiado bien conmigo. No estoy segura de querer volver a vivir en uno.

—A mí me gustaría volver a Elmyra —dijo News—. No hay día en que no lo eche de menos.

—¿A pesar de que te obligaran a irte? —pregunté.

News examinó un frasco de cristal empañado que contenía setas secas.

—¿Quién ha dicho que me obligaran? —dijo—. El sheriff venía a cenar a nuestra casa cada dos domingos. Sabía que yo era yerma, todos lo sabían. A nadie le importaba. Ayudaba a mi cuñada a cuidar de sus hijos. Éramos felices.

Le cogí el frasco a News, olisqueé el contenido y lo devolví al estante.

—No le eches eso —dije—. Entonces, ¿qué pasó?

La voz se le afiló.

—Lo que pasó fue el doctor Lively.

Recordé el libro que había visto en la biblioteca del convento, lo que decía sobre mezclar estirpes.

—¿Fue a tu pueblo? —pregunté.

—No hizo falta. El alcalde se hizo seguidor fanático. En Elmyra convivían personas negras y blancas desde hacía generaciones. El pueblo lo fundaron abolicionistas antes de la gripe, esos eran nuestros ancestros. Entonces al alcalde Miller se le metió en la cabeza que la mezcla de razas producía esterilidad. Cuando quisimos darnos cuenta, había anulado una docena de matrimonios. El sheriff se presentó en nuestra casa una noche y obligó a mi madre a irse. Y, por supuesto, como mujer yerma e hija de un matrimonio mestizo, me convertí en el experimento científico predilecto del sheriff. Quería llevarme por los pueblos para ayudarlo a convencer a otros alcaldes de que adoptaran las ideas de Lively.

News añadió una dosis generosa de pimienta a la olla.

—Después de marcharme estuve mucho tiempo pensando que quizá podría volver cuando el alcalde Miller muriera. Luego supe que su hijo lo había sucedido en el cargo, así que abandoné la idea. Pero ahora… —Probó la sopa de cuero, hizo una mueca de desagrado y añadió más orégano—. Sé que es una locura —dijo—. Que nos van a matar seguro. Pero no dejo de pensar que, si lográramos sobrevivir, sería como volver a casa.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste en el Agujero en la Pared? —le pregunté a Elzy.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en su camastro del altillo del barracón, limpiando y engrasando las escopetas de caza. Vi que había desarrollado un sistema con el que sujetaba el cañón con la mano derecha y manejaba la escobilla y el trapo con la izquierda. A no ser que supieras qué buscar —la forma en que, de tanto en tanto, usaba la mano izquierda para colocarse bien los dedos—, nadie habría dicho que tenía una mano dañada.

—Refréscame la memoria —dijo—. Desde entonces tengo muchas cosas en la cabeza.

—Me dijiste que Kid no decía en sentido literal todo aquello de la tierra prometida. Dijiste que era un recurso para mantener unida la banda.

Elzy no levantó la vista de lo que estaba haciendo.

—Suena a algo que he podido decir yo.

Me arrodillé junto a las piezas de escopeta dispuestas sobre un paño de algodón limpio.

—¿Y qué dices ahora?

Elzy dejó el cañón sobre la tela. Se pasó la mano buena por el

pelo, cayó en la cuenta de que la tenía sucia de grasa y se abrazó las rodillas. Así sentada, se la veía adorable y desgarbada, parecía un chiquillo de noveno o décimo curso que no se ha convertido todavía en hombre.

—Igual me equivoqué —dijo Elzy—. Igual Kid siempre hablaba en serio y el problema es que yo no escuchaba con la suficiente atención. O quizá es que ahora algo ha cambiado. No lo sé. —Negó con la cabeza y empezó a engrasar otro cañón—. Pero en una cosa no me equivoqué. Todos esos discursos grandilocuentes sirvieron para unirnos. Ese sueño sobre lo que podíamos llegar a ser. Incluso si no nos lo creíamos.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Pues ahora puede que nos cueste la vida.

Después de día y medio yo ya sabía lo que pensaba la mayoría de la banda: Agnes Rose y News estaban a favor del plan, aunque con reservas; Cassie, Elzy y Lo estaban en contra. Texas era la única sobre la que seguía indecisa. Cuando el día antes de la votación salió a caballo a buscar corteza de abedul, me ofrecí a acompañarla.

El día estaba nublado, blanco sobre blanco. El paisaje era mudo. Atravesamos los pastos donde en verano el antílope trotaba y las alondras cantaban; ahora nuestros caballos eran los únicos animales que se movían.

Encontramos un bosquecillo de abedules y até a Faith y Amity. Texas fue hasta un tronco y clavó un cuchillo hasta el fondo, más allá de la capa de corteza exterior, hasta el pálido almidón de debajo que podríamos masticar para aplacar el hambre. A continuación, con la destreza de alguien experto, cortó una tira de treinta centímetros de largo, la enrolló y se la guardó en el bolsillo de la pelliza.

—¿Eso lo aprendiste en la granja? —le pregunté.

Me miró como si me considerara muy estúpida.

—Mi padre era el mejor jinete entre Abilene y el territorio Cheyenne. Nunca tuvimos que alimentarnos de corteza de abedul.

—Perdona —dije—. Solo me estaba preguntando por qué se te daba tan bien cortarla.

—Pasé un invierno sola antes de encontrar el convento —dijo Texas—. No estaba acostumbrada a defenderme por mí misma, pero tuve que aprender deprisa.

Apuñalé el árbol que tenía más cerca y traté de sacar una tira de corteza, pero mis manos enguantadas eran torpes y pronto se me

cayó el cuchillo a la nieve.

—¿Crees que Cassie tiene razón? —pregunté mientras lo buscaba.

—¿En lo de que Kid ha perdido el juicio? No lo sé —dijo Texas —. Pero da igual. Tenga o no razón, Kid ha empezado a soñar con algo más grande que esto, y la cosa terminará en una guerra.

—¿Así que vas a votar en contra? —pregunté.

Encontré el cuchillo, lo clavé de nuevo en el árbol y de nuevo se me cayó.

—Voy a votar a favor —dijo.

Nunca había tomado a Texas por alguien con impulsos suicidas.

—¿Por qué? —pregunté.

Arrancó otra tira delgada de corteza, la tercera en lo que llevaba yo intentando cortar una.

—Por el sheriff que ahorcó a mi familia —dijo—. Me prometí que algún día volvería a matarlo. Pero no puedo hacerlo sola. Necesito que alguien me acompañe hasta Amarillo y vigile mientras lo hago, que me ayude si algo sale mal.

Texas se agachó, recogió mi cuchillo de la nieve y se lo guardó en el bolsillo. Bajé la vista a mis botas, humillada.

—Le dije a Kid que apoyaría el plan de Fiddleback. Si sale bien, Kid me ayudará con el sheriff.

—¿Y si no sale bien?

—Intentaré otra cosa.

Parecía de lo más tranquila.

—Elzy cree que nos van a matar a todas —dije.

—Bueno, yo no tengo intención de que me maten —dijo—. Pero si pasa, qué le vamos a hacer. Al menos lo habré intentado.

Al día siguiente un viento *chinook* cálido y seco llegó del sur y la temperatura subió. Puede que no hiciera más de cuatro grados, pero a nosotras nos pareció primavera después de tantos días bajo cero, e incluso olvidamos el hambre y salimos a jugar en la nieve igual que cachorros. Kid se unió a nosotras un rato e hizo un ángel en la nieve virgen delante del barracón, pero luego se alejó hacia los pastos de los caballos con las manos en los bolsillos. Yo fui detrás.

—Se ha terminado la valeriana —dijo Kid volviendo la cabeza.

El comentario me cogió desprevenida.

—Lo siento —dije—. Podremos coger más en cuanto se abra el paso.

—¿Hay alguna otra cosa que haga el mismo efecto?

—La camomila —dije—. No es tan eficaz, pero algo ayuda. Creo que Cassie tiene una poca seca en la cabaña de la cocina.

Kid asintió con la cabeza y a continuación me dio la espalda y miró más allá de los pastos, hacia la pared roja ahora blanca de nieve.

—El hombre al que trató tu madre —dijo al cabo de un momento—, el que no podía dormir. ¿Sufría terrores?

—Lo siento —dije—. No entiendo muy bien a qué te refieres.

Kid pareció impacientarse.

—¿Tenía terrores nocturnos? ¿Miedos que no era capaz de nombrar? ¿Veía formas por el rabillo del ojo, fantasmas que desaparecían cuando se volvía a mirarlos?

—No —dije—. Nunca habló de nada de eso.

Kid se alejó de mí por los pastos. A pesar del viento sur, el terreno tenía un aspecto desolado sin caballos ni huellas de pisadas, solo nieve que llegaba hasta el cercado y continuaba en dirección al valle. Antes una persona de autoridad y segura de sí misma, Kid era ahora una figura solitaria, con los hom-bros tensados hacia arriba y la vista fija en el suelo. Pensé otra vez en lo que había dicho Elzy, pero ya era demasiado tarde, había tomado una decisión. Apreté el paso para alcanzar a Kid.

—Hay otra posibilidad —dije—. El láudano que usé con Bixby. Todavía me queda algo en el baúl debajo de la cama. Una sola gota te ayudará a dormir. Más sería peligroso. Y solo debes tomar la gota si de verdad la necesitas, si lo tomas demasiadas noches seguidas, empezarás a necesitar cada vez más. Te… Las personas se pueden volver adictas.

—Si alguien necesita tomar alguna vez ese remedio —dijo Kid —, me aseguraré de administrarlo con cuidado.

Parte de mí se sentía culpable por la petición que me disponía a hacer, pero otra sabía que era el momento, ahora que Kid se sentía en deuda conmigo por mi discreción.

—Necesito hacer una cosa —dije—. La llevo planeando desde que me uní a las hermanas del convento. Hay una maestra partera en Pagosa Springs que sabe más que nadie de quien tengo noticia sobre esterilidad y partos, y necesito ir a trabajar con ella. Creo que puedo serle de ayuda.

Esta última parte nunca la había dicho en voz alta, y me sorprendió comprobar que me la creía.

—Todas las personas que estamos aquí hemos llegado por voluntad propia —dijo Kid— y somos libres de marcharnos cuando

queramos. Eso lo sabes.

—No puedo viajar hasta allí sola —dije—. Necesito un caballo y dinero, y alguien que viaje conmigo para que no me maten. Y creo… —callé, sorprendida por mi audacia—, creo que necesitas mi voto o, de lo contrario, tu plan de Fiddleback no saldrá adelante.

En la sonrisa de Kid no había asomo de alegría.

—Has estado hablando con Texas.

No dije nada.

—Bueno, pues muy bien. Eso que quieres será sencillo de hacer una vez hayamos tomado posesión de Fiddleback. Pero hasta entonces tienes que jurarme lealtad. ¿Puedes prometer que lucharás por nuestra nación pase lo que pase?

—Lo prometo —dije.

Kid me ofreció la mano y se la estreché. A través de los gruesos guantes el gesto me resultó extraño, como si Kid estuviera muy lejos.

—Gracias —dije.

—Algún día aceptaré tu gratitud —dijo Kid—. Pero todavía no me la he ganado.

Aquella noche votamos. News, Texas y yo habíamos salido a mirar las estrellas. News y yo conocíamos las constelaciones más sencillas: las osas y Orión, pero Texas era capaz de identificar peces, cangrejos y mujeres en el cielo, e incluso nos enseñó estrellas que tenían brillo rojo o azul en lugar de blanco. Estaba recorriendo Géminis con el dedo índice, cuando Lo nos llamó para que entráramos en el barracón. Dentro, Kid ya había empezado a hablar.

—Amigas mías —dijo Kid—, no voy a insultaros repitiéndome. Solo os recordaré que «la fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma». Ahora es el momento de obrar el bien, mis beldades, mis heroínas. Ha llegado la hora de la justicia sobre la tierra.

Todas guardamos silencio, y pensé en el convento del Santo Niño y en la madre superiora haciéndonos callar con su sermón dominical.

—Quienes estén a favor de comprar el Farmers' and Merchants' Bank de Fiddleback que levanten la mano.

News y Agnes votaron enseguida. Texas esperó un instante, luego se unió a ellas. Lo miró al frente con las manos en los bolsillos. Elzy y Cassie entrelazaron las manos y no se movieron. Miré a Kid en busca de alguna clase de confirmación de nuestro

pacto, pero su actitud no se parecía en absoluto a la de esa mañana. Ahora tenía los hombros rectos, la cabeza alta y la voz llena de fuerza y arrogancia. Levanté la mano. Me arriesgaría.

SIETE

Era a principios de abril cuando Agnes Rose y yo salimos a caballo del valle. La nieve se fundía; si escuchabas con atención, podías oírla discurrir de vuelta a la tierra. El olor a suelo mojado era grato después de tantos meses estériles y los escuálidos antílopes y liebres parecían sorprendidos por la luz del sol, como si hubieran olvidado que existía.

Nuestra primera parada fue el almacén de Nótkon, que no tenía lo que necesitamos.

—¿A quién le iba a vender dinamita? —preguntó mientras empujaba el fardo de balas y especias, los últimos artículos de valor que nos quedaban después del largo invierno, hacia nosotras encima del mostrador—. Solo a un loco. Nunca te he tomado por loca, Agnes Rose.

—¿Y no podía uno de tus proveedores conseguirnos una poca? —preguntó Agnes—. Podríamos volver en dos semanas o un mes con algo de oro…

Nótkon negó con la cabeza.

—Si os vendo un arma y le pegáis un tiro a alguien, nadie la relacionará conmigo porque todo el mundo vende armas. Pero nadie vende dinamita. Así que si os la consigo y hacéis volar algo por los aires, la patrulla del sheriff vendrá directa a mi puerta… después de haberse ocupado de vosotras, claro.

—Lo entendemos —dijo Agnes Rose mientras recogía nuestro surtido de artículos—. Gracias de todas maneras.

Pero yo tenía más preguntas.

—¿Y si quisiera fabricar yo un poco de dinamita? —pregunté—. ¿Podría?

Nótkon me miró de la misma manera que cuando le hablé sobre la señora Alice Schaeffer, entre admirado y quizá un poco inquieto.

—¿Dinamita? No —dijo—. Pero sí un explosivo que sirve para lo mismo.

—¿Qué necesito? —pregunté.

—Eso queda fuera de mi ámbito de conocimiento, me temo —dijo Nótkon—. Pero pareces espabilada. Seguro que consigues la información que buscas.

Nos encontramos con el librero en una fonda a un día a caballo al oeste del valle, en tierra de pinos. Comparado con aquel lugar, la cantina de Veronica era un palacio. Eran las ruinas de una hacienda, probablemente construida antes de la gripe y con casi toda la madera arrancada para hacer fuego durante los años posteriores, cuando había tantas casas vacías. Ahora solo quedaban en pie la cocina y un dormitorio. La propietaria, una mujer de aspecto exhausto llamada Wilma, había montado una barra en un viejo aparador junto a la estufa y el whisky que nos sirvió estaba caliente por efecto de la leña que ardía.

El librero parecía nervioso, como de costumbre. Durante el invierno se había dejado crecer un bigote rubio y daba sorbos rápidos y cuidadosos de whisky por debajo de él mientras paseaba la vista por toda la habitación. Había diez o doce hombres sentados con nosotros en la mesa de madera alargada, antes bonita, ahora resquebrajada por años de abandono y sucia de licor y grasa por su nuevo uso. Al menos diez hombres más bebían de pie, apoyados contra las paredes. Era una clientela de mayor edad y más curtida que la de la taberna de Veronica: tramperos y comerciantes, hombres del bosque que pasaban semanas sin ver a otro ser humano. Ahora que estaban en compañía, algunos guardaban silencio como si se les hubiera olvidado hablar, o quizá hubieran planeado sus vidas precisamente para no tener que hacerlo. Pero unos pocos habían salido de su soledad eufóricos o beligerantes y hacían el ruido suficiente para compensar el silencio de los demás, también para evitar que se oyeran nuestras voces mientras hablábamos.

—Tengo lo que necesitáis —dijo el librero—. El manual de campo de la milicia de San Luis. Tiene todo lo que hace falta saber sobre explosivos caseros, además de técnicas de combate, camuflaje y cómo sobrevivir en la naturaleza hasta treinta días sin comida ni agua potable. Os lo puedo vender por cincuenta libertades de plata.

Puse los ojos en blanco.

—Venga ya —dije—. ¿Te crees que he olvidado lo que cuestan los libros? Te daremos una caja de balas de buena calidad y creo que Agnes Rose tiene por ahí alguna joya.

Agnes Rose abrió su estuche de viaje de cuero para enseñarle los broches y pendientes que vendíamos.

—Todo eso más el estuche en que vienen —dijo el librero—. Y

voy a tener que daros el ejemplar barato, sin los dibujos.

Miré a Agnes Rose, quien asintió con la cabeza.

—No necesitamos dibujos —dije y levanté mi vaso—. Trato hecho.

El librero hizo chocar su vaso con el mío evitando mirarme a los ojos, luego apuró su bebida recalentada y empujó la silla.

—Antes de que te vayas —dije, tratando de prepararme ya para su respuesta—, ¿has tenido alguna noticia reciente del sheriff Branch?

Negó con la cabeza.

—Sabía que me mentías. Debería cobrarte más por haberme puesto en peligro aquella vez. Si llega a encontrarte dentro de mi carreta…

—Pero no lo hizo —dije—. Mira, no tiene ni idea de dónde estoy ahora, de eso estoy segura. (No estaba segura en absoluto.) Solo tengo curiosidad por saber si sigue buscándome.

—Sigue habiendo una recompensa por tu cabeza, si es a lo que te refieres —dijo el librero—. Este año ya me han preguntado por ti dos cazarrecompensas. Al parecer te buscan en Fairchild por embaucar a un hombre joven para que se casara contigo, así como por la muerte al nacer del hijo de una vecina y por causarle a otro labio leporino después de compartir una botella de vino con la madre.

Agnes Rose empujó su vaso.

—No creerás esta basura, ¿verdad? —preguntó—. Un hombre instruido como tú.

El librero se encogió de hombros.

—Lo que yo crea da igual. Pero una cosa sí os voy a decir. —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. Conocí a Branch hace un par de meses. En Rapid City, antes del invierno. Estaba ayudando a una familia a trasladar el ganado porque el padre estaba enfermo. Era un hombre amable, inteligente. Me hizo pensar que probablemente esa Ada a la que andaba buscando podría razonar con él. Que era probable que si se sentaban a hablar, llegaran a un entendimiento. Y ahora que estoy sentado aquí con vosotras hablando de explosivos… se me ocurre que lo que pasa es que las mujeres del valle andáis buscando problemas y ya está.

Vi que Agnes Rose se llevaba la mano al falso bolsillo del vestido donde guardaba el arma. Yo busqué también la mía, en su funda sujeta al cinturón.

—No os preocupéis —continuó el librero—. No le dije nada.

Conozco a Kid desde hace años y tenías razón, me gano bien la vida. Pero quizá deberíais probar a confiar en la gente de vez en cuando, en lugar de andar a la gresca. Es mucho más seguro.

Diez minutos después, mientras el librero buscaba la versión sin ilustrar del manual de campo de la milicia de San Luis, Agnes Rose me susurró que debíamos matarlo.

—No creo que podamos fiarnos de él a partir de ahora —dijo.

—Todo el mundo nos ha visto con él —cuchicheé—. Si lo matamos aquí, sabrán quién ha sido.

—Igual podemos pedirle que nos lleve a algún sitio —dijo Agnes —. Fingir que nuestros caballos han perdido una herradura.

—¿Los dos caballos? —pregunté—. Sabrá que tramamos algo.

Lo cierto era que yo no quería matar al librero a sangre fría. Seguía viendo la cara del joven cochero cuando trataba de dormir por las noches. Y no lo había conocido de nada. Con el librero había pasado días; sabía cómo tarareaba una melodía para sí cuando creía que nadie lo oía, su costumbre de morderse las cutículas hasta que le sangraban, primero la mano izquierda y luego la derecha. No me caía simpático, y Agnes tenía razón, no me fiaba de él, pero no estaba segura de ser capaz de quitarle la vida.

—Tengo una idea mejor —dije.

Levanté la voz lo suficiente para que el librero nos oyera desde la carreta.

—Tendremos que probarlo primero —dijo—. No nos vamos a ir hasta Casper con una porquería de explosivos.

—¿A Casper? —preguntó Agnes Rose.

Le dirigí una mirada y entendió.

—Deberíamos comprar lo necesario en el sur y probarlo en Badger Hollow —dijo—. Así no tendremos que hacer todo el camino desde el valle a Casper con explosivos en las alforjas.

El librero bajó de la carreta con el libro.

—No necesitaréis comprar demasiadas cosas —dijo—. Me parece recordar que el principal ingrediente es boñiga de caballo.

El librero tenía razón. Frederick Blunt, secretario de la milicia de San Luis en el año 1857, cuando se publicó el manual de campo, recomendaba usar dos kilos de excrementos de caballo, doscientos gramos de nitrato de potasio y un detonador grande.

«Estos materiales, si se combinan de manera adecuada, darán como resultado una bomba capaz de destruir una carreta o un retrete pequeños», escribía Blunt. «Dos bombas arrasarán una casa

de madera de tamaño normal. Con cuatro bombas, la milicia consiguió destruir un fuerte ocupado por los Vinegar Boys, fortaleciendo así nuestra posición en la intersección de los ríos Illinois y Missouri, donde confiamos poder establecer una sede de gobierno.»

Empecé con una sola bomba: dos kilos de mierda del establo mezclados con un saco de pienso lleno de nitrato de potasio y con un cordón de bota a modo de mecha. La probé lejos del barracón, cerca de un arroyo de deshielo por si provocaba un incendio. Las caléndulas estaban empezando a abrir sus flores blancas y el lugar olía a tierra y a vegetación. Pensé en el jardín de madre; sus caléndulas y equináceas no tardarían en florecer.

El librero tenía razón cuando dijo que el sheriff Branch era amable e inteligente. No dejaba de repetirme que nunca haría daño a mi familia, que se contentaría con buscarme a mí. Quizá las protegería, pensé, el hecho de que ignoraran de verdad mi paradero. Nadie lo conocía, nadie de los que me habían tratado en Fairchild sabía que ahora era una proscrita, que estaba arrodillada delante de una bomba casera con un fósforo encendido planeando robar un banco y comprar un pueblo. Era una sensación solitaria pero excitante.

La bomba resultó una decepción. La llama subió obediente por el cordón de bota y prendió el saco de pienso, que chisporroteó alegremente en la tierra húmeda, pero no produjo nada que pudiera considerarse una explosión. Esperamos un minuto, dos, cinco.

—¿Dice el manual cuánto tarda? —preguntó Agnes.

—No —dije—, pero no nos va a servir de gran cosa si es así de lenta. Alguien se dará cuenta de que hay un montón de mierda seca ardiendo en la cámara acorazada del banco.

La vez siguiente esparcí primero la boñiga y la dejé secar todo el día al sol. Cuando estuvo dura y hubo atraído una corteza negra de moscas, la metí en otro saco de pienso y probé de nuevo. Esta vez Lo se unió a News y a Agnes para ver el experimento. El experimento volvió a fracasar.

—Si no conseguimos que funcionen las bombas —dijo Lo fingiendo despreocupación—, tendremos que abandonar el plan.

—Funcionarán —dije, aunque no sabía cómo.

Probé con más cantidad de nitrato de potasio y también con menos cantidad. Lo intenté con mechas más largas y más cortas, dejando el saco abierto y cerrándolo bien. En una ocasión me desesperé y prendí fuego a la abertura del saco sin ni siquiera intentar atar la mecha. Por suerte, aquel intento fracasó igual que

todos los demás.

Dejé de avisar a nadie cuando me disponía a probar bombas, pero se enteraban igual, y el experimento sin mecha lo vio la banda entera, a excepción de Cassie y Kid. La rivalidad entre quienes querían que los experimentos salieran bien y quienes querían que fracasaran era evidente, despreocupada en apariencia, pero seria en el fondo. Después de destruir la bomba y de que el público se dispersara, Elzy me abordó.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir haciendo esto? —preguntó.

—Hasta que funcione —dije, aunque me había quedado sin ideas.

—No parece que avances gran cosa —dijo—. ¿Por qué no le dices a Kid que no se puede?

—Porque sí se puede —dije.

Elzy suspiró y se enjugó el sudor de la frente con la mano buena. Era casi mayo y al sol hacía calor, aunque la sombra conservaba el recuerdo del invierno.

—Estoy segura de que tienes tus razones para querer poner en práctica el plan de Kid —dijo—. Y estoy segura de que son buenas. Pero las dos sabemos lo peligroso que es. Quizá esta es tu oportunidad de reconsiderar tu voto. Si le dices a Kid que los explosivos no funcionan, entonces tendrá que cancelar toda la operación.

»Piénsalo —dijo, esta vez pasándose la mano mala por el pelo, un gesto cuya torpeza pareció intencionada—. Todavía puedes salvarnos la vida.

Por un momento no supe qué decir. Desde la votación había empezado a sentirme parte de la banda de una manera que no me había esperado. Por las mañanas había empezado a ayudar a Texas a dar de comer y de beber a los caballos, y aunque hablábamos poco, en su compañía sentía una calma que no conocía desde que iba caminando a la escuela con Susie, antes de que recogiéramos a Ulla y el día se llenara de sus chistes y sus chismes. Por las noches Lo seguía enseñándome a pelear y a cambio yo le daba lecciones sobre medicinas y venenos, lo que teníamos que comprar a comerciantes y lo que podíamos coger de los alrededores del barracón, qué hierbas se podían secar y disolver en té o en aceite para curar toses, fiebres y limpiar piel infectada.

Comprendí que el valle, ahora floreciendo hermoso después del largo invierno, podía ser un hogar. La alternativa que había planeado era, en cambio, amorfa e incierta. Existía la posibilidad de que la señora Alice Schaeffer no quisiera saber nada de mí. Incluso

podía haber cerrado su consultorio. O haber muerto.

Pero si me quedaba en el valle no aprendería más cosas sobre mí o sobre personas como yo de las que ya sabía cuando dejé el convento. Moriría sin descubrir lo que me había hecho ser como era.

—Kid no se rendirá tan fácilmente —le dije a Elzy—. Si esto no funciona, encontraremos otra manera.

Aquella noche, mientras el resto de la banda discutía y jugaba al dominó y se iba a la cama, Kid se quedó mirando mapas y documentos con ojos distraídos e inyectados en sangre. Permanecí despierta mientras las demás se dormían, y cuando la respiración de Cassie se volvió acompasada, Kid me hizo un gesto para que saliera.

La luna de primavera estaba brillante y alta, las paredes de roca proyectaban sombras afiladas en el suelo del valle. Una lechuza ululó, un grito cercano y agudo. La delgada tela gris del sobretodo y el sombrero de Kid adquirió un brillo tenue a la luz de la luna.

—¿Qué tal estás durmiendo? —pregunté.

Kid miró hacia la luna y se encogió de hombros.

—¿Y qué hay… —Hice una pausa e intenté dar con una manera respetuosa de preguntar por terrores nocturnos y miedos sin nombre—. ¿Qué hay de los otros síntomas? —dije por fin.

—¿Has sido alguna vez responsable de las vidas de otros, doctora? ¿Has tenido sus vidas en tus manos?

—Sabes que sí —dije.

Kid asintió con la cabeza.

—Mi padre era pastor —dijo Kid—. Nuestro pueblo tenía un alcalde, pero quien en realidad estaba a cargo era él. Bautizaba a todos los recién nacidos. Casaba a una pareja cada domingo. Y cuando a una mujer le pegaba el marido, cuando un viudo se desmoronaba y pensaba en ir a reunirse con su difunta mujer, cuando un niño enfermaba o desaparecía o un abuelo entraba en su segunda infancia y perdía la cabeza, allí estaba mi padre para atenderlos, día y noche, y en ocasiones con comida o dinero o una cama, lo que hiciera falta, porque cada persona de su congregación era parte de él, y cuando sufría, también lo hacía él.

—Debe de haber sido un gran hombre —dije.

—Era muy fuerte —dijo Kid—. Nos sostenía a todos trescientos sesenta días al año. Y entonces, durante una semana, se desmoronó. No dormía. Tenía visiones y oía voces. Nos acusaba de cosas que no habíamos hecho. Nunca nos pegó, pero sí rompía cosas. Una vez hizo añicos todos los platos de la cocina y estuvimos comiendo pan

y queso en servilletas hasta que hubimos ahorrado lo bastante para comprar nuevos.

—¿Te preocupa que te ocurra lo mismo? —pregunté—. ¿Tener un ataque como el suyo?

—Se suponía que yo me haría cargo de la parroquia —dijo Kid —. No mi hermano mayor, ni tampoco el más pequeño, sino yo. Empecé a predicar ante la congregación a los once años y me hice más popular que el pastor ayudante. Sabía escuchar a las personas. Cuando mi padre estaba ocupado visitando a algún feligrés, los otros parroquianos empezaron a abrirme sus corazones. Todos decían que era igual que mi padre.

Kid suspiró y sonrió.

—Debería haber sabido que también heredaría la parte mala.

—¿Qué fue lo que ayudó a tu padre? —pregunté—. Si hay una medicina, puedo prepararla o encargársela a Nótkon, estoy segura.

—Nada le hacía efecto. Al principio el médico o la partera venían a visitarlo, pero lo único que funcionaba era esperar. Madre les decía a los patriarcas que estaba muy enfermo y que encargaran al pastor ayudante que diera el sermón dominical. Luego corría todas las cortinas y mantenía a todo el mundo lejos de él, visitantes y familiares, hasta que volvía a su ser.

La lechuza volvió a ulular, esta vez desde más lejos. Las nubes se agolpaban alrededor de la luna. Kid me dio la espalda y miró hacia la pared rojiza, ahora rigurosamente blanca y negra a la luz de la luna.

—Yo todavía no he perdido la cabeza —dijo Kid—. El láudano ayuda. Lo administro con sensatez, como me aconsejaste. Pero si un día me olvido de quién soy y empiezo a comportarme como si no fuera un ser mortal, sino un dios en la tierra, y como si ningún hombre ni mujer pudiera hacerme daño, entonces debes llevarme a la choza de los vaqueros junto al río. Me quedaré allí hasta que pase la enfermedad.

—De acuerdo —dije—, pero todo esto ¿no deberías decírselo a Cassie?

—Cassie tiene sus sospechas —dijo Kid—, pero no sabe hasta qué punto puedo enfermar. Si lo supiera…

Kid se quitó el sombrero gris, se pasó una de sus elegantes manos por el pelo corto. Con la cabeza descubierta y bajo el cielo nocturno, aparentaba más edad y transmitía más cansancio que nunca.

—Nuestras amigas de ahí dentro —dijo señalando el barracón—

no siempre simpatizan o están de acuerdo conmigo, pero dependen de mí. He empezado a flaquear. Sé que se dan cuenta. Aunque de momento sigo siendo yo.

Kid volvió a ponerse el sombrero.

—Si tengo que irme —dijo—, diles que he enfermado de fiebres, diles lo que se te ocurra. Cualquier cosa menos la verdad.

Entonces tuve miedo. No de Kid ni del mal que había aquejado a su padre, fuera lo que fuera, sino de lo que ocurriría si recaía en mí la responsabilidad de mantener unida a la banda. También me daba miedo lo que ocurriría si no lograba fabricar pronto una bomba que funcionara; tenía la sensación de que cada día transcurrido sin hacer avanzar el plan de Kid significaría una nueva noche en vela. Pero sabía que no era buena idea hacer saber a Kid que estaba asustada.

—Puedes contar conmigo —dije.

—Bien —dijo Kid—. Vamos, es hora de irse a la cama. El aire de la noche me ha sentado bien. Debería usarlo más a menudo de reconstituyente.

Kid echó a andar en dirección al barracón y yo corrí detrás. Tenía muchas preguntas y no quería dejar pasar la ocasión de hacerle al menos una.

—¿Por qué no te hiciste cargo de la congregación de tu padre? —pregunté—. ¿Qué pasó?

Kid me sonrió y sacudió la cabeza al mismo tiempo.

—Otro día —dijo—. Necesito descansar.

Pasé el día siguiente con el manual de campo, buscando pistas. Había leído la sección dedicada a las bombas cientos de veces, pero no había leído el libro de principio a fin. Gran parte de él no era, en un sentido estricto, un manual, sino una crónica de los logros de Frederick Blunt. Con sus habilidades negociadoras, al parecer Blunt había ayudado a la milicia y reunido a los hombres en edad de combatir de tres grandes familias que habían huido al noroeste cuando llegó la peste a la vieja ciudad de San Luis. Gracias a su astucia y a su inteligencia militar, los hombres habían logrado derrotar o llegar a acuerdos con varias bandas de colonos blancos que habían escapado de la ciudad agonizante, lo que les había granjeado el control de una extensión importante de territorio a lo largo del río Missouri, así como la lealtad de casi quinientas personas. A continuación Blunt fue decisivo en la fundación de una ciudad que llamaron Meeting of the Waters, unión de las aguas, en defenderla de los ataques de bandas rivales de refugiados y, de

manera simultánea, envió exploradores al oeste para que negociaran con los jefes Illiniwek e hicieran asentamientos en preparación para el día —que Blunt estaba convencido llegaría pronto— en que la población de Meeting of the Waters sería demasiado grande para su emplazamiento en una península entre los ríos y fuera necesario trasladarse.

Mientras todo esto sucedía al parecer Blunt siguió siendo secretario de las milicias, sin ascender nunca al rango de capitán ni convertirse en alcalde de Meeting of the Waters, lo que me hacía sospechar que muchos de los méritos que se atribuía se debían en realidad a otros, o incluso eran inexistentes. Aun así, su crónica era muy detallada e incluía el número de balas, balas de mosquete y otras clases de munición que había en las reservas de la milicia, el tiempo requerido para edificar un ayuntamiento con madera procedente de casas abandonadas y la clase de cereal con que los milicianos y sus familias alimentaban a los caballos. Esto último fue lo que me llamó la atención.

«Los potros nacidos en la primavera de 1853 no crecieron igual que los de años anteriores», escribía Blunt, «padecieron fractura de huesos y otras enfermedades varias. Andrew Langhorne, un granjero experimentado que nos hacía las veces de herrero, era de la opinión de que desde nuestra llegada a Meeting of the Waters habíamos recurrido en exceso a la avena y el maíz como alimento de los caballos y no lo suficiente a hierba de pastos. De hecho, los potros a los que, durante la primavera siguiente, se apacentó y a los que la avena y el maíz se dieron únicamente como suplemento, resultaron más robustos, y desde entonces hemos adoptado esta costumbre».

En el Agujero en la Pared los caballos pastaban en verano y comían alfalfa seca y paja en invierno: la mayoría ni siquiera habían probado ni la avena ni el maíz. Por fortuna esta clase de pienso no era cara y pude conseguir varios sacos de Nótkon a cambio de una de nuestras escopetas viejas y varias tinturas de hierbas que había preparado en otoño.

No tenía ninguna confianza en que el experimento funcionara, por lo que ni siquiera le conté a Texas lo que estaba haciendo. Le dije que le estaba dando un suplemento a Amity porque últimamente tenía cólicos y, cuando hubo que limpiar los establos, almacené en secreto sus excrementos por separado. Cuando tuve la cantidad suficiente seca y guardada en sacos, me escabullí una mañana temprano del barracón mientras el resto dormía, cuando la luz del sol empezaba a colorear el cielo de azul.

Mientras encendía la mecha pensé en qué haría a continuación, en cómo le diría a Kid que no era capaz de fabricar bombas. Cuando salí del barracón, Kid dormía en una silla; tenía el sombrero y las botas todavía puestos, pero dormía al fin y al cabo. El día anterior había comprobado el láudano que quedaba en el baúl, y aunque sin duda había menguado, saltaba a la vista que Kid lo consumía con mesura. Probablemente estaba mejor, me dije. En cualquier caso, había que ser muy fuerte para formar una banda de la nada y dirigirla durante años de hambre y privaciones, para mantener unidas a ocho personas habida cuenta de la cantidad de cosas que podían separarlas.

Sabía que sin bombas necesitaríamos que alguien nos abriera la cámara acorazada del banco. Eso llevaría tiempo, y mientras tanto podía llegar la patrulla del sheriff o el resto de los empleados del banco podían unirse para atacarnos. El plan se volvería más peligroso; era posible que Kid tuviera que hacer una nueva votación o, al menos, convencer a Elzy, Cassie y Lo de que el plan no era tan arriesgado. Aun así, me dije mientras la llama subía por el cordón de bota, Kid se las arreglaría. Sin duda su capacidad para disponer en previsión de su futura enfermedad significaba que dicha enfermedad no estaba, por el momento, demasiado avanzada.

Entonces oí un ruido a mi espalda, algo que se movía en la hierba crecida. Me volví pensando que sería una serpiente, o un puma, de manera que cuando la bomba explotó con un ruido de tierra que se abre, me encontré mirando a los ojos de Kid, que no había estado durmiendo en absoluto.

OCHO

En la vida había visto nada parecido al mercado de Pascua en Casper. En el centro del prado comunal había una carpa en la que habrían cabido todos los habitantes de Fairchild. Dentro, mujeres con cofias blancas y vestidos amarillos se preparaban para el servicio dominical colgando tapices del niño Jesús saliendo del sepulcro en brazos de María Magdalena; el niño Jesús apareciéndose a los discípulos; el niño Jesús ascendiendo a los cielos escoltado por ángeles. Alrededor de la carpa, mercaderes y comerciantes del norte y el sur del río Powder vendían sus productos desde la parte trasera de sus carretas: patos eviscerados y huevos de gallina pintados con flores o escenas de la resurrección; lágrimas de niño hechas de gelatina y azúcar y con sabor a jugos de baya o brandi; mocasines adornados con cuentas y bolsas remachadas con espinas de puercoespín; coronas de flores; pasteles dulces con ruibarbo y sabrosas tartaletas de cordero; plata mexicana fina y disfraces de última hora para el Lunes de las Madres: túnicas amplias y de vivos colores para ellos y sombreros y bigotes para ellas, además de pelucas grises para convertir a niños en abuelitas.

En el centro de la plaza estaban los pesebres del ganado, ruidosos por las protestas de los animales y hediondos por la mezcla de olores. Vi un cerdo del tamaño de un cabestro y un cabestro del tamaño de la cabaña de la cocina del Agujero en la Pared; vi una gallina blanca como la nieve con una larga cola emplumada como la de un vestido de novia y un oso blanco amaestrado que se levantaba sobre sus patas traseras y llevaba sombrero de hombre.

Nos encontramos con Henry y Lark en la zona de los caballos. Henry examinaba una hermosa yegua ruana que mantenía la cabeza alta mientras daba vueltas alrededor de su pesebre, como si fuera consciente de su valor. Lark estaba ocupado con un caballo de menor tamaño, con motas grises como los guijarros de río y ojos salvajes y desconfiados. Le chasqueó la lengua con suavidad y el animal vaciló para, a continuación, ir hasta él y comer un azucarillo de su mano.

Cuando News sugirió a Kid que Henry y Lark podían ayudarnos a robar la carreta para llevarnos el oro de Fiddleback me sentí demasiado azorada para secundar la idea. A Cassie, como era de esperar, no le gustó. Nunca habíamos necesitado ayuda exterior para un golpe, dijo. Pero News señaló que aquello no era del to-do cierto: Henry, Lark y muchos otros le habían dado consejos e información en el pasado. Y, en cualquier caso, lo máximo que habíamos robado hasta entonces era un caballo. Henry y Lark habían conducido carretas antes y sabían manejar un carro tirado por caballos nuevos y asustados. Kid había accedido enseguida y me pareció sensato secundar a News. Ya conocía a los dos hombres y a aquellas alturas News y yo trabajábamos juntas lo bastante bien para compensar, en líneas generales, mi falta de experiencia. Mientras paseábamos entre los caballos haciéndonos pasar por Nate y Adam me sentí, si no cómoda con mis andares masculinos, al menos oculta detrás de ellos: nadie que me mirara adivinaría que era una mujer yerma, una esposa repudiada, una proscrita buscada por hechizar el vientre de mujeres a pesar de haber ayudado a docenas de niños a venir al mundo.

Pero en cuanto vi a Lark me sentí vulnerable, como si cualquiera que me viera pudiera leerme el pensamiento. Se comportaba con mayor seguridad de la que recordaba; lo que en Fiddleback me había parecido recato ahora daba más impresión de cautela viéndolo allí muy quieto mientras el caballo le lamía la mano. Cuando se volvió hacia mí me giré como si no lo hubiera visto y no lo miré hasta que Henry se reunió con él y News saludó a ambos con palmadas en la espalda y apretones de manos.

—¿Buscamos un sitio donde podamos hablar? —preguntó News.

Henry negó con la cabeza.

—Mira a tu alrededor —dijo.

Lo hice. Vi a niños persiguiéndose unos a otros y dándose empujones para acariciar a los ponis; a mujeres con sombreros discretos o tocados de colores regateando y coqueteando, riendo y cuchicheando; unas pocas vendían joyas baratas hechas con cuentas de cristal que lucían en los brazos regordetes; a hombres vestidos con trajes de domingo, petos, pellizas y con todas las combinaciones posibles de estas tres cosas, midiendo los lomos de los caballos y examinándoles los cascos, blandiendo billetes y bolsas de monedas, discutiendo, dándose empujones en broma y a modo de provocación y, en líneas generales, en una actitud que parecía ser una combinación de negocios, amistad y guerra.

—Te garantizo que uno de cada diez hombres aquí es un ladrón

de caballos, y uno de cada veinte, una mujer. No hay lugar más seguro para hablar; pasamos desapercibidos.

Caminamos junto a las cuadras de los caballos, Henry y News delante, Lark y yo detrás.

—Mañana es Lunes de las Madres —dijo Henry—. Todos estarán de fiesta, bebiendo y armando alboroto. Esperaremos a que la fiesta esté en lo mejor y entonces buscaremos una carreta vacía, engancharemos nuestros caballos y nos largaremos.

—¿Y qué pasa con la patrulla del sheriff? —preguntó News—. Sin duda andará por aquí.

—Pues claro —dijo Henry—, pero no es la primera vez que vengo a este mercado. Por lo que yo sé, los hombres de la patrulla suelen beber el Lunes de las Madres igual que todos los demás. Y puesto que todo el mundo irá disfrazado, habrá mucha confusión. Es probable que ni siquiera sepan que no somos quienes llegamos en esa carreta el viernes anterior. Lark y Adam pasarán por jóvenes y honrados comerciantes, ¿no creéis? Sobre todo si llevan ropas de fiesta.

Nos dimos la vuelta y fuimos a los puestos de disfraces.

—He visto un vestido rosa que te iría que ni pintado —le dijo Henry a News señalando el más barato de los puestos, donde un letrero a mano anunciaba un vestido y un sombrero a juego al módico precio de cinco libertades de plata.

—Por favor —dijo News mientras señalaba un conjunto verde loro—. Sabes que el rosa no es mi color.

Elegí un vestido azul con pequeños topos blancos. Era bonito, algo que podría haber llevado en Fairchild y me hizo recordar los bailes de soltera, cuando Ulla, Susie y yo nos quedábamos de pie junto a la pared mirando a los muchachos y luego apartando la vista hasta que venían a sacarnos a bailar.

News le echó un único vistazo y lo devolvió a su percha para seleccionar en su lugar uno amarillo muy feo con estampado de rosas enormes y también un carmín rojo chillón.

—No se trata de estar guapa —me susurró mientras Henry y Lark inspeccionaban más vestidos—. Se trata de parecer ridícula.

La mujer que nos cobró y nos envolvió las compras en papel marrón era muy llamativa, con grandes ojos verdes y mentón resuelto. No dejó de mirar a News mientras contaba las monedas, algo que me pareció impertinente, hasta que me di cuenta de lo que significaba.

—¿Te veré mañana en el baile? —le preguntó News mientras se

guardaba las vueltas en el bolsillo.

—Me verás —dijo la mujer.

—Hasta mañana entonces —dijo News tocándose el ala del sombrero.

Mientras nos alejábamos del puesto, Henry sonrió y negó con la cabeza.

—Siempre tan hábil —dijo.

—Solo estaba siendo amable —dijo News.

El camino nos llevó de vuelta a la carpa, donde un hombre empezaba a dirigirse al público. News y Henry se situaron detrás de uno de los postes adornados con festones; yo tenía que estirar el cuello por uno de sus lados para ver algo. El hombre que hablaba era de baja estatura y enjuto, con una cabeza redonda y calva y lentes de montura de carey, pero tenía una voz sonora y orgullosa y una manera de moverse con más presencia que físico.

—Algunos potros son fuertes y robustos, mientras que otros son débiles y enfermizos —dijo el predicador—. Algunos crecen rápido y con paso seguro, otros son lentos y torpes, apenas sirven para tirar de un arado. Algunos soportan todas las estaciones y otros sucumben a las fiebres desde el primer invierno.

—Venga —dijo Henry a News, ahora en voz más queda—. Vamos a tomar un trago. En el Babies' Tears están sirviendo whiskys dobles por cinco monedas de cobre.

News negó con la cabeza.

—Ve tú si quieres —dijo—. Quiero oír esto.

—Todo buen ranchero sabe que nueve de cada diez veces un caballo fuerte procede de una estirpe fuerte —dijo el predicador—. Las estirpes débiles solo dan caballos débiles. Así son las cosas.

»Y lo mismo ocurre con los seres humanos. Una mujer fértil suele proceder de una familia numerosa. Una madre con labio leporino o pie varo, nos guste o no, tendrá hijos con esas mismas taras.

Las palabras de aquel hombre me resultaban familiares, pero me costaba situarlas.

—Y ahora —dijo— voy a enseñaros algo que es la demostración de lo que os digo.

Una mujer joven de semblante agradable con vestido y sombrero amarillos subió al escenario llevando dos cabras, una hembra marrón de pelo corto y un macho cabrío negro greñudo y con una larga barba. Ambos eran rollizos y vigorosos, tiraban de las correas y hacían reír a la muchacha mientras intentaba retenerlos.

—Este hermoso animal —dijo el hombre señalando el macho cabrío— procede de una estirpe de Colorado, una raza montés campeona. Y esta hembra que está a su lado es de una raza de tierras bajas llamada roja de Arizona. Cada una viene de climas y condiciones por completo diferentes y, en circunstancias normales, sus caminos nunca se habrían cruzado. Pero en aras de la investigación científica, yo las he inducido a cruzarse.

La mujer se llevó a las cabras y regresó con un animal de aspecto infeliz, escuálido y de ojos llorosos, con las caderas torcidas y un paso doloroso de mirar. En la cabeza no tenía dos, sino cuatro cuernos, entrecruzados igual que las ramas de un arbusto espinoso. En cuanto vi aquello, caí en la cuenta de que el orador debía de ser el doctor Edward Lively.

—Esta bestia infeliz —dijo el doctor— es el producto de dos animales vibrantes y hermosos, como los que acabáis de ver. Cuando se cruzaron con su propia especie las dos tuvieron cabritillos perfectamente sanos. Pero al cruzarse, como si dijéramos, contra su especie, han engendrado esta pobre criatura que padece hasta trece deformidades diferentes, siendo solo las más evidentes las que pueden ver desde sus asientos.

El público empezó a murmurar con interés y aprobación. Vi algo en lo que no había reparado al entrar en la carpa: aunque había compradores y vendedores negros en el mercado y había oído lenguas como el arapajó y otras que no reconocí, casi todas las personas allí reunidas para escuchar al doctor Lively eran blancas.

—Así que decidme —dijo el doctor—. Si estos animales, que tienen una estructura corporal relativamente sencilla, degeneran en tal aberración cuando se cruzan contra natura, ¿qué no ocurrirá cuando un hombre, la más compleja de todas las criaturas, se aparee con alguien de distinta raza?

Los murmullos crecieron. Luego una mujer se puso en pie, era rubia y de mejillas sonrosadas, algo más joven que mi madre.

—La mujer de mi hijo no le ha dado descendencia y ya han pasado casi dos años —dijo dirigiéndose al doctor Lively—. Sospecho que en su familia hay sangre mestiza. ¿Puede ser esa la razón?

—Desde luego, señora —dijo el doctor Lively—. Según mis investigaciones, casi la mitad de los casos de esterilidad están causados por alguna clase de mestizaje racial, en ocasiones de antepasados lejanos. Y, por supuesto, esta no es ni de lejos la única dolencia…

—Nate —dijo Henry.

Esta vez News dijo que sí con la cabeza y Lark y yo salimos de la carpa detrás de ellos.

Durante largo rato ninguno habló. Compramos licor casero en un puesto en una carreta. A News le temblaba la mano mientras sostenía el vaso. El puesto también vendía remedios medicinales, frascos azules, rojos y verdes brillantes con etiquetas que decían «Dulces sueños» y «Vigor y virilidad». A Fairchild llegaban de vez en cuando viajantes con frascos como aquellos; yo sabía que, como mucho, contenían agua coloreada.

Lark habló primero.

—Ese hombre no es nadie —dijo—. El gran acontecimiento de hoy es el reverendo Delano, de Laramie. No predicará hasta después de anochecido. Habrá cinco veces más público.

—Lark… —dijo Henry en tono de advertencia.

Me pregunté cuánto sabría del pasado de News.

—No. Lark tiene razón —dijo esta—. No es nadie.

Sonreía, pero le brillaban los ojos de furia. Apuró su bebida.

—Adam —dijo—, ¿por qué no nos pides otra ronda?

Mientras lo hacía una mujer joven se acercó al puesto. Su caminar era resuelto, pero cuando llegó al rudimentario mostrador detrás del cual atendía el dueño, vaciló como si estuviera nerviosa.

—¿Tiene algo para la fertilidad? —preguntó por fin, bajando la voz al pronunciar la última palabra.

—Por supuesto —dijo el dueño del puesto—. Lo que necesita es nuestro tónico Vientre Fecundo. He vendido todos los frascos, pero tengo más en la parte de atrás. Voy a prepararle uno para que se lo lleve.

Rodeó el mostrador, que no era más que un tablero de madera de pino apoyado en dos caballetes, y desapareció en la parte trasera de la carreta.

—Yo de usted me ahorraría ese dinero —le dije a la mujer cuando el hombre se fue.

Era de baja estatura y complexión fuerte, con una marca de nacimiento color frambuesa en la garganta. Cuando hablé me miró asustada y recordé que para ella yo era un hombre desconocido que interrumpía lo que debía de ser una transacción delicada.

—No es mi intención entrometerme —dije—, pero soy médico. Y estos tónicos son un desperdicio de dinero. ¿Cuánto tiempo lleva casada?

La mujer seguía con expresión desconfiada, pero contestó:

—Nueve meses.

—Espere un año —dije—, si para entonces no está encinta, ninguna medicina la ayudará. Lo más seguro es marcharse. Hay un convento, el de las hermanas del Santo Niño…

El dueño del puesto volvió con dos frascos de gran tamaño, uno lleno de un líquido azul y otro lleno de uno verde.

—Cualquiera de los dos funciona por sí solo —le dijo a la mujer —, pero para unos resultados inmediatos, le aconsejo que tome dos cucharadas de Vientre Fecundo cada mañana —levantó el frasco azul— y una cucharada de este, Amigo de la Madre, antes de acostarse.

Tocó la botella verde con el dedo índice.

—Funcionan combinados, ¿sabe usted? Regulando los fluidos femeninos.

La mujer me miró mientras abría su cartera.

—Me llevo los dos —dijo.

Aquella noche los cuatro levantamos una tienda junto a muchas otras a la salida del prado comunal, a las orillas del río. Mientras Henry y Lark buscaban un buen sitio, News me habló en voz baja.

—Esta noche dormiremos vestidas —dijo—. Henry ya ha acampado conmigo antes, no dirá una palabra. Si Lark dice algo, tú haz como si nada. Déjale que te tome el pelo, si quiere. Si te comportas con naturalidad, enseguida se le irá de la cabeza.

Parecía que Henry y Lark se habían decidido por un sitio. Henry sacó martillo, clavos y una gruesa lona de las alforjas de su caballo.

—Si necesitas mear —continuó News—, ve al retrete de la carpa. No lo hagas junto al río ni en los árboles; alguien podría verte. No estás con el período, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Bien. Yo sí. Si te viene a ti, tengo paños limpios.

Más tarde aquella noche esperé mi turno en uno de los retretes. El resto de las personas de la larga fila me miraban con curiosidad, con suspicacia incluso. Siempre que estaba en compañía vestida con ropas de hombre había tenido miedo de ser descubierta. Ahora que claramente me tomaban por quien no era, no estaba asustada. Sí sentí que me recorría una oleada de algo inquietante, casi como un vahído. Pensé en la sensación que a veces describía Ulla, una extrañeza trémula que se apoderaba de ella sin avisar, la sensación de estar fuera de su cuerpo mirándose. «Como si alguien caminara sobre tu tumba», solía decir.

Obedecí el consejo de News e intenté aparentar calma y despreocupación, con la cabeza alta y dando puntapiés a una

cáscara de huevo con la bota con aire distraído. El sentimiento disminuyó, pero no se fue del todo, permaneció en algún rincón de mis pensamientos, un zumbido leve pero insistente.

Se abrió la puerta del retrete. Noté que la atención de las mujeres de la cola me abandonaba y seguí sus miradas. Los ojos de Lark se encontraron con los míos y, por un momento, antes de que me saludara con una breve inclinación de cabeza, vi en su rostro algo que supe que él veía en el mío: la constatación de que ambos teníamos algo que ocultar.

Para cuando llegamos a la carpa alrededor de las tres de la tarde del día siguiente, el ambiente ya era una locura. Una mujer de baja estatura vestida con una camisa de hombre abierta que dejaba ver sus pechos redondos me sacó a bailar. News me sonrió y me hizo un gesto de aprobación con los pulgares; yo puse los ojos en blanco. Los cuatro habíamos acordado que pasaríamos una hora en el baile para mezclarnos con la gente, de manera que cuando llegó el momento de subir al carro estábamos sudorosos y borrachos y arrebolados. News había conseguido darme un aspecto ridículo con el vestido amarillo y el carmín prestaba un brillo cómico a mis labios y mejillas.

En cambio ella estaba arrebatadora, con un vestido verde que se había puesto encima del peto y un sombrero adornado con plumas y flores de tela. Entre la gente vi a la mujer joven del puesto de disfraces, vestida ahora de muchacho apuesto con un traje oscuro entallado y un bigote dibujado con kohl. News se acercó a ella a paso veloz, como si no fuera a detenerse, pero entonces se detuvo y se llevó una mano al sombrero, esta vez despacio. La vi sonreír bajo el ala levantada. Luego se dio media vuelta y salió de la carpa. Vi cómo la mujer del puesto vacilaba un instante y, a continuación, la seguía.

Yo nunca había bailado como un hombre, pero eso no parecía importar; la carpa estaba demasiado atestada y la gente estaba demasiado borracha para hacer gran cosa más allá de dar vueltas con torpeza. Mi pareja de baile apretó sus pechos contra mi estómago y me miró, seductora. Cuando di un paso atrás se encogió de hombros, me soltó las manos y se arrimó al hombre que había más cerca de mí, que llevaba sombrero de mujer, barba negra y un delantal de topos que le marcaba la barriga.

Una muchacha con bigote gris y anteojos sin cristales circulaba con una bandeja llena de vasos rebosantes de cerveza dorada. Compré una y di un trago largo. En el escenario en el que el doctor

Lively había predicado el día anterior, dos violinistas y un hombre bajito con un contrabajo tocaban a ritmo vertiginoso.

Al pasear la vista por la pista de baile vi a Lark. Casi elegante, con un vestido de cuadros morados, bailaba pegado a una mujer pelirroja que echó la cabeza hacia atrás y se rió de alguna cosa que había dicho él. No por inútiles eran mis celos más débiles. La noche anterior habíamos dormido uno al lado del otro como dos hombres. No dijo nada cuando me metí en el petate vestida de pies a cabeza. Él, por su parte, se había desabotonado la camisa mientras yo hacía esfuerzos por no mirar. Solo cuando me dio la esbelta espalda para dormir me permití mirar, y la imagen permaneció conmigo cuando cerré los ojos. Seguía sin saber qué escondía, pero al menos ahora sabía que no era lo mismo que escondía yo.

Otra mujer, esta de mayor edad y bailarina experta, me cogió de la mano libre. Con ella cobré conciencia de mis pies y empecé a llevarla, o al menos a colaborar. La cerveza entró en mi torrente sanguíneo y relajé las caderas y los hombros. Sabía que ninguna de aquellas personas era amiga mía; iba a robarles y, de saber quién era yo en realidad, algunas me querrían ahorcar por bruja, otras querrían expulsar a mi familia del pueblo o algo peor, para evitar que mi veneno se propagara a otras estirpes. Y sin embargo la mujer que bailaba conmigo olía a manzanas y a vino. Los violinistas reían entre sí mientras tocaban. Alguien me rellenó el vaso de cerveza sin pedirme dinero. La mujer se fue y otra ocupó su lugar, y entonces la música cambió y nos unimos a otros bailarines en corro, con las manos cogidas, y avanzamos hacia el centro para después retroceder sin dejar de cantar y gritar.

Solté la mano del hombre a mi lado —con pelo en el pecho y el vestido rojo escotado de una cabaretera— para dar palmas al ritmo de la música, y cuando intenté cogérsela otra vez noté un apretón, una firmeza que me resultaba familiar. Cuando me di la vuelta vi a Lark, con mejillas arreboladas y ojos brillantes. Le devolví el apretón y enseguida me arrepentí. Un solo apretón podía ser un saludo amistoso, pero dos eran demasiado, sin duda me había delatado. Le solté la mano y le di la espalda.

Nunca había sido tan consciente de una presencia como de la de Lark bailando a mi lado durante los minutos siguientes. La banda siguió tocando y la gente empezó a aplaudir y yo me moví con ella, pero hasta mi último pensamiento estaba concentrado en las circunstancias de su cuerpo, en dónde estaba respecto al mío. No volví a mirarlo. Me pareció más seguro hacer como que no estaba allí hasta que se cansara de mi mala educación y encontrara otra

mujer con la que bailar.

Entonces la música volvió a cambiar. El público aulló de júbilo. Nuestro corro empezó a moverse, tres pasos a la izquierda, tres a la derecha. En la segunda vuelta, por el rabillo del ojo vi que Lark abandonaba el corro y pasaba detrás de mí; viéndolo marchar me sentí aliviada y triste a la vez. Entonces, al pasar a mi lado, me puso una mano en la parte baja de la espalda y la dejó ahí. Fue un gesto que, visto desde fuera, no habría significado nada para alguien que se molestara en mirar: un hombre que empuja a otro en una pista de baile abarrotada. Pero para mí su significado estaba tan claro que mi cuerpo dejó atrás la sorpresa de mi cabeza; me recosté contra él y pegué toda la espalda a su pecho. Sentí su respiración en la nuca. Luego se fue.

Subió al escenario un hombre gordo vestido solo con una man-ta de niño de pecho y un gigantesco pañal.

—Madres y padres, niños y niñas, vaqueros y… damas de la noche, acérquense —gritó—. Dejen de bailar y de alborotar un momento y préstenme atención. Ha llegado la parte más importante de las festividades de este día. ¡Es el momento de coronar a la Madre del Año!

Aquella era nuestra señal. Mientras el hombre en pañales recibía en el escenario a hombres con elaborados disfraces (la «señora Winifred Higginbotham» llevaba cinco muñecos de recién nacidos atados al cuerpo, incluyendo, por alguna razón, uno en el antebrazo izquierdo) me abrí camino entre la gente hasta el final de la carpa y salí al aire del atardecer.

News, Henry y Lark ya estaban en nuestro lugar de reunión, un puesto que antes había vendido huevos de vivos colores y ahora proporcionaba algo de intimidad a cuatro parejas, una en cada rincón, con las manos de las mujeres sujetando los pliegues de la ropa de los hombres y los hombres forcejeando con los pantalones de las mujeres.

Miré a Lark de reojo, pero se reía con Henry de algo, al parecer ajeno a mi presencia. Pensé que había interpretado mal su roce en la carpa. Había sido un gesto amistoso, de hombre a hombre, y yo había cometido una imprudencia reaccionando de una manera que no se había esperado. Después de todo, lo había visto reír y coquetear con la mujer pelirroja. No había motivo para pensar que estaría interesado en lo que yo aparentaba ser: un joven nervioso con un feo vestido.

—¿Preparados? —dijo News.

Cogimos los caballos y pasamos junto a las filas de carretas. Tal

y como había predicho Henry, todas estaban sin vigilar, a excepción de algunas con artículos valiosos: imágenes del niño Jesús decoradas con pan de oro, cardamomo, canela y perfumes colgados en el aire cada vez más fresco. Elegimos una carreta modesta en la linde del prado. A juzgar por la harina que cubría el pescante, el dueño debía de ser panadero. Bajo el lienzo del toldo del carromato todavía olía a panecillos de Pascua recién hechos.

Estaba intentando enganchar a Amity al ronzal del carromato cuando se acercaron dos mujeres. Una era alta, bonita y con una larga melena color caramelo que le caía por la espalda. Llevaba la camisa de paño abotonada hasta arriba con recato, pero sus pantalones eran ceñidos y dejaban adivinar más de su cuerpo de lo que lo hubiera hecho un vestido.

La otra mujer era más baja y de rasgos más redondeados, con pelo oscuro sujeto en trenzas bajo un sombrero negro de hombre. Tenía ojos castaños redondos y facciones aniñadas. Ambas mujeres eran jóvenes, no mucho mayores que yo.

La mujer de cara redondeada quedó cautivada con Amity y acarició su flanco gris y escrutó sus ojos oscuros. Amity la miraba con una mezcla de tolerancia y cautela. Mientras tanto, la mujer de pelo suelto me abordó.

—¿No deberías estar bailando? —preguntó.

Su tono era provocador y alegre. Traté de responder de la misma manera.

—Eso mismo podría preguntarte yo a ti —dije.

—Audrey y yo somos mujeres casadas —dijo mientras levantaba la mano izquierda para enseñarme un anillo de oro—. No bailamos con desconocidos.

—Bueno —dije pensando con rapidez—. Supongo entonces que tenemos la misma excusa. Estoy prometido.

—Felicidades —dijo la mujer en tono seductor y acercándose a mí. Olí su sudor y su perfume. A pesar de llevar ropas de hombre, se había perfumado con aceite de castilleja, como el que preparaba la madre de Ulla en primavera para usarlo en los afeites y polvos con que se maquillaban las mujeres. Tenía un olor dulzón pero con un toque oscuro y me sentí atraída por la mujer que lo llevaba de una manera que me sorprendió. Imaginé cómo sería acercarme a ella y aspirar el aroma de su pelo.

—¿Y quién es la afortunada? —preguntó.

—Se llama Ada —dije—. Está estudiando para partera en Fairchild, de donde vengo.

Sonreí al pensar en mí misma como mi esposa, la mujer que podía haber sido casada con el hombre que fingía ser. Ambos más afortunados en la vida de lo que era yo en realidad.

—¿Es de buena familia? —preguntó la mujer llamada Audrey, dejando a Amity y mirándome a mí. Hablaba con tono suave, pero había cierto apremio en su voz.

—Por supuesto —dije—. Tiene tres hermanas y su madre es la mejor partera de todo el territorio de Dakota.

—Pero… —Audrey miró a Henry y a News y a continuación se acercó a mí y casi susurró—: ¿es de una estirpe pura?

Por mi experiencia engañando a desconocidos sabía que debía decir que sí y así conservar la imagen idealizada que se hubieran formado de mí. Pero también sabía que nadie aprende nada que no le enseñen. Había fracasado con la mujer de la marca de nacimiento, pero era cierto que con ella había empezado con mal pie. Aquellas mujeres daban la impresión de que yo les agradaba y de estar a gusto conmigo; quizá sería más fácil persuadirlas.

—No creo en esas tonterías —dije—. Algunos niños son enfermizos y otros sanos. No tiene nada que ver con que los padres sean negros o blancos.

—No solo los padres —dijo Audrey con su susurro enfervorizado —. Es como lo que decía el doctor Lively sobre los caballos. Esta yegua tuya debe de proceder de una buena estirpe. Basta un antepasado con cojera o espalda débil para echar a perder todo un linaje.

—Nuestros maridos son comerciantes —dijo la mujer de pelo suelto, y el orgullo la hacía hablar con envaramiento y solemnidad —. Hemos recorrido todo el país, desde las Bighorn hasta las Rocosas. Conocemos la importancia de la sangre.

—Eso es absurdo —dije—. Mi prometida ha asistido más de cincuenta partos. Ella os diría que los niños de familias mestizas son tan saludables como los de estirpes puras o como queráis llamarlas. No hay ninguna diferencia.

News me dirigió una mirada de advertencia.

—Te equivocas —dijo Audrey—. El doctor Lively ha visto a cientos de recién nacidos con deformaciones por la mezcla de sangres. Una vez vio cómo un médico de Laramie envenenaba a un gato dándole las sangres mezcladas de una mujer negra y un hombre blanco.

—Si el doctor Lively se cree esa patraña —dije—, entonces es que es más estúpido de lo que parece.

—El doctor Lively aprendió a leer y escribir antes que a andar —dijo Audrey—. Es un prodigio. Igual no te gusta lo que dice por las compañías que te buscas.

Miró a News y a Henry y de nuevo a mí.

—Si no os gustan mis socios —dije—, sois libres de dejarnos tranquilos.

—Eso vamos a hacer —dijo la mujer de pelo suelto—. Y vamos a decirles a nuestros amigos que no se acerquen a vuestro puesto. Además, ¿qué es lo que vendéis? No os recuerdo del año pasado.

—Panecillos de Pascua —me apresuré a decir, lo primero que me vino a la cabeza—. Pero se nos han terminado.

—Pues qué suerte —dijo la mujer de pelo largo—. Si queréis un consejo, no volváis el año que viene. Aquí no nos gustan los ignorantes.

Mientras hablaba la vi mirar hacia la parte trasera de la carreta, que ahora me di cuenta de que estaba llena de aperos de labranza, de azadas, guadañas y rejas de arado, cada uno con su precio pulcramente marcado.

Nadie habló mientras sacábamos la carreta del prado comunal. News llevaba las riendas y yo iba a su lado en el pescante; Henry y Lark viajaban en la parte trasera con los aperos agrícolas. News azuzó a los caballos todo lo que era posible sin despertar sospechas. La tarde daba paso a la noche y las sombras se alargaban en el prado a nuestro paso, formas atenuadas de hombres con ropas de mujer y mujeres con ropas de hombre abrazados dentro de tiendas, contra árboles y en la hierba fresca. Nadie levantó la vista para mirarnos, y salimos a la carretera que conducía al pueblo sin percances y con el único sonido de los enganches de la carreta y el resoplido ocasional de uno de los caballos mientras nos alejaban del peligro.

—Lo siento —le dije a News—. Debería haberme fijado antes en la parte de atrás.

—Deberías haber mantenido la boca cerrada —dijo News—. ¿A qué ha venido eso? ¿Tu prometida? ¿Es que todavía no has aprendido nada sobre cómo hay que hablar a las personas?

—Pensé que igual conseguía que cambiaran de opinión —dije—. Pensé que si oían la verdad de labios de una partera quizá escucharían.

—Para ellas tú no eres partera —dijo News—. Eres un hombre que no conocen y que ha insultado a su admirado doctor. Tienes

que estar muy segura de tus poderes de persuasión para creer que te iban a funcionar.

Su tono era despectivo y cínico; nunca la había oído hablar así.

—Solo quería ayudar —dije—. Pensé que lo aprobarías.

—Ah, ya entiendo —dijo News—. Así que querías ayudar. Supusiste que si alguien medianamente instruido explicaba con claridad las cosas a estas buenas gentes de Lively dejarían de mirarme como si fuera una cabra deforme y empezarían a tratarme como a una persona. ¿He acertado?

—Eso no es… —empecé a decir.

—Y si alguien hubiera tenido esa entereza tuya para explicarle las cosas al alcalde de Elmyra, quizá ahora yo estaría con mi familia. Es una pena que no hubiera nadie con tu inteligencia y tus estudios para ayudarnos. ¡Menos mal que estás aquí ahora!

—Siento haber intentado defenderte —dije, a aquellas alturas enfadada—. No volveré a cometer esa equivocación.

—No necesito que nadie me defienda, doctora. Desde luego tú no.

La carretera que iba del prado comunal al pueblo de Casper era angosta y de grava; nos castañeteaban los dientes al recorrerla. A los lados del camino había desechos del mercado: envoltorios vacíos de lágrimas de niño o tartaletas de fruta y otras golosinas; cáscaras de huevo; huesos de pollo; sombreros de paja de mujer; sombreros de hombre e incluso una barba postiza tirada en la cuneta igual que un animal. Después de lo que me parecieron kilómetros de silencio, mientras rumiaba mi furia contra News —¿de verdad podía estar equivocada cuando había hecho lo que me parecía más valiente?— doblamos un recodo y llegamos a una cancilla que servía para evitar que el ganado de los pastos circundantes entrara en el pueblo. A nuestra llegada al mercado el día anterior había estado abierta, pero ahora tenía echado el pestillo y quien quisiera pasar debía desmontar y abrirlo.

News detuvo la carreta y, sin decir nada, bajé para abrirla. Era rudimentaria: alambres de espino entre dos pesados postes de madera, uno de los cuales se encajaba en un anillo metálico en la parte de abajo. El alambre estaba tan tirante que me costó trabajo desenganchar el poste. Lark bajó de la carreta de un salto para ayudarme, y acabábamos de soltar el poste y permitir que pasara la carreta cuando tres hombres doblaron a galope el recodo del camino empuñando escopetas.

Lark no vaciló.

—¡Dale! —gritó a News.

News se limitó a hacer una inclinación de cabeza, luego hizo chasquear las riendas y los caballos echaron a galopar, dejándonos allí envueltos en una nube de grava, basura y polvo.

El ayudante del sheriff me cacheó. Era un hombre grande con manos gordas y rudas y al principio pensé que no encontraría lo que escondía. Me palpó los tobillos, las rodillas, caderas, la cintura y no encontró nada raro, pero entonces me tocó debajo de los brazos y se topó con la gruesa tela que había usado para vendarme los pechos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Me hirieron en una pelea de taberna —dije—. Y estoy vendado. Eso es todo.

—Enséñamelo —dijo el ayudante del sheriff.

Me desabotoné los dos primeros botones de mi ridículo vestido floreado y dejé ver la parte superior del vendaje.

—Tengo que llevarlo unas cuantas semanas más —dije—. Hasta que se cure la herida.

Entonces se unió a nosotros el sheriff, un hombre flaco con piel picada de viruelas y sombrero vaquero rojo oscuro que había estado registrando a Lark.

—Enséñanoslo todo —dijo.

El corazón me atronaba en los oídos mientras me desabotonaba el vestido y dejaba expuesto mi pecho fajado.

—Nunca he visto un vendaje así —dijo el ayudante del sheriff.

—Eso no es un vendaje —dijo el sheriff mientras la constatación y el asco se mezclaban en su expresión—. Quítatelo.

El aire del anochecer me enfrió la piel desnuda. El ayudante parecía perplejo.

—¿Qué pinta una mujer robando en la carretera del río Powder? —preguntó al sheriff—. ¿Es una payasada de Pascua?

—No es una mujer —dijo el sheriff—. Esto ya lo he visto antes, en Colorado. Allí conocí a un muchacho muy popular entre las damas. Pero cuando sedujo a la mujer del alcalde lo detuvieron por adulterio y… le encontramos un vendaje como este debajo de la ropa. Él, ella o ello, como quieras llamarlo, tenía pechos de mujer, cuerpo de mujer. Resultó que su verdadero nombre era Caroline y que había escapado de una cárcel de Salida, donde la habían encerrado por ser sospechosa de brujería. Desde entonces se hacía pasar por hombre y enredaba a mujeres con sus diabluras.

—¿Qué hicisteis con ella? —preguntó el ayudante mirándome ahora los pechos sin disimulo alguno.

—La tuvimos tres días y tres noches en un cepo —dijo el sheriff —. Después la habríamos soltado, pero ya estaba muerta.

—Aquí no tenemos cepos —dijo el ayudante sin dejar de mirarme.

—Ya pensará el juez en algo —dijo el sheriff—. ¿Sabes lo que me sorprendió? Cuando vino gente a tirar piedras, zapatos y toda clase de cosas a la tal Caroline, las mujeres se ensañaron el doble que los hombres. De no ser por las mujeres, es posible que hubiera sobrevivido.

Yo llevaba meses sin pensar en mi suegra, pero mientras me abotonaba el vestido sobre el pecho desnudo me vino a la cabeza su recuerdo. La manera en que me miró en la cocina el día que me echó de su casa, el odio en sus ojos y la satisfacción que le producía poder castigarme. Era la misma expresión que veía ahora en las caras del sheriff y su ayudante.

Yo no había odiado a mi suegra por echarme, tampoco a mi marido por no detenerla ni al sheriff Branch por tratarme como a una apestada cuando me conocía de toda la vida. Había estado enfadada y asustada, pero no había sentido odio. Ahora mi rencor viajó desde los dos hombres que tenía delante hasta Fairchild, donde imaginé a la familia de mi marido sentada a la mesa con su nueva nuera. Imaginé que mi odio era una llama que corría por el camino de tierra hasta lamer la puerta de su casa.

No volví a mirar ni al sheriff ni a su ayudante mientras nos ponían las esposas y nos encadenaban al caballo del segundo. Mi destino estaba escrito; me daba igual lo que pensaran de mí o lo que dijeran. Lo que sí hice fue mirar a Lark. Me sostuvo la mirada con una expresión que era cálida, confiada y tranquila, como si nada de lo que había visto aquel día lo perturbara o lo sorprendiera siquiera. La expresión de su cara me desconcertó, pero también me reconfortó e impidió que el mayor de mis temores se apoderara de mí mientras los hombres nos conducían carretera abajo en dirección al pueblo.

La cárcel era un edificio alargado y bajo dispuesto alrededor de un pasillo central que recorría arriba y abajo un guarda de mirada inquieta con una lámpara de queroseno y que se detenía de tanto en tanto para dar un sorbo de una taza de hojalata. En la primera habitación a la izquierda, donde nos metieron, había otros dos prisioneros, un hombre y una mujer, tumbados en unos bancos de madera alargados sobre un suelo de tierra. Estaba separada del pasillo por una puerta con cerrojo y un ventanillo, demasiado pequeño para que un hombre pasara por él pero lo bastante grande

para que el guarda vigilara a los prisioneros y nosotros a él. Había anochecido y la única luz del calabozo procedía de su quinqué, que nos iluminaba las caras cuando pasaba junto a la puerta y luego nos dejaba a oscuras.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó la mujer cuando el sheriff y su ayudante se fueron.

En la oscuridad su voz sonaba juvenil, pero cuando la luz del quinqué le recorrió el rostro vi que tenía la piel marchita igual que una manzana vieja arrugada y seca en una despensa.

—Robar una carreta —dijo Lark, pero la mujer me miraba a mí.

Sin el fajado, la forma de mis pechos se adivinaba bajo la ropa. Había dejado de intentar caminar y gesticular como un hombre; ya no tenía sentido insistir en el engaño. Tenía aspecto de lo que era: una mujer en un vestido feo sentada en un calabozo aguardando su destino.

—¿Dónde está tu disfraz de Pascua? —preguntó mirando a Lark con su vestido malva y sin duda preguntándose por qué no llevaba yo un peto de hombre.

Me daba miedo contarle nada de mí. Incluso allí, revelar demasiado me parecía una equivocación.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté para cambiar de tema.

—¿Cómo que por qué? —dijo—. ¿Es que no lo ves? ¡Soy una bruja!

Cuando la luz volvió a cruzar su semblante estaba sentada erguida y me sonreía. Le faltaba uno de los dientes delanteros, lo que le daba apariencia traviesa.

—¿Eres yerma? —pregunté.

—Tengo cinco hijos, a cuál más inútil —dijo—. Pero mis cuñadas, ninguna de las cuales pudo tener hijos después de que yo me casara con su hermano, me señalaron con el dedo y aquí estoy, el mes que viene hará veinte años.

Sentí una cercanía a ella tan intensa en aquel oscuro lugar que tuve que reprimir los deseos de cogerle la mano.

—Mi madre es partera —le dije—. Dice que no hay un ápice de verdad en lo que dicen de que las brujas vuelven yermas a las mujeres. No es más que una invención tonta de personas tontas.

—Y entonces, ¿qué es lo que provoca la esterilidad, señora hija de partera? —me preguntó la mujer.

—En realidad nadie lo sabe —dije—. Pero me he propuesto descubrirlo algún día.

—Pues cuando lo sepas, se lo dices al sheriff y seguro que me

suelta —dijo la mujer no sin amabilidad—. Hasta entonces voy a echar una cabezada. Tú deberías hacer lo mismo. El juez está de vacaciones de Pascua, así que todavía te queda un día aquí, quizá dos, antes de saber lo que va a ser de ti. Deberías aprovecharlo al máximo.

La mujer se hizo un ovillo en el banco y cerró los ojos. El hombre no había dicho una palabra; ahora parecía dormir también. Esperé a que la respiración de la mujer se hiciera más lenta y acompasada por el sueño y entonces hablé a Lark con un susurro.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté.

Su voz sonó más cerca de lo que me había esperado en aquella oscuridad sin sombras.

—No lo sabía —dijo—, pero lo sospechaba. Disimulas bien, el común de los mortales no se daría cuenta. Pero hay una ligereza en tu manera de moverte, sobre todo al bailar. A los hombres les pesan más los huesos que a las mujeres, incluso si están delgados, y si sabes en qué fijarte terminas por darte cuenta.

—¿Y tú sabes en qué fijarte? —pregunté.

—Sí.

El carcelero pasó delante del ventanillo y la luz de la lámpara me brindó el rostro de Lark igual que un regalo. Lo escruté en busca de pistas. Estaba su bonita boca, sí, pero también la barba de un día en las mejillas y el mentón, las cejas prominentes. Decidí que ya no había razón por la que no preguntar.

—¿Eres una mujer?

La luz abandonó su rostro antes de que me diera tiempo a ver su reacción.

—No —dijo.

—Te vi en el retrete de la feria —dije—. Eras el único hombre.

—¿Y?

—Debe de haber algo que no quieres que los demás vean.

Por un momento guardó silencio en la oscuridad y pensé que tal vez lo había ofendido. Entonces el quinqué iluminó el ventanillo y vi su expresión divertida, resignada.

—De acuerdo —dijo—. Mi secreto a cambio del tuyo. Cuando nos conocimos te dije que me había ido de Mobridge porque estaba enamorado de una mujer casada, ¿te acuerdas? Bien, pues no era una mujer, sino un hombre. Y no me fui por voluntad propia.

Eso explicaba por qué se había mostrado Lark tan interesado en mí en Fiddleback. Y seguramente por qué ahora dejaría de interesarle. Descubrí que incluso en la oscuridad de aquel calabozo

me venía a la boca el sabor metálico de la desilusión.

En mi pueblo natal había conocido a dos muchachos de quienes se rumoreaba que les gustaban otros muchachos. Para cuando me marché, ambos estaban casados con mujeres y esperaban hijos. Ninguno había tenido que irse del pueblo.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—El hombre al que amaba dejó de acostarse con su mujer. Solo tenían un hijo. La familia de su mujer se enteró de lo nuestro y mandó a la patrulla del sheriff en mi busca. En Mobridge, el castigo por interferir en la concepción de un hijo es la castración.

—¿Castración? —pregunté. Comprendía lo que quería decir, pero deseaba que no fuera así.

—A veces usaban un atizador candente. Yo tuve suerte, conmigo usaron cizallas de castrar corrientes. Ah, y luego me metieron en el calabozo. Ahí es donde me pusieron el nombre de Lark.

La luz lo atravesó, pero evité mirarlo; era incapaz de acomodar lo que me estaba contando a lo que sentía, al latido de deseo en mi vientre que persistía incluso ahora.

—¿Por qué Lark? —pregunté.

—Porque se supone que los eunucos cantan de maravilla —dijo —, con voces límpidas y agudas como el canto de las alondras.

—No tienes una voz aguda —dije.

—No me lo quitaron todo —dijo—. Sí mucho, pero no todo.

Quise saber qué le habían quitado exactamente y qué conservaba; si aún podía sentir placer cuando se iba a la cama con alguien y cómo era la vida con una herida así. Pero no sabía cómo formular ninguna de esas preguntas.

—¿Cómo conseguiste salir de la cárcel? —fue lo que pregunté.

Rió en la oscuridad.

—No te hagas ilusiones —dijo—. No tengo una habilidad especial para escapar. Mis padres reunieron el dinero necesario para pagar al sheriff y que me soltara, a condición de que me fuera del pueblo y no volviera nunca. Supongo que no tienes parientes ricos que vivan cerca de aquí.

—No tengo a nadie a excepción de News y el resto —dije—. Y no estoy segura de que vengan a buscarme. Antes de esto no era especialmente popular, y ahora…

—¿Quiénes son el resto? —preguntó Lark—. Nate… o News nos dio la impresión de trabajar por su cuenta. Incluso nos sorprendió que estuvieras tú.

La luz del carcelero alumbró la habitación y por un instante

capturó al hombre callado. Vi que tenía los ojos abiertos pero fijos en ninguna parte, inexpresivos. La boca estaba abierta y se movía ligeramente con su respiración. Tenía una de las manos en el suelo de tierra, con largas uñas que se curvaban por encima de las yemas en garras grises sucísimas. Fue entonces cuando entendí que podía morir en aquel calabozo, que de hecho podía ser preferible que me ahorcaran.

—Somos ocho —le dije a Lark. No parecía lógico seguir guardando secretos—. Todas yermas. De momento nos escondemos en las montañas, en el Agujero en la Pared. Pero nuestro plan es convertir Fiddleback en un lugar en el que personas como nosotras puedan vivir seguras. Robar la carreta era… es parte de ese plan.

Por primera vez caí en la cuenta de que el plan de Kid se había convertido en el mío. Quería tener éxito, no solo porque me permitiría ir a Pagosa Springs, sino también porque quería que la ciudad que Kid imaginaba existiera de verdad en el territorio del Powder. Imaginé tratar a una mujer yerma en el dispensario de Pagosa Springs y decirle que conocía un lugar donde podría ir y vivir sin miedo.

Estuvimos unos instantes callados en la oscuridad. Luego Lark preguntó:

—¿Por eso te fuiste de Dakota? ¿Porque eres yerma?

La luz le cruzó la cara y lo vi mirarme con tal atención que bajé la vista, azorada.

—Estaba casada —dije—. Al cabo de un año no me había quedado encinta, así que la familia de mi marido me echó. Ahora el sheriff de Fairchild quiere ahorcarme por bruja. No puedo volver allí.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Lark—. Yo no puedo decir que eche de menos Mobridge.

—Echo de menos a mi familia —dije—. ¿Tú a la tuya no?

Calló un instante en la suave oscuridad.

—Mi madre solía llevarme con ella a buscar colmenillas y brotes de helecho para vender en el mercado —dijo por fin—. Tenía seis hermanos y hermanas y no era el preferido de mi madre; esa era mi hermana Tilly. Pero mi madre decía que tenía un ojo especial para las cosas que crecen en el bosque. Cada vez que encontraba una seta se le iluminaba la cara. Decía: «¿Lo ves, James? Tienes un don».

—James —dije.

—Así es. Era el nombre del padre de mi padre. Aunque hace mucho tiempo que nadie me llama así. Le he cogido cariño a Lark.

No me avergüenzo de lo que hice ni de lo que me pasó. Antes sí, pero ya no.

Pensé en el baile de invierno el año antes de casarme, en Ulla, Susie y otras muchachas de la escuela, en cómo salimos corriendo al aire gélido sin abrigo solo para sentirlo, en cómo luego corrimos dentro sin aliento y tropezando las unas con las otras y en la manera en que nos miraban los chicos con lo que yo sabía era envidia, deseando que los quisiéramos a ellos tanto como nos queríamos las unas a las otras. Pensé en Bee entrando en casa como una exhalación desde el jardín en primavera para contarme que las crías de tórtola habían roto el cascarón y los polluelos color rosa buscaban a su madre con el pico abierto.

Pensé en el último nacimiento que había asistido con mi madre, un parto largo, con el niño que venía de cara, y en cómo conseguí colocar a la mujer de manera que pudiera empujar sin la ayuda de mi madre y cómo lloró después, con su hijo sobre el pecho desnudo y sin dejar de decir: «Gracias, gracias, gracias».

—Nunca volveré a ver a mi madre ni a mis hermanas —dije—. Mi hermana pequeña, Bee…, yo era como una segunda madre para ella. Ahora debe de pensar que la he abandonado. Ni siquiera sé si está a salvo. ¿Cómo puedo no odiar lo que soy si esto es lo que me ha traído?

Era la primera vez que decía algo así en voz alta, pero lo sentí con la misma intensidad que lo había sentido en presencia del sheriff y su ayudante en el camino del río Powder. Odiaba no servir para nada, la forma en que mi cuerpo me había arrancado a mi familia y mi vocación. Había creído que la banda daría sentido a mi vida, y ahora estaba encerrada en un calabozo mientras el resto sin duda se preparaba para asaltar Fiddleback sin mí. Me había formado desde niña para curar a personas enfermas y ayudar a madres a alumbrar a sus hijos de manera segura y ahora lo más probable era que muriera en una celda lejos de casa y después de llevar más de un año sin traer a criaturas al mundo y de curar solo a dos personas, una de las cuales de una herida que le había causado yo misma.

Volvió la luz y esta vez miré a Lark a la cara. Me enfurecía que, incluso si los dos estábamos a punto de morir, hubiera llegado hasta allí sin despreciarse a sí mismo y sin arrepentirse de nada. Me daba envidia.

—Cuando me marché de Mobridge —dijo mientras la oscuridad caía de nuevo sobre nosotros— quise matarme. Encontré trabajo en una fonda y me corté las venas con un cuchillo del pan.

Oí un susurro de tela.

—Aquí —dijo—. Toca.

La cicatriz en el músculo del antebrazo era ancha y resbaladiza. Sentí latir el pulso de Lark debajo.

—Una parte de mí no debía de ir en serio, porque no corté lo bastante profundo. El dueño me sorprendió ensuciando el suelo de la cocina con mi sangre. Fue amable, pero yo era una carga. Cuando estuve curado me echó. Después de aquello no volví a intentarlo, pero eso no significa que el deseo hubiera desaparecido. Estuve cinco años sin pensar en otra cosa.

—¿Y luego? —pregunté.

—Y luego conseguí un trabajo con un veterinario ambulante. Se hacía viejo y necesitaba a alguien fuerte para ayudarlo con los animales de mayor tamaño, las vacas y los caballos. Al principio lo detestaba; era mezquino y exigente y me regañaba por las cosas más insignificantes.

»Pero un día nos llamaron para que examináramos a una yegua con infosura. El ranchero había esperado demasiado para llamarnos y la yegua apenas podía caminar. Cuando el veterinario la diagnosticó, el ranchero dijo que iba a pegarle un tiro. Así que el veterinario se la quedó. Durante los tres meses siguientes lo vi cuidarla. Le sumergía los cascos en baños de hielo, le recortaba las pezuñas y, cuando estuvo mejor, la montaba un poco cada día hasta que estuvo casi como nueva. Nunca podría venderla, había quedado algo coja para el resto de su vida, pero la tuvo en su granja y la alimentó y cuidó junto con sus otros caballos. En una ocasión le pregunté por qué no había dejado que el ranchero la sacrificara y me miró como si estuviera loco. “Es un ser vivo”, dijo.

»Después de aquello empecé a fijarme en cómo se comportaba con todos los animales, desde el semental más premiado hasta el polluelo más famélico, como si todos merecieran sus cuidados y atención máximos. En las raras ocasiones en que tuvo que sacrificar un animal, lo hacía con rapidez y se cuidaba de calmarlo primero, de modo que no muriera asustado y con dolor.

»Durante todo el tiempo que trabajé para él no me mostró ningún afecto. De hecho, creo que me detestaba. Pero sabía que si en algún momento yo intentaba algo como lo que había hecho en la fonda, haría todo lo que estuviera en su mano para salvarme, que consideraría que mi vida merecía todo su esfuerzo, aunque yo no le gustara. Así que nunca intenté nada, y cuando llevaba un año trabajando con él, me di cuenta de que había dejado de pensar en ello. Excepto en unos pocos momentos sombríos, no he vuelto a

hacerlo.

Cuando regresó la luz, el rostro de Lark y la postura de su cuerpo cobraron un nuevo sentido para mí. Era una combinación de cautela y seguridad… Imaginé al viejo veterinario enseñando pacientemente al caballo a volver a andar, a trotar, a galopar, consciente de cuáles eran sus puntos débiles, pero también de que podía volver a ser fuerte. Deseé poder pensar en mi cuerpo fracasado de esa misma manera. Pero solo estaba llena de vergüenza y de temor.

—Vamos a morir aquí —dije.

—Quizá —dijo—. Pero de momento seguimos con vida.

Supimos que era por la mañana solo porque el guarda cambió por uno alto y joven, con un rostro que la lámpara de queroseno reveló redondeado e imberbe. Traía una bolsa de huevos duros pintados de vivos colores que pelaba y comía mientras caminaba. Yo me había tumbado con la cabeza en el banco y los ojos cerrados, pero no dormía. Le daba vueltas una y otra vez al plan en mi cabeza.

—Si me abalanzo contra la ventana… —le dije a Lark cuando dio señales de estar despierto.

—Ahórrate el esfuerzo —dijo la mujer.

Cuando la luz la atravesó vi que seguía con los ojos cerrados y el cuerpo relajado en la postura de dormir. Y, sin embargo, su voz era tan completamente despierta y alerta, que me pregunté cuánto tiempo llevaría escuchando.

—No hay manera de salir de aquí —dijo—. Esa ventana es de doble cristal y tiene cables metálicos entre medias. Puede que este no sea un pueblo grande, pero viene el sheriff desde Telluride. Ha prendido a algunos de los peores forajidos al oeste del Misisipí. Se ha asegurado de que este calabozo esté bien sellado.

—Entonces ¿no hay nada que hacer? —pregunté—. ¿Nos vamos a pudrir en este calabozo?

Enseguida lamenté mis palabras. Aquella mujer había cumplido veinte años por los infortunios de sus cuñadas y yo estaba poniéndome nerviosa después de una sola noche. Pero cuando volvió la luz, la mujer sonreía. Con su boca mellada de pronto me recordó a Ulla; el mismo hueco travieso en su sonrisa.

—Podéis intentar una cosa —dijo—. Yo misma lo haría, pero nunca he encontrado a nadie dispuesto. Podéis decir que queréis casaros.

—No estoy seguro de que nuestro joven amigo de ahí fuera se muestre demasiado dispuesto a casarse con ninguno de nosotros —dijo Lark—. Si eso es a lo que te refieres.

—No lo es —dijo la mujer—. El sheriff de aquí se toma muy en serio el sacramento del matrimonio. Si solicitáis casaros, os llevará a una iglesia para la ceremonia. Y luego os llevará a algún sitio donde podáis consumar la unión en la intimidad. Si lográis concebir un hijo, entonces puede que los dos salvéis la vida.

—Yo no puedo tener hijos —le dije.

No me pareció que a aquellas alturas fuera peligroso contarlo.

—Aun así —dijo—. Tenéis el viaje a la iglesia y la ceremonia para pensar en algo. Estaréis custodiados por guardas armados, pero es mucho más fácil escapar de la pequeña iglesia del pueblo que de este calabozo.

El júbilo en la voz de la mujer quedaba fuera de lugar en aquella habitación oscura y de aire cargado.

—¿Por qué nos cuentas todo esto? —pregunté, desconfiada.

La mujer se incorporó y se desperezó.

—He tenido tiempo de sobra para pensar en lo mucho que odio al sheriff —dijo—. Cualquier cosa que le haga daño es recompensa suficiente para mí.

Sentí la sonrisa de Lark en la oscuridad.

—¿Qué dices, Ada? —preguntó—. ¿Quieres casarte conmigo?

—No digáis tonterías —dijo el sheriff—. De ninguna manera os voy a llevar a la iglesia. A ti te buscan por robo mayor. Y a ti —dijo mirándome— ni siquiera sé de qué delito querrá acusarte el juez. Si no fuera semana de Pascua a estas alturas ya estarías muerta.

Levantó la lámpara de queroseno mientras nos hablaba, iluminando la habitación con un resplandor parpadeante. Vi marcas en las paredes donde otros prisioneros —que seguramente llevaban mucho tiempo muertos— habían garabateado sus nombres, plegarias y maldiciones con uñas sucias.

—Con todos mis respetos, señor —dijo Lark—, nuestro matrimonio no será sagrado a ojos del niño Jesús si no se bendice en una iglesia.

—Y el viaje hasta la iglesia os proporcionará numerosas oportunidades de dar esquinazo a los guardas —dijo el sheriff—. Sé como pensáis los de vuestra calaña. No, si queréis casaros, no seré yo quien lo impida. Pero la ceremonia será aquí.

—¿Y después? —preguntó Lark.

—¿Después qué?

Lark me cogió la mano. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía le apreté la palma, y me devolvió el apretón. Me vino el recuerdo del baile bajo la carpa.

—No quiero ser indiscreto —dijo—, pero mi prometida y yo necesitaremos un lugar con intimidad donde consumar el matrimonio.

El sheriff apartó la vista de nosotros con un azoramiento pudoroso que, en otras circunstancias, me habría enternecido.

—Sí, sí —dijo—. Os llevaremos a la celda de pago.

El sacerdote vino a la mañana siguiente; lo supe porque el carcelero de noche vino y se fue y regresó el joven. Calculé que quedaba un día para que se terminara la semana de Pascua, para que nos llevaran ante el juez.

La mujer se había encogido de hombros cuando le pregunté qué debíamos hacer ahora que no íbamos a ir a la iglesia.

—Hace ya mucho tiempo que aprendí a no hacerme ilusiones —dijo—. Por lo menos disfrutaréis de una tarde en la parte agradable de este lugar. Por lo general es solo para quienes la pueden pagar.

Lark y yo decidimos que lo más inteligente sería esperar a que el guarda nos llevara a la celda de pago. Entonces Lark intentaría tirar el quinqué al suelo. Cuando el guarda se pusiera a sofocar las llamas, trataríamos de salir corriendo. No era un plan especialmente maravilloso, pero sí el único que teníamos. Y primero teníamos que casarnos.

El sacerdote era de mediana edad, con una cara atractiva de mandíbula marcada y pelo negro encanecido. Caminaba con dos bastones y a la luz del quinqué vi que, aunque tenía pecho y hombros fuertes, sus piernas eran cortas y delgadas como las de un niño. Se sentó en el banco a nuestro lado, el carcelero cerró la puerta al salir y por un momento la oscuridad nos borró a todos.

—Soy el padre Daniel —dijo—. Por lo general, cuando visito a una pareja de novios antes del día de su boda mi propósito es asegurarme de que comprenden la seriedad del sacramento del matrimonio, y prepararlos para su vida en común. En este caso, por desgracia, mi tarea es otra: asegurarme de que los dos vais al matrimonio con intenciones piadosas y no con el único fin de aplazar el castigo que os será impuesto por vuestros crímenes. Estoy seguro de que convendréis conmigo en que hacer de investigador es indigno de un hombre de Iglesia, pero así están las cosas.

En el convento nos habían enseñado a mostrar gran respeto a los curas que nos visitaban de cuando en cuando para darnos un sermón o decir una misa especial. Ninguno me había despertado especial admiración; eran hombres viejos que solo sabían perorar sobre las responsabilidades de las mujeres como Dios manda. Pero la manera de conducirse de aquel sacerdote, cauta pero de buen humor, como si casar a dos reos no fuera ni de lejos la tarea más desagradable que le hubiera tocado aquella semana, se ganó mis simpatías.

—Gracias por venir a vernos, padre —dije.

—No me des las gracias aún —dijo—. Y ahora, empecemos por el novio. ¿Por qué no me cuentas cómo os conocisteis?

Se me tensó todo el cuerpo. No sabía cómo íbamos a construir una historia que convenciera a aquel hombre, quien, saltaba a la vista, no era ningún tonto.

Pero Lark no vaciló.

—Fue en el pueblo de Fiddleback, en el territorio del río Powder —dijo—. Yo pasaba con un amigo de camino a Crooked Creek a robar ganado. Ada llegó con su socio, un hombre con el que habíamos hecho negocios en el pasado. Por aquel entonces vestía ropas de hombre y era muy apuesto, un joven vaquero de espalda recta y mirada inteligente. Hablamos un poco y me contó que tenía intención de ir a Colorado a practicar la medicina. Por lo general soy desconfiado, pero me sedujo. Tenía… cómo decirlo, una vehemencia que me hacía querer conocerlo mejor. Unos meses después…

—Ya es suficiente —dijo el padre Daniel—. Ahora es el turno de la novia. Jovencita, cuéntame cómo te enamoraste.

La luz del carcelero nos recorrió. La sonrisa pícara de Lark, el hombre inconsciente que se pudría en el rincón y la probabilidad de muerte inminente o de un deterioro lento y agónico en aquel cuartucho oscuro y sin ventilación… todo ello me llenó de audacia.

—El día que nos conocimos —dije— pensé que era el hombre más bello que había visto en mi vida. No tenía intención de casarme ni de tener tratos con ningún hombre, pero cuando volvimos de Fiddleback mis pensamientos no hacían más que regresar a él. Así que imagine mi felicidad cuando supe que mis socias querían su ayuda para robar una carreta en el mercado de Pascua para luego venderla y quedarse con los beneficios.

»Mis socias y yo somos unas ladronas cautas —proseguí—. Nos reunimos muchas veces con Lark antes del mercado para planear y conspirar. Sin darnos cuenta, nos hicimos muy amigos. Una noche

en que estábamos cosiendo nuestros disfraces, las ropas de mujer que nos pondríamos para hacernos pasar por juerguistas el lunes de Pascua… decidí que no podía seguir disimulando.

»"Yo tenía un vestido igual que ese", le dije señalando el vestido de cuadros que él estaba cosiendo. Y cuando levantó la vista de la costura me di cuenta de que no estaba demasiado sorprendido. "Me conoces como Adam", le dije, "pero mi nombre de nacimiento es Ada Magnusson, la mayor de cuatro hermanas. Soy una proscrita y una fugitiva, y cuando me fui de mi casa pensé que había dejado atrás mi corazón de mujer. Pero ahora, he descubierto que sigue latiendo en mi pecho".

Miré a Lark y esperé a que la lámpara del carcelero nos iluminara para que me viera mirarlo. Siguió donde lo había dejado yo.

—Le dije que al principio la había tomado por un joven resuelto, de lengua franca y propósito fiel, con buena mano para los caballos y mentón orgulloso. Y le dije también que en algún momento me había dado cuenta de que en aquellas botas de hombre caminaba una mujer joven que ocultaba una parte de ella, pero mostraba con gran claridad la fortaleza, la rabia y la curiosidad que animaban su ser. Y en otro momento le dije que me había enamorado. No sabía a ciencia cierta cuándo había ocurrido cada cosa, pero ahora que los dos habíamos dejado de disimular delante del otro, le dije que mi corazón era suyo si lo quería, y que, si le parecía bien, podíamos casarnos en cuanto termináramos el golpe.

—Y decidme —preguntó el padre Daniel—, ¿cómo teníais pensado estableceros de haber salido el robo como esperabais?

—Teníamos intención de viajar al territorio de Colorado —contesté—, para que yo pudiera entrar de aprendiza con una maestra partera allí. Una vez que hubiera aprendido todo lo que se pudiera, mi marido y yo viajaríamos por los pueblos de las montañas y las praderas. Yo traería niños al mundo y trataría a mujeres con dolencias femeninas, y él ofrecería sus servicios como veterinario, un oficio que aprendió en su juventud. Dejaríamos la vida de proscritos por otra más tranquila, pero seguiríamos siendo aventureros, nos despertaríamos cada día en una cama nueva con un paisaje nuevo al otro lado de la ventana.

Se abrió la puerta y el guarda se asomó, su quinqué proyectó un cono de luz con su dedo pulgar en el vértice.

—Espabilando —dijo—. ¿Cuánto tiempo hace falta para casar a dos ladrones?

—Es evidente que se tarda más en casar a ladrones que a

hombres y mujeres honrados —contestó el padre Daniel— porque el sacerdote que preside el rito debe tomarse más tiempo en asegurarse de que son lo bastante responsables y honestos para casarse. Pero no te preocupes, solo me queda hacer una pregunta más antes de decidir si oficio la ceremonia.

El carcelero puso los ojos en blanco y cerró la puerta.

—A veces pienso que un sacerdote no es mucho mejor que un ladrón en lo referido a su respeto por el prójimo —dijo el padre Daniel—. En cualquier caso, mi última pregunta es esta: en vuestra vida aventurera ¿cómo habíais pensado criar a vuestros hijos?

Antes de esta pregunta el pulso se me había acelerado por la excitación. No era tan ingenua como para pensar que Lark sentía de verdad todas las cosas que había dicho de mí, sabía que estábamos inmersos en un juego de engaños. Pero el juego me gustaba, a pesar de las circunstancias en las cuales tenía que jugarlo, y estaba bastante segura de que a Lark le ocurría lo mismo. En la negrura del calabozo era fácil imaginarnos coqueteando entre útiles de costura, la proposición de Lark, nuestra vida juntos trayendo niños al mundo y cuidando animales, era fácil imaginar todo aquello en nuestro futuro más que en un pasado inventado. Pero en cuanto el padre Daniel mencionó los hijos recordé que nada de lo que habíamos inventado era posible, y que lo mas probable era que nunca pudiera salir de aquel calabozo y mucho menos ver el cielo azul de las montañas por la ventana.

—Supusimos que nos las arreglaríamos de alguna manera —dije, incapaz de pensar en una respuesta mejor.

—Lo que quiere decir mi amor —intervino Lark— es que enseñaríamos nuestros oficios a nuestros hijos, igual que nos los enseñaron a nosotros nuestros mayores. Les enseñaríamos a curar caballos cojos y perros enfermos. Y mi esposa les instruiría en el oficio de partera, de modo que sus conocimientos viajaran aún más lejos que ella y pervivieran hasta mucho después de su muerte.

—Un cuarto de hora en una celda no basta ni de lejos para conocer la motivación verdadera de una persona —dijo el sacerdote —. Lo cierto es que podéis muy bien estar engañándome respecto a vuestras intenciones el uno con el otro. Pero siempre que puedo prefiero pensar lo mejor de las personas, y ahora elijo pensar lo mejor de vosotros: que si ahora mismo fuerais libres es cierto que os casaríais y llevaríais una vida piadosa juntos, en lugar de tomar caminos separados y seguir con vuestras fechorías. Oficiaré la ceremonia.

En mi primera boda llevé un vestido de encaje calado y rosas

silvestres en el pelo. En la segunda llevé un vestido mugriento de polvo del camino y el sudor de varios días y noches de miedo. En mi primera boda, todos mis seres queridos estaban sentados en bancos de nuestra iglesia y me sonreían mientras decía mis votos. En la segunda, los únicos invitados fueron un hombre catatónico y una vieja misteriosa, la cual había accedido a hacer de testigo. En mi primera boda pensaba que mi vida estaba a punto de empezar. En la segunda estaba bastante segura de que se había terminado.

Y, sin embargo, cuando mi segundo marido me besó por primera vez, cuando nuestras caras estaban todavía juntas en la oscuridad, con el olor de su sudor y de su aliento despertando cada una de mis terminaciones nerviosas, me eché a reír, no porque nuestra boda fuera divertida, aunque la solemnidad con la que el sacerdote leyó los votos y dijimos nuestros «sí quiero» y la mujer hizo un garabato en el certificado matrimonial que sacó el sacerdote de su morral no fuera en cierta manera divertida, sino porque incluso en aquel lugar, con la perspectiva de cárcel de por vida y posible muerte, tuve la sensación de que los dos habíamos conseguido algo que queríamos.

En cuanto se fue el sacerdote volvió el carcelero.

—¿Preparados para la noche de bodas? —preguntó, no sin amabilidad.

Lark y yo nos miramos a la luz del quinqué, preparándonos para lo que estábamos a punto de hacer. El carcelero nos esposó y nos encadenó el uno al otro; a continuación, con un movimiento de su arma, nos ordenó que echáramos a andar por el pasillo delante de él. Lark actuó velozmente. Al pasar delante del guarda se giró y, con las muñecas esposadas, le tiró la lámpara al suelo.

Durante un instante todo fueron añicos de cristal y gritos. El aceite de queroseno ardía en el suelo de la celda; la mujer se subió al banco de un salto para evitarlo. Lark echó a correr; yo corrí con él, arrastrada por la cadena que nos unía. Volvió la vista y en su cara vi lo mismo que sentía yo: esa euforia improbable, inesperada. Entonces oí los disparos.

Lo extraño del dolor es la lentitud a la que viaja. Estas son todas las cosas que me ocurrieron antes de caer al suelo: Lark y yo dimos dos zancadas más por el pasillo, hacia la puerta al mundo exterior, que estaba ligeramente entornada, como si el carcelero hubiera estado tan seguro de su poder que no hubiera necesitado medidas de seguridad, ni siquiera la precaución de una cerradura adicional; mi corazón se elevó como un pájaro al ver cielo abierto a tan poca

distancia; en la luz del sol que entraba por la puerta, Lark vio la sangre manar de mi pierna; corrí tres pasos más y adelanté a Lark; me asaltó el recuerdo, más nítido y vívido que la propia cárcel, del día que me rompí el brazo al caerme de un árbol solo unos meses después de que madre mejorara y empezara a cuidarnos otra vez, de cómo me levantó del suelo y me estrechó contra su pecho y de cómo me alimentó a base de caldo y dulce de cebada y me dedicó toda su atención hasta que me restablecí y no me hizo ningún reproche, aunque saltaba a la vista que yo era demasiado grande para la rama a la que me había subido y lo bastante mayor para ser más sensata; me pregunté qué era lo que había provocado aquel recuerdo; sentí una oleada de náuseas; pronuncié el nombre de Lark.

Para cuando el dolor me superó, un frío que me taladraba, una sensación de que algo iba muy mal en el centro de mi ser, el carcelero ya nos arrastraba a Lark y a mí por el pasillo de vuelta a la habitación en la que nos habíamos casado.

Cuando la bruma de dolor se disipó lo bastante para permitirme razonar y percibir de nuevo, oí la voz de Lark susurrándome al oído.

—No pasa nada —me decía—. Intenta respirar. Coge aire lo más despacio que puedas.

Respiré y el dolor no cedió, pero la respiración liberó un espacio dentro de mí que descubrí bastaba para permitirme hablar.

—¿Estás herido? —pregunté.

—Solo un poco —dijo Lark—. Yo estoy bien, pero tú no. Necesito que me digas cómo ayudarte.

Me toqué la pernera derecha y noté la sangre que empapaba la tela. Por un momento el pánico me dejó la mente en blanco.

—Ada —dijo Lark—, tienes que concentrarte. Eres médica. Dime qué tengo que hacer.

Con un gran esfuerzo me imaginé fuera de mi propio cuerpo y atendiendo ese cuerpo a distancia. Una herida en una pierna que sangraba profusamente en un lugar sin agua, sin tintura de yodo, sin aguja y sin hilo. Lo mejor que podía hacer un médico en una situación así era vendar la pierna con firmeza y confiar en que saliera bien.

—Arráncate un trozo de camisa —dije.

Oí rasgarse la tela.

—Ahora véndame la pierna lo más fuerte que puedas.

De nuevo vi blanco.

—Estás gritando.

—Bien. Eso significa que está lo bastante apretada. Ahora sigue haciendo presión.

Una blancura, y a continuación un regreso al dolor agudo, específico, ampliado e intensificado levemente por el peso de las manos de Lark.

—Y ahora ¿qué? —preguntó.

—Ya está —dije.

—Sigues sangrando, lo noto.

—No se puede hacer nada más —dije—. Con un poco de suerte, la sangre empezará a coagularse antes de que pierda demasiada.

—¿Suerte? —preguntó Lark—. ¿Es lo único que tenemos?

Sentí el calor de sus manos presionándome, como si pudieran mantener unido mi cuerpo.

—Dice Agnes Rose que tengo suerte —dije.

—¿Quién? —preguntó, pero yo ya flotaba hacia algún lugar más allá del dolor y la esperanza, donde el futuro, el presente y el pasado se fundían y yo abría para siempre los ojos a una mañana en Colorado, respiraba el aliento de Lark en mi boca, veía a una Bee recién nacida esbozar su primera sonrisa.

NUEVE

A la casa de mi madre en Fairchild se llegaba por un camino de tierra, a ambos lados del cual alguien había plantado cerezos silvestres. Cada vez que volvía de algún sitio nerviosa o desasosegada, después de un parto difícil o un día duro en la escuela, la visión y el olor de los cerezos me calmaban. En cuanto doblaba el recodo de aquel camino me sentía en casa.

Tuve la misma sensación el domingo después de Pascua, cuando Amity llegó a lo alto del desfiladero encima del Agujero en la Pared y vi el valle entero extenderse a mis pies. Fue un sentimiento tan intenso y tan completamente inesperado que estuve a punto de echarme a llorar.

—Gracias —le dije a News, que venía detrás de mí y sujetaba las riendas de Amity.

—Deja de darme las gracias —dijo News—. Hiciste una tontería y te merecías sufrir por ello. Pero no estaba dispuesta a dejar que te ahorcaran, y Kid tampoco.

—Sea como sea —dijo Agnes Rose—, aquel carcelero fue una presa de lo más fácil. Nunca me cansaré de camelarme a hombres estúpidos.

A aquellas alturas, deduje, el guarda de día seguramente se habría encontrado al de noche compartiendo celda con el hombre catatónico y a todos los demás desaparecidos. La mujer había salido por la puerta del calabozo a una velocidad que me hizo preguntarme si no era mucho más joven de lo que su aspecto daba a entender.

—Sin ánimo de ofender —le dijo Agnes Rose a Lark.

—No me ofendo —dijo este—. Yo estúpido no soy.

—Pero sí gracioso —dijo Agnes Rose—. Te voy a dar un consejo: no intentes hacerte el gracioso con el resto. Y con Cassie menos todavía. No les va a gustar que te hayamos traído con nosotras, y cuanto más callado estés, mejor.

La herida de Lark era más pequeña que la mía, un arañazo en el muslo izquierdo, pero por su cara supe que le dolía. Texas, que

abría la comitiva a lomos de Faith, se había opuesto a llevar a Lark al Agujero en la Pared, y no accedió hasta que News dijo que se hacía responsable de él. Ahora Lark iba detrás de Agnes Rose a lomos de Prudence y con sangre empapándole la bota. Ambos tendríamos que esperar a que Kid dictaminara si podía quedarse o no.

A través de la bruma del dolor —la herida había dejado de sangrar, pero el whisky, el agua y el pemmican que me había dado News solo me habían devuelto las fuerzas a medias—, supe que algo preocupaba a Agnes Rose. Hablaba con voz aguda por una alegría forzada y sus palabras aumentaron de frecuencia y disminuyeron en importancia a medida que nos acercábamos al Agujero en la Pared, como si quisiera llenar el silencio.

Por fin, cuando doblábamos el último recodo de la carretera y vimos el barracón, dijo:

—Últimamente Kid no se ha encontrado muy bien.

—¿En qué sentido?

—Tiene los ojos rojos y no duerme. Y luego… —Se quedó callada—. Sobre todo es eso. Que no duerme mucho. Igual tú puedes ayudar.

No le dije a Agnes Rose que ya había estado ayudando a Kid a dormir, ni que sus palabras me habían erizado los pelos de la nuca de temor. Recordé la historia del padre de Kid, encerrado en casa con las cortinas echadas hasta que pudiera volver a predicar.

—Hay algo más —dije.

—Anoche —dijo Agnes Rose— Kid prendió fuego a un traje.

No estaba segura de haber comprendido.

—¿Qué traje?

—Kid llevaba puesto un traje bueno de lana y le prendió fuego —dijo Agnes Rose.

—Madre de Dios —dije.

—El resto se había ido a la cama y Kid empezó a hablarme de lo que haríamos cuando el trabajo estuviera hecho. Al principio dijo cosas bastante razonables, como que tendríamos que lograr que las gentes de Fiddleback se pusieran de nuestra parte. Pero luego fue muy raro. Kid estaba diciendo que, una vez tomáramos Fiddleback, haríamos lo mismo con Casper, Telluride y, a continuación, Chicago. Reharíamos América, dijo, pero lo haríamos bien y ni la gripe ni las fiebres nos harían daño porque estaríamos protegidos por Dios.

Traté de ir con tiento para no revelar el secreto de Kid.

—Sí que suena extraño —dije—. ¿Dijo Kid cómo vamos a lograr todo eso?

—No —dijo Agnes Rose—. Se lo pregunté y me acusó de desconfiada. Luego dijo que lo lograríamos de la misma manera que logramos las otras cosas, gracias al poder de Nuestro Señor el niño Jesús. Y que si no lo creía, quizá es que necesitaba una prueba de Su gracia. Y antes de que me diera tiempo a reaccionar, metió un brazo en el fuego.

»Creo que intentaba probar que ni siquiera las llamas podían hacernos daño. Pero por supuesto pueden. Y en cuanto prendió la manga fue como si se rompiera el hechizo, y Kid me miró con una expresión de absoluto terror.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Por suerte tenía una manta sobre los hombros. Corrí a envolver el brazo de Kid con ella hasta que el fuego se extinguió. Kid me hizo prometer que no se lo contaría a nadie. La quemadura no es grave; yo misma se la vendé, aunque tendrás que echarle un vistazo para ver si se ha infectado. Pero todo lo demás… He visto a Kid hacer y decir cosas de lo más estrafalarias, Ada. Pero nunca algo así.

Anochecía cuando llegamos, y el resto formaba un círculo alrededor del fuego y comía estofado en tazas de hojalata. En cuanto nos vieron llegar acompañadas de un desconocido, Cassie y Kid vinieron al encuentro de los caballos. Cassie, tal y como había predicho Agnes Rose, parecía enfadada y recelosa, pero Kid parecía estar fuerte y a sus anchas, con un vendaje asomando de la manga como único indicio de que algo iba mal.

—Este es Lark —dije—. Nos ayudó a robar la carreta e impidió que me desangrara cuando estábamos en el calabozo. Está herido y necesita descansar. ¿Puede quedarse unos pocos días?

—Hacer un trabajo con él es una cosa —dijo Cassie—, pero ¿cómo se os ocurre traerlo aquí? ¿En qué estabas pensando, News? Nunca hemos traído un hombre aquí.

—¿Y qué más da? —preguntó News—. En el mundo exterior yo soy tan hombre como él. Nunca has querido echarme.

—News, sabes lo que quiero decir —dijo Cassie.

—No lo sé —dijo News—. Necesitábamos ayuda, encontré alguien de fiar para que nos ayudara. Ahora él es quien nos necesita ¿y le vas a dar la espalda?

—¿De verdad es de fiar? —preguntó Cassie—. ¿Qué le impide presentarse aquí con un sheriff o un cazarrecompensas cuando le convenga?

—No lo entiendes… —dije.

Pero antes de que me diera tiempo a terminar la frase Kid gritó: «¡Basta!» tan alto que Lo y Elzy levantaron la vista de la hoguera, sorprendidas. Vi el miedo atravesar el semblante de Cassie. Pero cuando Kid volvió a hablar, sus palabras fueron medidas y calmadas.

—Señor, quiero oír lo que tiene que decir —dijo Kid a Lark—. Sin duda entiende por qué hay aquí a quien le cuesta confiar en usted. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Lark tardó en contestar. Le dirigí lo que confié fuera una mirada de ánimo.

—Probablemente no deberíais confiar en mí —dijo Lark por fin —. Pero si no lo hacéis, ¿no será mejor que me tengáis aquí, donde podéis vigilarme?

—El hombre tiene razón, Cassie —dijo Kid—. Ahora que sabe dónde estamos, o lo acogemos o lo matamos. Y no me parece bien matar a alguien que ha ayudado a nuestra doctora. Al menos de momento.

Tuve suerte; la bala no me había alcanzado la tibia, sino que había atravesado la carne y salido por el otro lado. Bajo mis instrucciones, Texas desinfectó la herida y me la vendó con un trapo remojado en una palangana llena de whisky y agua caliente, a continuación me cosió y vendó mientras yo, tumbada en mi jergón, mordía una brida de cuero para distraerme del dolor.

—Te toca —le dijo Texas a Lark cuando terminó—. Vamos a quitarte eso.

Hizo ademán de desabrochar los pantalones ensangrentados de Lark, pero este se sujetó el cinturón y negó con la cabeza.

—Estoy bien —dijo.

—No estás bien —dijo Texas—. Estás empapando la colcha de sangre.

—Creo que he dejado de sangrar.

Texas se volvió hacia mí.

—Dile a tu amigo que hay que curar esa herida —dijo—. De lo contrario se le gangrenará y no tengo intención de pasarme los días cuidando de un hombre con una sola pierna.

—Ya lo hago yo, Texas —dije—. Ahora que tengo la herida cerrada me encuentro un poco mejor.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Texas—. Tienes la cara de color puré de patata. —Se volvió hacia Lark—. Yo no querría que

me tratara en ese estado —dijo.

—Me arriesgaré —dijo Lark.

Texas se encogió de hombros.

—Como quieras. Si se desmaya mientras te está cosiendo, no pienso venir a ayudar.

—¿Por qué no les cuentas lo que te pasó? —pregunté a Lark cuando Texas se fue—. Tal vez así confiarían más en ti.

—No es asunto suyo —dijo Lark.

—A mí me lo contaste —dije—. ¿Es asunto mío?

Lark sonrió.

—Pues claro que sí. Tú eres mi mujer.

Bajé la vista.

—Muy gracioso —dije.

No estaba segura de lo que sentía Lark por mí. Pensaba que sentía al menos parte de lo que había dicho en la cárcel, que su beso no había sido el de alguien que interpreta un papel sin más. Pero también sabía que era un ladrón que se ganaba casi siempre la vida engañando a los demás. Pensé en lo que le habría dicho Agnes Rose al carcelero, en como le habría mirado aleteando las pestañas; debió de hacerle creer que lo encontraba interesante y apuesto y que lo deseaba. Si Agnes Rose podía hacer algo así, entonces Lark también.

—Texas tiene razón —dije—. Hay que limpiar la herida. ¿Te puedo quitar los pantalones?

—Me los quito yo —dijo Lark.

La herida no era profunda, pero había sangrado profusamente hasta cubrirle el muslo y empaparle la pernera derecha del calzón.

—Lo siento —dije, señalando incómoda—, pero creo que deberías quitarte también eso.

Asintió, pero lo que hizo fue empezar a desabotonarse la camisa. Su torso era largo y esbelto, su piel del color de la miel. De la cinturilla del calzón salía un camino de vello oscuro. Me miró a los ojos y a continuación apartó la vista.

Lo que vi era feo, eso es innegable. El escroto de Lark estaba intacto, pero encima de él había un muñón diminuto, arrugado igual que un ombligo. Supe que la herida se le había infectado después de hecha, pues estaba rodeada de una aureola de cicatriz tan grande como la mano de un hombre, todavía rosácea y brillante, como si fuera reciente. Lo que vi no era una mera desfiguración; era el testimonio de un sufrimiento atroz. Mi primer instinto fue apartar la vista.

Pero llevaba toda la vida combatiendo ese instinto. No había apartado la vista cuando madre me llevó a mi primer parto, cuan-do una mujer gimió desde las profundidades de su vientre y una cabeza chillona y cubierta de sangre asomó chorreando de entre sus muslos. No había apartado la vista cuando la carne de otra mujer se desgarró desde el canal del parto hasta el ano para que su criatura pudiera nacer. No había apartado la vista cuando las vecinas nos traían sus cuerpos rotos: heridas supurantes, sarpullidos cubiertos de ampollas, pechos duros como piedras y de color rojo brillante por la inflamación, vaginas que secretaban un flujo grumoso. No había apartado la vista mientras madre lavaba y vendaba y cuidaba sus partes más inflamadas e infectadas y no había apartado la vista cuando me hice mayor y me correspondió a mí hacer lo mismo. No había apartado la vista cuando llegó el momento de conocer dónde Dios o la Naturaleza se habían desviado del camino normal para hacer mi cuerpo; seguí mirando. Mojé un trapo en la palangana con agua, dejé que mis ojos recorrieran todo el cuerpo de Lark, que lo asimilaran en su totalidad.

—Eres muy hermoso —le dije.

Vi alivio en su cara.

—Tú también —dijo.

Aquel día fue la primera vez que tuve relaciones sexuales sin la intención de concebir un hijo. Lo que hicimos no lo habíamos hecho nunca mi primer marido y yo —dada su juventud, no creo que supiera siquiera que se puede meter la lengua entre las piernas de una mujer— y lo que sentí no lo había sentido nunca con él. Las sensaciones en mi cuerpo no fueron lo único distinto: todo aquel deseo creciendo hasta hacerse insoportable y luego la liberación, el estómago que bajaba como si me precipitara desde una gran altura. También fue la sensación de estar haciendo algo solo por el placer de hacerlo, de que cada momento no era el comienzo del futuro sino un ahora en sí mismo, solitario. Después sentí una paz en el cuerpo que no había sentido nunca, como si, por un instante, estuviera completa y no me faltara nada.

Solo pudimos estar tendidos juntos un breve espacio de tiempo, con los cuerpos pegados uno contra el otro, antes de oír voces fuera y saber que pronto entrarían las demás. Nos vestimos con torpeza mientras regresaba el dolor que habíamos dejado a un lado.

Agnes Rose entró en el barracón cuando nos abotonábamos la camisa y el atisbo de sonrisa en su cara fue el único indicio de que había visto algo. Me dio un bastón hecho de una rama de roble.

—Vamos, Doc —dijo—. Kid ha convocado una reunión.

Lark se levantó para ayudarme, pero Agnes Rose negó con la cabeza.

—Ya la ayudo yo —dijo—. Tú quédate aquí. No te ofendas, pero esta reunión no es para ti.

Kid tenía aspecto poderoso con chaqueta gris plata, camisa negra y pantalones negros de montar, todo inmaculado a pesar del pol-vo rojizo.

—Ha llegado la hora de que todos nuestros esfuerzos den frutos —dijo—. Mañana saldremos a caballo hacia Fiddleback. A reclamar lo que nos pertenece.

Cassie parecía atónita.

—No podemos ir mañana —dijo—. Doc ni siquiera puede andar. Y no hemos decidido todavía dónde vamos a provocar el incendio. Necesitamos otra semana por lo menos.

—No tenemos otra semana —dijo Kid—. Hay gente que nos necesita.

—¿Quién nos necesita? —dijo Cassie—. Si nadie sabe siquiera que existimos.

—Nuestra nación depende de nosotros —dijo Kid—. Las mujeres yermas de este país, desde el Misisipí hasta el océano Pacífico. Todas cuentan con nosotros, lo sepan o no. Si no las ayudamos, nadie más lo hará.

—¿Cómo que el océano Pacífico? —dijo Cassie—. No me gustaba este plan cuando era solo Fiddleback y ahora resulta que… En fin, ni siquiera sé de qué estás hablando. Solo somos ocho, Kid.

Kid fue hasta donde estaba sentada Cassie.

—¿Te acuerdas de lo que le dijo Jesucristo a Marta? —preguntó.

—Siempre estás igual, Kid —dijo Cassie—. No empieces.

—Jesucristo le dijo a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente». ¿Lo entiendes, Cassie?

—Sabes que no soy una buena cristiana, Kid —dijo Cassie—. Necesitas descansar.

—¿Cristiana? —gritó Kid—. ¿Cristiana? Cassie, Cristo no fue más que un ejemplo, un mensajero, por así decirlo. Vino para enseñarnos que cuando la justicia está en nuestro interior, no pueden matarnos, porque lo que es justo nunca muere. Vosotras sí lo entendéis, ¿verdad, Agnes Rose? ¿News? Somos la resurrección y la vida.

Kid habló velozmente y sin respirar; sus ojos me hicieron pensar

en un fuego que se consume. Lo y Texas se miraron y Elzy miró a Cassie, los ojos de todas brillaban de desasosiego. Por fin habló Agnes Rose.

—Por el bien de toda esa gente que cuenta con nosotras —dijo —, tenemos que actuar con inteligencia. No podemos precipitarnos sin haber terminado de planearlo todo. Esperemos dos días. Para entonces es posible que Doc esté lo bastante bien para montar a caballo y News podrá decidir dónde provocar el fuego. Solo un día más, Kid. Te garantizo que no te arrepentirás.

Cuando terminó de hablar me dirigió una mirada penetrante.

—Estoy de acuerdo —dije—. Siento esa llamada de la que hablas, Kid. La he sentido desde que llegué aquí. Si salís mañana yo tendré que quedarme. No podré hacer lo que estoy llamada a hacer.

Kid rodeó el fuego para acercarse a mí y mirarme con violencia. Me preparé como si fuera a recibir una patada o un puñetazo.

—Tienes razón —dijo Kid—. Tiene que ir la banda al completo. Dos días. Dos días y saldremos para Fiddleback. ¿Quién quiere rehacer el mundo?

Hubo una fracción de segundo en que reinó el silencio y, a continuación, Agnes Rose encabezó un vítor poco entusiasta.

Cuando todos dormían —Lark en un jergón improvisado con sacos de pienso y mantas de cabalgar— encontré a Kid en el huerto, descansando en el tocón donde había aprendido yo a disparar. Los perales habían florecido y sus capullos blancos formaban racimos espumosos que resplandecían a la luz de la luna. Nadie habría dicho que su fruto era duro como una piedra y amargo como una medicina. Me senté al lado de Kid en la hierba fría.

—¿Cuánto hace que no duermes? —pregunté.

—Duermo perfectamente —dijo—. Solo he salido aquí a pensar.

Hablaba con tal normalidad que casi creí sus palabras.

—¿Y en qué piensas? —pregunté.

—En lo de siempre —dijo—. En Fiddleback. En lo que puede salir mal. En lo que saldrá mal. En cómo solucionarlo cuando ocurra.

—Antes se te oía con más seguridad —dije—. Como si no concibieras la posibilidad de que fracasemos.

—Claro que podemos fracasar —dijo Kid—. El fuego puede no prender, la cámara puede ser demasiado robusta para nuestras bombas, la carreta puede perder una rueda o la patrulla del sheriff puede darnos alcance y ahorcarnos. Yo diría que tenemos más

probabilidades de fracasar que de lograrlo.

—Pero antes en la hoguera has dicho…

—¡Sé lo que he dicho!

La voz de Kid resonó en la quietud de la noche. Algo echó a volar desde uno de los perales y se alejó batiendo unas alas oscuras.

—Lo único que pasa es que a veces me dejo llevar por el entusiasmo —dijo Kid con algo más de calma—. Lo entienden. Saben que no deben tomarse lo que digo como si fuera el Evangelio.

La expresión de Kid era indignada y a la defensiva, pero también cansada y nerviosa. Supe que compartíamos la preocupación sobre lo que iba a decir yo a continuación.

—¿Te acuerdas de lo que me contaste antes de que me fuera? —pregunté—. ¿Sobre tu padre?

Kid se puso en pie.

—No te pongas condescendiente. Pues claro que me acuerdo. Pero ya no tienes que preocuparte por eso. Pensé que podía pasarme a mí, pero ahora ya sé que no. Mañana por la mañana estaré bien.

—Kid —dije despacio—, dijiste que si empezabas a hablar como si no fueras una persona mortal, como si no te pudieran hacer daño ni los hombres ni las bestias, debía llevarte a la choza de los vaqueros y dejarte allí hasta que recobraras el juicio.

—¿Cómo te atreves? —La voz de Kid era un siseo—. Me lo debes todo. Estarías colgando de una soga ahora mismo de no ser por mí. ¿Y te atreves a cuestionar mi cordura?

—No estoy cuestionando…

Kid sacó un arma. Relució en la luz de la luna con un brillo aceitoso como de piel de serpiente.

—Aléjate de mí —dijo Kid.

Levanté las manos y empecé a retroceder.

—Solo digo que necesitas descansar —probé de nuevo.

Kid disparó al aire. Criaturas nocturnas aletearon y corretearon espantadas por la explosión.

—¡Fuera! —gritó Kid.

Corrí tanto como me lo permitió la pierna herida.

Agnes Rose estaba sentada en los escalones de entrada al barracón cuando volví.

—Gracias al niño Jesús —dijo al verme—. Me ha parecido oír un disparo.

—Y lo has oído —dije—. No pasa nada. Bueno, sí pasa. Kid tiene

una enfermedad.

—¿La puedes curar?

—No es esa clase de enfermedad —dije—. Antes de irme hicimos un pacto. Si esto ocurría, Kid quería encerrarse en la choza del vaquero y recuperarse en soledad. Pero ahora se niega a escucharme.

Del huerto aún llegaba el sonido de los pájaros piando y tranquilizándose: el quejido gutural de los cuervos, la llamada grave y fantasmal del búho.

—Bueno, pues solo podemos hacer una cosa —dijo—. Esperar a que Kid duerma por fin y llevarnos la escopeta. Luego encerraremos a Kid en la cabaña, por la fuerza si hace falta, y nos turnaremos para hacer guardia hasta que la enfermedad pase.

Imaginé la situación: apuntar a Kid con un arma, atarle por las muñecas, subir a Kid a lomos de un caballo. Sabía que podíamos hacerlo. Pero cada vez que pensaba en maniatar a Kid recordaba cómo me habían mirado el sheriff y su ayudante en la carretera de salida de Casper, como si no fuera un ser humano, como si fuera comida podrida. No estaba dispuesta a tratar a Kid de la manera en que me habían tratado a mí.

—No —dije—. Tiene que ser decisión suya.

Agnes Rose suspiró.

—De acuerdo —dijo—, pero ¿cómo convencemos a Kid de que tome una decisión sensata?

—¿A quién hace caso? —pregunté.

—Hasta esta noche —dijo Agnes Rose— habría dicho que a ti.

—Pues es obvio que no —dije—. ¿A quién más?

Agnes Rose pensó unos instantes. Empezaban a aparecer estrellas, el cielo sobre las montañas azuleaba muy ligeramente.

—Kid confía en Cassie —dijo.

—Pero si siempre están discutiendo —dije.

—No suelen estar de acuerdo en casi nada, pero Cassie conoce a Kid desde mucho antes que el resto. Puede que sepa qué decir.

Permanecí un buen rato en la oscuridad junto al catre de Cassie en la habitación grande. Recordé la insinuación de Kid de que algo terrible sucedería si Cassie y las demás se enteraban de lo suyo. Se me ocurrió que Kid había minusvalorado a Cassie; esta debía de haberse dado cuenta de que algo le ocurría a Kid. Conocía a Kid desde hacía demasiado tiempo y demasiado bien para que algo así le pasara desapercibido. Yo no sabía por qué no se había enfrentado

a Kid delante de las demás, por qué no se había negado en redondo a seguir adelante con su plan. Era probable que si lográbamos llevar a Kid a la choza de los vaqueros, Cassie aprovecharía para irse. No cabía duda de que Kid nunca me perdonaría algo así. Y sin embargo no se me ocurría otra solución.

Cassie se despertó sobresaltada y con una expresión de miedo tan extrema y primitiva que también yo me asusté. Pronto, sin embargo, se transformó en irritación.

—¿Qué hora es? —quiso saber.

—Es Kid —dije—. Necesita ayuda.

No debió de ser más de una hora lo que estuvimos esperando junto al barracón mientras Cassie iba al huerto en busca de Kid. En aquel tiempo el cielo pasó de azul oscuro casi negro a azul brillante, después a aguamarina y a continuación, de esa manera tan repentina propia de las regiones montañosas, se iluminó con vetas doradas y rosas como colas de relucientes caballos. Las praderas se despertaron con canciones que cualquier otro día me habrían hecho sonreír. Los coyotes rieron justo antes del alba y a continuación guardaron silencio, su rapacería desenmascarada por la luz del día.

Agnes Rose y yo esperamos sentadas en los escalones, o ella más bien esperó sentada mientras yo caminaba de un lado a otro, o yo me senté mientras ella caminaba, o las dos caminamos en círculos que fueron creciendo en tamaño hasta que empezaron a cruzarse cada pocos minutos; entonces las dos asentíamos y poníamos caras que eran una mezcla de ánimo y preocupación. No hablamos. Yo no sabía qué era lo que esperaba Agnes Rose mientras la mañana avanzaba y se hacía más cálida, a medida que nos acercábamos al momento inevitable en que el resto de la banda se despertara y viera que Kid no estaba.

Solo sabía lo que, en mi egoísmo, temía: que Cassie fracasara, que la banda se disgregara y que el plan de Fiddleback languideciera y muriera; o que Cassie tuviera éxito, que se pusiera al mando y que el plan de Fiddleback languideciera y muriera. De cualquiera de las dos maneras, yo perdería mi oportunidad de ir a Pagosa Springs. Era posible que en el Agujero en la Pared me sintiera como en casa, pero no me había llegado el momento aún de ir a casa. Tenía trabajo que hacer y, a medida que veía la posibilidad del mismo alejarse hasta desaparecer en el brillante horizonte, mayor era mi miedo de perderme a mí misma, no como se había perdido Kid, sino poco a poco, con cada día borrándome un pedazo de corazón y de mente, hasta encontrarme cara a cara

con la pistola de un sheriff o en el cadalso de un verdugo sin miedo ni dolor, porque aquello que merecía la pena proteger ya se había desvanecido.

Por fin, en el instante mismo en que el sol coronó las montañas y proyectó su luz cítrica en los escalones del barracón, llegó Cassie del huerto con Kid a su lado. Agnes Rose y yo corrimos a su encuentro con labios llenos de preguntas y ofrecimientos.

—¿Estás bien? —preguntó Agnes Rose—. Kid, nos has asustado.

—Estoy bien, Agnes —dijo Kid con voz nítida pero queda—. Doc, Cassie va a ensillar mi caballo. Tú ya sabes lo que tienes que hacer.

—Decid a los demás que Kid y yo hemos salido con los caballos —dijo Cassie—. Si preguntan adónde vamos, decid que no lo sabéis. Yo lo explicaré todo a mi vuelta.

Si Cassie esperaba que aquello satisficiera la curiosidad del resto de la banda, se equivocaba. En cuanto las demás se despertaron —primero Texas para atender a los caballos, luego Elzy, quien se sobresaltó al ver vacía la cama de Cassie, luego Lo y por fin News —, quisieron saber dónde estaba Kid y, al no obtener respuesta, reinó en el barracón un desconcierto generalizado que bordeaba en el pánico y que Agnes Rose y yo no éramos capaces de aplacar.

—Lo sabía —dijo Texas—. ¿Ha enfermado Kid? ¿Es grave?

—¿Y qué pasa con el golpe? —preguntó Lo—. Nos hemos metido demasiada prisa. Si Kid no está bien, deberíamos esperar al menos hasta el otoño, quizá más.

—No podemos retrasar el golpe —dijo News—. Doc ayudará a Kid, ¿verdad, Doc?

Para cuando regresó Cassie, a mediodía, con la mirada ida por la preocupación y la falta de sueño, tanto Agnes Rose como yo nos habíamos inventado faenas al aire libre para evitar el interrogatorio cada vez más insistente de nuestras compañeras. Yo estaba cogiendo menta cuando llegó a caballo, de modo que cuando momentos después nos convocó en el barracón, llegué con una cesta llena de hojas fragantes salpicadas de rocío.

—En primer lugar —nos dijo Cassie—, Kid se va a poner bien. No corre peligro inmediato.

—¿Qué ha pasado? —interrumpió Lo—. ¿Dónde está Kid ahora mismo?

Cassie levantó la mano.

—Déjame terminar —dijo—. Kid se va a poner bien, pero ahora

mismo está grave. Es una dolencia que, francamente, no aspiro a comprender, pero que Kid había previsto y para la que había trazado un plan, por su preocupación por todas nosotras.

—¿Cuál es el plan? —preguntó News.

—Tiempo y descanso son el único tratamiento para su enfermedad —dijo Cassie—, de modo que Kid estará descansando en un lugar seguro hasta que todo pase.

—¿Dónde? —preguntó Elzy—. ¿Puede recibir visitas?

—De momento ha pedido estar en completa soledad —dijo Cassie— y, por tanto, me ha dado instrucciones de no revelar dónde está. No tengáis duda de que Kid dispondrá de todo lo necesario para un pronto restablecimiento.

Durante un momento todos hablaron a la vez. Solo Lark guardó silencio y me miró desconcertado. Le apreté la mano, una promesa de una explicación futura.

Lo fue quien finalmente se impuso al griterío.

—Deberíamos cancelar el golpe —dijo—. A saber cuándo estará Kid bien otra vez.

Cassie asintió con la cabeza e inspiró despacio.

—Kid sabía que a algunas os preocuparía el golpe y me pidió que os diera el mensaje siguiente: Kid confía en todas nosotras y sabe que, incluso en su ausencia, lo lograremos.

De nuevo el barracón se llenó de voces que competían unas con las otras. De nuevo Lo se hizo oír sobre las demás.

Elzy había estado mirando por la ventana, evitando mirar a Cassie, y cuando habló lo hizo con voz queda pero segura:

—Cass —dijo—, tu lealtad a Kid no es razón suficiente para ponernos a todas en peligro. ¿Por qué no esperamos a que Kid se recupere?

—Sabes que me gustaría —dijo Cassie—, pero se nos acaba el tiempo. Recuerda que el presidente del banco vuelve en junio y que para entonces la cámara volverá a estar custodiada.

Lo abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

—Cass —dijo—, sabes tan bien como yo que nunca le vimos sentido a este plan. No sabemos de bancos, no somos terratenientes. Vinimos aquí huyendo de esa clase de personas. Y ahora tenemos la oportunidad de reconsiderarlo. Si dejamos que la ocasión pase mientras Kid se recupera, nunca podrá culparnos.

—No hace falta discutir —dijo News—. Vamos a votar. Kid respetará eso con independencia de lo que decidamos.

—Tienes razón —dijo Cassie—. Quienes estén a favor de seguir

adelante con el plan, que levanten la mano.

Cassie levantó la mano, y News, Agnes Rose y yo la imitamos. Texas también.

Lo negó con la cabeza.

—Buena suerte —dijo—. Espero que no os peguen un tiro en una calle de Fiddleback, ni que os ahorquen en la plaza del pueblo. Y, si por obra de algún milagro, lo conseguís, espero que transforméis Fiddleback en un paraíso, lo digo de corazón.

Sacó su talego de debajo de su cama.

—¿Adónde vas? —preguntó Texas.

Lo se encogió de hombros.

—Antes de venir aquí estaba sola. Volveré a estarlo. Saldré adelante. No olvidéis que fui yo quien os enseñó a todas a esconderos.

Elzy siguió a Lo hasta la puerta.

—Lo, espera —dijo—. No puedes irte sin más.

—Sí puedo, El —dijo Lo mientras se colocaba el talego al hombro—. Y tú también. Quizá deberías considerarlo.

Lo cerró la puerta detrás de ella dejando la habitación sumida en un silencio atónito. News y Agnes Rose se miraron con ojos de preocupación. Texas apoyó la cabeza en las manos. Solo Lark, sentado con las piernas cruzadas en su jergón, con sus grandes pies descalzos, no parecía asustado.

—No vamos a poder hacerlo —le dijo Elzy a Cassie—. Nos faltan dos manos y yo ya no tengo ni la mitad de puntería que antes. Tenemos que provocar un incendio, entrar en una cámara acorazada, retener a quién sabe cuántos empleados del banco…

—Dos —dijo News.

—Muy bien, dos —prosiguió Elzy—. Además de cargar lingotes de oro en una carreta y traerla de vuelta aquí. ¿Cómo vamos a hacer eso si somos solo seis? Nos van a masacrar.

Lark levantó los ojos hacia Elzy.

—Somos siete —dijo.

Aquella noche fui a la cabaña de la cocina cuando Cassie estaba haciendo la cena. Ahora que había llegado la primavera, teníamos conejos en las trampas bien gordos de hierba. Cassie había extendido dos carcasas rosadas en la tabla de cortar. Un caldo cocía al fuego y despedía un olor verde y especiado.

—Si Kid tiene problemas para dormir —dije dándole el frasco medio vacío de láudano—, dale dos gotas disueltas en té o agua, no

más. Y no dejes el frasco en la choza del vaquero. Kid no debe tenerlo a mano ahora mismo.

—Gracias —dijo Cassie.

Deslizó un cuchillo pequeño y afilado bajo las patas delanteras del primer conejo y las separó del cuerpo. Remoloneé.

—Podías haber desconvocado el plan —dije—. ¿Por qué no lo hiciste?

Cassie recortó con cuidado la grasa del interior de cada paletilla y la dejó en un montón blanco amarillento. A continuación cortó en sentido ascendente desde el lomo hasta las costillas y separó la carne de estas. Trabajó tanto rato y tan en silencio que se me ocurrió que tal vez no me había oído. Entonces dijo:

—El día que conocí a Kid mi marido me había rapado la cabeza. Dijo que no era una verdadera mujer y no me merecía parecerlo.

—Qué horror —dije a falta de otra cosa mejor.

Cassie cortó la pelvis del conejo y buscó la articulación de la pata trasera.

—Le creí —dijo—. Creí todo lo que decía de mí. En cambio Kid no.

—Quieres decir que estás en deuda con Kid —dije—. ¿Es eso?

Cassie negó con la cabeza. Buscó dentro de la carne de la pata del conejo y sacó un cuarto trasero.

—Kid trabajaba en la granja de mi marido —dijo—. Solíamos encontrarnos en el granero y planear nuestra huida. Al principio pensé que lo hacía por mí. Pensaba que Kid era altruista, todo heroicidad. Entonces mi marido se marchó con el ganado y dejé que Kid pasara la noche en mi cama. No durmió.

Rompió la segunda articulación y cortó los dos muslos.

—Después de aquello empecé a fijarme en cosas. Las venitas rojas en los ojos de Kid. Su costumbre de hablar del futuro cada vez que el pasado salía a relucir. Vi que cargaba con una honda pena y que ayudarme a mí ayudaba a sobrellevarla.

—La enfermedad —dije—. La que tenía su padre.

—En parte era eso, creo —dijo Cassie—. Pero siempre pensé que podía haber más. Kid siempre se ha aislado un poco, incluso de mí.

Atestó un golpe de cuchillo a la columna del conejo con una fuerza que me sobresaltó.

—Así que si me preguntas si estoy en deuda con Kid, la respuesta es sí, por supuesto, Kid me dio una vida. Pero también necesita comportarse con heroísmo. Kid necesita ser Kid. Si le quito eso…

Separó la pelvis del conejo de la columna, luego la cortó y la echó al agua hirviendo.

—Si le quito eso, entonces no sé qué puede pasar —dijo.

Me dio la espalda y empezó a cortar piel plateada del exterior del lomo.

Tomé aire.

—¿Qué os pasó? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Texas dice que algo pasó después de que tú dejaras a tu marido y que tuvisteis que venir aquí para alejaros de todo. ¿Qué pasó?

Cassie dejó el cuchillo.

—Nos fuimos a vivir a un pueblo no segregado cerca del territorio arapajó y nos hicimos llamar los McCarty: Kid era el marido y yo la mujer. Así vivimos casi un año, de lo más felices. Kid trabajaba para un ranchero y yo cosía. Al principio vivimos en unas habitaciones, y cuando reunimos algo de dinero, nos construimos una casa a la salida del pueblo. Con nuestras propias manos; nunca había visto a Kid tan feliz como cuando pasábamos los días lijando puertas.

—¿Y entonces?

—Hubo un accidente en el rancho. Un caballo pateó a Kid en la cabeza. No se movía; todos se temieron lo peor. Antes de que les diera tiempo a mandarme buscar ya estaba allí el médico desvistiendo a Kid para auscultarle el corazón.

»El ranchero se portó bien. Podía haber metido a Kid en la cárcel, pero en lugar de eso nos dio una noche para recoger nuestras cosas. “Si os veo mañana por el pueblo, no tendré más remedio que llamar al sheriff”, dijo.

»Estábamos reuniendo nuestras escasas pertenencias cuando llegaron los hombres. No creo que los enviara el ranchero. Creo que fue sincero. Pero, a fin de cuentas, dio igual. Primero mataron a nuestros caballos de un tiro; luego prendieron fuego a nuestra casita. Logramos escapar gracias a que los hombres estaban borrachos y a que meses de vivir como fugitivas nos habían hecho veloces. Durante varios kilómetros Kid no dejó de volver la vista a la casa que habíamos construido y que ahora era pasto de las llamas.

—Lo siento muchísimo —dije.

Cassie se encogió de hombros.

—Ahora ya lo sabes —dijo—. Ve a traerme verdolagas. Pero no

de las que han mordido los caracoles.

DIEZ

El trece de mayo del año de Nuestro Señor de 1895, la banda del Agujero en la Pared salió a caballo en dirección a Fiddleback sin su cabecilla y con el añadido de un ladrón, vaquero y ayudante de un veterinario itinerante. El viaje duró un día y acampamos junto al mismo lago en el que Agnes Rose, News y yo habíamos hecho un alto en el camino unas pocas semanas antes. Allí dimos de comer y beber a los caballos y bebimos de una botella de ginebra que sacó Agnes Rose de las alforjas de Prudence. News se había llevado el violín y empezó a tocar *Sweet Marie* primero despacio y luego cada vez más deprisa, con los ojos cerrados y esbozando una sonrisa. Al cabo de un rato, Texas se levantó a bailar, Cassie y Elzy se cogieron en silencio de la mano.

La velada me recordó a mi primera noche en el Agujero en la Pared, pero en el círculo de ahora faltaban Lo con su bonita pelliza rematada con campanillas y Kid presidiendo, manteniendo unido al grupo.

—Estás muy callada —me dijo Agnes Rose al pasarme la botella.

Las hierbas me refrescaron la lengua; el alcohol me calentó la garganta.

—¿Crees que Lo estará bien sola?

Le devolví la botella y Agnes Rose dio un largo trago.

—Debería ser ella la que se preocupara por nosotras —dijo.

Paseé la vista por el círculo en la luz menguante. Donde la primera noche solo había visto libertad y alegría en la celebración de la banda, ahora percibía desesperación en la manera en que saltaba y daba volteretas Texas, en cómo bebíamos todas de la botella. Cassie murmuró alguna cosa y Elzy dejó escapar una carcajada aguda, febril.

Durante todo ese tiempo yo había seguido el ejemplo de Texas, dando por hecho que adherirse al plan de Kid era la manera más segura de asegurarme mi pasaje a Pagosa Springs. Pero ahora tenía miedo. En los últimos días se me había ocurrido que era posible que Kid no se recuperara y que a mi regreso de Fiddleback me

encontrara que no era capaz de cumplir su parte del trato… Y eso si yo conseguía volver de Fiddleback.

—¿Por qué has decidido seguir adelante con todo esto? —le pregunté a Agnes Rose.

Tardó un momento en contestar. Se quitó las horquillas que le sujetaban el pelo y las gruesas trenzas color caoba le cayeron bajo los hombros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Pues que entiendo por qué lo hace Cassie, y también Texas. Me hago una idea, creo, de los motivos de Elzy y News. Pero salta a la vista que tú sabes valerte por ti misma. ¿Por qué no te vas? ¿Por qué arriesgas tu vida por el plan de Kid?

Agnes Rose se soltó el lazo del extremo de una trenza y a continuación el de la otra.

—No suelo hablar de esto —dijo—, pero yo quería a mi primer marido. Éramos muy felices juntos. Deseaba de todo corazón darle hijos. Lo intentamos durante años; fue paciente conmigo. Cuando por fin me echó, supe librarme de la horca, eso es verdad. Sabía cómo ganarme la vida. Es lo que te conté, soy una nadadora. Pero mi dolor casi me ahoga.

Empezó a deshacerse la trenza izquierda y los mechones de pelo emergieron en rizos brillantes.

—El año que conocí a Kid había intentado quitarme la vida dos veces. La segunda habría tenido éxito de no ser porque las otras chicas se dieron prisa con la ipecacuana. Kid no podía prometerme ni dinero ni seguridad, pero cuando habló de construir un lugar en el mundo para personas como yo… por primera vez desde que dejé mi casa le vi un propósito a mi existencia.

—Lo entiendo —dije.

Me miró largo rato.

—Entonces entenderás por qué no puedo irme por mi cuenta otra vez.

Se sacudió el pelo, que relució a la luz de la hoguera como la melena de un león feroz.

—Sea como sea —dijo—, el plan es algo bueno, pero no lo único. Hemos sobrevivido tanto tiempo gracias a que Kid sabe improvisar. Pase lo que pase en Fiddleback, encontrará la manera de aprovecharlo en beneficio nuestro.

—Si se recupera —dije.

—Se va a recuperar —dijo Agnes Rose.

Se puso de pie y me tendió ambas manos.

—Venga —dijo—. Baila conmigo.

Al día siguiente esperamos a la tarde para entrar en Fiddleback y así encontrar a los empleados del banco somnolientos después de la cerveza del almuerzo. En los pastos, los terneros nacidos en primavera estaban grandes y patilargos gracias a la leche de sus madres. En los campos de maíz las plantas eran tan altas como un niño de cinco años, casi listas para la cosecha. Aflojamos el paso en una calle trasera a pocas manzanas de la calle Mayor y Agnes Rose y yo desmontamos.

En las semanas anteriores News había dibujado mapas del banco y de los edificios adyacentes tan detallados que incluían hasta la última grieta de los cristales. Había descubierto que, si bien la tienda de lencería de madame Trumbull parecía el lugar idóneo para empezar un fuego, con todo ese encaje y ese tul, la realidad era que madame era de lo más concienzuda a la hora de proteger su género y que la entrada trasera estaba siempre cerrada con un grueso cerrojo. El dueño de Stewart's Meats, en cambio, solía de-jar sin cerrar la puerta de atrás, y era un contable diligente pero desordenado. Su almacén trasero estaba repleto del suelo al techo de libros de cuentas, algunos con ligeras manchas de carne cruda, que detallaban hasta el último aspecto de las transacciones de su negocio, desde la compra de cabestros hasta quejas de los clientes por carne de cerdo rancia. Fue allí, entre la historia acumulada de toda la carrera profesional del carnicero, donde empezó el robo del Farmers' and Merchants' Bank de Fiddleback.

En aquel momento Texas conducía la carreta a paso tranquilo por las calles traseras del pueblo, ataviada con el sombrero barato y el bigote encerado de un viajante de comercio. En previsión de que alguien la parara, la parte trasera de la carreta transportaba una remesa de algodón barato y loza desportillada comprada a Nótkon a precio de saldo y que tiraríamos cuando hubiera que hacer sitio al oro.

Una vez empezado el incendio, Agnes Rose, News, Elzy y yo entraríamos en el banco por la puerta delantera. Íbamos de jóvenes amas de casa, con capotas y vestidos de percal. Entretendríamos a los cajeros a base de complejas transacciones financieras, que entorpeceríamos más aún a base de coqueteos, mientras Lark y Cassie cruzaban tranquilamente el vestíbulo hasta la habitación lateral donde estaba la cámara, sin vigilar y lista para ser volada con explosivos. En cuanto oyéramos la explosión, las cuatro que estábamos en la parte delantera del banco sacaríamos nuestras

pistolas de las enaguas y ordenaríamos a los empleados que vaciaran las cajas. Lo cargaríamos todo en la carreta y, si no surgían contratiempos, volveríamos al Agujero en la Pared con todo el dinero del Farmers' and Merchants' mientras el sheriff y su cuadrilla intentaba sofocar el incendio y los empleados del banco se esforzaban por comprender lo que les acababa de ocurrir.

—Me da pena el carnicero —dije dudosa, con la caja de fósforos en la mano—. No nos ha hecho nada.

—Olerá el humo mucho antes de estar en peligro —dijo Agnes Rose—. No le pasará nada.

—Perderá su negocio —dije.

—Míralo así —dijo Agnes Rose—. Si ahora mismo estuvieras subiendo las escaleras al patíbulo de la plaza del pueblo a punto de ser ahorcada por bruja, ¿crees que el carnicero movería un dedo para ayudarte? ¿O crees que estaría dando vítores con los demás?

—Todos vitorean cuando se ahorca una bruja —dije.

Agnes Rose consultó su bonito reloj.

—Todos menos nosotras —dijo.

El fuego prendió a una velocidad sorprendente. Jugueteó con las esquinas de las páginas y al momento siguiente engulló una columna entera de libros de cuentas, décadas de precios de carne de res y de ventas de pollos, medidas de piezas de carne y de huesos consumidas por las llamas. Agnes Rose y yo lo miramos arder unos segundos; acto seguido nos dimos media vuelta y salimos de la tienda.

News y Elzy ya estaban en la calle Mayor simulando examinar enaguas en el escaparate de la tienda de madame Trumbull. Elzy llevaba una peluca rubia debajo de la capota y un vestido ligero color marrón y muy ceñido a su delgada cintura. Las dos caminaban de manera distinta de cómo lo hacían en el Agujero en la Pared; sus pisadas, cuando nos vieron y se dirigieron al banco, tenían esa cualidad cuidadosa, vacilante que me resultaba al mismo tiempo familiar y desconocida. Pasó otra mujer en dirección opuesta con el mismo andar peculiar y lo reconocí: era la manera de caminar de las mujeres en público cuando saben que las están mirando.

El interior del banco era muy hermoso. El vestíbulo no era grande, pero daba sensación de amplitud gracias a un techo alto abovedado en el que había pintado un cielo azul con nubes y querubes al estilo de los maestros europeos. El suelo era de baldosas de mármol que alternaban un blanco con vetas grises y un negro atravesado por un sutilísimo atisbo de oro. Probablemente había sido rescatado de la mansión de algún hombre rico muerto víctima

de la gripe, o quizá el banco había sido su casa, una de las muchas que se vaciaron de cadáveres antes de volver a darles uso en los años y las décadas que siguieron a la epidemia. Era posible que la riqueza actual de Fiddleback se guardara en la misma habitación en la que el habitante más rico de una población anterior hubiera exhalado su último suspiro cien años atrás.

A uno de los lados del vestíbulo había cuatro ventanillas detrás de un mostrador alto. Tal y como había dicho Henry, solo dos estaban atendidas. Al otro lado había un pasillo que conducía a las oficinas traseras y a la cámara. El pasillo y las ventanas estaban enfrentados, de modo que los empleados podían ver a todo el que pasara. Por tanto tendríamos que cuidarnos de mantener su atención fija en otra parte.

Daba la sensación de que los empleados estaban teniendo una mañana tranquila. Uno de ellos, con pelo rojo largo y descuidado que le tapaba las orejas y las gafas sucias de huellas dactilares, le estaba cambiando a un hombre con delantal de tendero una moneda de plata por varias de cobre. El otro se limaba las uñas. Agnes Rose y yo nos situamos en fila detrás del tendero mientras Elzy iba directa al empleado presumido y News hacía cola detrás de ella. Me sentí aliviada. Con dos personas delante de mí, una de ellas Agnes Rose, era poco probable que necesitara poner en prueba mis poderes de distracción,

—Me gustaría abrir una cartilla de ahorros para mi hijo —le dijo Elzy al empleado de la lima de uñas. Era joven y apuesto, claramente orgulloso de su aspecto, pues llevaba el bigote y la barba rubios tan acicalados como las uñas. Encima de la camisa blanca inmaculada llevaba un par de tirantes rojos.

—Muy bien, señora —le dijo a Elzy—. Para empezar, voy a necesitar su nombre.

—No tiene nombre —dijo Elzy.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó al empleado.

Desde donde estaba yo, detrás de Agnes Rose, veía perfectamente la puerta principal del banco y a los viandantes. Sabía que de un momento a otro entraría Lark y que, a partir de entonces, correría un peligro del que me correspondería a mí, al menos en parte, protegerlo. Me sorprendió la intensidad de mi miedo por él. Nunca había sentido algo así por mi primer marido, por mi esposo ante mi familia y ante la ley. Claro que tampoco había tenido nunca motivos para temer por él, no lo imaginaba en la situación en la que se encontraba ahora Lark, igual que no podía comparar ningún aspecto de mi vida pasada con su contraparte en

la nueva. Las dos estaban conectadas solo por mi cuerpo y ese fracaso de su interior que había hecho imposible la vieja vida y traído la nueva.

—Verá, es que su padre y yo no nos ponemos de acuerdo en el nombre —dijo Elzy—. Yo quiero llamarlo Albert, por mi abuelo, pero mi marido quiere llamarlo Christopher, por san Cristóbal. Por mucho que le intente convencer, se niega a ceder. Así que he pensado que si abro una cartilla de ahorros a nombre de Albert e ingreso algo de dinero, entonces mi marido tendrá que aceptarlo, ¿no le parece? ¿O no podrá mi hijo sacar el dinero?

El empleado presumido dirigió una mirada de pánico a su colega, quien hizo como si no lo conociera y siguió contando monedas de cobre para el tendero.

—Señora —dijo el empleado—. Me temo que su estrategia plantea algún que otro problema.

Se abrió la puerta delantera. Entró en el banco un hombre que no era Lark y se colocó detrás de mí.

—En primer lugar, no podemos abrir una cuenta a nombre de alguien que no existe. Y puesto que su hijo no se llama, de hecho, Albert…

El otro empleado terminó de contar monedas de cobre y se despidió del tendero con buenos deseos. Agnes Rose se acercó al mostrador. Un hombre que no era Lark entró en el banco.

—Pero se va a llamar Albert —dijo Elzy—. Solo tengo que conseguir que mi marido entre en razón. Mi abuelo era un gran hombre, ¿sabe usted? Tenía dos colmados y era diácono en su parroquia.

El segundo hombre que no era Lark miró las colas de ambas ventanillas y salió del banco. Agnes Rose sacó un trozo de pagaré de su bolso. Cassie entró en el banco y se colocó detrás de News.

—En segundo lugar, al banco no le corresponde inmiscuirse en una disputa entre marido y mujer. Y ahora lo que puede hacer es abrir la cuenta a su nombre y cambiarlo más adelante, cuando estén ustedes de acuerdo…

Agnes esbozó su sonrisa más seductora y le dijo al empleado que el resto del pagaré se lo había comido un perro. Entró una mujer en el banco y se puso detrás de Cassie. Entró en el banco un hombre que no era Lark. Empecé a temerme que no viniera. Quizá alguien lo había parado en la calle y se había dado cuenta de lo que planeábamos hacer. Quizá el sheriff de Casper había venido en su busca. Quizá Cassie tenía razón y nos había traicionado.

—Pero es que la cuenta no es para mí, es para mi hijo, que se va

a llamar Albert.

El empleado le explicó a Agnes Rose que necesitaba más de la mitad del pagaré para hacerlo efectivo. Agnes Rose fingió no entender. El sudor empapaba los sobacos de mi vestido de guinga azul. Entró en el banco un hombre que no era Lark.

—Puedo hacer lo siguiente —dijo el empleado—. Puedo abrir una cuenta sin nombre por ahora, solo con un número. Y cuando tenga el nombre, lo añadimos. Basta con un depósito de cinco libertades de plata.

—Ah, no tengo dinero —dijo Elzy—. Lo guarda mi marido.

Entró Lark en el banco.

En aquel momento ocurrieron varias cosas a la vez. Lark y yo nos cruzamos una única mirada que no duró más que un pestañeo, la conversación de Elzy con el cajero presumido se convirtió en discusión. Cassie se salió de la fila sin hacer ruido. Y el empleado desaliñado, después de despedir a Agnes Rose cortés pero firmemente, me miró sonriente.

—¿Qué desea? —preguntó.

Yo llevaba una historia preparada, como todas, pero saber que Lark recorría el pasillo del banco detrás de mí y que su vida estaba en mis manos me hizo quedarme en blanco.

—Quiero abrir una cuenta —dije imitando a Elzy.

—Estupendo —dijo el empleado. Era de mediana edad, con cara redonda y ojos cálidos y grises detrás de los cristales sucios de sus gafas—. ¿La quiere solo de ahorros o para extender pagarés?

Me obligué a no volverme a mirar hacia el pasillo.

—No lo sé —dije—. Nunca he tenido una cuenta en el banco. ¿Me puede explicar de qué tipos hay?

—Con mucho gusto —dijo—. Una cartilla de ahorros es para guardar dinero por si llegan las vacas flacas. Mete usted dinero y al final de cada mes el banco le añade un poquito. Eso es el interés.

El otro empleado levantó la voz.

—Señora —dijo—, he tenido mucha paciencia con usted. Pero lo cierto es que no tiene derecho a venir aquí y hacerme perder el tiempo con sus preguntas tontas cuando debería estar en casa cuidando de su hijo.

El empleado desaliñado lo miró, ocasión que aproveché para echar un vistazo al vestíbulo. Cassie y Lark ya no estaban, sentí un alivio momentáneo, mitigado por el peso del arma en el bolsillo izquierdo de la falda y por el hecho de saber que tendría que usarla en cuestión de minutos.

El empleado desaliñado movió la cabeza y me habló en voz baja y cómplice.

—Lo siento —dijo e inclinó la cabeza en dirección al otro cajero —. Lo cierto es que hoy andamos faltos de personal. Algunos de nuestros compañeros están… er… ocupados ahora mismo y solo somos tres.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Tres? —pregunté.

Las bombas hicieron mucho más ruido del que había imaginado. En el valle su potencia se había disipado a cielo abierto, pero en el interior del banco las oí reventar madera y piedra y acero. En el caos que siguió no supe muy bien quién gritaba, en qué momento los clientes del banco pasaron de correr hacia la puerta a ponerse de cara a la pared con las manos encima de la cabeza o cuándo exactamente saqué mi revolver y empecé a gritar al empleado desaliñado para que vaciara su caja. De una cosa sí estuve segura: justo antes de que estallaran las bombas, oí disparos.

De cara a la pared, una de las mujeres rezaba: «Niño Jesús, líbranos del peligro. Cuida de nosotros como cuidó de ti tu santa Madre». El empleado presumido se echó a llorar mientras metía cilindros de cartulina llenos de monedas de oro y plata en un saco de tela. El empleado desaliñado no se había movido.

—No puedo darte este dinero —dijo—. No es mío.

No tuve ni idea de qué decirle. Sus ojos grises estaban llenos de desafío y también de miedo.

—Vacía la caja —dije— o te pego un tiro.

—¿Ves a esas personas que están contra la pared? —dijo el empleado—. Son sus ahorros. Los necesitan para dar de comer a sus familias. Si te los llevas, ¿qué será de ellas?

—No te preocupes —dije—. Nos ocuparemos de ellas. Pero primero necesitamos el dinero.

—¡Dáselo de una vez! —gritó el otro empleado. Le dio la pesada bolsa por la ventanilla a Elzy, quien la cogió con la mano que tenía libre.

—Lo siento —dijo el empleado desaliñado—, pero vas a tener que pegarme un tiro.

Pensé en el cochero, en cómo cayó al suelo hecho un guiñapo, en cómo se había inclinado su padre sobre su cuerpo. Supe que no sería capaz de disparar a aquel hombre.

—No sabes lo que dices —dije—. ¿Qué hay de tu familia? Te necesitan vivo.

Sentí el miedo asomar en mi voz.

—No tengo familia —dijo—. Estoy solo. Si vas a pegarme un tiro, hazlo ya.

Me miraba a los ojos.

—Andrew —dijo el empleado presumido—, por favor, dales el dinero.

—Niño Jesús, acógenos en tu seno —rezaba la mujer—, así como te acogió en el suyo tu santa Madre.

Apareció Cassie al principio del pasillo. Aparté la vista del cajero y la miré. Tenía la cara cenicienta y la falda cubierta de sangre. El empleado hizo ademán de sacar algo de debajo del mostrador. Elzy le disparó en el pecho.

Hay quien piensa que cuando alguien muere, su cuerpo no es más que carcasa que el alma deja atrás. Yo nunca lo he creído. La primera vez que toqué un cuerpo sin vida tenía trece años. Irma Love tenía, o había tenido, ochenta años la noche en que su corazón dejó de funcionar, se le llenaron los pulmones de líquido y murió. A la mañana siguiente madre me llevó con ella a lavar y preparar el cuerpo.

La señora Love había trabajado en el almacén y dado clases de piano a niños. Tocaba muy bien y era muy mala y los niños de Fairchild le teníamos miedo, pero también tenía un sentido del humor sardónico y, a medida que me hice mayor, empezó a gustarme ir al almacén a oírla hablar de otros adultos que consideraba estúpidos o engreídos. Todo eso seguía allí cuando la señora Love murió: la malevolencia en las comisuras de la boca, la risa en las arrugas alrededor de los ojos, esos dedos largos aún esbeltos después de toda una vida moviéndose por un teclado. Madre me enseñó a tratar un cuerpo con respeto, como a una persona, y la señora Love era una persona para mí, su cuerpo no dejaba de ser su cuerpo solo porque estuviera muerta.

De manera que cuando vi a Lark tendido en el pasillo delante de una cámara acorazada hecha añicos con el pecho reventado por agujeros de bala y cuando Cassie gritó con voz jadeante que lo dejáramos allí, que la patrulla del sheriff nos daría alcance si nos retrasábamos más, hice caso omiso, me agaché, pasé los brazos por debajo de sus brazos sin vida y medió lo acarreé medio lo arrastré hasta la carreta, donde Texas nos esperaba para sacarnos de allí.

En la oscuridad de la parte trasera de la carreta, Cassie apoyó la cabeza en las manos.

—Debería haber estado preparada para que hubiera un empleado dentro —dijo—. Kid lo habría estado.

El tercer empleado, un joven cuadrado de mejillas sonrosadas que parecía lleno de vida incluso muerto, debía de estar a aquellas alturas preparado para ser dado en sepultura en el cementerio de Fiddleback con la bala de Cassie corroyéndole el corazón. Nunca sabríamos qué impulso desafortunado le había hecho decidir permanecer en su puesto aquel día en lugar de irse a beber con los amigos a la taberna de Veronica, donde el premio por eludir sus responsabilidades habría sido seguir con vida. Solo sabíamos que después de que Lark y Cassie colocaran las bombas alrededor de la puerta de la cámara, en el preciso instante en que estaban encendiendo las mechas, llegó al pasillo desde la oficina trasera del banco; que, quizá porque había oído ruido, empuñaba su revólver; que, al verlo, Lark fue a sacar el suyo, y que el empleado le pegó tres tiros antes de que a Cassie le diera tiempo a sacar su arma y disparar. Cuando sacábamos el oro de la cámara —en más sacos de los que nos dio tiempo a contar, cada uno tan pesado como un niño de tres años— tuvimos que pasar por encima de su cadáver.

—Lo que ha pasado es horrible —dijo Elzy—, pero, Cassie, lo hemos conseguido. Tenemos el oro. Nunca pensé que lo lograríamos, ya lo sabes. Y por lo menos seguimos todas vivas.

Cassie levantó la cabeza.

—Arriesgó su vida por nosotras —dijo— y yo lo dejé morir.

Con la cabeza en mi regazo, Lark tenía el mismo aspecto que en vida: ligeramente apenado, ligeramente divertido, muy bello. Cuando conseguí ponerlo a salvo en la carreta le había cerrado los ojos con mis dedos, pues los tenía abiertos de par en par y llenos de temor.

Cassie me miró a los ojos.

—Lo siento —dijo.

Le tendí la mano, me la estrechó y estuvimos un rato sin soltarnos.

No teníamos ataúd, pero Agnes Rose hizo un sudario con una bonita muselina blanca sacada del baúl de Lo. Se ofreció a ayudarme a preparar el cuerpo de Lark, pero la rechacé con la cabeza. Quería proteger su intimidad, incluso en ese momento, y también quería estar a solas con él una vez más.

En el barracón, con la primera luz de la mañana, miré de nuevo su herida más antigua. La cicatriz en espiral, el muñón donde una vez había estado el pene ya no me provocaban repulsión. En lugar

de ello me hacían sentir furiosa y culpable por el hecho de que Lark hubiera sobrevivido a aquello para luego morir de los disparos de un desconocido en un atraco a un banco que se torció, y todo para ayudarme a llegar adonde quería ir yo. Todavía no había llorado por Lark; ahora derramé lágrimas de frustración y de culpabilidad.

Ya solo podía hacer una cosa por Lark, así que lavé la sangre de cada una de las heridas de su pecho y se las vendé como si estuviera vivo. Le limpié la suciedad debajo de las uñas. Le lavé y peiné el pelo. Traté su cuerpo con el mismo cariño y cuidado que imaginé dispensaba el veterinario a sus animales y me juré a mí misma que, a partir de aquel momento, trataría cada cuerpo que tocara, vivo o muerto, fuera paciente o amante, así. Luego envolví a Lark en su sudario y News y yo lo llevamos al jardín para enterrarlo.

Los días que siguieron fueron lentos, extraños. El trabajo estaba medio terminado: el oro estaba apilado en el granero, donde los caballos al principio se dedicaron a olisquearlo periódicamente y luego perdieron interés puesto que no tenía olor alguno excepto el de los sacos de arpillera mohosa en los que estaba guardado. Ahora teníamos que esperar.

Siete días, había dicho Kid, bastarían para que el presidente del banco se desesperara. Era posible que, al principio, los habitantes de Fiddleback simpatizaran con los apuros de un hombre de negocios inocente, pero su compasión se transformaría en ira una vez que se dieran cuenta de que el presidente del banco conservaba su mansión en una colina sobre el pueblo mientras que sus ahorros de toda una vida —el oro que llevaba comida a sus mesas, arreglaba sus tejados, daba cobijo a sus caballos y pagaba a la partera cuando nacían sus hijos— se marchaba en la carreta de un desconocido. Se congregarían a la puerta de su casa con huevos y más tarde con armas. El presidente estaría encantado de vender.

Al menos eso nos había dicho Kid, pero ahora Kid no estaba. El segundo día de la semana Cassie fue a caballo hasta la choza del vaquero con un morral con comida y una cantimplora de agua fresca y volvió a las pocas horas con la noticia de que Kid estaba mucho mejor y deseando reunirse con nosotras. Pero mientras hablaba tenía la vista fija en algún punto sobre nuestras cabezas, evitando nuestros ojos. Más tarde, cuando fui a cepillar a Amity, me siguió al granero.

—Kid vuelve a dormir —dijo.

—Eso es buena señal, ¿no? —dije mientras le pasaba la almohaza a Amity por el flanco.

Pero Cassie parecía preocupada.

—Es que no hace otra cosa. Ni come ni habla. Casi ni me mira. Casi echo de menos las broncas y los desvaríos. Igual deberías venir y examinar su estado.

La choza del vaquero contenía pocas cosas: una cama estrecha, una jarra para el agua, unas cuantas sillas y bridas viejas apoyadas contra una pared. Cuando entré, Kid estaba de cara a la pared y llevaba una camisa de dormir arrugada color blanco sucio.

Recordé todas las tácticas con que había intentado estimular a madre cuando estaba enferma. Le preparé sus platos preferidos: panecillos con salsa de carne de cerdo, fresas espolvoreadas de azúcar, pastel de maíz relleno de queso y mantequilla. Hacía café caliente bien cargado, infusiones de melisa y espino blanco, caldo de huesos de vaca que convencía al carnicero de que me regalara. Nada parecía funcionar y entonces, un día, se levantó de la cama durante un ratito, y al día siguiente un ratito más largo, y al siguiente más, hasta que una mañana me desperté y la encontré ya levantada, riendo y jugando en el suelo con la pequeña Bee. Más tarde, cuando le pregunté qué era lo que la había curado, se encogió de hombros y dijo: «Tiempo».

Luego pensó durante unos instantes y añadió: «Me ayudó que me hablaras».

Hablé a Kid del tiempo que hacía fuera, de lo que había preparado Cassie para desayunar aquella mañana y para cenar la noche anterior, de qué caballos estaban irascibles y qué personas no se llevaban bien. Kid no dijo nada.

—¿Te apetece dar un paseo? —pregunté.

Kid no dijo nada.

—¿Te apetece un poco de sopa?

Kid no dijo nada.

Entonces empecé a hablar por hablar, a contarle a Kid la historia de mi vida, desde su inicio en casa de mi madre, pasando por mi estancia en el convento del Santo Niño, hasta mi presencia junto a su cama.

Kid no dijo nada.

Por fin decidí hacer una pregunta cuya respuesta de verdad me interesaba.

—¿Por qué no te dedicaste a predicar?

Kid suspiró, se volvió a mirarme y empezó a hablar.

—A los dieciséis años me casé con un hombre de nuestra

congregación, alguien a quien eligió mi padre. Era un hombre bueno y de pensamiento liberal. No le parecía mal que yo fuera a ser predicadora. Lo intentamos durante un año, pero no conseguimos tener hijos.

—¿Entonces te echó? —pregunté.

Kid levantó una mano, vi la quemadura que le atravesaba la muñeca y el brazo; había empezado a sanar y ya asomaba piel rosada debajo.

—Cuando pasó un año, mi madre me llevó a ver a una maestra partera. Me dio unas hierbas para regular el mes. Me quedé en estado y tuvimos una niñita.

—¿Tienes una hija? —pregunté.

Kid volvió a levantar una mano.

—El parto fue difícil. Después estuve semanas sin poder andar. Fue entonces cuando empecé a no dormir. Pasé treinta noches en vela, luego dormí treinta días, al menos esa impresión tenía yo. Entonces la familia de mi marido trajo a un médico de San Antonio. Me miró la lengua y las plantas de los pies y el blanco de los ojos.

»Le dijo a mi marido que a mi cuerpo no le pasaba nada, pero que tenía la cabeza enferma. Dijo que la enfermedad era contagiosa. Si exponían a mi hija, la cogería. De modo que mi marido tenía que apartarla de mí todo lo posible; se me permitiría, como mucho, visitarla los domingos.

Pensé en ver a Bee solo los domingos; era casi peor que no verla nunca.

—Eso es horrible —dije.

Kid levantó una mano por tercera vez.

—El médico dijo que el mejor tratamiento para mí sería un nuevo embarazo. Que debía tener todos los hijos que pudiera y que a continuación debían quitármelos hasta que demostrara haberme curado.

Esta vez no hablé, pero intenté mirar a Kid a los ojos. Apartó la vista.

—Aguanté tres meses —dijo Kid—. Me maldigo todos los días por no haber aguantado una semana más y haber visto así a mi hija una última vez. Pero era una auténtica tortura, yacer con mi marido sabiendo que me quedaría sin los hijos que pariera. Una noche de primavera me escapé por la ventana y me subí a una carreta que me llevó al convento del Santo Niño, donde había oído que daban asilo a mujeres yermas. Pero el recuerdo de mi hija no me dejaba descansar.

»Vagué durante años, cuidando ganado, robándolo. Viví como un hombre y también como una mujer; ninguna vida me satisfacía. Entonces conocí a Cassie. Mientras pudiera protegerla, me dije, serviría para algo.

Kid volvió de nuevo la cara a la pared.

—Ahora ni siquiera eso puedo hacer.

ONCE

Era la mañana que habíamos elegido para comprar el banco y dar comienzo así a nuestras vidas de terratenientes y yo estaba despierta en mi camastro. Las estrellas seguían en el cielo y faltaban horas para que saliéramos en dirección a Fiddleback, pero no podía dormir. Cassie había retirado las mantas del jergón que había sido de Lark y el polvo rojo aún no se había asentado en él. Su muerte me hacía echar otra vez de menos a mi familia, la herida nueva había reabierto la vieja.

El cumpleaños de Bee era en agosto, cumpliría diez años. Todavía recordaba el olor de su cuero cabelludo cuando era una niña de pecho, la forma en que sus dedos diminutos se cerraban alrededor de un mechón de mi pelo. Cómo su cabeza se le volvía más pesada conforme se iba quedando dormida.

A medida que nuestro plan se iba materializando, mi inquietud iba en aumento. Visitaba a Kid todos los días. Algunos días eran mejores y otros peores, pero siempre me marchaba de allí sintiéndome exhausta, como si me hubieran chupado las fuerzas.

Cuando madre atendía un parto a menudo establecía una cercanía con la mujer. Después enfermó, y muchas de aquellas mujeres venían a casa a echar una mano, me traían comida o ropa de niño pequeño. Cuando se puso mejor, me lo explicó. Incluso si antes del parto la madre le había parecido corta de miras y mezquina, después de dar a luz las dos tenían algo en común: se habían enfrentado juntas a la muerte y habían sobrevivido. Pero Kid seguía enfrentándose a lo que fuera que se enfrentara, no estaba aún al otro lado. De manera que me levanté de la cama sin hacer ruido y fui a sentarme junto a la hoguera en la oscuridad.

La noche estaba en su hora más oscura, ese momento que precede a la aurora cuando el recuerdo de la luz del sol es más tenue. Las piedras alrededor de la hoguera estaban frías, los pájaros e insectos guardaban silencio. Miré las cenizas y sentí necesidad de rezar. Pero había olvidado todas las plegarias aprendidas en el convento, como si al salir de allí mi cabeza las hubiera expulsado en

una suerte de rebelión. Así que canté para mí, en voz queda, en un susurro, con los brazos alrededor de las rodillas y meciéndome como mece una madre a un niño que llora.

En una caverna, en un cañón,
cavando una mina…

Un animal o un pájaro pequeño revoleó en los aleros al sur de la hoguera, donde estaba la carretera. Una liebre, tal vez, que había esquivado las trampas de Elzy.

Vivían un viejo minero del cobre
y su hija Clementine…

El susurro creció en volumen. Me puse de pie. Los lobos que aullaban desde las montañas en ocasiones bajaban de noche al valle a cazar, pero Texas me había asegurado que eran cautos y nunca se acercarían a un humano. Los osos en cambio eran un peligro, sobre todo en primavera o en verano. Una osa podía bajar a la llanura con su cría y era imposible predecir su reacción si te interponías entre las dos. Lo más recomendable, decía Texas, era hacer mucho ruido, para hacerle saber tu presencia y darle tiempo de sobra para evitarte.

—Se fue a comprar al mercado —canté de vuelta al barracón:

Cada mañana a las nueve en punto,
se encontraba con un hombre con gripe y fiebre…

El disparo me pasó tan cerca que sentí el silbido de la bala en la mejilla. Giré sobre mis talones y vi, entre los alisos, al sheriff de Fiddleback; el cañón de su pistola atrapaba los primeros rayos del sol naciente.

La mente se me quedó en blanco y mi cuerpo tomó el control. Mis brazos empujaron la puerta del barracón, de mi garganta y mis pulmones salió un grito que despertó a mis amigas.

Cassie fue la primera en abrir los ojos. Vi un atisbo de terror en su expresión. Aquel habría sido su principal temor durante todos los años que llevaba en el valle: que nuestro escondrijo fuera descubierto, que hombres desconocidos invadieran nuestro hogar. Vi que su miedo daba paso durante un instante a la angustia y el dolor, como si se le hubiera muerto un ser querido. Luego se los tragó. Se le endureció la mirada. Cuando habló, su voz era autoritaria.

—Tenemos que ir a la pared.

Corrimos al granero presa del pánico y disparando. El sheriff no estaba solo, los disparos llegaban desde los pastos, desde el bosquecillo donde, no hacía mucho tiempo, yo había visto a Cassie y a Elzy fundidas en un abrazo. De haber seguido sentada en la hoguera unos segundos más, me habrían rodeado.

A nosotras nos habían pillado desprevenidas, no así a los caballos con su fino oído y musculatura en sintonía con las vibraciones de la tierra. Amity salió por la puerta del establo en cuanto la hube ensillado y montado y echó a galopar por el sendero hacia la pared como si fuéramos uno solo. Mientras cabalgábamos los disparos silbaban a nuestro alrededor y también trinaban los pájaros que habían vivido todas sus vidas en paz y a los que ahora los sonidos de la guerra habían sacado de golpe de su sueño. Cuando coronábamos una colina oí un sollozo a mi espalda, un sonido agudo e indefenso como de un niño pequeño que sufre y cuando me giré vi a Faith de rodillas y sangrando por un costado. Sentí lástima de la yegua, cuya cola en ocasiones había cepillado después de cepillar la de Amy, que disfrutaba comiendo terrones de azúcar de cebada de la palma de mi mano. Pero lo que me produjo una descarga de frío terror en la cabeza y el corazón fue lo que vi detrás de Faith, detrás de Temperance y Elzy. De Prudence y Cassie, de Charity y News.

Como todo buen proscrito sabe, el tamaño de la cuadrilla de un sheriff varía de un día para otro. Depende del número de hombres capaces y armados y con caballos que puedan permitirse el lujo de ausentarse de sus granjas, ranchos o comercios, y también de la popularidad del sheriff entre dichos hombres. Sobre todo, quizá, depende de la naturaleza del delito que la patrulla se haya reunido para castigar. El robo de una vaca puede convocar a uno o dos hombres; el robo de un semental premiado, tres o cuatro. El asesinato de un vagabundo o una mujer de dudosa reputación puede reclutar un hombre generoso o a ninguno, mientras que el asesinato de una madre o de un pilar de una comunidad puede reunir hasta una docena.

Detrás de mis compañeras del Agujero en la Pared, desplegados por la colina hilera tras hilera, a caballo, empuñando pistolas, había una patrulla de unas dos docenas de hombres. Entre ellos reconocí no solo a los sheriffs de Fiddleback y Casper, también al sheriff Branch, con su sombrero blanco y a lomos del caballo al que yo daba de comer de niña. Verlo en compañía de los otros después de tanto tiempo de temer nuestro encuentro me desestabilizó un poco,

como si el suelo mismo cediera y se plegara debajo de mí y distancias que antes habían parecido inmensas fueran ahora tan pequeñas que mis enemigos podían salvarlas en un instante. Ignoraba cómo habían logrado reunirse aquellos hombres, no lograba entender cómo nos habían seguido el rastro hasta allí, pero sus poderes de convocatoria combinados habían reclutado una hueste que nos superaba a razón de tres a uno, cuyos caballos pisaban los talones a los nuestros y cuyos disparos levantaban bandadas de sabaneros al aire de la mañana de nuestro valle. Elzy adelantó a Faith y, con el brazo bueno, levantó a Texas y la subió a lomos de Temperance. Detrás de ellas Cassie gritó: «¡Dispersaos!».

Saqué a Amity a la carretera y nos internamos en la hierba crecida. Brincó, segura como un antílope, por el terreno del valle. A nuestro alrededor se levantaban nubes de polvo rojo que me entraban hasta la garganta y me ahogaban, pero mantuve la vista fija en la pared. Sabía que Cassie, Elzy, News, Agnes Rose y Texas hacían lo mismo. Si conseguíamos llegar, tendríamos una atalaya desde la que resistir y defendernos, con una vista despejada de todo el valle a nuestros pies.

Amity saltó el arroyo y a lo lejos, hacia el este, vi la choza del vaquero, con las ventanas emitiendo destellos del sol de la mañana. Deseé que Kid supiera que no debía salir y que a la patrulla no se le ocurriera mirar dentro. Recordé cómo, cuando estaba enferma, mi madre había dejado que una rata le subiera hasta la cama y royera un agujero en la colcha que tenía a sus pies. Me preocupaba que si la patrulla entraba en la choza, Kid se dejara disparar sin oponer resistencia.

Cuando llegamos al bosquecillo de alisos en el centro del valle me permití girarme una vez más. Oí disparos a lo lejos, pero no vi a nadie. Dejé que Amity fuera al trote y le acaricié el cuello gris. Era tan veloz y tan segura… El sol ya calentaba y me enjugué la frente con el dorso de una mano sucia de polvo. El aire olía a hierba tierna y a salvia. A nuestro alrededor, los saltamontes zumbaban con su canto estival.

El disparo llegó en el momento en que me relajé. Amity se encabritó y se levantó sobre sus patas traseras y yo, desprevenida, caí al suelo de espaldas. La llamé como quien llama a un niño, pero ya había echado a galopar hacia el norte, veloz como un caballo salvaje. Tenía que estar herida, lo sabía, de lo contrario no me habría tirado. Pero apenas me dio tiempo a preocuparme por ella porque enseguida oí otro caballo que se acercaba, con los cascos resonando en el suelo del valle duro como una sartén.

Hice lo primero que se me ocurrió: trepé a un aliso y me escondí como pude entre sus ramas. Apenas llevaba allí unos segundos cuando apareció el hombre. Reconocí su cuerpo enjuto y su sombrero color sangre, era el sheriff de Casper. Esperé hasta que calculé que estaba a unos veinte pasos y disparé.

La bala solo sirvió para delatar mi posición. Levantó la vista hacia mí y disparó, pero también erró el tiro y la bala se alojó en la corteza del árbol. Salté al suelo. Disparó de nuevo y de nuevo falló y entonces oí el chasquido de la recámara vacía en sus manos. Miré su estrecho pecho y el ancho cuerpo de su caballo, ambos amenazantes, y supe que tenía que aprovechar la que era mi mejor oportunidad. Musité mentalmente una disculpa y disparé.

El caballo emitió un sonido como había hecho Faith, se encabritó y se desplomó. El sheriff desmontó maldiciendo y echó a correr. Le apunté al pecho y disparé, pero esta vez sentí el chasquido de la ausencia de balas en mi propia mano.

Intenté echar a correr por entre la hierba alta, pero sin Amity avanzaba despacio, con la pierna aún herida. Cojeé, perdí pie y al momento tenía al sheriff detrás de mí, sujetándome las manos detrás de la espalda y pegándome la cara a la tierra. Pensé en todas las personas que no volvería a ver: mi familia, Agnes Rose, News, Kid, y en todas las preguntas para las que nunca encontraría respuesta. Nunca sabría por qué nacen algunos niños con labio leporino o pie varo, cómo pueden un padre y una madre de ojos castaños tener un hijo de ojos azules o por qué yo era yerma. Me enfureció la cantidad de conocimientos que el sheriff me estaba robando y, al ser consciente de mi ira, lo fui también de que el culatazo no se había producido. El sheriff me obligó a ponerme de pie. A falta de esposas o de una cuerda con la que atarme, necesitaba ambas manos para sujetarme por las muñecas y empujarme para que caminara delante de él, como si fuera un mueble que tratara de transportar.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Hemos puesto un cepo en la plaza del pueblo solo para ti —dijo—. Estarás tres días. Luego, si sigues con vida, te ahorcarán.

Detecté en su voz cierta familiaridad despectiva. Había estado pensando en mí desde que News y Agnes Rose me sacaron de su calabozo pocas semanas antes y yo había estado pensando en él. Me di cuenta de que el odio alimenta una suerte de cercanía. Ajusté mi paso al suyo.

—¿Cómo me habéis encontrado? —pregunté.

—Cállate —dijo el sheriff y me dio un empujón.

Cambié de táctica.

—Seguro que los sheriffs de Fairchild y Fiddleback también quieren ahorcarme en la plaza de sus pueblos. ¿Cómo es que te han concedido a ti el privilegio?

—Ellos no han sido los que te han cogido —dijo—. He sido yo. Que ahorquen a tus compinches si quieren. Estoy seguro de que al sheriff Donnelly le excitará ahorcar a un castrado delante de su cárcel.

Cuando pronunció aquella palabra lo entendí todo. La cara arrugada de la mujer del calabozo volvió a mí con la misma claridad que si la hubiera tenido delante. Debía de haber oído toda mi conversación con Lark, y yo había hablado de todo: del Agujero en la Pared, de Fiddleback, de mí y mi familia. Después de nuestro intento de fuga debió de haber ofrecido la información al sheriff a cambio de la libertad. Tuve ganas de reír y de llorar. Había pagado un alto precio por mi matrimonio y apenas había tenido ocasión de disfrutarlo.

El sheriff y yo éramos de la misma altura, teníamos complexiones parecidas. Pero recordé lo que me había enseñado Lo sobre pelear con hombres, sobre que tendría que jugar sucio. Eché a correr, como si quisiera librarme de él. Tuvo que correr también para seguirme. Entonces me detuve bruscamente y, cuando sentí su aliento en la nuca, le di un fuerte cabezazo en toda la cara. Gritó y me soltó las manos; no necesitaba más. Saqué mi arma y le golpeé con todas mis fuerzas en el cráneo. No esperé a ver si estaba muerto. Salí corriendo.

Pronto tuve que aminorar la marcha y al poco empecé a cojear, arrastrando la pierna herida. El sol parecía henchirse en el cielo. Los pájaros guardaban silencio en el calor del mediodía. El sudor y el polvo de mi piel se convirtieron en barro. A pie tardaría al menos un día entero en llegar a la pared, más teniendo en cuenta el estado de mi pierna. Saber que aún me quedaba un largo trecho agudizaba el dolor. Me sentí mareada. Me senté a descansar en una colina que daba a una llanura salina.

Debí de quedarme traspuesta porque me despertó un sonido, un único ladrido agudo procedente de la llanura a mis pies. Al principio me pareció ver un lobo cruzar la tierra agrietada y roja y se me agolpó la sangre en los oídos. Pero cuando mis ojos se acostumbraron al resplandor del sol, supe, por la postura encorvada del animal, por lo furtivo y taimado de sus movimientos, que no era un lobo, sino un coyote. Los latidos del corazón se normalizaron y observé al animal sin temor. Empecé a hacer cálculos: si caminaba y

descansaba en horas alternas, podría llegar a la pared en dos días, quizá uno y medio. Pero para entonces la banda podía estar muerta o presa. Y, por supuesto, el sheriff Branch o el sheriff de Fiddleback o uno de sus hombres podían darme alcance antes de que eso ocurriera. Lo mejor sería esconderme y esperar a que pasara la batalla, pero la llanura del valle brindaba pocos o ningún lugar donde esconderme. Era parte de lo que hacía tan valioso el Agujero en la Pared, que era una atalaya desde donde se veía todo y a todos en el espacio abierto que había debajo. Pero hasta llegar allí estaría por completo expuesta, vulnerable a quien quisiera atacarme.

El coyote avanzaba husmeando por la llanura, acercándose poco a poco a la colina. Era un animal grande, no tanto como un lobo pero más grande y más fuerte que un perro, con una gorguera de pelo dorado rojizo que ocultaba un tórax musculoso. Mientras lo miraba debió de detectar mi olor en el viento porque levantó la cabeza y abrió los labios en lo que habría sido, en un perro, una sonrisa de reconocimiento. Empezó a acercarse.

Yo sabía que un coyote solo no atacaría a un humano sano. Pero si me tomaba por muerta, o por demasiado enferma para moverme, podría olisquearme y darme un mordisco exploratorio. Con enorme dolor me puse de pie. El coyote se detuvo, pero no retrocedió.

—Eh —grité.

El coyote no se movió de donde estaba. Empecé a cojear en dirección a la pared. El sol se acercaba a su cenit y las sombras en las rocas menguaban, el negro daba paso el rojo. Volví la cabeza. El coyote me seguía con la boca aún ligeramente entreabierta. Ladró de nuevo y el ruido resonó en la tarde silenciosa y esta vez oí una respuesta: a mi izquierda, en la hierba alta al sur de la colina, se acercaba otro coyote. Este era más pequeño y su pelo tenía ese aspecto sedoso y tupido propio de los animales más jóvenes. Un cachorro, deduje, que viajaba con su madre.

Cojeé más deprisa. Los coyotes se intercambiaban ladridos que crecían en frecuencia e intensidad.

Al tercero no lo vi hasta que lo tuve casi encima. Estaba agazapado en la hierba alta, con pelo plateado en vez de rojizo y con la cabeza y las mandíbulas de un tamaño que indicaba que era macho. Estaba lo bastante cerca de él para verle los ojos, que eran dorados, inteligentes y sin rastro de miedo. Eché a correr.

El sonido que me rodeaba debía de ser de euforia, agudo y musical, casi como una canción. Habría sido bello de no ser yo el animal herido que lo inspiraba, la presa cuyo olor a miedo hacía correr y ladrar de felicidad a aquella jauría.

La madre y el padre corrían a mi lado, atentos al más mínimo traspiés para acorralarme, y acababa de sentir cómo tropezaba mi pierna herida, de notar que cedían los músculos, cuando otro sonido interrumpió la canción de los coyotes.

No vi de dónde procedía el ruido de cascos hasta que Amity adelantó a galope a los coyotes, poderosa como una nube de tormenta, y los ahuyentó hasta que estuvieron a veinte pasos de distancia de ella por ambos lados, después de lo cual adoptaron esa postura encorvada propia del carroñero. Luego dio la vuelta y aminoró el paso lo bastante para que yo pudiera trepar a su lomo, donde mi silla me esperaba como si nunca me hubiera bajado de ella.

Cuando cogí las riendas y dirigí a Amity hacia la pared vi un rastro de sangre seca a lo largo de su flanco izquierdo. El origen era una herida en carne viva en la escápula gris, de un rojo furioso pero superficial, que sanaría con facilidad. Pensé en la herida que había sufrido Lark en Casper y en aquella más profunda y terrible que le habían hecho en Mobridge. Pensé en todas las heridas que no lo habían matado y en la que sí. Me incliné un momento sobre la crin de Amity, inhalé su olor a paja y polvo y a algo dulzón, como a leche materna. Le dije que la quería. Bajó la testuz y recorrió los kilómetros de pasto como si fueran meras pulgadas y llegamos a las estribaciones rocosas de la pared roja cuando el sol todavía estaba en lo alto del cielo.

Reinaba un silencio inquietante y por un momento me temí lo peor: que todas mis compañeras hubieran muerto o, lo que era más probable, hubieran sido capturadas y los sheriffs restantes se las hubieran repartido para después ahorcarlas en sus pueblos respectivos. Pero entonces vi algo moverse encima de mí, en la hendidura en sombras donde se encontraban las dos caras de roca, exactamente en el Agujero en la Pared. Até a Amity a un álamo temblón e inicié el ascenso a pie. Doblé un recodo y me encontré cara a cara con el cañón de una pistola.

—¡Jesús, Doc! —dijo Texas y bajó el arma—. Pensaba que eras uno de ellos.

—¿Dónde están? —pregunté.

—Escondidos ahí abajo, junto a los centinelas.

Texas señaló los salientes rocosos al sur. Vi hombres y caballos. El sombrero del sheriff Branch relucía en la luz del sol.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

—Esperar —dijo Texas.

En el lugar donde nos habíamos sentado las dos muchos meses

atrás ahora las otras habían levantado el campamento. Elzy me dio munición para mi escopeta. Cassie me ofreció una tira de pemmican y una cantimplora con agua. News me tocó el hombro.

—Pensábamos que te habíamos perdido —dijo.

La tarde envejeció. Miramos a los hombres a los pies de la pared pasear entre los centinelas de roca empuñando sus armas. Se apoderó de mí una mezcla de aburrimiento y temor. El valle a mis pies adquirió el carácter de un cuadro, sus verdes, rojos y dorados se aplanaron contra el cielo. Agnes Rose empezó a cantar con voz muy queda, grave y hermosa:

Jesús no me quiere como rayo de luz,
los rayos de luz no son como yo.

—Calla —dijo Cassie—. Se están moviendo.

Los hombres se desplegaban. Un grupo había empezado a escalar la roca situada un poco más arriba de los centinelas. Otro subía por el sur y un tercero había cogido el sendero que llevaba al Agujero. Al sheriff Branch no lo vi por ninguna parte.

—Que vengan —dijo News—. Los cogeremos según vayan llegando.

Cassie negó con la cabeza.

—Están intentando rodearnos. Tenemos que separarnos. Quedaos en un lugar alto, escondeos detrás de las rocas y disparad cuando los tengáis cerca. News, Aggie, id al sur. Doc, Texas, al norte. Elzy y yo nos quedaremos aquí y saldremos al paso a los que suben por el camino.

Hizo una pausa.

—Si os cogen, mantened la cabeza bien alta. No supliquéis piedad. No confeséis ningún pecado. Si morís con honor, el deshonor será para ellos.

Pensé en la mujer de la que había hablado el sheriff de Casper, la que había muerto en el cepo en Salida. Me pregunté si habría usado su último aliento para suplicar clemencia o si se había mantenido firme hasta el final. Me pregunté si les habría importado eso a las personas que se habían congregado para tirarle piedras y fruta podrida, y heces.

Texas y yo escalamos las rocas planas al norte del Agujero en la Pared. Estaban unas sobre las otras, esculpidas y apiladas mucho tiempo atrás por algún gran desastre natural. Algunas capas eran finas como el hojaldre, otras gruesas como troncos. A medida que subíamos, el lecho del valle se fue difuminando. Debajo de nosotras,

los halcones volaban en picado hacia sus presas.

Ya cerca de la cima llegamos a una hendidura, más pequeña que el Agujero, lo bastante grande para cobijar a una persona con una escopeta. Asentimos en silencio, Texas se instaló allí y yo seguí camino sin ella.

Al norte de la hendidura las capas de roca casi se superponían. Tuve que girar el cuerpo hacia la cara de la pared y reptar de lado por un paso estrecho, con espacio apenas para mis botas. La pared olía a lluvia vieja, a agua convertida en roca y erosión. Sabía la velocidad a la que podía escalar un hombre decidido, de manera que cada pocos pasos apartaba la cara de la pared y combatía el vértigo para comprobar si alguien se acercaba desde abajo.

Para lo que no estaba preparada era para unos disparos procedentes de más arriba. Hicieron añicos la superficie de una roca a mi espalda, luego de otra delante de mí y me dejaron atrapada en una cornisa no más larga que una de mis zancadas. Desenfundé el arma y cuando levanté la vista me encontré al sheriff Branch tumbado boca abajo en un trozo de roca a menos de un metro de mí. El sol se ponía detrás de él; su sombrero centelleaba igual que una corona.

—Tira el arma —gritó por el cañón de su pistola.

Lo que hice fue disparar, pero el sol echó a perder mi puntería y el disparo falló el blanco.

—Si vuelves a hacer eso —gritó el sheriff—, voy a tener que pegarte un tiro. Y sabes que es difícil que no acierte.

El sheriff era famoso en Fairchild por sus dotes de cazador; se decía que en una ocasión había sacado la cabeza por la ventana de la cárcel y derribado a una paloma de la rama de un árbol situado el final de la calle. Enfundé el arma y levanté las manos. Fue entonces cuando vi las lágrimas en los ojos del sheriff.

—Ada —dijo—, pequeña. Siento que hayamos llegado a esto.

—Entonces déjanos en paz —dije.

El sheriff negó con la cabeza.

—Vuelve conmigo a Fairchild —dijo—. Te prometo que el juez será clemente contigo. Pasarás el resto de tus días en la cárcel del pueblo. Tus hermanas podrán visitarte los domingos.

A mi espalda oí gritos y disparos, mis compañeras y los aliados del sheriff luchaban.

—No te creo —grité—. El sheriff de Casper quería ponerme un cepo.

—Nunca dejaría que ocurriera algo así —dijo el sheriff Branch

—. Sé que sufres. Sé lo que es no poder tener hijos. Puede empujarte a hacer cosas terribles.

Quise decirle que no había hecho nada terrible. Pero eso había sido verdad cuando dejé Fairchild, ya no.

—Nunca hice daño a Ulla —fue lo que dije—. No le hice ningún encantamiento a nadie. No son más que chismes y tonterías.

El sheriff se quitó el sombrero y se secó la frente con la manga. A cabeza descubierta parecía mayor, cansado, tenía la calva enrojecida por el sol.

—Eso ya lo sé, Ada —dijo.

—Entonces ¿por qué hace esto? ¿Por qué me ha seguido hasta aquí?

Tuve ganas de llorar. Detrás de mí silbaron más balas. Oí pisadas de botas y de cascos de caballos. Oí gritar a News, pero no entendí las palabras. Había algo extraño en su voz, algo que parecía alegría.

—El mundo es muy duro —dijo el sheriff—. Las personas necesitan buscarle un sentido. Eso lo sabes tan bien como yo. Cuando tu madre y tú decíais «reumatismo» o «fiebre del heno» o «problemas de hígado», la mitad de las veces el paciente mejoraba solo con saber qué le ocurría.

—No entiendo —dije.

—Cuando muere un niño, o cuando dos personas que se quieren no logran concebir, o un hombre pierde a su mujer en el parto… son desgracias insoportables, Ada, para las que no hay consuelo posible. Pero si sabes por qué pasó, si puedes echar la culpa a alguien, entonces a veces eso basta para salir adelante. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Dejaría que me pudriera en la cárcel solo para que Ulla tenga a alguien a quien culpar?

—No solo Ulla —dijo el sheriff—. Todos en el pueblo se quitaron una preocupación de encima cuando anuncié que estabas acusada de brujería. Estarán más tranquilos aún cuando te lleve de vuelta. Todos tenemos que hacer sacrificios, Ada. Lo siento, pero ahora te toca a ti.

Se me secaron las lágrimas y el desprecio me ardió en la garganta. Al mismo tiempo sabía que el sheriff decía la verdad, que no me haría daño. Me llevaría a la cárcel del pueblo y me dejaría ver a mi madre y a mis hermanas cada domingo. Vería a Bee crecer y tener sus propios hijos.

Pero caí en la cuenta de que no los vería nacer. Otra persona atendería los partos de mis hermanas y a mí me mantendrían

alejada de las mujeres encinta y de sus criaturas, incluso —o sobre todo— de aquellas que estuvieran enfermas y necesitaran desesperadamente cuidados expertos. Morirían mujeres que yo habría podido salvar. Y mientras yo estaría en la celda sin hacer nada, mis manos envejecerían y se deformarían mientras otras, en otros lugares, aprenderían cosas que yo no sabría nunca. Miré el valle que se extendía a mi espalda en tonos verdes y dorados. En la luz del final de la tarde estaba especialmente hermoso, se abría a mí igual que un cuenco, igual que unas manos. Bastaría un paso atrás para dejarme caer. Moriría sin deshonor.

—Por favor, Ada —gritó el sheriff—. Deja que te lleve a casa.

Cerré los ojos. Di medio paso atrás. Oí un disparo tan cerca de mí que creí estar herida. Y cuando abrí los ojos y levanté la vista vi a Kid de pie junto al cuerpo del sheriff, mirándome con una expresión que era al mismo tiempo alerta y serena.

DOCE

El tiroteo con la patrulla duró toda la noche, pero para cuando vi a Kid las tornas habían cambiado. Kid conocía todos los escondrijos en la pared, todas las rutas y senderos, y allí por donde intentaban trepar los hombres, les disparábamos. El sheriff de Fiddleback fue el último en resistir con vida. Cassie y Kid lo encontraron en el arranque de la pared, preparando un caballo para escapar de vuelta a su pueblo y Cassie le metió una bala en el pecho. Entonces Kid se tambaleó y se desplomó en sus brazos.

Estaba frágil y en los huesos, con la mente todavía debilitada por la enfermedad, y de vuelta en el campamento hubo que envolver a Kid en mantas y preparar sopas contundentes con remolacha y tuétano. Hice un tónico a base de limón, diente de león y ortigas que herví para mitigar su escozor y pensé en lo que había dicho el sheriff Branch. Yo no sabía qué mal aquejaba a Kid y no podía prometer que no volvería a padecerlo. Solo sabía que mi visita parecía haber acelerado su recuperación, de modo que me aseguré de que había alguien junto a su cama en todo momento, leyendo, hablando o simplemente mirando por la ventana del barracón mientras Kid dormía.

Cinco días más tarde tenía ya fuerzas para sentarse y comer pemmican y galletas y entonces Cassie hizo la pregunta que todas teníamos en la cabeza:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Kid sonrió.

—Había pensado dar un paseo.

—Nos alegra oír eso —dijo Cassie—, pero sabes a qué me refiero. Ya no podemos comprar el banco. Si aparecemos por Fiddleback nos pegarán un tiro. Y habrán puesto precio a nuestras cabezas. Me apuesto lo que sea a que ya hay alguien reuniendo otra patrulla, más numerosa y mejor armada que la última.

—Lo sé —dijo Kid—. Ya se me ocurrirá algo.

Pero pasaron los días sin un nuevo plan, con la banda sumida en una suerte de estupor. Las noches empezaron a ser más frías; se

acercaba el otoño. Nos turnábamos para patrullar en el paso, en espera del día en que las gentes de los pueblos cuyos sheriffs habíamos asesinado formaran una nueva patrulla para capturarnos. Llevaría tiempo, dedujimos —después de la batalla del Agujero en la Pared nuestra banda sería más temida aún que antes—, pero el día llegaría.

El séptimo día después del regreso de Kid, estaba arrodillada junto al camino cogiendo equináceas que luego secaría para el invierno cuando oí pasos a mi espalda. Me giré y saqué la pistola que ahora llevaba siempre encima. Ante mí había una mujer, con pies que sangraban a través de las suelas de unos zapatos endebles y las manos vacías a excepción de una hoja de papel arrugada.

—Por favor —dijo—, estoy buscando el Agujero en la Pared.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Quién te ha mandado hasta aquí?

Me dio el papel sin decir palabra y a través del polvo rojo del camino vi mi propia cara. Junto a ella estaban las de mis amigas, eran retratos muy fieles del aspecto que habíamos tenido el día que robamos el banco. Debajo de los dibujos en el cartel estaba escrito lo siguiente:

SE BUSCA

BANDA DEL AGUJERO EN LA PARED

Atracaron el FARMERS' AND MERCHANTS' BANK DE FIDDLEBACK el TREINTA de MARZO de 1895 y robaron TREINTA MIL MONEDAS de ORO y CIEN MIL de PLATA.

Se sabe que estas personas son PELIGROSÍSIMAS MALEANTES que dan asilo a BRUJAS y a gentes de RAZA MESTIZA y que se entregan a COSTUMBRES y VESTIMENTA ANTINATURA. Son capaces de toda clase de ENGAÑOS Y TRIQUIÑUELAS y hay que acercarse a ellas con GRAN CUIDADO.

Se pagará una RECOMPENSA de QUINIENTAS ÁGUILAS DE ORO a quien proporcione información que conduzca a la captura de estas PERSONAS DEPRAVADAS.

—Por favor —repitió la mujer—. Iban a colgarme por bruja en Sturgiss. Vi estos carteles y pensé que igual podíais ayudarme.

A la semana siguiente llegó otra mujer, y a la otra, dos más. Para finales de agosto teníamos a media docena de mujeres viviendo allí, la mayoría yermas, pero otras obligadas a huir de sus pueblos por yacer con otras mujeres o corromper de alguna otra manera la moralidad. Todas traían el cartel en las manos o en la memoria. Kid envió a Agnes Rose a Nótkon a comprar harina, manteca y munición suficientes para alimentar y pertrechar un ejército para el invierno. No teníamos un pueblo, pero sí dinero y también tierra y daba la impresión de que el pueblo vendría solo.

Una noche estaba sentada con Kid delante de la hoguera. A nuestro alrededor reinaba el caos, la banda se saludaba, hablaba y discutía.

—Cassie tenía razón —dijo Kid—. Esto es peligroso.

—¿No te fías de ellas? —pregunté señalando a las nuevas caras con un gesto de la mano.

—No es eso —dijo Kid—. Mira a tu alrededor: pronto nos superarán en número. Mantener la unidad, mantener a la banda segura va a ser mucho más difícil de lo que nunca imaginé.

Pero Kid sonreía. Cada vez que había que decidir algo, algún asunto relativo a las provisiones o a la estrategia, un desencuentro entre dos facciones de recién llegadas, Kid parecía crecerse y guiaba a todas las partes hacia una solución con habilidad y confianza. Había nacido para ser alcalde.

—Te hice una promesa —dijo entonces—. Y la voy a cumplir. Pero ahora más que nunca necesitamos una médica. ¿Ves a Rosie ahí? Ha venido con piojos.

Reí. Lo cierto era que en los últimos meses había dado muchas vueltas a la idea de quedarme en el Agujero en la Pared. No me había sentido tan en casa desde que dejé Fairchild y odiaba la idea de renunciar a esta sensación por la incertidumbre de Pagosa Springs.

—Dame unas pocas noches para pensarlo —dije—. En cualquier caso las voy a necesitar para lavar todas esas cabezas con trementina.

La noche siguiente Agnes Rose examinaba el pelo de News mientras yo buscaba en los mechones color castaño de una nueva recluta llamada Daisy. Al principio Agnes se había mostrado parlanchina con las nuevas mujeres, les había contado cómo había birlado doscientas águilas a un abogado cerca de Spearfish y separado a un joven ayudante de sheriff de su billetera y su orgullo en Cody, pero a medida que pasaban las semanas se había ido

quedando callada y ahora estaba prácticamente muda.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—No dejo de pensar en el carnicero —dijo.

—¿De Fiddleback? —pregunté—. Dijiste que daría vítores si nos ahorcaban.

—Y lo haría —dijo Agnes Rose—. Aun así, pensé que o bien moriríamos o bien regresaríamos y devolveríamos el dinero al pueblo. Nunca pensé que nos llevaríamos el oro de esas gentes y que nos lo quedaríamos.

—Aggie —dije con toda la amabilidad de la que fui capaz—, no es la primera vez que robas.

—No me insultes —dijo—. No soy tonta. Sé lo que soy. —Entonces su tono se suavizó—. Pero antes de cada trabajo siempre me hago una promesa. Y en Fiddleback me dije: si sobrevivimos a esto volveremos y devolveremos el dinero a esas mujeres y esos hombres multiplicado por diez al enseñarles una nueva forma de vivir. Y ahora que sé que no lo vamos a hacer… me sabe mal y ya está.

—Lo entiendo —dije—. A mí también me sabe mal.

—¡Au! —se quejó Daisy—. Me estás haciendo daño.

—Trae —dijo Agnes—. Déjame a mí. News no tiene nada.

Daisy se puso de pie con una mueca de enfado. News también hizo ademán de levantarse, pero se interrumpió y se puso la mano sobre los ojos a modo de visera.

—Parece que Cassie ha encontrado una nueva recluta —dijo.

Cassie no había recibido con demasiado entusiasmo a las nuevas mujeres, pero había empezado a hacer planes para sembrar y tener ganado en el valle, de manera que hubiera alimento para más bocas en los años venideros.

—Tenemos que ser autosuficientes —la había oído decir a Kid una noche.

Cuando se acercó a la hoguera, el corazón se me hinchó dentro del pecho. Detrás de ella, en la grupa del caballo estaba la mujer de la marca de nacimiento, la que había conocido en el puesto de remedios medicinales el Domingo de Pascua, meses atrás. Yo vestía pantalón de peto y camisa de hombre y cuando la ayudé a desmontar vi en sus ojos que me reconocía.

—Santa madre de Dios —dijo cuando estuvimos cara a cara.

—Me llamo Ada —dije—. Tenemos que explicarte muchas cosas.

Paseó la vista alrededor de la hoguera donde estaban News, Agnes Rose, Daisy y unas cuantas personas más que habían acudido

a ver a la recién llegada. Dejó escapar una pequeña carcajada de cansancio, de pena y de alivio.

—Ya lo supongo —dijo—, pero tenías razón. Debería haberme gastado el dinero en el viaje en carreta hasta el Santo Niño.

—¿Te manda la madre superiora? —pregunté.

—Así es —dijo la mujer—. No me importaba tener que leer las Escrituras, pero no fui capaz de dejar atrás mi ira. O quizá sí soy capaz, pero no quiero hacerlo. La madre superiora me dijo que no estoy hecha para ser monja. Me dijo que si venía aquí quizá descubriría para qué estoy hecha.

La noche siguiente fui a ver a Texas al granero. Cuando llegué estaba inclinada sobre Prudence, peinándole la crin y cantándole con voz queda.

—¿No te preocupa pegarle los piojos? —pregunté.

—Los caballos no pueden tener piojos humanos —dijo—. Estoy pensando en traerme aquí la cama hasta que llegue el frío. Es tranquilo, está limpio y nadie hace preguntas.

Reí.

—Lo siento —dije.

—Demasiado tarde —dijo Texas—. ¿Qué quieres?

—¿Sigues pensando ir a Amarillo?

—Sí —dijo Texas y pasó de nuevo el cepillo por la crin de Prudence—. Un día de estos. Cuando termine aquí.

—¿Y cuándo será eso?

—Es difícil decirlo. Ahora somos más y necesitamos más caballos. A más caballos, más trabajo cuidándolos.

—Podría ocuparse otra persona —dije.

Texas fue al pesebre de Temperance. La yegua alazana relinchó al reconocerla y frotó el hocico contra la mano de Texas.

—No tan bien como yo —dijo Texas.

La noche siguiente encontré a Kid caminando por los pastos. Confié que su ánimo fuera más alegre que el mío; yo estaba apesadumbrada. Echaría de menos mi cama en el altillo del barracón, con vistas a la estufa de leña. Pero lo veía con más claridad que nunca: yo no era ni buena tiradora, ni estafadora ni amazona. Mi maestría, cuando llegara, sería de una clase distinta.

—Seguid tres días más con la trementina —dije— y aseguraos de que Agnes os revisa una vez a la semana. Los piojos son traicioneros.

—Transmitiré tus instrucciones —dijo Kid—. Llévate a News y a Texas contigo al territorio de Colorado, si quieren ir. Y a Amity, por supuesto. Tampoco va a dejar que nadie más la monte.

Era septiembre cuando News, Texas y yo salimos hacia Pagosa Springs. Viajamos como vaqueros itinerantes, disfrazadísimas con barbas falsas y sombreros calados hasta los ojos. La historia de la banda del Agujero en la Pared nos había precedido: en todos los lugares en que hicimos noche oímos hablar de nuestras hazañas, a aquellas alturas ya distorsionadas y exageradas hasta la leyenda. La banda del Agujero en la Pared asaba niños recién nacidos en un espetón. Sus integrantes eran hombres y mujeres a la vez, con pechos y pene, y se preñaban a voluntad. Las historias nos divertían y asustaban al mismo tiempo: nos dábamos cuenta de que nos habíamos convertido en un blanco importante, muy atractivo para quien ambicionara dar caza a un villano. Pero mientras viajábamos, y a pesar de que había carteles con nuestros retratos, nadie nos reconoció, tan bien nos había enseñado Lo a desaparecer bajo nuestros nuevos trajes de hombre, hasta tal punto que alguien podía mirarnos con atención y ver solo los hombres normales y corrientes por los que nos hacíamos pasar.

Después de diez días de camino iniciamos el ascenso por el territorio de las montañas Rocosas. El aire cambió, se hizo límpido y conífero y cuando me despertaba por las mañanas pensaba en Lark y en los planes que habíamos hecho el día de nuestra boda, la cual no por ser una charada constituía para mí un recuerdo menos dulce y triste. Cambiamos los árboles por un paisaje en el que la vida crecía pegada a la tierra: los líquenes bebían agua de las nubes, las marmotas y las pikas correteaban de una roca a otra. Solo los pájaros parecían conservar su libertad: los azulejos trinaban alegres en el sol otoñal, los halcones volaban veloces como balas entre las cumbres.

Cuando llegamos al otro lado de la cadena montañosa y los árboles empezaron a crecer en altura y los bosques a poblarse de ciervos y alces, supe que debíamos de estar cerca. Al decimoquinto día de viaje olí algo distinto en el aire, un aroma mineral, como a roca líquida. Los manantiales que daban nombre al pueblo discurrían bajo el camino durante kilómetros ya antes de llegar; cuando nos deteníamos para que los caballos descansaran los oíamos, igual que susurros fantasmales. Cuando brotaron, por fin, en forma de estanques y cascadas, empezamos a ver bañistas, solos o en grupos, que flotaban sumergidos de cuello para abajo, ungían sus caras con el agua, remojaban manos y pies, metían a niños y

criaturas de meses, acercaban a ancianos y enfermos en sillas y mecían sus cuerpos en su calidez.

En Pagosa Springs no había fonda, solo una casa de baños con habitaciones dispuestas alrededor de un estanque. News, Texas y yo no nos podíamos desnudar, así que nos sentamos en el solario, donde era posible descansar en hamacas y beber tónicos hechos con las aguas del lugar. Una mujer joven, regordeta, con una piel de aspecto de lo más saludable, nos sirvió unas bebidas malolientes en gruesos vasos.

—Estamos buscando a la señora Alice Schaeffer —le dije.

La mujer negó con la cabeza.

—No he oído nunca ese nombre —dijo.

—¿No tiene un dispensario aquí? —pregunté.

—Aquí no hay dispensario —dijo—. No nos hace falta. Las aguas curan todos los males.

Cuando se fue di un sorbo a mi tónico. Sabía a agua de mar.

—Sí que había un dispensario antes —dijo la mujer que estaba a mi lado.

Era imposiblemente vieja, tanto que volvía a ser joven, con piel suave como la de un niño pequeño y pelo como el vilano del diente de león. Sus ojos, perdidos en el horizonte, eran de un azul palidísimo.

—¿Qué fue de él? —preguntó News.

—Lo cerraron hace tres años. Más quizá. La partera tuvo que marcharse del pueblo de manera apresurada.

—¿Alice Schaeffer? —pregunté.

—Puede que se llamara así. Venían a verla mujeres todo el tiempo. Mujeres que no podían tener hijos. Hubo alguna clase de epidemia… quizá fiebre maculosa. Empezaron a sospechar de ella. El sheriff tuvo algo que ver.

—¿Sabes a dónde fue? —preguntó.

La mujer fijó en mí sus ojos azules y me di cuenta de que sí veía.

—Esté donde esté —dijo— imagino que no le gustaría que nadie lo supiera.

El solario tenía ventanales que daban al estanque. Una pareja joven con trajes de baño azules se besó ceremoniosamente en los labios y a continuación se metió en el agua.

—¿Dónde estaba el dispensario? —le pregunté a la anciana.

—En el extremo este del pueblo, si mal no recuerdo —dijo—. Frente a la escuela.

Cuando llegamos era última hora de la tarde y acababa de terminar la escuela. Vi a tres niñas caminar cogidas de la mano y pensé en Ulla, Susie y yo. A aquellas alturas tanto Ulla como Susie debían de ser ya madres; quizá sus hijos jugarían con los hijos de mis hermanas. La idea ya no me entristeció. Era como ver una imagen a través de un cristal tan grueso que su impacto quedaba amortiguado y distorsionado.

El edificio frente a la escuela era bajo y pequeño, con un tejado claramente dañado por una tormenta de granizo. Pero vi que el interior había sido diseñado para la quietud y el consuelo. Las ventanas eran amplias y daban a las montañas, y, a pesar de la gruesa capa de polvo de los cristales, la luz de cada una de las habitaciones tenía cierta dulzura, como agua fresca.

—Deberíamos hacer noche aquí —dijo Texas—. Podemos seguir camino mañana. Lo siento, Ada. Debes de estar decepcionada.

Asentí, pero no terminaba de creerme que la señora Alice Schaeffer no estuviera allí. El dispensario estaba lleno de su presencia. La habitación delantera era grande, con una cama ancha, una palanganera y varios cojines de distintas formas y tamaños. Los reconocí del manual; la señora Schaeffer recomendaba una almohada en forma de cacahuete para el dolor lumbar y una más pequeña, cilíndrica, para aliviar la fase de transición, y vi ambas cuidadosamente colocadas junto a la cama, además de otras cuyos usos yo aún no había aprendido.

La habitación del fondo estaba amueblada con una cama más estrecha y tres armarios de madera oscura. Uno estaba lleno de instrumental —un espéculo, un fórceps, un escalpelo, agujas de distintos tipos—, en gran parte oxidado. En el segundo había botellas y frascos de tinturas, ungüentos y tónicos, algunos conocidos y otros nuevos para mí. El tercero estaba lleno de cuadernos ordenados por fecha, cada uno de los cuales contenía detalles de observaciones, operaciones, nacimientos y muertes. Estaba leyendo los apuntes de la señora Schaeffer sobre una serie de mujeres que habían sufrido abortos en el invierno de 1889 cuando oí que llamaban a la puerta de atrás.

Pasaba la medianoche. La mujer que me encontré al abrir la puerta había llegado a pie, sola. Era joven, probablemente más que yo, tenía ojos oscuros y un mentón saliente que le daba aspecto de gran determinación.

—¿Es usted la señora Schaeffer? —preguntó.

—Siento informarte de que la señora Schaeffer ya no está aquí —dije.

—De acuerdo —dijo la mujer joven, rápidamente, como si las palabras no tuvieran importancia, pero la voz se le quebró un poco,

Se giró hacia la noche,

—Espera —la llamé—. ¿Necesitas una partera?

Se volvió a mirarme. Su expresión era triste y sardónica y un levísimo atisbo de esperanza asomaba a sus labios.

—Ojalá necesitara una partera —dijo.

—Pasa —le dije.

A la mañana siguiente las demás nos encontraron sentadas juntas a la mesa de la habitación del fondo. La joven mujer me había contado la historia de su familia, quién era estéril y quién tenía muchos hijos y ahora me hablaba de su pueblo, de las enfermedades que había padecido de niña y de las que la habían aquejado en el último año.

—¿Quién es? —pregunto Texas.

—Se llama Minnie Parrish —dije—. Es mi paciente.

—Pues más vale que te des prisa en tratarla —dijo Texas—. Como no nos pongamos pronto en camino se nos hará de noche.

Pero yo ya había quitado la ropa de cama y puesto agua a hervir para esterilizar las sábanas y el instrumental. Había hecho un inventario preliminar de los armarios y encontrado todos los ungüentos secos y las hierbas pulverizadas, pero también unos paquetes de semillas escondidos detrás del alcanfor con los que podía empezar un jardincito. Había encontrado un cuaderno sin usar, una pluma y un tintero con algo de tinta líquida dentro. Había abierto el cuaderno por la primera página y escrito la fecha en la parte de arriba. Debajo había anotado todo lo que me había contado Minnie Parrish.

Estaba asustada y me sentía insegura; pensaba que era muy posible que lo que le había ocurrido a la señora Schaeffer me ocurriera también a mí. Pero en los últimos meses había recibido una excelente educación en cómo ahuyentar sospechas y también, cuando ya no era posible ahuyentarlas, en cómo luchar por mi vida. Llegué a la conclusión de que había llegado el momento de poner en práctica lo que había aprendido.

—Dadle las gracias a Kid —dije—. Si en algún momento cualquier persona de la banda necesita cuidados médicos, me la podéis mandar. Y si alguna de mis pacientes necesita un lugar seguro, espero poder enviárosla.

Me gustaría hablaros de los años que siguieron, de los

nacimientos de los que fui testigo y también de las muertes, de las mujeres que traté y de los libros que escribí, de lo que aprendí de los cuadernos de notas y de lo que, con el tiempo, aprendieron de mí otras parteras. Pero eso son otras historias para otros días. Esta termina en septiembre del año de Nuestro Señor de 1895, cuando crucé las montañas siendo esposa y viuda, médica y proscrita, ladrona y asesina, pero siempre hija de mi madre, me instalé en el antiguo dispensario de la señora Schaeffer y me puse a trabajar.

AGRADECIMIENTOS

Tengo una deuda inmensa con Julie Barer por sus expertos consejos, con Callie Garnett por sus preguntas incisivas, con Barbara Darko por su inteligente corrección de estilo, con Nicole Cunningham por ayudarme durante todos estos años y con Liese Mayer y todo Bloomsbury por su entusiasmo con este proyecto. Gracias a JoEllen Anderson, Andrew Cowell, Phoebe Hart y Laura Turner por compartir su sabiduría y a todos los del rancho Willow Creek en Hole-in-the-Wall por acogerme y brindarme excelentes consejos. Gracias, como siempre, a mi grupo de escritura: Anthony Ha, Alice Sola Kim, Karan Mahajan, Tony Tulathimutte, Annie Julia Wyman, James Yeh y Jenny Zhang.

Gracias máximas a mi familia, en especial a Toby, por aconsejar, escuchar, leer y conducir.